



EL TÁBANO

Ethel L. Voynich



Edición preparada por
Alejandro Sandoval Ávila

Ethel L. Voynich

EL TÁBANO

Edición preparada por
Alejandro Sandoval Ávila.

La novela

Ha sido leída por millones de personas a lo largo de más de un siglo y no creo exagerar si digo que es un libro de los llamados "de culto", lamentablemente muy poco conocida por las nuevas generaciones de lectores. Ha sido traducida a 18 idiomas, se ha adaptado al teatro y al cine, y Bertrand Rusell dijo que era una de las novelas más apasionantes que había leído. Es un libro con "historia", escrito por una mujer que dio un paso fuera del círculo familiar para ser una "profesional" en la turbulenta vida revolucionaria de su época.

La vida de Ethel Lilliam Voynich es tan romántica y extraordinaria como el movimiento revolucionario de 1830 en Italia que ella describe.

No es accidental que siendo hija de la clase media irlandesa, escogiera el tema de *El tábano* para su primera novela. *El tábano* expresa, en el romántico lenguaje de la época, las concepciones de los emigrados rusos, trasponiéndolos a la actividad revolucionaria en otro tiempo y país: la sociedad de la *Joven Italia* que, entre 1830 y 1860, trató de librar a Italia de la ocupación austriaca y del dominio de los jesuitas.

En su novela derramó la pasión, la dedicación y el idealismo al cual ella misma se entregó. Es su honestidad emocional la que da al libro su permanente actualidad.

Esta obra, además de los millones de ejemplares impresos y las traducciones, ha sido adaptada al teatro por George Bernard Shaw, exitosamente llevada al cine y la televisión y se ha escrito música para presentarla como ópera.

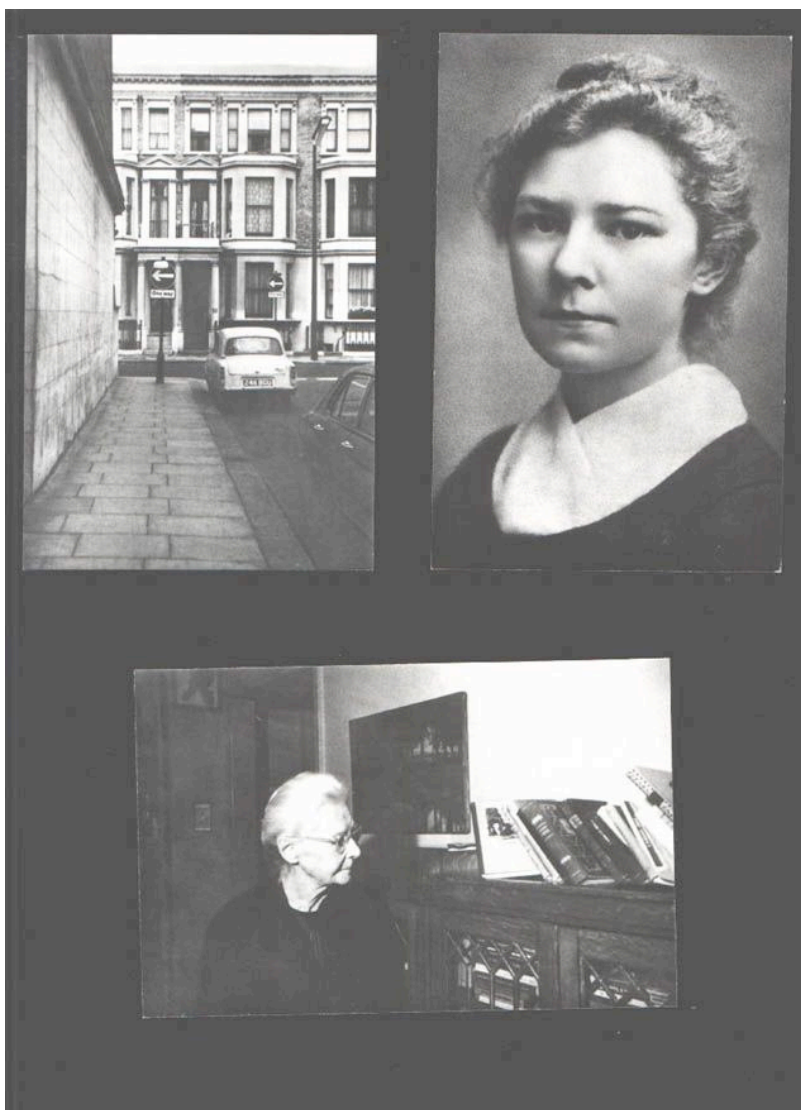
El interés de Ethel Lilliam Voynich no fue solo la Revolución rusa, sino la revolución en otros países y tiempos, como lo demuestra en su novela. Tanto su obra como su vida reflejan este ideal revolucionario. Su tema se mantiene hoy tan vigente como cuando fue escrita: la Primavera Árabe, Los Indignados, son expresiones sociales que siguen buscando la igualdad, la libertad y la independencia.

Los últimos años de su vida los pasó la autora en la ciudad de Nueva York,

prácticamente en el más absoluto anonimato, mientras su libro se difundía por todo el mundo. Allí murió el 18 de julio de 1960.

Entre otras obras escribió: *Ann Interrupted Friendship*, *Olive Latham*, *Frank Raymond*, *Put off The Shoes* y la antología *Russian Wit and Humor*.

A.S.A.



DE LA PRESENTE EDICIÓN:

El traductor.

Como quedó dicho, esta versión fue desarrollada a partir de la traducción de Mateo Hernández Barroso. No puedo dejar de hacer un entrañable reconocimiento a su labor, sobre todo porque también fue el traductor de otro libro importante y definitorio en mi formación: *El mundo de Odiseo*.

Poco se ha logrado averiguar de Hernández Barroso: fue un español de vocación democrática, llegó a ocupar grandes cargos en la masonería y dirigió los telégrafos durante la República, se exilió en México y, tal vez, también en Argentina. Tradujo del inglés varias obras más, como una biografía de Abraham Lincoln, y escribió un nostálgico libro de poemas: *El oso y el madroño*, en clara alusión a Madrid. Ojalá que el tiempo y la historia se ocupen más de este notable humanista, que supo valorar y admirar la vida y la obra de Ethel L. Voynich. Vale la pena decirlo: autora y traductor, hasta donde hemos podido averiguar, murieron con uno o dos años de diferencia.

Para esta edición, se ha actualizado, en lo posible, el uso del idioma, descartándose expresiones que muy poco o nada dicen al lector contemporáneo, sin dejar de reconocer que es una obra escrita en el siglo XIX; asimismo, se han suprimido los pies de página que acotaban las expresiones originales en otros idiomas; solo van en cursivas.

[Alejandro Sandoval Ávila](#): Nació en Aguascalientes, México, en 1957. Realizó estudios de Filología Hispánica en la Universidad Central de Cuba de 1976 a 1980. Escribe narrativa, poesía y literatura para niños.



Es un insecto que mide entre 10 y 25 milímetros; de cuerpo robusto, no muy ancho pero sí corto; tiene fuertes patas que le sirven para sujetarse a su huésped; es de color negro o marrón oscuro; sus ojos son verdes o negros. Abunda durante el verano y en los días soleados es cuando más activos está; vuela muy rápido y alcanzan una velocidad parecida a la de un caballo al galope. El hombre raramente es atacado por él; su picadura es muy dolorosa porque desgarrar con su especializado aparato bucal.

EL TÁBANO

NOTA DE LA AUTORA

Doy las más cordiales gracias a las numerosas personas que me ayudaron a reunir, en Italia, los materiales para esta narración. Soy deudora, especialmente, de los empleados de la Biblioteca Marucelliana, de Florencia y de los del Archivos del Estado y del Museo Cívico de Bolonia, por su cortesía y bondad,

"¿Qué hemos de hacer contigo, Jesús de Nazaret?"

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Arturo, sentado en la biblioteca del seminario teológico de Pisa, examinaba una pila de sermones manuscritos. Era una tarde calurosa de junio. Las ventanas estaban abiertas de par en par, con las persianas medio cerradas para conseguir frescura. El padre director, el canónigo Montanelli, dejó de escribir durante un momento para echar una ojeada cariñosa a aquella cabeza morena inclinada sobre sus papeles.

—¿No puedes encontrarlo, *carino*? No importa; escribiré otra vez ese pasaje. Posiblemente lo han arrancado y te he hecho perder todo este tiempo en balde.

La voz de Montanelli era más bien baja, pero clara y sonora, con un puro sonido argentino que daba a su discurso un encanto peculiar. Era la voz de un orador nato, rica en todas las posibles modulaciones. Cuando hablaba a Arturo, su nota era siempre como una caricia.

—No, padre, tengo que encontrarlo; estoy seguro de que usted lo puso aquí. Nunca conseguirá hacerlo igual escribiéndolo otra vez.

Montanelli reanudó su trabajo. El zumbido soñoliento de un abejorro se oía junto a la ventana y la voz lenta y melancólica de un vendedor de fruta resonaba en la calle: "*¡Fresas, fresas!*"

—"*Sobre la curación del leproso*". Aquí está.

Arturo atravesó la habitación con el paso aterciopelado que siempre exasperaba a las buenas gentes de la casa. Era un mozalbete esbelto, más parecido a un retrato italiano del siglo XVI que a un mozo inglés de 1830. Desde las largas pestañas y boca sensual hasta las manos y pies menudos, todo en él era cincelado, delicadísimo. Sentado e inmóvil, podía tomársele por una bonita muchacha disfrazada de hombre; pero cuando se movía, su agilidad flexible sugería una pantera domada sin garras.

—¿De veras está ahí? ¿Que haría yo sin ti, Arturo? Siempre estaría perdiendo mis cosas. No, no voy a escribir nada más ahora. Ven al jardín y te ayudare en tu trabajo. ¿Cual es el trozo que no podías comprender?

Salieron hacia el apacible y sombreado claustro. El seminario ocupaba los edificios de un viejo monasterio de dominicos, donde dos siglos antes se erigió y adornó el patio cuadrado, y donde crecieron el romero y el espliego en matas recortadas entre los bordes de largas macetas. Ahora, los frailes de blancas túnicas que los habían cuidado estaban lejos y olvidados; pero las hierbas aromáticas aún florecían en la graciosa tarde del avanzado verano, aunque nadie tomaba ya sus flores como plantas medicinales. Espesas matas de perejil silvestre y de aguileña llenaban las grietas entre los senderos embaldosados y el pozo en el centro del patio había sido abandonado a los helechos y siemprevivas enredados. Las rosas se habían hecho silvestres y sus vástagos se arrastraban a través de los senderos; en los bordes de los cajones-macetas brillaban grandes amapolas rojas; altas digitales colgaban sobre las hierbas enmarañadas y la añosa vid, rebelde y estéril, colgaba de las ramas del níspero abandonado, mientras su terminal hojosa oscilaba con lenta y triste persistencia.

En un ángulo se erguía una espesa magnolia en su floración de verano, torre de follaje oscuro, donde acá y allá se abrían flores blancas como la leche. Un banco de madera tosca había sido colocado junto al tronco en el se sentó Montanelli. Arturo estudiaba filosofía en la Universidad; habiendo hallado una dificultad en un libro, se había dirigido al padre para una explicación. Montanelli era para el una enciclopedia universal, aunque nunca había sido alumno del seminario.

—Sería mejor que me marchara ahora— dijo, una vez aclarado el pasaje difícil. —A menos que usted me quiera para algo.

—No quiero trabajar más; pero me gustaría que te quedaras un rato si tienes tiempo.

—¡Oh, si!

Se echó hacia atrás apoyándose en el tronco del árbol y alzó la mirada a través de las oscuras ramas hacia las primeras estrellas que centelleaban en el

apacible firmamento, Sus ojos, soñadores, místicos, de un azul profundo bajo negras pestañas, eran la herencia de su madre, hija de Cornualles. Montanelli, mirando a otro lado para no verlos, dijo:

—Pareces cansado, *carino*,

—No puedo evitarlo— contestó. Su voz acusaba profundo cansancio y el padre lo notó en seguida.

—No deberías ir tan temprano al colegio; estabas cansado tras el cuidado de los enfermos hasta la noche. Yo debía haber insistido en que tomases un buen descanso antes de que dejaras Liorna.

—¡Oh, padre! ¿De que serviría eso? Yo no podía quedarme en aquella miserable casa después de la muerte de mi madre. ¡Julia me habría vuelto loco!

Julia era la esposa de su medio hermano mayor y una espina a su lado.

—Hubiera sido mejor que no estuvieras con tus parientes— contestó bondadosamente Montanelli. —Estoy seguro de que habría sido lo menos indicado para ti. Pero me gustaría que hubieras aceptado la invitación del doctor inglés, tu amigo; si hubieses pasado un mes en su casa te habrías encontrado más apto para el estudio.

—No, padre, yo no debía hacerlo, en verdad. Los Warren son muy buenos y cariñosos, pero no comprenden; y además, ellos sufren por mí. Lo veo en la cara de todos ellos; tratarían de consolarme..., pero hablarían de mi madre. Gemma no, naturalmente; ella siempre ha sabido qué es lo que no hay que decir, incluso cuando éramos pequeñitos; al contrario de los demás. Y no es eso solamente...

—¿De qué se trata, hijo mío?

Arturo arrancó algunas flores de un tallo colgante de digital y las aplastó nerviosamente en su mano.

—No puedo resistir la ciudad— dijo después de una pausa. —Allí están las tiendas donde ella me compraba juguetes cuando yo era pequeño, y el paseo a lo largo de la ribera adonde yo acostumbraba acompañarla hasta que se puso demasiado enferma. Dondequiera que vaya es la misma cosa; todas las muchachas

del mercado se me acercan con ramos de flores (como si yo las necesitara ahora!). Y allí está el cementerio. Tenía que marcharme; me ponía enfermo ver aquel lugar...

Interrumpiéndose, se sentó y comenzó a rasgar en pedazos las campanillas digitales. Fue tan largo y profundo el silencio que al fin levantó la vista, extrañado de que el padre no hablara. Oscurecía bajo las ramas del arbusto de magnolias y todo se hacía opaco y neblinoso; pero había bastante luz para ver la horrible palidez del rostro del padre Montanelli. Tenía la cabeza inclinada y su mano derecha asía fuertemente el borde del banco. Arturo miraba a uno y otro lado, presa de un sentimiento de extrañeza mezclado con miedo. Era como si pisara sin querer la tierra consagrada.

"¡Dios mío! —pensaba—. ¡Qué pequeño y egoísta soy a su lado! Si mi turbación fuera suya, no podría él sentirlo más."

Al punto, Montanelli alzó la cabeza y miró a su alrededor.

—No quiero apremiarte para que vuelvas allí; en todo caso, no ahora —dijo con su tono más afectuoso. —Pero has de prometerme tomar un descanso cuando empiecen tus vacaciones este verano. Lo mejor que podrías hacer, creo, es pasar las vacaciones lejos de la vecindad de Liorna. No quiero que te expongas a caer enfermo.

—¿Adónde irá usted cuando se cierre el seminario, padre?

—Tendré que llevar los alumnos a las montañas, como de costumbre, y verlos establecidos allí. Pero a mediados de agosto el subdirector regresará de sus vacaciones. Trataré de ir a los Alpes para variar algo. ¿Quieres venir conmigo? Me gustaría llevarte de excursión por las montañas y te gustaría estudiar los musgos y los líquenes alpinos. Pero ¿no sería quizás aburrido para ti ir solo conmigo?

—¡Padre!— Arturo apretó sus manos con el gesto que Julia llamaba su "extraña manera demostrativa". —Daría cualquier cosa por ir con usted. Pero no estoy seguro...— Y calló un momento —¿Cree usted que el señor Burton lo permitiría? No le gustaría, claro está, pero difícilmente podría oponerse. Tengo ya dieciocho años y puedo hacer lo que quiera. Después de todo, él sólo es mi medio hermano; no veo que haya ninguna razón para obedecerlo. Él fue siempre áspero

con mi madre.

—Pero si él se opone seriamente, creo que harías mejor en no desafiar sus deseos; puedes encontrar tu situación en la casa mucho más difícil si...

—¡No sólo un poco más difícil!— interrumpió Arturo, vehementemente. — Siempre me odiaron y seguirán odiándome, haga lo que haga. Por otra parte, ¿cómo puede oponerse Jaime seriamente que yo vaya con usted, con el confesor de mi padre?

—Él es protestante, recuérdalo. Sin embargo, lo mejor que puedes hacer es escribirle; y esperaremos para saber qué piensa. Pero no debes ser impaciente, hijo mío; lo que importa es lo que tú hagas, tanto si los demás te odian como si te quieren.

El reproche fue dicho tan bondadosamente que Arturo se puso muy colorado.

—Sí, ya lo sé— contestó dando un suspiro. —¡Pero es tan difícil!

—Me disgustó que no pudieras venir conmigo el martes por la tarde— dijo Montanelli, iniciando bruscamente otro tema. —El obispo de Arezzo estaba aquí y me habría gustado que lo hubieses visto.

—Había prometido a uno de los estudiantes asistir a una reunión en la casa donde viven y habrían estado esperándome.

—¿Que clase de reunión era?

Arturo pareció quedar confundido con aquella pregunta.

—No... era una reunión corriente— dijo tartamudeando y un poco nervioso. —Había venido de Genova un estudiante y nos dio una charla... una especie de... conferencia.

—¿Sobre que versó la conferencia?

Arturo vacilaba.

—No querrá usted preguntarme su nombre, ¿verdad, padre? Porque prometí...

—No te preguntaré nada absolutamente y si has prometido secreto, no debes

decírmelo, como es natural; pero creo que puedes tener alguna confianza en mí en esta ocasión.

—Naturalmente, padre, que puedo. Habló acerca de... nosotros y de nuestro deber para con la gente... y para... nosotros mismos; y sobre lo que podemos hacer para ayudar...

—¿Para ayudar a quién?

—A los campesinos.

—¿Y?

—A Italia.

Hubo un largo silencio.

—Dime, Arturo— dijo Montanelli, mirándolo y hablando gravemente. —¿Cuanto tiempo has estado pensando en esto?

—Desde... el invierno pasado.

—¿Antes de la muerte de tu madre? ¿Y ella lo sabía?

—No. No me preocupaba de eso entonces.

—Y ahora, ¿te preocupas de eso?

Arturo arrancó otro puñado de campanillas.

—Ocurrió de esta manera, padre— contestó, mirando al suelo. —Cuando me preparaba para los exámenes, en el pasado otoño, tuve ocasión de conocer a muchos de los estudiantes ¿se acuerda usted? Bueno; algunos comenzaron a hablarme de esa cuestión, de todas esas cosas, y me prestaron libros. Pero yo no hacía mucho caso de ello; siempre deseaba regresar a casa cuanto antes, al lado de mi madre. Ella estaba completamente sola entre todos ellos en aquella cárcel que era la casa y la lengua de Julia era bastante para matarla. Después, llegado el invierno, cuando cayó enferma, me olvidé totalmente de los estudiantes y de sus libros y luego, ya lo sabe usted, salí de allí y vine definitivamente a Pisa. Si yo hubiese pensado en esas cosas habría hablado de ello a mi madre; pero ya no estaban en mi cabeza. Después advertí que se moría... Como sabe usted, estuve a su

lado casi constantemente, hasta el último momento. Con frecuencia velaba por la noche y Gemma Warren venía durante el día, para que yo me fuera a acostar. Bueno, en aquellas largas noches yo pensaba en lo que habían dicho los estudiantes y si tendrían razón y que habría dicho de todo aquello Nuestro Señor.

—¿Se lo preguntaste a Él?— dijo Montanelli con voz insegura.

—Frecuentemente, padre. Algunas veces, en mis rezos, le pedía que me dijera que debía hacer o que me dejara morir con mi madre. Pero no obtuve ninguna respuesta.

—Y nunca me dijiste una palabra acerca de ello, Arturo. Yo esperaba que tuvieras confianza en mí.

—Padre, ¡usted sabe que le tengo confianza! Pero hay algunas cosas acerca de las cuales usted no puede hablar con nadie. A mí me parecía que nadie podía ayudarme; ni siquiera usted, ni mi madre. Tenía que recibir la respuesta directamente de Dios. Vea usted, toda mi vida y toda mi alma dependen de ello.

Montanelli se ladeó mirando las ramas densamente oscuras del arbusto de magnolias. Tan oscuro estaba, que su rostro se veía sombrío, como negro fantasma entre las negras ramas.

—¿Y después?— preguntó lentamente.

—Después, ella murió. Como dije, había velado junto a ella las tres últimas noches...

Calló y espere un momento; pero Montanelli no se movía.

—Durante aquellos dos días, antes de que la enterraran— Arturo continuó en voz mas queda —no podía pensar en nada. Luego, después del entierro, estuve enfermo; lo recordara usted; no pude venir para la confesión.

—Sí, me acuerdo.

—Bien; por la noche subí a la habitación de mi madre. Estaba vacía; solo había en la alcoba el gran crucifijo. Y pensé que acaso Dios me ayudaría. Me arrodillé y esperé toda la noche. Y par la mañana, cuando recobre mis sentidos... Padre, no hay manera, no puedo explicarlo. No puedo decir a usted que es lo que vi.

Apenas lo sé yo mismo. Pero sé que Dios me ha contestado y que yo no me atrevo a desobedecerlo.

Durante unos momentos permanecieron sentados en total silencio en la oscuridad. Luego Montanelli se volvió y puso su mano sobre el hombre de Arturo.

—Hijo mío— dijo —Dios prohíbe que yo te diga que Él no ha hablado a tu alma. Pero recuerda tu estado de ánimo cuando eso sucedió y no tomes las fantasías suscitadas por el pesar o la enfermedad como su solemne visita. Si verdaderamente ha sido voluntad suya contestarte desde la sombra de la muerte, asegúrate de que no das ninguna falsa interpretación a su palabra. ¿Qué te ordena hacer tu corazón?

Arturo se puso en pie y contestó lentamente, como si repitiera un precepto religioso:

—Consagrar mi vida a Italia, ayudar a liberarla de su esclavitud y miseria, arrojando de ella a los austriacos para que pueda ser una república libre sin más rey que Cristo.

—Arturo, ¡piensa un momento en lo que estas diciendo! Ni siquiera eres italiano.

—Eso nada importa; soy yo mismo. He *visto* esa cosa y a ella pertenezco.

De nuevo reinó el silencio.

—Hablaste de lo que Cristo hubiera dicho...— dijo lentamente Montanelli. Pero Arturo lo interrumpió:

—Cristo dijo: "El que pierde su vida por causa mía, la encontrará."

Montanelli apoye su brazo en una rama y se cubrió los ojos con una mano.

—Siéntate un momento, hijo mío— dijo al fin.

Arturo se sentó y el padre, tomándole ambas manos, se las estrechó fuertemente.

—No puedo discutir contigo esta noche— dijo. —Ha venido esto a mí tan repentinamente... No lo pensaba. Necesito tiempo para reflexionar sobre ello otra

vez. Más tarde hablaremos concretamente del asunto. Pero ahora quiero recordarte una cosa. Si a causa de eso enfermas, si... mueres, destrozará mi corazón.

—Padre...

—No; déjame acabar lo que tengo que decirte. Una vez te dije que no tengo en el mundo a nadie más que a ti. Creo que no comprendes plenamente lo que esto significa. Es difícil cuando uno es tan joven; a tu edad yo no lo habría comprendido. Arturo, tú eres como mi... como mi propio hijo, ¿comprendes? Eres la luz de mis ojos y el deseo de mi corazón. Moriría con tal de que no dieras un mal paso y arruinaras tu vida. Pero en eso nada puedo hacer. No te pido que me hagas ninguna promesa; solamente te pido que recuerdes esto y que seas prudente. Piénsalo bien antes de dar un paso irrevocable, por mí, si no por tu madre que este en el cielo.

—Lo pensaré y, padre, ruegue por mí y por Italia.

Se arrodilló en silencio y en silencio puso Montanelli su mano sobre aquella cabeza inclinada. Un momento después, Arturo se levantó besó la mano y echó a andar lentamente sobre la hierba húmeda. Montanelli, sentado solo bajo la magnolia, lo miraba perderse en la oscuridad.

"Es la venganza de Dios que ha caído sobre mí —pensó— como cayó sobre David. Yo, que he manchado su santuario y sostenido el cuerpo del Señor con manos impuras... Él ha sido muy paciente conmigo, y ahora ha venido 'porque tú lo hiciste secretamente, pero yo lo haré ante todo Israel y a la luz del sol; *el niño que ha nacido en ti, en verdad morirá!*'"

CAPÍTULO II

Al señor Jaime Burton no le agradó en modo alguno la idea de que su joven medio hermano "corriera por Suiza" con Montanelli. Pero prohibir formalmente una gira botánica inofensiva con un maduro profesor de teología parecería a Arturo, que no conocía ningún motivo para aquella prohibición, algo absurdamente tiránico. Lo atribuiría inmediatamente a prejuicio religioso o racial; y los Burton estaban orgullosos de su ilustrada tolerancia. Todos los miembros de aquella familia habían sido siempre fieles protestantes y conservadores desde que Burton e Hijos, armadores de Londres y Liorna, establecieron el negocio, hacía más de un siglo. Pero ellos sostenían que los caballerosos ingleses deben comportarse amablemente, incluso con los papistas; y cuando el jefe de la casa, encontrando estúpido permanecer viudo, se casó con la linda institutriz católica de sus hijos pequeños, los dos hermanos mayores, Jaime y Tomás, aun lamentando mucho la presencia de una madrastra escasamente mayor que ellos, se habían sometido, agriamente resignados, a los designios de la Providencia. Desde la muerte de su padre, el casamiento del hermano mayor había complicado y hecho aún más difícil la situación; pero ambos hermanos habían tratado honradamente de proteger a Gladys, mientras vivió, de la lengua implacable de Julia y de cumplir sus deberes, tal como ellos los entendían, con Arturo. No pretendían agradar al muchacho, pero su generosidad hacia él se mostraba proveyéndolo de no escaso dinero para gastos menores y dejándolo hacer lo que quisiera. Así, en contestación a su carta, Arturo recibió un cheque para cubrir sus gastos y un frío permiso para hacer lo que le diera la gana en sus vacaciones. Gastó la mitad de sus ahorros en libros de botánica y cajas para herborizar y partió con el padre para su primera excursión alpina.

Hacía murió tiempo que Arturo no había visto a Montanelli de tan buen humor. Pasada ya la primera impresión de la conversación en el jardín había

recobrado gradualmente su equilibrio mental y ahora consideraba el caso con más calma. Arturo era muy joven y carecía de experiencia; su decisión podía ser difícilmente irrevocable. Seguramente que aún había tiempo de ganarlo mediante afectuosa persuasión y haciéndole reflexiones acerca del peligroso sendero en donde había penetrado completamente indefenso.

Habían pensado quedarse algunos días en Ginebra; pero al ver por vez primera brillar las calles blancas y polvorientas, los paseos llenos de turistas, un gesto ceñudo apareció en el rostro de Arturo. Montanelli lo observaba con tranquila complacencia.

—¿No te gusta esto, *carino*?

—No acierto a entenderlo ¡Es tan diferente de lo que yo esperaba! Sí, el lago es bello y me gusta el aspecto de aquellas montañas—. Se encontraban en la Isla de Rousseau y señalaba a lo lejos, al perfil áspero del lado de Saboya —Pero la ciudad parece tan tiesa y pulcra, diría... tan protestante; parece satisfecha de sí misma. No, no me gusta; me recuerda a Julia.

Montanelli rió.

—Pobre muchacho ¡qué mala suerte! Bueno, estamos aquí para distraernos, de suerte que no hay razón para que nos detengamos. Suponte que tomamos hoy un velero en el lago y que mañana por la mañana vamos a las montañas.

—Pero usted quería quedarse aquí, padre.

—Querido muchacho, he visto docenas de veces estos lugares. Mis vacaciones tienen por objeto verte contento. ¿Adónde te gustaría ir?

—Si realmente le da lo mismo, me gustaría seguir río arriba hasta su fuente.

—¿El Ródano?

—No, el Arve ¡Su corriente es tan rápida!

—Entonces iremos a Chamonix.

Pasaron la tarde bogando sin rumbo en un pequeño velero. El bello lago produjo mucho menos impresión en Arturo que el gris y fangoso Arve. Había crecido junto al Mediterráneo y estaba acostumbrado a los azulados rizos; pero tenía

pasión por el agua moviéndose rápida y el ímpetu de la corriente de los glaciares lo deleitaba sobre toda medida.

—Esto es mucho más serio— decía.

A la mañana siguiente, muy temprano, salieron para Chamonix. Arturo iba con el mejor buen humor del mundo en el coche a través de los fértiles valles; pero cuando entraron en la carretera sinuosa, cerca de Cluses, teniendo alrededor las grandes y afiladas montañas, se puso serio y callado. Desde San Martín marcharon lentamente valle arriba, parándose para dormir en las casas rústicas junto al camino o en las pequeñas aldeas montañosas, vagando según los orientaba su fantasía. Arturo era peculiarmente sensible a la influencia de aquel escenario y la primera catarata que hallaron lo sumió en éxtasis delicioso; pero a medida que se acercaban a las cimas nevadas pasó de aquella especie de raptó a una exaltación de ensueño que Montanelli nunca le había visto. Diríase que existía una relación mística entre él y las montañas. Yacía durante horas inmóvil, oyendo el eco de las florestas de pinos, oscuras, secretas, mirando entre los troncos altos y rectos, bañados por la luz del sol, las relucientes cimas y los pelados cantiles.

Montanelli lo observaba, presa de una especie de envidia melancólica.

—Quisiera que pudieses decirme lo que ves, *carino*— le dijo un día cuando, alzando la vista de su libro, vio a Arturo tendido en el musgo, junto a él, en la misma actitud que una hora antes, mirando con ojos muy abiertos el esplendoroso espacio blanco y azul. Se habían apartado de la carretera para dormir en una apacible aldea cerca de las rompientes y estando ya bajo el sol en un cielo sin nubes, treparon sobre una roca cubierta de pinos para ver el brillo alpino en las cúpulas y crestas de la cordillera del Monte Blanco. Arturo alzó la cabeza y sus ojos estaban llenos de maravilla y misterio.

—¿Que es lo que veo, padre? Veo un gran ser blanco, en un vacío azul que no tiene principio ni fin. Lo veo esperando, edad tras edad, la venida del espíritu de Dios. Lo veo como a través de un cristal ahumado.

Montanelli suspiró.

—Yo solía ver esas cosas hace tiempo.

—¿No las ve ahora?

—Nunca. No las veré más. Están ahí, lo sé; pero no tengo ojos para verlas. Veo otras cosas enteramente distintas.

—¿Que ve usted?

—¿Yo *carino*? Veo el firmamento azul y una montaña nevada; todo eso es lo que veo en las alturas. Pero abajo es diferente.

Señaló al valle que estaba allá abajo. Arturo se puso de rodillas y se inclinó para ver desde el abrupto borde del precipicio. Los grandes pinos, oscuros, entre las fundidas sombras del atardecer, se erguían como centinelas a lo largo de las estrechas riberas del río. Ahora el sol, rojo como hulla encendida, se ponía tras la cima dentada de una montaña, y toda vida y luz huía de la faz de la naturaleza. Directamente sobre el valle se inclinaba algo oscuro y amenazador, furioso, terrible, lleno de almas espectrales. Los acantilados perpendiculares de las peladas montañas de occidente parecían los dientes de un monstruo que acechase para arrebatarse una víctima y sumirla en el seno del valle profundo, con sus bosques gimientes y sombríos. Los pinos eran como hileras de hojas de cuchillos murmurando: "¡Caed sobre nosotros!", y en las tinieblas rugía y aullaba el torrente, golpeando contra los muros de su rocosa prisión con el frenesí de una desesperación perdurable.

—¡Padre!— Arturo se alzó, estremecido, y se apartó del precipicio. —Es como el infierno.

—No, hijo mío— contestó amablemente Montanelli —solamente es como un alma humana.

—¿Las almas de los que moran en tinieblas y en las sombras de la muerte?

—Las almas de los que ves pasar día tras día por la calle.

Arturo, tembloroso, miró hacia abajo, en las sombras. Vaga niebla blanca se cernía entre los pinos contemplando desmayada la desesperada agonía del torrente, como mísero fantasma que no tiene consuelo que dar.

—¡Mire!— dijo de pronto Arturo—. Los que vagaban en la oscuridad han

visto una gran luz.

Hacia oriente los picos nevados ardían en la luz crepuscular. Cuando la luz roja se desvaneció en las cimas, Montanelli se volvió hacia Arturo y, poniéndole la mano en el hombro, dijo:

—Vamos, *carino*; toda luz se fue. Nos perderemos en la oscuridad si permanecemos aquí más tiempo.

—Parece un cadáver— dijo Arturo cuando apartó la mirada de la faz espectral de la alta cima nevada que vibraba en la media luz.

Bajaron cuidadosamente entre los negros árboles hasta la casa rústica donde dormirían.

Cuando Montanelli entró en la habitación donde Arturo estaba esperándolo sentado a la mesa para cenar, vio que el mozo parecía haberse librado de las imágenes fantasmales de las tinieblas y se había convertido en otra criatura del todo diferente.

—¡Oh, padre, venga y mire este perro absurdo! Danza con sus patas traseras.

Estaba tan absorto en el perro y sus habilidades como lo había estado en los efectos crepusculares; la dueña del chalet, colorada, con mandil blanco, los robustos brazos en jarras, sonreía mientras Arturo se solazaba con los juegos del animal.

—Se ve que no tiene mucho en su cabeza si se entretiene con eso —dijo en dialecto a su hija—. Y ¡que muchacho tan guapo!

Arturo se sonrojó como una niña de escuela y la mujer, viendo que había entendido, se marchó confusa, riendo. Durante la cena no habló más que de planes para excursiones, subida a montañas y expediciones botánicas. Evidentemente, sus fantasías soñadoras no habían alterado su buen humor ni su apetito.

Cuando Montanelli despertó a la mañana siguiente, Arturo había desaparecido. Había salido antes del alba hacia los altos prados, "para ayudar a Gaspar a conducir sus cabras".

No hacía mucho que estaba el almuerzo sobre la mesa cuando entró en la

habitación, sin sombrero, llevando sobre sus hombros a una niña aldeana de tres años y un gran ramo de flores silvestres en la mano.

Montanelli lo miró sonriendo. Ofrecía un curioso contraste con el grave y callado Arturo de Pisa o de Liorna.

—¿Dónde has estado, cabeza loca? ¿Correteando por las montañas sin almorzar?

—Padre iera tan hermoso! ¡Las montañas se ven francamente gloriosas a la salida del sol; y el rocío es tan copioso! ¡Mire usted!

Sacó para que la viera una bota húmeda y llena de barro.

—Hemos llevado un poco de pan y queso, y en el prado hemos tomado leche de cabra. ¡Y mala que estaba! Pero tengo hambre otra vez y quisiera algo para esta personita. Anita ¿quieres un poco de miel?

Se había sentado con la niña en sus rodillas y la ayudaba a arreglar las flores.

—¡No, no!— dijo Montanelli. —No quiero que agarres un resfriado. Come y cambia tus cosas mojadas. Ven conmigo, Anita. ¿Dónde la encontraste?

—Al extremo de la aldea. Es del hombre que vimos ayer; el que remienda los zapatos de la gente del pueblo. ¡Qué bonitos ojos tiene! ¿No? Se ha metido una tortuga en su bolsillo y la llama *Carolina*.

Cuando Arturo hubo cambiado sus calcetines húmedos, bajó a almorzar y encontró a la niña sentada en las rodillas del padre, charlando gozosamente de su tortuga, cuya concha acariciaba con su mano regordeta y decía que "monsieur" podía admirar sus patas retorcidas.

—¡Mire, monsieur!— decía gravemente con su dialecto seminteligible. — ¡Mire los zapatos de Carolina!

Montanelli se sentó a jugar con la niña, acariciando su cabello, admirando su querida tortuga y contándole cuentos maravillosos. La mujer del chalet, cuando vino a limpiar la mesa, quedó sorprendida al ver a Anita volviendo del revés los bolsillos del grave caballero con ropa de clérigo

—Dios enseña a los pequeños a conocer a una persona buena —dijo—. Anita tiene miedo siempre de los extraños; y vea, no esta nada cohibida con su reverencia. ¡Cosa maravillosa! Ponte de rodillas, Anita, y pide la bendición al señor antes de que se vaya; esto te traerá buena suerte.

—No sabía yo que usted se complaciese así con los niños, padre —decía Arturo una hora más tarde, mientras paseaban por los prados a la luz del sol—. Esa niña no aparto los ojos de usted ni un momento. Usted lo sabe, creo...

—¿Si?

—Lo que yo quería decir es que me parece casi una lástima que la Iglesia prohíba casarse a los sacerdotes. No entiendo por qué, en absoluto. Mire usted, la educación de los niños es cosa seria. Significa tanto pan ellos verse rodeados desde el principio de buenas influencias, que yo pienso que cuanto más santa es la vocación de un hombre y más pura su vida, más apropiado es para ser padre. Estoy seguro, padre, de que si usted no estuviera sujeto por un voto, si usted se hubiera casado, sus hijos habrían sido los más...

— ¡Silencio!

Esta palabra fue pronunciada en un breve susurro que hizo más profundo el posterior silencio.

—Padre— continuó diciendo Arturo, afligido por la mirada sombría del otro —¿cree usted que hay algo malo en lo que he dicho? Naturalmente, puedo equivocarme; pero debo pensar tal como las ideas acuden a mi mente.

—Quizá— contestó Montanelli bondadosamente —no comprendes absolutamente el significado de lo que acabas de decir. Lo verás de modo diferente dentro de algunos años. Entretanto, sería mejor que habláramos de otra cosa.

Fue el primer tropiezo en la perfecta paz y armonía que reinaba entre ellos en aquellas vacaciones ideales.

Desde Chamonix fueron por la Cabeza Negra hasta Martigny, donde se detuvieron a descansar porque hacía un calor sofocante. Después de cenar se sentaron en la terraza resguardada del sol y que ofrecía una excelente vista de las

montañas. Arturo traía consigo su caja de herborizar y se enredaron en una seria discusión sobre botánica, en italiano.

Había dos artistas ingleses sentados en la terraza: uno dibujando, el otro charlando perezosamente. Al parecer no se les ocurría que los extranjeros entendieran el inglés.

—Deja ya de pintorrear paisajes, Willie— decía —y dibuja a ese presuntuoso muchacho italiano que se ha quedado extático ante esos helechos. Mira el trazado de sus cejas. Sólo tienes que ponerle un crucifijo en lugar de su lente de aumento y una toga romana en lugar de su chaqueta y calzón corto y tendrás tu primitivo cristiano completo, con expresión y todo.

— ¡Que ahorquen al cristiano primitivo! Estuve sentado junto a ese joven en la cena; tan extático estaba frente al pollo asado como frente a las malas hierbecillas arrancadas. Es bastante guapo; su tez color de oliva es bella, pero no es tan pintoresco como su padre.

—¿Su... qué?

—Su padre, que está sentado exactamente frente a ti. ¿Quieres decir que no te has dado cuenta de él? Tiene una cara magníficamente perfecta.

—¿Por qué? Tú, zopenco, que vas a reuniones metodistas, ¿no conoces a un sacerdote católico cuando ves uno?

—¿Un sacerdote? ¡Por Dios, en verdad lo es! Sí, me olvidaba: voto de castidad y todas esas cosas. Bueno, entonces seré caritativo y supongo que el muchacho debe ser su sobrino.

—¡Qué gente tan idiota!— susurró Arturo, levantando los ojos y mirando inquieto. —Sin embargo, es bueno que me crean parecido a usted; desearía realmente ser su sobrino... ¡Padre! ¿Qué ocurre? ¡Está usted pálido!

Montanelli se levantó apretándose la frente con una mano.

—Estoy un poco mareado— dijo con tono débil, opaco. —Quizá tomé demasiado el sol esta mañana. Iré a acostarme, *carino*; no es nada más que el calor.

Después de pasar una quincena junto al lago de Lucerna, Arturo y Montanelli regresaron a Italia por el Paso de San Gotardo. Habían tenido suerte con el tiempo y realizado varias excursiones muy agradables; pero el encanto de los primeros días se había desvanecido. Montanelli estaba constantemente obsesionado por un pensamiento incómodo acerca de la "conversación más concreta" para la cual había habido oportunidad en aquellas vacaciones. En el valle del Arve había apartado de propósito toda referencia al tema de que habían hablado bajo la magnolia; sería cruel, pensaba, echar a perder los primeros deleites del escenario alpino en un temperamento tan artístico como el de Arturo, asociándolos con una conversación que tiene que ser penosa necesariamente. Desde el mismo día en que estuvieron en Martigny se había dicho cada mañana: "Hablaré hoy." Y cada noche: "Hablaré mañana." Pero ahora, las vacaciones habían terminado y aún se repetía una y otra vez: "Mañana, mañana". Un sentimiento frío, indefinible, de algo que no era enteramente lo mismo que antes había sido, de un velo invisible que caía entre el y Arturo, lo mantuvo callado hasta que, la noche última de sus vacaciones, comprendió de repente que debía hablar entonces, si es que debía hablar. Se detuvieron a pasar la noche en Lugano y pensaban salir para Pisa a la mañana siguiente. Quería saber por lo menos hasta que punto su amado discípulo se había comprometido en la fatal arena movediza de la política italiana.

—La lluvia ha cesado, *carino*— dijo después de la puesta del sol —y esta es la única oportunidad que tenemos de ver el lago. Ven, quiero hablar contigo.

Pasearon a lo largo de la orilla del agua hasta un lugar tranquilo y se sentaron en un bajo muro de piedra. Junto a ellos había un rosal cubierto de capullos escarlata; uno o dos racimos tardíos de flores color crema colgaban todavía de una alta rama, mecidos suavemente y cargados de gotas de lluvia. En la verde superficie del lago, una pequeña embarcación, con blancas velas flojamente tendidas, se mecía en la brisa cargada de rocío. Parecía tan ligera y frágil como una flor blanca flotando sobre el agua. Allá arriba, en el monte Salvatore, la ventana de la choza de algún pastor semejava un ojo de oro. Las rosas inclinaban sus cabezas y soñaban bajo las nubes tranquilas de septiembre, y el agua chapoteaba y murmuraba suavemente entre los guijarros de la ribera.

—Esta será mi única oportunidad de una tranquila conversación contigo en mucho tiempo— comenzó diciendo Montanelli. —Volverás a tu trabajo y a tus amigos de colegio; y yo, por mi parte, estaré muy ocupado este invierno. Quiero comprender con toda claridad cuál ha de ser nuestra posición respectiva; por lo tanto, si tú... —se detuvo un momento y luego continuó más lentamente: —Si consideras que aún te inspiro la misma confianza de siempre, quiero que me digas definitivamente más de lo que me dijiste aquella noche en el jardín del seminario, es decir, hasta que punto has llegado.

Arturo miraba hacia el agua, escuchando tranquilamente, pero no contestó.

—Quiero saber, si quieres decírmelo— continuó Montanelli —si te has atado por un juramento o... de otra manera.

—No hay nada que decir, querido padre; no me he atado, pero lo estoy.

—No comprendo.

—¿Para qué sirven los votos? No es eso lo que sujeta a la gente. Si uno piensa de cierta manera acerca de algo, eso lo ata a ese algo; si no lo siente de esa manera, nada lo ata.

—¿Quieres decir, entonces, que esa cosa... ese... sentimiento es enteramente irrevocable? Arturo: ¿has pensado en lo que estas diciendo?

Arturo se volvió y miró fijo a los ojos de Montanelli.

—Padre, usted me preguntó si yo tenía confianza en usted. ¿Tiene usted también confianza en mí? Verdaderamente, si hubiera alguna cosa que decir, se la diría; pero no hay por qué hablar de esas cosas. No he olvidado lo que usted me dijo aquella noche; nunca lo olvidaré. Pero debo recorrer mi camino y seguir a la luz que veo.

Montanelli arrancó una rosa, arrancó los pétalos uno a uno y los arrojó al agua.

—Tienes razón, *carino*. Sí, no hablaremos más de estas cosas. Parece que de nada sirve hablar mucho... Bien, bien. Entremos.

CAPÍTULO III

El otoño y el invierno pasaron sin suceso notable. Arturo estudiaba tenazmente y tenía poco tiempo libre. Procuraba ir una o dos veces por semana a ver un momento a Montanelli, aunque fuera por pocos minutos. De cuando en cuando iba a pedir ayuda acerca de algún libro difícil; pero en esas ocasiones solo trataba el tema a aclarar.

Montanelli, sintiendo, más que observando, la leve, impalpable barrera que se había levantado entre ellos, se hurtaba a todo lo que pudiera parecer un intento de sostener las anteriores estrechas relaciones. Las visitas de Arturo le causaban ahora más pena que placer, tan exasperante era el continuo esfuerzo de aparecer contento y comportarse como si nada hubiera cambiado. Arturo, por su parte, notaba, sin comprenderlo apenas, el sutil cambio en el comportamiento del padre y, sintiendo vagamente que aquello tenía alguna relación con la cuestión enfadosa de las "nuevas ideas", evitaba toda mención al tema en torno al cual giraban todos sus pensamientos. No obstante, nunca había estimado a Montanelli tan profundamente como ahora. El oscuro y persistente sentimiento de insatisfacción, de vacío espiritual, que él procuraba suprimir tenazmente bajo una carga de teología y ritual, se había desvanecido en nada al contacto de la Joven Italia. Todas las fantasías enfermizas nacidas de la soledad y de la guardia en la enfermería habían pasado y las dudas contra las cuales acostumbraba orar se habían ido sin necesidad de exorcismo. Con el despertar de un entusiasmo nuevo, un más claro y fresco ideal religioso (porque era más en este aspecto que en el de un desarrollo político como el movimiento de los estudiantes se había mostrado a él), había entrado en su espíritu un sentido de calma y plenitud, de paz en la Tierra y buena voluntad hacia los hombres; y, presa de una solemne y tierna exaltación, todo el mundo le parecía lleno de luz. Encontraba un nuevo elemento de algo amable en las

personas que más le habían gustado; y a Montanelli, que durante cinco años había sido su héroe ideal, lo veía ahora rodeado de un nuevo halo, como un profeta en potencia de la nueva fe. Escuchaba con apasionado anhelo los sermones del padre, tratando de hallar en ellos alguna huella de parentesco interno con el ideal republicano; y, leyendo los Evangelios, se alegraba de las tendencias democráticas de los orígenes del cristianismo.

Un día del mes de enero llamó a la puerta del seminario para devolver un libro que le habían prestado. Al decirle que el padre director había salido, fue al estudio privado de Montanelli, colocó el libro en su estantería, y, de pronto, al volverse para salir de la habitación, vio el título de un libro que estaba sobre la mesa. Era *De Monarchia*, de Dante. Comenzó a leerlo y pronto quedó tan absorto que nada oyó cuando la puerta fue abierta y cerrada. Lo sacó de su ensimismamiento la voz de Montanelli detrás de él.

—No te esperaba hoy— dijo el padre, mirando el título del libro. — Precisamente acabo de enviar a que pregunten si podías venir a verme esta noche.

—¿Es algo importante? Tengo un compromiso para esta noche; pero lo dejaré si...

—No; puedes venir mañana. Quería verte porque saldré de aquí el martes. Se me ha dicho que vaya a Roma.

—¿A Roma? ¿Por mucho tiempo?

—La carta dice "hasta después de Pascua". Es del Vaticano. Te lo habría dicho en seguida; pero he estado muy ocupado arreglando las cosas del seminario y tomando providencias para el nuevo director.

— ¡Oh, padre! Seguramente no dejará usted el seminario.

—Tendré que dejarlo; pero probablemente volveré a Pisa, por algún tiempo al menos.

—Pero ¿por qué se va usted?

—Bueno, no se ha anunciado aún oficialmente, pero me han ofrecido un obispado.

—¿Dónde, padre?

—Por este motivo tengo que ir a Roma. Todavía no está decidido si he de tomar una sede en los Apeninos o permanecer aquí como obispo auxiliar.

—¿Y han elegido ya el nuevo director?

—El padre Cardi ha sido nombrado y llegará mañana.

—¿No es eso algo rápido?

—Sí, pero las decisiones del Vaticano no son comunicadas algunas veces hasta el último momento.

—¿Conoce usted al nuevo director?

—Personalmente no, pero se habla muy elogiosamente de él. Monseñor Belloni, que me escribe, dice que es un hombre de gran erudición.

—El seminario echará a usted de menos terriblemente.

—Yo no se lo que hará el seminario, pero estoy seguro de que tú me echarás de menos, *carino*; acaso tanto como yo te echaré de menos a ti.

—Yo, seguramente; pero estoy muy contento por todo eso.

—¿De veras? Yo no se como estoy— dijo, sentándose a la mesa con una triste mirada en su faz; no parecía el hombre que espera un ascenso. A los pocos momentos continuó: —¿Tienes que hacer esta tarde, Arturo? Si no es así, desearía que estuvieras conmigo un rato, puesto que no puedes venir por la noche. Estoy un poco apesadumbrado, me parece. Quiero estar contigo tanto como sea posible antes de marchar.

—Sí, puedo estar un rato. Me esperan a las seis.

—¿Una reunión?

Arturo afirmó con un movimiento de cabeza, y Montanelli cambió de tema inmediatamente.

—Quiero hablarte de ti mismo— dijo. —Necesitarás otro confesor en mi ausencia.

—Cuando usted vuelva iré a confesarme con usted ¿No podré?

—¡Querido muchacho! ¿Cómo puedes preguntar eso? Naturalmente, estoy hablando solamente de los tres o cuatro meses que estaré ausente. ¿Quieres ir con uno de los padres de Santa Catalina?

—Muy Bien.

Hablaron de otros asuntos durante un corto rato; luego Arturo se levantó

—Tengo que irme, padre; los estudiantes estarán esperándome.

La mirada sombría volvió al rostro de Montanelli.

—¿Ya? Casi habías ahuyentado mi humor negro. Bien, adiós.

—Adiós. Seguramente vendré mañana.

—Procura venir pronto, para que tenga tiempo de verte a solas aquí. El padre Cardi estará conmigo. Arturo, querido muchacho, sé prudente mientras yo esté fuera; no te dejes llevar a nada temerario, por lo menos antes de que yo vuelva. No puedes figurarte como me angustia dejarte.

—No hay motivo, padre; todo esta enteramente tranquilo. Y lo estará largo tiempo aún.

—Adiós— dijo Montanelli rudamente, y se sentó ante su escritorio.

La primera persona en quien se fijaron los ojos de Arturo cuando entró en la habitación donde se celebraban las pequeñas reuniones de los estudiantes, fue su antigua compañera de juegos, la hija del doctor Warren. Estaba sentada en un rincón, junto a la ventana, escuchando con cara sería y atenta lo que uno de los "iniciadores", alto joven lombardo, con gabán raído, le estaba diciendo. Durante los últimos meses había cambiado y se había desarrollado mucho, y ahora parecía una mujer joven y alta, aunque las gruesas trenzas negras caían todavía sobre su espalda, según la moda de las niñas de la escuela. Estaba vestida de negro y se cubría la cabeza con una bufanda del mismo color, porque la habitación estaba fría y embalsosada. Llevaba prendida en el pecho una ramita de ciprés, emblema de la Joven Italia. El iniciador estaba describiéndole apasionadamente la miseria del aldeano calabrés; ella escuchaba, sentada, silenciosamente, con la barbilla apoyada

en una mano y su mirada fija en el suelo. A Arturo le parecía una melancólica visión de la Libertad, triste por la pérdida de la República. (Julia la habría visto únicamente como una muchacha desvergonzada, paliducha, con nariz irregular, llevando una bata de tela usada, demasiado corta para ella.)

—¡Tú aquí Jim!— dijo él, yendo hacia ella cuando el iniciador fue llamado desde el extremo opuesto de la habitación. "Jim" era una corrupción infantil de su curioso nombre de pila: Jennifer. Sus compañeras de escuela la llamaban "Gemma".

Ella, alzando la cabeza vivamente, exclamó:

—¡Arturo! No sabía que fueras de los nuestros!

—Y yo tampoco tenía sobre ti la menor idea, Jim, ¿desde cuando has...?

—¡No lo entiendes!— interrumpió ella. —Yo no soy una afiliada. Solo he hecho dos o tres cosas sin importancia. Mira, encontré a Bini... ¿Conoces a Carlo Bini?

—Sí, desde luego— Bini era el organizador de la sección de Liorna y toda la Joven Italia lo conocía.

—Bien; él comenzó a hablarme de estas cosas y yo le pedí que me dejara asistir a una reunión de los estudiantes. El otro día me escribió a Florencia... ¿No sabes que estuve en Florencia durante las vacaciones de Navidad?

—Ahora no tengo noticias frecuentes de casa.

—¡Ah, sí! Sea como fuere, me alojé en casa de los Wright—. Los Wright eran viejos camaradas de escuela suyos que se habían trasladado a Florencia —Entonces Bini me escribió para decirme que pasara hoy por Pisa en mi camino para casa, de suerte que pudiera venir aquí. ¡Ah! Van a empezar.

La conferencia era sobre la república ideal y sobre el deber de la juventud de ajustar a ella su vida. La comprensión del conferenciante acerca del tema era un tanto vaga; pero Arturo escuchó con devota admiración. En aquel período su mente estaba curiosamente ajena a toda crítica; cuando aceptaba un ideal moral, lo aceptaba del todo, sin pararse a pensar si era verdaderamente asimilable para él. Cuando la conferencia y la larga discusión que siguió terminaron y los estudiantes

comenzaban a dispersarse, se acercó a Gemma, que todavía estaba sentada en el rincón de la estancia.

—Déjame que te acompañe, Jim. ¿Dónde te alojas?

—Con Marietta.

—¿La vieja ama de llaves de tu padre?

—Sí; hace tiempo que vive aquí.

Pasearon en silencio durante un rato. Luego Arturo dijo de repente:

—Tienes ahora diecisiete años, ¿no es verdad?

—Cumplí diecisiete años en octubre.

—Siempre he sabido que tú no eres como otras muchachas que sólo piensan en ir a los bailes y otras tonterías por el estilo. Jim, querida, yo he pensado con frecuencia que tal vez llegues a ser de los nuestros.

—Así lo he pensado yo.

—Dijiste que has hecho cosas para Bini; yo ni siquiera sabía que lo conocieras.

—No era para Bini, sino para el otro.

—¿Quién?

—El que estaba hablando conmigo anoche: Bolla.

—¿Lo conoces bien?— preguntó Arturo ligeramente celoso. Bolla era un sujeto algo majadero; había rivalidad entre ellos por causa de un trabajo que el comité de la Joven Italia confió por fin a Bolla, declarando que Arturo era demasiado joven e inexperimentado.

—Lo conozco muy bien, y me estima mucho. Ha estado residiendo en Liorna.

—Ya lo sé; fue allá en noviembre...

—A causa de los vapores, Arturo, ¿no crees que tu casa sería más segura que la nuestra para esta obra? Nadie sospecharía de una rica familia de navieros como la tuya; y tú conoces a todo el mundo en los muelles...

—¡Calla! ¡No hables tan fuerte, querida! ¿No fue en tu casa donde se escondieron los libros de Marsella?

—Sólo por un día. ¡Oh! Quizá no debiera habértelo dicho.

—¿Por qué no? Tú sabes que yo pertenezco a la sociedad. Gemma querida, nada en el mundo me haría tan feliz como que vinieras con nosotros; tú y el padre.

— ¡El padre! Seguramente él...

—No; él piensa de otro modo. Pero algunas veces imaginaba... es decir... esperaba... no sé...

—Pero Arturo ¡es un sacerdote!

—Y eso, ¿qué importa? Tenemos sacerdotes en la sociedad; dos de ellos escriben en el periódico. ¿Y por qué no? La misión del sacerdocio es guiar al mundo hacia los más elevados ideales y objetivos. ¿Qué otra cosa intenta hacer esta sociedad? Después de todo, es más una cuestión religiosa y moral que política. Si los hombres se prepararan para ser ciudadanos libres y responsables, nadie podría esclavizarlos.

Gemma frunció las cejas.

—Me parece, Arturo— dijo —que hay confusión en algún punto de tu lógica. Un sacerdote enseña doctrina religiosa. Yo no veo qué es lo que eso tiene que ver con liberarse de los austriacos.

—Un sacerdote es un instructor del cristianismo y el más grande de todos los revolucionarios fue Cristo.

—Mira, estuve hablando acerca de los sacerdotes con mi padre, hace algunos días y él decía...

—Gemma, tu padre es protestante.

Tras una corta pausa lo miró francamente.

—Escucha, haríamos mejor en dejar este asunto. Tú eres siempre intolerante cuando hablas de los protestantes.

—No quise decir que sean intolerantes. Pero creo que los protestantes son

generalmente intolerantes cuando hablan de los sacerdotes.

—Quizá tengas razón. De todos modos, hemos peleado tantas veces sobre este asunto que no vale la pena comenzar de nuevo. ¿Qué opinas sobre la conferencia?

—Me gustó mucho, especialmente la última parte. Me alegré de que hablara tan enérgicamente sobre la necesidad de vivir la república, no de soñar en ella. Es como dijo Cristo: "El reino de los cielos está en vosotros".

—Precisamente es ésa la parte que no me gustó. Habló demasiado de las cosas maravillosas que debíamos pensar y sentir; pero nunca nos dijo prácticamente qué es lo que debíamos hacer.

—Cuando llegue el momento crítico habrá muchas cosas que tendremos que hacer; pero no seamos impacientes: esos grandes cambios no se realizan en un día.

—Cuanto más tiempo cuesta hacer una cosa, más razón hay para comenzar inmediatamente. Hablas de saber ajustarse a la libertad. ¿Has conocido a alguien tan preparado para ello como tu madre? ¿No era la mujer más angelical que jamás vieras? ¿Y para qué sirvió toda su bondad? Fue una esclava hasta el día en que murió: intimidada, angustiada e insultada por tu hermano Jaime y su esposa. Mejor le hubiera ido si no hubiese sido tan dulce y paciente; no la habrían tratado de esa manera. Exactamente igual ocurre con Italia: no es paciencia lo que hace falta, sino que cada uno se prepare y todos sepan defenderse...

—Jim, querida, si la cólera y el enojo pudieran salvar a Italia hace largo tiempo que estaría libre; no es odio lo que ella necesita, sino amor.

Al pronunciar la última palabra, un rubor inundó su frente y luego desapareció de ella. Gemma no se dio cuenta de ello; con boca firme y cejas fruncidas, su mirada se perdía a lo lejos.

—Crees que estoy equivocada, Arturo— dijo después de una pausa. —Pero estoy en lo cierto y llegarás a verlo algún día. Esta es la casa. ¿Quieres entrar?

—No, es tarde. Buenas noches, querida.

De pie, en el umbral, Arturo estrechaba una mano de la muchacha entre las

suyas.

—Por Dios y por el pueblo...

Lenta y gravemente completó ella la contraseña no terminada:

—Ahora y siempre.

Retirando su mano aún oprimida, entró en la casa. Cuando tras ella se cerró la puerta, Arturo se agachó y recogió del suelo la ramita de ciprés que había caído del pecho de Gemma.

CAPÍTULO IV

Arturo regresó a su alojamiento como llevado por alas. Era absolutamente feliz, se sentía lleno de una felicidad sin nubes. En la reunión hubo alusiones a preparativos para una insurrección armada y ahora Gemma era una camarada, y él la amaba. Podían trabajar juntos, posiblemente incluso morir juntos por la futura república. Había llegado la época de floración de sus esperanzas y el padre lo vería y creería.

Sin embargo, a la mañana siguiente despertó más calmado y recordó que Gemma iba de paso para Liorna y el padre saldría para Roma. Enero, febrero, marzo... tres largos meses hasta Pascua! Y si Gemma cayera bajo influencias "protestantes" en su casa (en el vocabulario de Arturo, "protestante" significaba "filisteo") No, Gemma nunca aprendería a coquetear, a sonreír tontamente y a cautivar a turistas y a calvos navieros, como las otras muchachas inglesas en Liorna; su índole era diferente. Más podía ser muy desdichada; tan joven, tan privada de amigas, tan profundamente sola entre toda aquella gente ruda. Si por lo menos viviera la madre...

Al atardecer fue al seminario donde halló a Montanelli hablando con el nuevo director. Ambos parecían cansados y aburridos. En lugar de animarse, como era usual al ver a Arturo, el padre se puso más sombrío.

—Este es el estudiante de quien acabo de hablarle— dijo, presentando secamente a Arturo. —Le agradeceré mucho que le permita seguir utilizando la biblioteca.

El padre Cardi, un viejo sacerdote de aspecto benévolo, en seguida empezó a hablar a Arturo sobre la sabiduría, con una llaneza y familiaridad que demostraba estar bien acostumbrado a la vida del colegio. La conversación pasó pronto a discusión de reglamentos universitarios, cuestión ardiente a la sazón. Con gran

placer de Arturo, el director habló enérgicamente contra los usos adoptados por las autoridades universitarias de inquietar constantemente a los estudiantes con insensatas vejaciones y restricciones.

—He adquirido mucha experiencia en guiar a gente joven— dijo. —Tengo como regla no prohibir nunca nada sin suficiente razón. Muy pocos son los jóvenes que provocan desórdenes si se muestra la debida consideración y respeto a su personalidad. Pero, naturalmente, el caballo más dócil coceará si se le está tirando siempre de la rienda.

Arturo abrió sus ojos, asombrado; no esperaba oír de tal modo defendida la causa de los estudiantes por el nuevo director. Montanelli no tomó parte en la discusión; el tema, al parecer, no le interesaba. La expresión de su rostro acusaba tal angustia y fatiga que el padre Cardi se interrumpió de pronto.

—Temo haberlo fatigado demasiado, canónigo. Perdone mi locuacidad. Este tema me pone al rojo vivo y me olvido de que a otros puede aburrirlos.

—Al contrario, me interesaba mucho.

Montanelli no era una estampa de la cortesía al decir esto y su tono molestó a Arturo.

Cuando el padre Cardi se retiró a su habitación, Montanelli se volvió hacia Arturo con su mirada inquisitiva.

—Arturo, querido hijo— comenzó lentamente —tengo algo que decirte.

"Debe haber recibido males noticias", pensó Arturo, mirando inquieto aquel rostro fatigado. Hubo una larga pausa.

—¿Qué te parece el nuevo director?— preguntó súbitamente Montanelli.

Tan inesperada era aquella pregunta que, por un momento, Arturo no supo que responder.

—Yo... Me gusta mucho, me parece... Por lo menos... no, no estoy totalmente seguro. Pero es difícil decirlo cuando se ha visto una sola vez a una persona.

Montanelli se sentó y comenzó a hacer tamborilear sus dedos sobre el brazo del sillón, hábito suyo cuando estaba angustiado o perplejo.

—Acerca de ese viaje a Roma— continuó, si crees que hay algo... Bien... si tú lo quieres, Arturo, escribiré diciendo que no puedo ir.

— ¡Padre! Pero el Vaticano...

—El Vaticano encontrará a cualquier otro. Puedo enviar excusas.

—Pero ¿por qué? No comprendo.

Montanelli se pasó una mano por la frente.

—Estoy angustiado por ti. No se que cosas me vienen a la cabeza; y después de todo, ¿Qué necesidad tengo yo de ir...?

—Pero ¿y el obispado?

—¡Oh, Arturo! ¿De qué me sirve ganar un obispado si pierdo...?

Calló de pronto. Nunca lo había visto Arturo de aquel modo y se sintió profundamente turbado.

—No puedo comprender— dijo. —Padre, si usted pudiera explicarme más... más definitivamente lo que esta pensando...

—Nada pienso; me obsesiona un miedo horrible. Dime ¿hay algún peligro especial?

"Algo ha oído", pensó Arturo, recordando los rumores de una proyectada rebelión. Pero el secreto no era suyo y no podía revelarlo. Simplemente contestó:

—¿Cuál sería ese peligro especial?

—No me preguntes ¡contéstame!— la voz de Montanelli era casi agria en su vehemencia —¿Estás en peligro? No quiero saber tus secretos ¡dime eso solamente!

—Todos estamos en las manos de Dios, padre; todo puede suceder. Pero no veo ninguna razón por la cual yo no esté aquí vivo y salvo cuando usted regrese.

—Cuando yo regrese... Escucha, *carino*; lo dejaré en tus manos. No tienes que darme ninguna razón; solamente decirme: "Quédese" y renunciaré a ese viaje. No habrá ningún daño para nadie y tendré la sensación de que estás más seguro si te tengo a mi lado.

Esta suerte de fantasía morbosa era tan extraña al carácter de Montanelli

que Arturo lo miró con grave ansiedad.

—Padre, seguramente no está usted bien. Naturalmente, usted debe ir a Roma y tratar de tomarse un buen descanso y vencer su insomnio y sus dolores de cabeza.

—Muy bien— interrumpió Montanelli, como si estuviera cansado del tema de la discusión. —Saldré en el primer coche, mañana por la mañana.

Arturo lo miró, asombrado.

—¿Tenía usted algo que decirme?— preguntó.

—No, no; nada más... nada importante—. Había una mueca de susto, casi de terror, en su rostro.

Pocos días después de la partida de Montanelli, Arturo fue a pedir un libro de la biblioteca del seminario y se encontró con el padre Cardi en la escalera.

—¡Ah, señor Burton!— exclamó el director. —La misma persona que yo buscaba. Haga el favor de venir conmigo y ayudarme a resolver una dificultad.

Abrió la puerta del estudio y Arturo lo siguió hasta la sala, con un secreto y loco sentimiento de agravio. Le resultaba duro ver aquel amado estudio, santuario privado del padre, invadido por un extraño.

—Soy un terrible ratón de biblioteca— dijo el director. —Mi primer acto, cuando tome posesión, fue examinar la biblioteca. Parece muy interesante, pero no comprendo el sistema de catalogación.

—El catálogo es imperfecto; muchos de los mejores libros han sido añadidos a la colección posteriormente.

—¿Puede usted dedicar media hora a explicarme el orden de colocación?

Entraron en la biblioteca y Arturo explicó atentamente cómo funcionaba el catálogo.

Cuando se levantó para tomar su sombrero, el director le dijo, riendo:

—¡No, no! No puedo despedirte de esa manera. Hoy es sábado, justamente el

día en que dejas el trabajo hasta el lunes por la mañana. Espera y cena conmigo, ya que te he retenido hasta tan tarde. Estoy solo y agradeceré la compañía.

Sus maneras eran tan cordiales y agradables que Arturo se sintió en seguida cómodo con él. Tras un rato de conversación anodina, el director inquirió cuanto tiempo hacía que conocía a Montanelli.

—Unos siete años. Regresó de China cuando yo tenía doce años.

—¡Ah, sí! Fue allá donde ganó su reputación como predicador misionero. ¿Has sido discípulo suyo desde entonces?

—Comenzó a enseñarme un año después, aproximadamente cuando hice con él mi primera confesión. Luego pasé a los estudios superiores, pero él me ayudaba cuando yo quería estudiar alguna cosa que no estaba en el curso regular. Ha sido muy bondadoso conmigo; no puede usted imaginarse cuán bondadoso.

—No me cuesta creerlo; es un hombre a quien nadie puede dejar de admirar, de la más noble y bella índole. Me he encontrado con sacerdotes que estuvieron con él en China y no tenían palabras bastantes para alabar su energía y su valor bajo todas las injusticias, y su devoción sin desfallecimientos. Tienes suerte en haber contado en tu juventud con la ayuda y guía de tal hombre. Creo haber oído decir que has perdido a tus padres.

—Sí; mi padre murió cuando yo era pequeño y mi madre hace un año.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—No, tengo hermanastros; pero eran ya hombres de negocios cuando yo era todavía un niño de teta.

—Muy solo te has debido ver en tu niñez; quizá por eso concedes más valor a la bondad del canónigo Montanelli. Entre paréntesis, ¿has elegido confesor para el tiempo que dure su ausencia?

—He pensado acudir a uno de los padres de Santa Catalina, si no tienen demasiados penitentes.

—¿Quieres confesarte conmigo?

Arturo abrió sus ojos, admirado.

—Reverendo padre, naturalmente, me gustaría, solo que...

—¿Solo que el director de un seminario teológico no recibe por lo regular penitentes? Esto es cierto. Pero sé que el canónigo Montanelli tiene gran interés por ti; me imagino que le preocupa tu bienestar, como a mí me preocuparía si tuviera que separarme de un discípulo favorito y le gustaría saber que estás bajo la guía espiritual de su colega. Y, para ser franco contigo, hijo mío, me agradas, y desearía ayudarte en lo que pudiese.

—Presentado de esa manera, naturalmente, le agradecería mucho su guía.

—Entonces ¿vendrás a verme el mes próximo? Perfectamente. Y pasa a verme, muchacho, cada tarde que tengas libre.

Poco antes de Pascua fue anunciado oficialmente el nombramiento de Montanelli para la pequeña sede de Brisighella, en los Apeninos Etruscos. Escribió a Arturo desde Roma con ánimo apacible y contento; evidentemente, su depresión había desaparecido. "Debes venir a verme en todas las vacaciones —escribió— y yo con frecuencia me llegaré a Pisa; de esta suerte espero verte mucho, aunque no tanto como quisiera."

El doctor Warren había invitado a Arturo a pasar las vacaciones de Pascua con él y sus hijos, en lugar de hacerlo en el triste y viejo palacio invadido de ratas donde ahora Julia era soberana. En la carta había una corta nota garrapateada con la irregular e infantil letra de Gemma, pidiéndole que viniera si le fuera posible, "porque quiero hablarle de algo". Aún más estimulante fue la comunicación susurrada al oído, de estudiante a estudiante, en la Universidad: cada uno debía estar preparado para grandes cosas después de Pascua.

Todo esto había puesto a Arturo en un estado de arrebatada anticipación, en el cual las más descabelladas improbabilidades insinuadas entre los estudiantes le parecían naturales y acaso serían realizadas durante los dos meses próximos.

Se arregló para ir a casa el jueves de la Semana Santa y pasar allí los primeros días de vacaciones para que el placer de visitar a los Warren y la delicia de

ver a Gemma no estorbaran la solemne meditación religiosa pedida por la Iglesia a todos sus hijos en aquella estación. Escribió a Gemma, prometiéndole llegar el lunes de Pascua y se fue a su dormitorio el miércoles por la noche con paz en el alma.

Se arrodilló ante el crucifijo. El padre Cardi le había prometido recibirlo por la mañana y para su última confesión, antes de la comunión de Pascua, tenía que prepararse mediante larga y fervorosa plegaria. Arrodillado, con las manos cruzadas e inclinada la cabeza, evocaba lo hecho durante todo el mes y enumeraba los pecadillos de importancia, descuido, vivacidad de temperamento, que habían dejado sus débiles, pequeñas manchas en la blancura de su alma. Más que eso no podía encontrar; había sido demasiado feliz en el transcurso de aquel mes para que pudiera haber pecado mucho.

Se santiguó y, levantándose, comenzó a desnudarse.

Cuando se desabrochaba la camisa, cayó de ésta un trozo de papel, que revoloteó hasta el suelo. Era la carta de Gemma que había llevado todo el día colgando del cuello. La recogió, desdobló y besó sus garabatos; luego empezó a doblar de nuevo el papel, con la vaga sensación de haber hecho algo muy ridículo, cuando se dio cuenta de que en el dorso de la carta había una posdata, que no había leído: "Hazme caso y ven tan pronto como sea posible, porque quiero que te encuentres con Bolla. Ha estado aquí y hemos leído juntos cada día".

Al leer esto Arturo se le arreboló el rostro.

¡Siempre Bolla! ¿Qué hacía otra vez en Liorna? ¿Por qué quería Gemma leer con él? ¿La había fascinado con su aire presuntuoso? Claramente se vio en la reunión de enero que él estaba enamorado de ella; por eso había sido tan fervoroso en su propaganda. Y ahora estaba junto a Gemma... leyendo con ella todos los días.

Súbitamente, Arturo echó a un lado la carta y se arrodilló nuevamente ante el crucifijo. ¡Era aquélla el alma que se estaba preparando para la absolución, para el sacramento de Pascua, el alma en paz con Dios, con ella misma y con todo el mundo! ¡Un alma capaz de celos y sospechas sórdidas, de animosidades egoístas y odio, y contra un camarada! Se cubrió el rostro con ambas manos, presa de amarga

humillación. Sólo cinco minutos antes había soñado en el martirio y ahora se sentía culpable de un pensamiento tan ruin y mezquino!

Cuando entró en la capilla del seminario, el viernes por la mañana, encontró que sólo estaba allí el padre Cardi. Después de repetir el *Confíteor*, inició inmediatamente el tema que lo había inquietado la pasada noche.

—Padre, me acuso de los pecados de celos y cólera, y de pensamientos indignos contra quien no me ha hecho ningún daño.

El padre Cardi sabía muy bien qué género de penitente tenía delante. Sólo dijo, amablemente:

—No me lo has dicho todo, hijo mío.

—Padre, el hombre contra el que he tenido un pensamiento anticristiano es uno al que estoy ligado especialmente con amor y honor.

—¿Es uno con quien te ligan lazos de sangre?

—Por un lazo aún más fuerte.

—¿Por qué lazo, hijo mío?

—Por el de compañerismo.

—¿Compañerismo en qué?

—En una obra grande y santa.

Siguió una corta pausa.

—Y tu cólera contra ese... compañero, tus celos de él, ¿fueron provocados porque su éxito en la obra fue más grande que el tuyo?

—Yo... sí, parcialmente. Le envidio su experiencia, su utilidad. Y además... yo temía... que apartara de mi corazón a la muchacha que amo.

—¿Y esa muchacha a quien amas es hija de la Santa Iglesia?

—No, es protestante.

—¿Hereje?

Arturo se retorció las manos con gran desaliento.

—Sí, hereje— confirmó. —Nos hemos criado juntos; nuestras madres eran amigas... y yo lo envidiaba porque veía que él la amaba y también porque...

—Hijo mío— dijo el padre Cardi, hablando después de un momento de silencio, lenta y gravemente: —aún no me lo has dicho todo. Hay más que esto en tu alma.

—Padre, yo...— balbuceó, y se detuvo nuevamente.

El sacerdote esperó en silencio.

—Le tenía envidia porque la sociedad... la Joven Italia... a la que pertenezco...

—¿Sí?

—...Le confió un trabajo que yo esperaba que me hubieran dado a mí, para el que pensaba que estoy especialmente calificado.

—¿Qué trabajo?

—Sacar libros, libros políticos, de los vapores que los traen y encontrar un lugar escondido para ellos... en la ciudad.

—¿Y ese trabajo fue encomendado por el partido a tu rival?

—A Bolla... y yo le tenía envidia.

—¿Te dio él motivo alguno para ese sentimiento? ¿No lo acusas de haber descuidado la misión que se le ha confiado?

—No, padre; él ha trabajado con valor y abnegación; es un verdadero patriota y no merece sino cariño y respeto de mí.

El padre Cardi lo invitó a reflexionar.

—Hijo mío, si hay en ti una nueva luz, el sueño de alguna gran obra que deba ser realizada por los hombres, una esperanza de que se aliviara la carga de los cansados y oprimidos, ten en cuenta que se trata de la más preciosa bendición de Dios. Todas las cosas buenas son dones suyos y un don de él es el nuevo renacimiento. Si has encontrado el camino del sacrificio, el camino que conduce a la paz, si te has unido con bondadosos camaradas para traer liberación a los que lloran

y sufren en secreto, entonces procura que tu alma esté libre de envidia y pasión y que tu corazón sea como un altar donde arde eternamente el fuego sagrado. Recuerda que eso es alta y santa cosa, y que el corazón que la reciba debe estar purificado de todo pensamiento egoísta. Esa vocación es semejante a la del sacerdote; no es por el amor de una mujer, ni por un momento de pasión fugaz, sino *por Dios y por el pueblo, es ahora y para siempre.*

—¡Ah!— exclamó Arturo, cruzando sus manos; casi sollozaba al oír la contraseña. —Padre, inos da usted la sanción de la Iglesia! Cristo está con nosotros...

—Hijo mío— contestó solemnemente el sacerdote —Cristo arrojó del templo a los mercaderes, porque su casa debía llamarse casa de oración y aquéllos la habían convertido en una cueva de ladrones.

Tras una larga pausa, Arturo, tembloroso, dijo quedamente:

—E Italia será su templo cuando ellos sean expulsados...

Calló y la respuesta, acariciadora, llegó:

—"La tierra y su plenitud son mías", dice el Señor.

CAPÍTULO V

Aquella tarde Arturo sintió la necesidad de dar un largo paseo. Confió su equipaje a un compañero estudiante y se marchó a Liorna a pie.

El tiempo era húmedo y nublado, pero no frío, y las tierras bajas le parecieron más bellas que nunca. Le producían una sensación deliciosa la blanda elasticidad de la hierba fresca bajo sus pies y la contemplación de las humildes flores silvestres de primavera que crecían al borde de la carretera. En una rama de acacia espinosa, en el lindero de un bosquecillo, un pájaro construía su nido y huyó, en rápido revoloteo de sus alas oscuras, lanzando un asustado chillido, cuando Arturo pasó.

Trataba de mantener su mente fija en las meditaciones devotas adecuadas a la víspera del Jueves Santo. Pero los pensamientos de Montanelli y de Gemma pesaban tanto en su ejercicio devoto, que al fin desechó su intento y dejó a su imaginación vagar por las glorias de la insurrección que se acercaba y la parte que había atribuido a sus dos ídolos. El padre sería el guía, el apóstol, el profeta ante cuya sagrada cólera huirían los poderes de las tinieblas y a cuyos pies los jóvenes defensores de la libertad aprenderían nuevamente las viejas doctrinas, las antiguas verdades en su nueva significación no imaginada.

¿Y Gemma? ¡Oh! Gemma lucharía en las barricadas. Estaba hecha con la arcilla de que están modeladas las heroínas. Sería la camarada perfecta, la doncella pura y sin miedo con la que han soñado tantos poetas. Estaría a su lado, hombro con hombro, alegre bajo la alada tempestad mortal; y juntos morirían, quizás en el momento de la victoria... Sin duda habría una victoria. De su amor nada le diría; no pronunciaría ninguna palabra que alterara la paz en ella o que pudiera turbar su apacible sentimiento de compañerismo. Ella era para él una cosa sagrada, una

víctima inmaculada a poner en el altar como ofrenda al fuego para la liberación del pueblo. ¿Quién era él para entrar en el blanco santuario de un alma que no conocía otro amor que el de Dios y el de Italia?

Dios e Italia... Entonces vino la súbita caída desde las nubes cuando entró en la grande y triste casa de la calle de los Palacios y el mayordomo de Julia, limpio, tranquilo y cortésmente desaprobador como siempre, se encontró con él en la escalera.

—Buenas noches, Gibbons. ¿Están en casa mis hermanos?

—El señor Tomás está, señor, y también la señora Burton. Los encontrará en la sala.

Arturo entró con una oscura sensación de opresión. ¡Qué lúgubre casa era aquélla! La corriente de la vida arrastró el pasado dejando siempre la marca superior de la inundación. Nada en ella había cambiado: ni la gente, ni los retratos de familia, ni los pesados muebles y la fea cerámica, ni la vulgar ostentación de riquezas, ni el aspecto sin vida de cada cosa. Incluso las flores en las macetas de bronce parecían pintadas flores de metal que nunca habían conocido la agitación de la savia joven dentro de ellas en los cálidos días primaverales. Julia, vestida para la cena y esperando a los visitantes en la sala que para ella era el centro de la existencia, podía haber posado para una ilustración de moda tal como estaba, con su helada sonrisa, sus rizos rubios y el perro faldero en sus rodillas.

—¿Cómo estás, Arturo?— dijo en actitud rígida, tendiéndole la punta de los dedos por un momento y luego trasladándolos al contacto más estimable para ella del chaleco de seda del perro faldero —Espero que te encuentres bien y que hayas hecho satisfactorios progresos en la Universidad.

Arturo murmuró los primeros lugares comunes que se le ocurrieron y se sumió en incómodo silencio. La llegada de Jaime en su forma más pomposa, acompañado de un seco agente naviero de edad madura, no mejoró la situación y cuando Gibbons anunció que la cena estaba servida, Arturo se levantó con un ligero suspiro de alivio.

—No quiero cenar, Julia. Si me lo permites, me iré a mi cuarto.

—Estás exagerando ese ayuno, muchacho— dijo Tomás. —Terminarás por caer enfermo.

—¡Oh, no! Buenas noches.

En el corredor encontró Arturo a la segunda doncella de la casa y le pidió que llamara a su puerta a las seis de la mañana.

—¿Va a la iglesia el *signorino*?

—Sí. Buenas noches, Teresa.

Se fue a su cuarto el cual había pertenecido a su madre y el lado opuesto a la ventana había sido arreglado, durante su larga enfermedad, como oratorio. Un gran crucifijo sobre pedestal negro ocupaba el centro del altar; delante colgaba una lamparilla romana. Era la habitación donde ella había muerto. Su retrato estaba en la pared, junto al lecho; sobre la mesa estaba un vaso de porcelana que había sido suyo; contenía un hermoso ramo de sus violetas favoritas. Hacía justamente un año que había muerto y las sirvientas italianas no la habían olvidado.

Sacó de su equipaje un retrato enmarcado y cuidadosamente envuelto. Era un retrato a lápiz de Montanelli que había llegado de Roma hada muy pocos días. Estaba desenvolviendo aquel precioso tesoro cuando el criado de Julia entró con una bandeja en la cual la vieja cocinera italiana, que había servido a Gladys antes de que viniera la nueva áspera señora de la casa, había puesto las golosinas que ella consideraba que podía permitirse comer el *signorino* sin infringir las reglas de la Iglesia. Arturo lo rechazó todo, menos un trozo de pan; y el criado, sobrino de Gibbons, llegado recientemente de Inglaterra, hacía muecas significativas cuando salió con la bandeja. Se había unido ya al campo protestante en la sala de la servidumbre.

Arturo entró en la alcoba y se arrodilló ante el crucifijo, intentando predisponer su espíritu para la actitud más adecuada a la plegaria y la meditación. Pero halló difícil conseguirlo. Había exagerado, como dijo Tomás, las privaciones de cuaresma y actuaban en su cabeza como vino fuerte. Pequeños temblores de excitación le bajaban por la espalda y el crucifijo se desvanecía en una niebla ante sus ojos. Solo después de una larga letanía, repetida mecánicamente, consiguió

llevar su viajera imaginación al misterio del sacrificio. Al fin, el puro cansancio físico venció la agitación febril de sus nervios y se acostó para dormir con el ánimo tranquilo y calmado, libre de todo pensamiento inquieto o perturbador.

Dormía profundamente cuando duros e impacientes golpes sonaron a su puerta. "¡Ah, es Teresa!", pensó, volviéndose perezosamente del otro lado. La llamada se repitió y él despertó, sobresaltado.

—*¡Signorino! ¡Signorino!*— gritaba una voz de hombre en italiano. —
¡Levántese, por amor de Dios!

Arturo saltó de la cama.

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—Soy yo, Gian Battista. ¡Levántese pronto, por la Virgen Santísima!

Arturo se vistió rápidamente y abrió la puerta. Cuando miraba perplejo la cara pálida, asustada, del cochero, un ruido de pasos y rechinar de metales vino del corredor y de repente comprendió la verdad.

—¿Por mí?— preguntó fríamente.

—Por usted. ¡Oh, *signorino*, dese prisa! ¿Que tiene usted que esconder? Mire, yo puedo ponerlo...

—No tengo nada que esconder. ¿Lo saben mis hermanos?

El primer uniforme apareció en la esquina del pasillo.

—Han llamado al *signor*; toda la casa está despierta. ¡Ay! ¡Qué desgracia, qué terrible desgracia! ¡Y en Viernes Santo! ¡Piedad, santos benditos!

Gian Battista estalló en sollozos. Arturo avanzó unos cuantos pasos y esperó a los guardias que venían gritando, seguidos de un grupo de sirvientes asustados y vestidos de cualquier manera. Cuando los soldados rodearon a Arturo, el dueño y la dueña de la casa iban a la retaguardia de aquella extraña procesión: él con bata y zapatillas; ella con un largo peinador y el pelo lleno de papelitos para rizar.

"¡Seguramente hay otro diluvio, y esas parejas acuden al área! ¡Aquí viene un par de muy extrañas bestias!"

Esta cita cruzó como una llamarada por la mente de Arturo cuando vio las grotescas figuras. Contuvo la risa, consciente de su fastidiosa incongruencia, porque aquel era un momento de más dignos pensamientos. "*Ave María, regina coeli!*", dijo en voz baja y apartó su mirada para que los moños que colgaban del pelo de Julia no lo llevaran a alguna ligereza.

—Tenga la bondad de explicarme— dijo el señor Burton, acercándose al oficial —qué significa esta violenta intrusión en una casa particular. Le advierto que, a menos que este dispuesto a darme una explicación satisfactoria, me veré obligado a quejarme al embajador inglés.

—Presumo— contestó afectadamente el oficial —que usted reconocerá esto como una explicación suficiente; el embajador inglés seguramente lo reconocerá—. Y exhibió una orden de detención de Arturo Burton, estudiante de filosofía. Luego, poniéndola en la mano de Jaime, añadió fríamente—: Si desea usted más explicaciones, lo mejor es que vaya en persona a ver al jefe de policía.

Julia arrebató el papal a su marido, le echó una ojeada y miró a Arturo con la rabia que nada en el mundo puede compararse a la de una dama elegante.

—¡De manera que eres tú quien ha traído la desgracia a la familia!— dijo chillando —¡Poner a toda la canalla de la ciudad en movimiento, como si se tratara de un espectáculo! ¿Así, te has convertido en un malhechor ahora, con toda tu piedad? No otra cosa era de esperar de este hijo de una mujer papista...

—No debe usted hablar a un preso en lengua extranjera, señora— interrumpió el oficial, pero su protesta difícilmente pudo oírse en medio del torrente de inglés vociferado por Julia.

—¡No podía esperarse otra cosa! ¡Ayuno y rezos y santa meditación! ¡Y mira lo que había dejado de todo eso! El asunto termina tal como yo pensaba.

El doctor Warren comparó una vez a Julia con una ensalada en la cual la cocinera había volcado la vinagrera. El sonido de su voz aguda y dura hizo chirriar los dientes de Arturo y el símil de pronto estalló en su memoria.

—No tiene objeto una conversación de este género— dijo. —Usted no ha de

temer ningún contratiempo; todo el mundo comprenderá que todos ustedes son inocentes. Supongo, señores, que desearán registrar mis cosas. No tengo nada escondido.

Mientras los guardias registraban minuciosamente la habitación, leían las cartas, examinaban los apuntes del estudiante y volvían bocabajo cajas y cajones, Arturo se sentó, esperando, en el borde de la cama, un poco rojo de excitación, pero en modo alguno afligido. El registro no lo inquietaba. Siempre había quemado las cartas que podrían posiblemente comprometer a alguien; excepto unos pocos versos escritos a mano, medio revolucionarios, medio místicos, y dos o tres números de *Joven Italia*, los guardias no encontraron nada que recompensara su molestia. Julia, después de una larga resistencia, atendió las súplicas de su cuñado y volvió a la cama, pasando junto a Arturo, con magnífico desdén, seguida humildemente de Jaime.

Cuando hubieron salido de la habitación, Tomás, que durante todo aquel tiempo había paseado de un lado a otro algo atolondrado, tratando de aparecer indiferente, se aproximó al oficial y le pidió permiso para hablar con el preso. Tras haberlo recibido, con un movimiento de cabeza, se acercó a Arturo y murmuró con voz algo ronca:

—Digo que esto es un asunto infernalmente torpe. Me entristece mucho.

Arturo lo miró con faz tan serena como una mañana de verano.

—Siempre has sido bueno para mí— dijo. —Nada hay de qué entristecerse. Estaré libre pronto.

— ¡Mira, Arturo!— Tomás se dio un tirón al bigote y entró de cabeza en la estúpida cuestión. —¿Es que... todo esto tiene que ver con... dinero? Porque, si es así, yo...

—¿Con dinero? ¡Oh, no! ¿Qué tendría que ver el dinero en...?

—Entonces ¿se trata de alguna mentecada política? Así lo pienso. Bien. No abras la boca... y no te ocupes del charloteo de Julia. Sólo es rencorosa en el hablar; y si quieres ayuda, dinero, o cualquier otra cosa, dímelo. ¿Lo harás?

Arturo le tendió su mano en silencio y Tomás salió de la estancia con un gesto rebuscado de despreocupación, lo que hacía su cara más bobalicona que nunca.

Entretanto, los guardias habían terminado su registro y el oficial pidió a Arturo que se pusiera sus ropas de calle. Obedeciendo en seguida, se volvió para salir de la habitación; luego se detuvo, con vacilación repentina. Le resultaba difícil decir adiós al oratorio de su madre en presencia de aquella gente.

—¿Tiene usted alguna objeción en salir de aquí por unos momentos?— preguntó. —Usted ve que no puedo escapar y que no hay nada escondido.

—Lo siento, pero está prohibido terminantemente dejar solo a un prisionero.

—Muy bien; no importa.

Entró en la alcoba, se arrodilló y besó los pies y el pedestal del crucifijo, diciendo quedamente: "Señor, haz que sea fiel hasta la muerte."

Cuando se levantó, el oficial estaba junto a la mesa, examinando el retrato de Montanelli.

—¿Es pariente suyo?— preguntó.

—No, es mi confesor: el nuevo obispo de Brisighella.

En la escalera esperaban los sirvientes italianos, ansiosos y tristes. Todos ellos querían a Arturo por sí mismo y por su madre y lo rodeaban, besando sus manos y ropas con apasionado sentimiento. Gian Battista dejaba correr las lágrimas por su bigote blanco. Ninguno de los Burton vino a despedirlo. Su frialdad acentuaba la ternura y simpatía de los sirvientes, y Arturo estuvo a punto de desfallecer mientras estrechaba las manos que lo buscaban.

—Adiós, Gian Battista. Besa de mi parte a los pequeños. Adiós, Teresa. Rueguen por mí, todos ustedes ¡y que Dios los guarde! ¡Adiós, adiós!

Bajó rápidamente las escaleras hasta la puerta principal. Un momento más tarde solo un pequeño grupo de hombres silenciosos y de mujeres sollozaba en el umbral, contemplando cómo se alejaba el coche.

CAPÍTULO VI

Arturo fue llevado a la enorme fortaleza medieval que estaba en la boca del puerto. Encontró la vida en la cárcel bastante soportable. Su celda era desagradablemente húmeda y oscura; pero había sido criado en un palacio de la Vía Borra y ni el aire confinado, ni las ratas, ni los olores repugnantes eran novedades para él. El alimento era tan malo como escaso; pero Jaime obtuvo pronto permiso para enviarle todo lo necesario desde casa. Lo mantuvieron incomunicado y a pesar de que la vigilancia de los guardianes era menos estricta de lo que él hubiera esperado, no consiguió obtener explicación alguna acerca de la causa de su detención. No obstante, el tranquilo ánimo con que había entrado en la fortaleza no sufrió cambio. No permitiéndole libros, pasó el tiempo en plegaria y meditación devota, y esperó sin impaciencia ni ansiedad el posterior curso de los acontecimientos.

Cierto día, un soldado llamó a la puerta de su celda y le dijo:

—Haga el favor de salir.

Después de dos o tres preguntas, a las que aquél no contestó más que: "Está prohibido hablar", Arturo se resignó a lo inevitable y siguió al soldado a través de un laberinto de patios, corredores y escaleras, todo más o menos oliendo a mohó, hasta una grande y clara sala donde tres personas en uniforme militar estaban sentadas ante una mesa cubierta de paño verde y de papeles desparramados, charlando lánguidamente de temas imprecisos. Cuando él llegó, afectaron aire rígido y el más viejo de ellos, hombre presuntuoso, con patillas blancas y uniforme de coronel, señaló una silla al otro lado de la mesa y comenzó el interrogatorio preliminar.

Arturo esperaba ser amenazado, maltratado, insultado y se había preparado a contestar con dignidad y paciencia; pero fue agradablemente chasqueado. El

coronel era afectado, frío y serio, más perfectamente cortés. Las preguntas usuales acerca del nombre, edad, nacionalidad y posición social fueron hechas y contestadas y las respuestas anotadas en monótona sucesión.

Comenzaba a sentirse aburrido e impaciente cuando el coronel preguntó:

—Y ahora, señor Burton, ¿Qué sabe usted acerca de la *Joven Italia*?

—Se que es una sociedad que publica un periódico y lo hace circular por toda Italia con el objeto de inducir al pueblo a rebelarse y expulsar del país al ejército austriaco.

—Ha leído usted ese periódico ¿no es verdad?

—Sí; me interesa el asunto.

—Cuando usted lo leía, ¿se daba cuenta de que estaba cometiendo un acto ilegal?

—Ciertamente.

—¿Dónde adquirió usted los ejemplares que se encontraron en su habitación?

—No puedo decírselo.

—Señor Burton, usted no debe decir aquí: "No puedo decirlo". Usted está obligado a contestar a mis preguntas.

—No quiero, entonces, si usted no acepta el "no puedo".

—Lo sentirá usted, si se permite usar tales expresiones— dijo el coronel. Y como Arturo no replicara, prosiguió: —Puedo decirle que ha llegado a nuestras manos la prueba de que su conexión con esa sociedad es mucho más íntima que lo que implica la mera lectura de la literatura prohibida. Le sería ventajoso confesar francamente. En todo caso, la verdad se sabrá y será inútil que usted se esconda con evasivas o negando.

—No tengo ningún deseo de ocultar nada mío. ¿Qué quiere usted saber?

—En primer lugar, ¿por qué usted, un extranjero, se ha mezclado en asuntos de este género?

—Pensé en el asunto, leí cuanto a mi llegaba y saqué mis propias conclusiones.

—¿Quién lo persuadió a entrar en esa sociedad?

—Nadie; yo quise entrar en ella.

—Está usted diciéndome tonterías— dijo el coronel con aspereza; evidentemente estaba agotándose su paciencia. —Nadie entra en una sociedad por sí mismo. ¿A quien comunicó usted su deseo de ingresar en ella?

Silencio.

—¿Tiene usted la bondad de contestarme?

—No cuando usted pregunta cosas de ese género.

Arturo contestó malhumorado; una rara y nerviosa irritación iba apoderándose de él. Ya sabía que se habían efectuado muchas detenciones en Liorna y en Pisa; y aunque ignorante todavía de la extensión de aquella calamidad había oído bastante para ser presa de febril ansiedad por la seguridad de Gemma y de sus otros amigos. La estudiada cortesía de los oficiales, el aburrido juego de ataque y defensa, de preguntas insidiosas y contestaciones evasivas, lo inquietaban y aturdían, y el desmañado ir y venir del centinela junto a la puerta hería su oído insoportablemente.

—¡Oh! A propósito ¿cuando se encontró con Giovanni Bolla la última vez?— preguntó el coronel, tras algunas palabras de tanteo. —Exactamente antes de salir de Pisa, ¿no es eso?

—No conozco a nadie de ese nombre.

—¡Cómo! ¿Giovanni Bolla? Usted lo conoce, seguramente; se trata de un individuo joven, alto, afeitado. Es uno de sus compañeros de estudio.

—Hay muchos estudiantes en la Universidad a quienes no conozco.

—Pero usted tiene que conocer a Bolla, seguramente. Mire, esta es su letra. Como ve usted, él lo conoce bastante.

El coronel, de modo negligente, le dio un papel encabezado con: "Protocolo",

y firmado: "Giovanni Bolla". Pasando la vista sobre el papel, Arturo vio su nombre. Levantó la vista, sorprendido.

—¿Puedo leerlo?

—Sí, puede hacerlo. Se refiere a usted.

Empezó a leer, mientras que los oficiales se sentaban en silencio, sin dejar de escrutar su rostro. El documento consistía en unas declaraciones en respuesta a una larga serie de preguntas. Evidentemente, Bolla también debía haber sido detenido. Las primeras declaraciones eran del carácter estereotipado usual; seguía luego un corto informe sobre la conexión de Bolla con la sociedad, la distribución de literatura prohibida en Liorna y las reuniones de los estudiantes. Después venía: "Entre los que se reunían con nosotros había un joven inglés, Arturo Burton, que pertenece a una familia de ricos navieros".

Arturo enrojeció intensamente. ¡Bolla lo había traicionado! Bolla, que había contraído los deberes solemnes de un iniciador... que había convertido a Gemma... ¡Que estaba enamorado de ella! Dejó el papel y se quedó mirando fijamente al suelo.

—Espero que ese pequeño documento le haya refrescado la memoria— insinuó el coronel, cortésmente. Arturo negó con la cabeza.

—No conozco a nadie de ese nombre— repitió con voz opaca. —Tiene que haber alguna equivocación.

—¿Equivocación? ¡Déjese de tonterías! Mire, señor Burton, hidalguía y quijotismo son muy bellas cosas en sí mismas; pero de nada sirve extralimitarse. Es un error en el que todos ustedes, jóvenes, caen al principio. ¡Piénselo! ¿De que le sirve comprometerse y destruir sus proyectos en la vida por una simple formalidad acerca de un individuo que lo ha traicionado? Como ha podido usted ver, él no tuvo ningún reparo en decir lo que dijo de usted.

Un débil matiz de algo como burla había vibrado en la voz del coronel. Arturo alzó la vista con sobresalto; una súbita idea cruzó por su mente.

—¡Eso es mentira!— gritó. —¡Es una farsa! ¡Lo leo en su cara! Usted,

cobardemente, ha buscado algún prisionero que se comprometa o urdido una trampa para hundirme en ella. ¡Usted es un farsante, un mentiroso y un bribón!

—¡Silencio!— gritó el coronel, levantándose furioso; sus dos colegas estaban ya en pie. —Capitán Tommasi— continuó dirigiéndose a uno de ellos —llame al guardia, haga el favor, y que meta a este caballerete en la celda de castigo por unos cuantos días. Veo que necesita una lección para hacerlo entrar en razón.

La celda de castigo era un inmundo agujero, oscuro y húmedo, bajo tierra. En lugar de hacer razonable a Arturo lo exasperó por completo. Su lujosa casa lo había hecho refinadamente exagerado en la limpieza personal y el primer efecto de las paredes viscosas, cubiertas de bichos asquerosos, el suelo lleno de inmundicias, el repugnante hedor de mohos y aguas de cloaca y madera podrida, era lo bastante fuerte para haber satisfecho al oficial ofendido. Cuando lo empujaron y la puerta se cerró tras él, dio tres pasos cautelosos hacia delante, con los brazos extendidos, estremeciéndose con disgusto cuando los dedos tocaron el resbaladizo muro y buscó a tientas en las densas tinieblas algún lugar menos sucio que el resto para sentarse.

El largo día pasó en completa oscuridad y silencio, y la noche no trajo ningún cambio. En el profundo vacío y ausencia de toda impresión externa perdió gradualmente conciencia del tiempo; y cuando, a la mañana siguiente, una llave dio vuelta en la cerradura de la puerta y las ratas asustadas escaparon chillando, fue súbitamente presa de pánico, le latió furiosamente el corazón y atacó sus oídos un ruido ensordecedor, como si hubiera estado privado de luz y sonido durante meses en lugar de horas.

La puerta se abrió dejando entrar el débil resplandor de una linterna (inundación de luz cegadora le pareció a él) y el guardián asomó la cabeza alargando un trozo de pan y un cacharro con agua. Arturo dio un paso hacia delante; estaba convencido de que aquel hombre había venido a sacarlo de allí. Antes de que tuviera tiempo de hablar, el carcelero puso en sus manos el pan y el jarro, dio media vuelta y salió sin decir palabra, tras cerrar la puerta.

Arturo pateó furiosamente. Por vez primera en su vida estaba salvajemente

colérico. Mas, a medida que las horas pasaban, la conciencia de tiempo y de lugar se desvanecía gradualmente. La oscuridad parecía una cosa ilimitada, sin principio ni fin y la vida, para él, se había detenido. En la noche del tercer día, cuando la puerta se abrió y la cabeza del carcelero asomó, con un soldado, alzó la mirada, deslumbrado y aturdido, y se protegió los ojos cegados por la luz inusitada, preguntándose vagamente cuántas horas o cuántas semanas había estado en aquella tumba.

—Por aquí, haga el favor— dijo la voz fría del carcelero. Arturo se levantó y avanzó mecánicamente con extraña inseguridad, vacilando y tropezando como un borracho. Rechazó el intento del carcelero de ayudarlo a subir los empinados y estrechos escalones que conducían al patio; pero cuando llegó al escalón más alto, le sobrevino un vértigo instantáneo, de manera que hubiera caído hacia atrás si el carcelero no lo hubiese agarrado del hombro.

—Allí estará bien ahora— dijo una voz alegre. —La mayor parte de ellos hacen lo mismo cuando salen al aire libre.

Arturo luchó desesperadamente por respirar cuando le echaron a la cara un cubo de agua. La oscuridad parecía desprenderse de él a trozos, simultánea con estridentes ruidos; luego despertó de pronto a plena conciencia y apartando de sí el brazo del carcelero, siguió a lo largo del corredor y subió por las escaleras casi sin trastabillar. Se detuvieron un momento frente a una puerta; ésta se abrió, y antes de que se diera cuenta de adonde lo llevaban, se encontró en la sala de interrogatorios brillantemente iluminada, mirando confusamente la mesa y los papeles y los oficiales sentados en sus sitios de costumbre.

—¡Ah, es el señor Burton!— dijo el coronel. —Espero que ahora podremos hablar más cómodamente. Bien. ¿Qué le parece la celda oscura? No es tan lujosa como la sala de su hermano ¿eh?

Arturo miró la cara sonriente del coronel. Se apoderó de él un deseo frenético de saltar al cuello de aquel presuntuoso con patillas blancas y rompérselo con sus dientes. Probablemente mostraba su rostro algo de este deseo, porque el coronel

añadió en seguida, en tono muy diferente:

—Siéntese, señor Burton, y beba un poco de agua; está usted excitado.

Arturo apartó el vaso de agua que le ofrecieron, apoyó sus brazos en la mesa y puso una mano sobre su frente, tratando de ordenar sus pensamientos. El coronel, sentado, lo observaba atentamente, notando con vista experimentada las manos y los labios temblorosos, el cabello chorreando agua, la mirada opaca que denotaba postración física y excitación nerviosa.

—Ahora, señor Burton— dijo, pasados unos momentos —comenzaremos en el punto en que lo dejamos la vez anterior; y como han ocurrido ciertas cosas desagradables entre nosotros, puedo comenzar diciendo que yo, por mi parte, no tengo otro deseo sino el de ser indulgente con usted. Si se comporta debida y razonablemente, le aseguro que no lo trataremos con ninguna dureza in-necesaria.

—¿Qué quiere usted que haga?

Arturo habló con voz dura, malhumorada, muy diferente de su tono natural.

—Solo le pedimos que nos diga francamente, de manera sincera y honrada, qué sabe usted de esa sociedad y de sus secuaces. En primer lugar, ¿cuánto tiempo hace que usted conoce a Bolla?

—Nunca me lo encontré en mi vida. No sé nada referente a él.

—¿Realmente? Bien, volveremos a este asunto. Creo que usted conocía a un joven llamado Carlos Bini.

—Nunca he oído hablar de tal persona.

—¡Qué extraordinario es eso! ¿Y qué sabe acerca de Francesco Neri?

—Nunca oí ese nombre.

—Pero aquí hay una carta de su puño y letra dirigida a él ¡Mírela!

Arturo echó una mirada indiferente a la carta y la dejó a un lado.

—¿Reconoce usted esa letra?

—No.

—¿Niega usted que es su letra?

—No niego nada. No me acuerdo de ello.

—Quizás recuerde usted esta otra.

Otra carta le fue presentada y vio que era una que había escrito a un compañero estudiante, en el otoño.

—No.

—¿Ni la persona a quien va dirigida?

—Ni la persona.

—Su memoria es singularmente mala.

—Es un defecto que siempre me ha hecho sufrir.

—¡Verdaderamente! Sin embargo, el otro día oí a un profesor de la Universidad hablar de usted y no lo considera en ningún modo deficiente; más bien, de hecho, inteligente.

—Probablemente juzga usted la inteligencia desde el punto de vista del policía-espía; los profesores de universidad usan las palabras en sentido diferente.

La nota de creciente irritación era plenamente audible en la voz de Arturo. Estaba exhausto físicamente por el hambre, el aire viciado y la falta de sueño; todos los huesos de su cuerpo le dolían y la voz del coronel arañaba sus nervios exasperados y le hacía rechinar los dientes.

—Señor Burton— dijo el coronel, inclinándose hacia el respaldo de su sillón y hablando gravemente —de nuevo se olvida de sí mismo; y le advierto otra vez que este género de conversación no le hará ningún bien. Seguramente ha tenido bastante con la celda oscura para no querer más por ahora. He de decirle llanamente que usaré medidas duras con usted si persiste en repeler las suaves. Piénselo, tengo pruebas, pruebas positivas, de que alguno de esos jóvenes se ha comprometido a pasar de contrabando literatura prohibida, en este puerto y de que usted ha estado en comunicación con ellos. Ahora bien, ¿va usted a decirme, espontáneamente, qué sabe acerca de este asunto?

Arturo inclinó más la cabeza. Una ciega, insensata furia de bestia salvaje comenzaba a agitarse en él como una cosa viva. La posibilidad de perder el dominio

de sí mismo le importaba más que todas las amenazas. Por primera vez, empezó a darse cuenta de qué potencialidades yacen ocultas bajo la cultura de todo caballero y la piedad de todo cristiano, y el terror de sí mismo se hizo más intenso en él.

—Estoy esperando su respuesta— dijo el coronel. —No tengo ninguna respuesta que dar.

—¿Se niega usted positivamente a contestar?

—No le diré a usted absolutamente nada.

—Entonces debo ordenar simplemente que vuelva usted a la celda de castigo y que siga allí hasta que cambie de parecer. Si hay muchas más dificultades por causa suya, le pondré cadenas.

Arturo lo miró, temblando de pies a cabeza.

—Haga usted lo que le plazca— dijo lentamente. —Y si el embajador inglés se entera de los ardides que está usando con un súbdito británico que no está convicto de ningún crimen, será él quien decida.

Al fin Arturo fue llevado a su celda, donde se echó enseguida en la cama y durmió hasta la mañana siguiente. No le pusieron grillos y no vio más la mortal celda oscura; pero la contienda entre él y el coronel se hizo más dura en cada interrogatorio. Era enteramente inútil para Arturo orar en su celda pidiendo gracia para vencer sus malas pasiones o meditar durante medianoche sobre la paciencia y la mansedumbre de Cristo. Tan pronto como era llevado otra vez a la larga, desnuda sala con su mesa de tapete de bayeta verde y se veía delante del engomado bigote del coronel, el espíritu anticristiano tomaba posesión de él una vez más, sugiriéndole agrias sutilezas y respuestas insolentes. Antes de haber pasado un mes en la cárcel, la irritación mutua había llegado a tal extremo, que él y el coronel no podían verse las caras sin perder la calma.

La continua tensión de esta mezquina lucha comenzaba a afectar pesadamente sus nervios. Sabiendo cuán estrechamente vigilado estaba y recordando ciertos espantosos rumores que había oído de prisioneros a los que se administró belladona y las notas que podían tomarse de los delirios que la droga

ocasionaba, gradualmente cobró miedo a dormir o comer; y si un ratón pasaba a su lado, de noche, lo empapaba un sudor frío y temblaba de miedo, imaginando que alguien estaba escondido en la habitación para escuchar si hablaba cuando dormía. Evidentemente, los guardias trataban de atraparlo admitiendo algo que comprometiera a Bolla y de esta suerte tenía tan gran temor de caer por inadvertencia en una trampa, que estaba realmente en peligro de que eso mismo le ocurriera a causa de su extraño nerviosismo. El nombre de Bolla resonaba en sus oídos noche y día mezclándose incluso en sus devociones y abriéndose camino entre las cuentas del rosario en lugar del nombre de María. Mas la peor cosa era que su religión y el mundo exterior parecían deslizarse fuera de él igual que pasaban los días. Para evitar esto se aferró con febril tenacidad dedicando varias horas cada día a rezos y meditación; pero sus pensamientos volaban más y más frecuentemente hacia Bolla y las plegarias se iban volviendo terriblemente mecánicas.

Hallaba su mayor consuelo en el jefe de los guardias de la prisión. Era un viejecito grueso y calvo, que al principio había intentado mostrar una dura y severa expresión. Gradualmente, la buena naturaleza que brotaba de cada hoyuelo de su cara gordinflona vencía sus escrúpulos oficiales y comenzó a llevar mensajes a los prisioneros de una celda a otra.

Una tarde, a mediados de mayo, este guardián fue a la celda con cara tan ceñuda y triste, que Arturo se le quedó mirando asombrado.

—¡Qué es eso, Enrico!— exclamó. —¿Qué anda mal hoy en el mundo para usted?

—Nada— dijo Enrico, gruñendo y marchando hacia el jergón empezó a tirar de la manta de viaje, que era propiedad de Arturo.

—¿Quiere usted con mis cosas? ¿Me van a trasladar a otra celda?

—No, va a quedar en libertad.

—¿En libertad? ¿Por qué... hoy? ¿Todos? ¡Enrico!— En su excitación, Arturo se había agarrado al brazo del viejo.

Fue coléricamente rechazado.

—¡Enrico! ¿Qué le pasa? ¿Por qué no me contesta? ¿Salimos todos en libertad?

Un gruñido despectivo fue la única respuesta.

—¡Mire!— Arturo de nuevo se agarró del brazo del guardián, riendo. —No es costumbre suya causarme enojo y no me voy a ofender. Pero quiero saber de los otros.

—¿Qué otros?— gruñó Enrico, dejando de pronto la camisa que estaba doblando. —¿No será Bolla, supongo?

—Bolla y todos los demás, naturalmente. Enrico, ¿qué le pasa a usted?

—Bueno, no es probable que quede en libertad enseguida el pobre muchacho, cuando un compañero lo ha traicionado... ¡Uf!

Enrico tomó de nuevo la camisa, con disgusto.

—¿Lo han traicionado? ¿Un compañero? ¡Oh, es terrible!

Los ojos de Arturo se dilataron con horror. Enrico se volvió rápidamente.

—Pero ¿no ha sido usted?

—¿Yo? ¿Está usted en su juicio? ¿Yo?

—Bueno, ellos se lo dijeron así ayer en el interrogatorio, de todos modos. Me alegro de que no haya sido usted, porque yo siempre consideré a usted como un joven decente. ¡Vamos!— Enrico salió al corredor y Arturo lo siguió. Una luz brillaba en la confusión de su mente.

—¿Le dijeron a Bolla que yo lo traicioné? ¡Naturalmente, lo hicieron! Porque, hombre, también me dijeron a mí que él me había traicionado. Seguramente que Bolla no es tan loco para creer tal cosa.

—Entonces, realmente ¿no es verdad?— Enrico se detuvo junto a la escalera y miró atentamente a Arturo, quien simplemente se encogió de hombros.

—Naturalmente, es mentira.

—Bueno, me alegra oírlo, muchacho, y le diré lo que usted me ha dicho. Pero

ellos le dijeron que usted lo había denunciado... bueno, por celos, porque los dos estaban enamorados de la misma muchacha.

—¡Mentira!— dijo Arturo, repitiendo varias veces la palabra, en voz queda, sin aliento. Un temor instantáneo, anonadante, lo sobrecogió. —La misma muchacha. ¡Cielos! ¿Cómo pudieron saberlo? ¿Cómo?

—Un momento, muchacho— Enrico se detuvo en el corredor que llevaba a la sala de interrogatorios y habló quedamente. —Lo creo, pero dígame una cosa. Se que usted es católico ¿Dijo usted alguna vez algo en el confesionario?

—¡Es mentira!— la voz de Arturo se elevó hasta un grito sofocado.

Enrico se encogió de hombros y siguió andando.

—Usted lo sabe mejor, naturalmente; pero no pretenderá ser el único joven tonto tratado de ese modo. Se está armando un gran ruido acerca de un sacerdote de Pisa que alguno de sus amigos ha descubierto. Han impreso una hoja diciendo que es un espía.

Abrió la puerta de la sala de interrogatorios y, al advertir que Arturo no se movía, mirando vagamente ante sí, lo empujó suavemente a través del umbral.

—Buenas tardes, señor Burton— dijo el coronel, sonriendo y mostrando amablemente sus dientes. —Tengo gran placer en felicitarlo. Una orden de libertad para usted ha llegado de Florencia. ¿Quiere hacer el favor de firmar este papel?

Arturo lo miró.

—Quiero saber— dijo con voz sorda quien me ha traicionado.

El coronel alzó los ojos, sonriendo.

—¿No lo adivina? Piense por un momento.

Arturo negó con un movimiento de cabeza. El coronel levantó ambas manos con un gesto de cortés sorpresa.

—¿No lo adivina? ¿Verdaderamente? Pues... usted, usted mismo, señor Burton. ¿Quien otro podía conocer sus secretos de amor?

Arturo apartó la vista en silencio. En el muro colgaba un gran crucifijo de

madera; sus ojos vagaron lentamente hasta la cara del Cristo, pero no pidiendo nada, sino sigo extrañándose un poco de que aquel supino y paciente dios no hubiese lanzado el rayo contra un sacerdote que traicionó la confesión.

—¿Me hace el favor de firmar este recibo de sus papeles?— dijo el coronel amablemente. —Después de eso ya no tengo necesidad de guardarlo más. Seguramente tendrá usted prisa por marcharse a su casa y yo he perdido demasiado tiempo con los asuntos de ese joven insensato, Bolla, que ha puesto a prueba tan duramente su dulzura cristiana. Me temo que caerá sobre él una sentencia algo pesada. ¡Buenas tardes!

Arturo firmó el recibo, tomó sus papeles y salió en silencio. Siguió a Enrico hacia la maciza puerta y sin una palabra de adiós, bajó hasta la orilla del agua, donde un barquero esperaba para llevarlo al otro lado del foso. Cuando subía los escalones de piedra que terminaban en la calle, una muchacha con vestido de algodón y sombrero de paja corrió hacia él tendiéndole las manos.

—¡Arturo! ¡Oh, qué contenta, qué contenta estoy!

Él apartó sus manos, temblando.

—¡Jim!— dijo al fin, con voz que parecía no pertenecerle. —¡Jim!

—He estado esperando aquí media hora. Dijeron que saldrías a las cuatro, Arturo, ¿por qué me miras de esa manera? ¡Algo ha sucedido! ¡Párate!

Él se había vuelto y marchaba lentamente calle abajo, como si hubiera olvidado la presencia de la muchacha, la cual, muy asustada por aquellas maneras, corrió hacia él y lo agarró del brazo.

—¡Arturo!

El se detuvo y la miró con ojos extraviados. Ella soltó el brazo de su amigo y ambos caminaron en silencio durante unos momentos.

—Escucha, querido— comenzó ella, afectuosamente —no debe trastornarte tanto ese miserable asunto. Sé que es terriblemente duro para ti, pero todos comprenden.

—¿Qué asunto?— preguntó con la misma voz ronca.

—Me refiero al de la carta de Bolla.

La cara de Arturo se contrajo penosamente al oír ese nombre.

—Pensaba que no habías sabido nada de esto— continuó Gemma —pero supongo que te lo han dicho. Bolla debe estar totalmente loco para imaginar tal cosa.

—¿Tal cosa...?

—Entonces, ¿no sabes nada de esto? Ha escrito una carta horrible diciendo que tú has hablado de los vapores y que por eso está preso. Es perfectamente absurdo, naturalmente; todo el que te conoce lo considera así. Solamente quienes no te conocen han podido creerlo. Realmente he venido aquí para decirte que ninguno de nuestro grupo cree una sola palabra de eso.

—¡Gemma! ¡Pero es... es verdad!

Ella se apartó lentamente de él, quedó inmóvil, sus ojos llenos de horror, su rostro blanco como el pañuelo que llevaba al cuello. Una gran ola de silencio helado pareció rodearlos, apartándolos de la vida y movimiento de la calle.

—Sí— murmuró él al fin —los vapores... hablé de eso y dije su nombre ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué debo hacer?

Volvió en sí mismo de repente, dándose cuenta de la presencia de ella y del mortal terror que mostraba en su cara. Sí, naturalmente, ella debe pensar...

—¡Gemma, no comprendes!— gritó, acercándose. Pero ella retrocedió con un chillido.

—¡No me toques!

Arturo le agarró con violencia la mano derecha.

—¡Escucha, por amor de Dios! No fue culpa mía; yo...

—¡Vete! ¡Suéltame la mano! ¡Vete!

Al instante soltó sus dedos de entre los de él y con la mano libre le dio una bofetada.

Su mirada se nubló. Durante unos momentos sólo tuvo conciencia de la

pálida y desesperada cara de Gemma y de su mano derecha, que lo había abofeteado. Luego volvió a percibir la luz del día, miró a su alrededor y vio que estaba solo.

CAPÍTULO VII

Hacía rato que había oscurecido cuando Arturo llamó a la puerta principal de la gran casa en la Vía Bona. Recordaba que había estado vagando por las calles; pero dónde o por qué o por cuánto tiempo, no tenía idea. El criado de Julia abrió la puerta bostezando e hizo una mueca al ver la faz cadavérica de Arturo. Le parecía una pesada broma que su joven amo viniera a casa desde la cárcel como un mendigo "borracho y descompuesto". Arturo subió. En el primer piso encontró a Gibbons, que bajaba con aire de altiva y solemne reprobación. Arturo trató de pasar murmurando: "Buenas noches", pero Gibbons no era persona que dejara pasar fácilmente contra su voluntad.

—Los señores están fuera, señor— dijo, mirando escrutadoramente el traje y cabello descuidados de Arturo. —Han ido a una reunión nocturna y seguramente no regresarán hasta cerca de las doce.

Arturo miró su reloj; eran las nueve. ¡Oh, sí! Tendría tiempo, más de lo necesario.

—Mi ama me encargó que le preguntara si quería algo de cenar, señor, y que le diga que desea que la espere, porque quiere hablar especialmente con usted esta noche.

—Gracias, no quiero nada; puede decirle que no me he acostado.

Se fue a su cuarto. Nada había cambiado allí desde su detención; el retrato de Montanelli estaba en la mesa en la que él lo había colocado y el crucifijo se hallaba en la alcoba, como antes. Se detuvo un momento en el umbral, escuchando; pero la casa estaba totalmente tranquila; evidentemente, nadie vendría a perturbarlo. Penetró pausadamente en la habitación y cerró la puerta.

Y de esta suerte había llegado al fin. Nada había que pensar ni que

ocasionara preocupación. Una inútil e importuna conciencia de que librarse y nada más. Parecía una cosa estúpida y sin objeto.

No había tomado ninguna resolución de suicidarse, ni ciertamente pensaba mucho en ello; era una cosa obvia e inevitable. Ni siquiera tenía una idea definida acerca de que clase de muerte elegiría; lo único importante era hacerlo pronto, terminar y olvidar. No tenía ninguna arma en la habitación, ni siquiera una navajita de bolsillo; pero eso no importaba: una toalla serviría, o una sábana cortada en tiras.

Había un gran clavo justamente sobre la ventana; allí lo haría; pero tenía que ser bastante resistente para sostener su peso. Se subió a una silla para probar como estaba el clavo. No muy firme y fue a buscar un martillo en un cajón. Hundió más el clavo y se disponía a buscar una sábana de su cama cuando de repente se acordó de que no había hecho sus oraciones. Naturalmente, se debe orar antes de morir; todo cristiano lo hace. Incluso hay oraciones especiales para un alma que parte.

Entró en la alcoba y se arrodilló ante el crucifijo: "Dios todopoderoso y misericordioso..." comenzó en voz alta; y con eso terminó y no dijo más. Verdaderamente, el mundo era tan estúpido que nada había hecho para el caso, en favor o en contra. Y además ¿Qué había sabido Cristo sobre un trastorno de este género, Cristo, que no había pasado por ello? Solo había sido traicionado, como Bolla, nunca le jugaron la treta de que él hubiese traicionado.

Arturo se levantó, persignándose según la vieja costumbre. Se aproximó a la mesa y vio sobre ella una carta para él, escrita a lápiz por Montanelli.

"Mi querido muchacho: Me ha causado gran disgusto no poder verte en el día de tu liberación; pero he sido llamado para asistir a un moribundo. No volveré hasta tarde, por la noche. Ven a verme temprano mañana por la mañana. Con toda prisa,

L.M."

Dejó la carta y lanzó un suspiro, que pareció ir duramente hacia el padre.

¡Cómo reía y charloteaba la gente en las calles! Nada había cambiado desde los días en que él estaba alegre. Ni la más pequeña de las trivialidades diarias que lo rodeaban fue cambiada porque un alma humana, el alma de un ser humano viviente, había sido herida de muerte. Todo estaba exactamente igual que antes. El agua chapoteaba en las fuentes, los gorriones gorjeaban en los aleros, como lo hicieron ayer, como lo harán mañana. En cuanto a él, estaba muerto, enteramente muerto.

Se sentó en el borde de la cama, cruzó sus brazos sobre la barra y apoyó en ellos la frente. Había tiempo de sobra y la cabeza le dolía tanto... en medio del cerebro; era todo tan oscuro y tan estúpido... absolutamente falto de significado.

La campanilla de la puerta principal sonó con fuerza y se levantó precipitadamente, sin aliento y aterrorizado, con ambas manos al cuello. Ellos habían vuelto; él había permanecido allí, sentado, soñando, y había dejado pasar un tiempo precioso; ahora tendría que ver sus caras y oír sus crueles lenguas, sus burlas y comentarios. Si al menos tuviera un cuchillo...

Miró desesperadamente alrededor de la habitación. El cesto de trabajo de su madre estaba en un pequeño anaquel; seguramente habría unas tijeras; podía cortarse una arteria. No, la sábana y el clavo eran seguros, si tenía tiempo.

Tiró del cobertor de su cama y, con prisa frenética, empezó a rasgarlo arrancando una tira. Sonaron pasos subiendo las escaleras. No, la tira era demasiado ancha; no se podría atar fuertemente; y debe haber un dogal. Trabajó más de prisa a medida que los pasos sonaban más cerca; la sangre palpitaba en sus sienes y rugía en sus oídos. ¡Más de prisa, más de prisa! ¡Oh, Dios! ¡Cinco minutos más!

Sonó una llamada en la puerta. La tira de tela retorcida cayó de sus manos y se sentó callado, conteniendo su respiración para escuchar. El tirador de la puerta fue probado; luego sonó la voz de Julia:

—¡Arturo!

Se levantó jadeante.

—Arturo, abre la puerta, por favor; estamos esperando.

Recogió el cobertor retorcido, lo arrojó a un cajón y, rápidamente, alisó la cama.

—¡Arturo!— esta vez era Jaime quien llamaba y el tirador de la puerta fue sacudido impacientemente. —¿Estás durmiendo?

Arturo echó una mirada alrededor de la habitación, vio que todo estaba guardado y abrió la puerta.

—Esperaba por lo menos que hubieras obedecido mi expresa demanda de que nos esperaras, Arturo— dijo Julia, entrando violentamente en la habitación. —¿Te parece bien habernos hecho esperar media hora a tu puerta?

—Cuatro minutos, querida— corrigió dulcemente Jaime, entrando en la habitación pisando la cola de raso rojo del vestido de su esposa. —Creo, Arturo, que hubiera sido más..., que hubiera sido mejor si...

—¿Qué quieren de mí? —interrumpió Arturo. Estaba de pie, con una mano en la puerta, mirando furtivamente de uno a otro como un animal atrapado. Pero Jaime era demasiado obtuso y Julia demasiado iracunda para notar aquella mirada.

El señor Burton acercó una silla a su esposa y él se sentó también, subiendo cuidadosamente sus pantalones nuevos.

—Julia y yo— comenzó —sentimos que nuestro deber es hablarte seriamente sobre...

—Esta noche no puedo escucharlos; no estoy bien. Me duele la cabeza... deben esperar.

Arturo habló con voz extraña, de manera vaga y confusa. Jaime lo miraba sorprendido.

—¿Te pasa algo?— preguntó ansiosamente, recordando de pronto que Arturo venía de un verdadero foco de infección. —Espero que no estés enfermo de alguna cosa. Pareces febril.

—¡Tonterías!— interrumpió Julia, ásperamente. —Son las cosas teatrales de costumbre, porque le da vergüenza estar frente a nosotros. Ven aquí y siéntate, Arturo.

Cruzó lentamente la habitación y se sentó en la cama.

—Bueno...— dijo con aire fatigado.

El señor Burton tosió, aclaró su garganta, se pasó la mano suavemente por su inmaculada barba y dio comienzo cuidadosamente al discurso antes interrumpido que llevaba preparado:

—Siento que sea mi deber, mi penoso deber, hablarte muy seriamente sobre tu extraordinario comportamiento en relación con... trasgresores de la ley, incendiarios y personas de carácter ignominioso. Pienso que has sido, acaso, más lento que depravado, un...

Se detuvo.

—¿Sí?— dijo Arturo.

—Ahora bien, no quiero ser duro contigo— continuó Jaime, suavizando un poco el tono ante el aspecto desesperadamente fatigado de Arturo. —Quiero creer que has sido impulsado por males compañeros y tengo en cuenta tu juventud e inexperiencia y el... imprudente e impulsivo carácter que, me temo, has heredado de tu madre.

Los ojos de Arturo se dirigieron lentamente hacia el retrato de su madre; luego volvieron a su vaguedad anterior y no habló una palabra.

—Pero seguramente comprenderás— continuó Jaime —que me es completamente imposible tener más en mi casa una persona que ha acarreado difamación pública a un nombre tan altamente respetado como el nuestro.

—¿Sí?— repitió Arturo.

—¡Bien!— dijo Julia, colérica, cerrando su abanico ruidosamente y dejándolo en sus rodillas. —¿Tendrás la bondad de decir otra cosa que no sea *sí*?

—Hagan lo que mejor les parezca, naturalmente— respondió lentamente Arturo, sin moverse. —Sea lo que sea, poco importa.

—¿Poco importa?— repitió Jaime, espantado; su esposa se levantó riendo nerviosamente.

—¡Oh! ¿Poco importa, poco importa? Bueno, Jaime, espero que ahora comprenderás qué gratitud puedes esperar de él. Ya te dije lo que sobrevendría por tener caridad a la aventurera papista y a su...

— ¡Calla, calla! ¡No menciones eso, querida!

—Todo eso es insensatez, Jaime ¡Hemos tenido más que suficiente con ese sentimentalismo! ¡Incluir en la familia a un hijo del amor! ¡Ya es tiempo de que sepa lo que era su madre! ¿Por qué hemos de cargar con el hijo de los amoríos de un sacerdote papista? ¡Ahí tienes, mira!

Sacó una arrugada hoja de papel de su bolso y la tendió a Arturo, por encima de la mesa. La abrió; la letra era de su madre y estaba fechada cuatro meses antes de que él naciera. Se trataba de una confesión, dirigida a su marido, con dos firmas.

La mirada de Arturo pasó lentamente hasta el final, desde las letras inseguras en que estaba escrito su nombre a la fuerte y familiar firma: "Lorenzo Montanelli". Miró fijamente el escrito; luego, sin decir palabra, dobló nuevamente el papel y lo dejó sobre la mesa. Jaime se levantó y tomó del brazo a su esposa.

—Bueno, Julia, esto terminó. Baja ahora; es tarde y quiero hablar un poco de negocios con Arturo. Esto no te interesa.

Julia miró a su marido; luego a Arturo que estaba callado mirando fijamente al suelo.

—Parece medio estúpido— murmuró.

Cuando ella hubo recogido la cola de su vestido y salió de la habitación, Jaime cerró sin ruido la puerta y volvió a su silla junto a la mesa. Arturo seguía sentado como antes, totalmente inmóvil y silencioso.

—Arturo— comenzó a decir Jaime en tono más amable, ahora que Julia no estaba allí para oírlo —me apena mucho que haya ocurrido esto. Muy bien podías no haberlo sabido. Sin embargo, todo ha terminado y me agrada que puedas comportarte con ese dominio de ti mismo. Julia está un poco excitada; las mujeres,

con frecuencia... En todo caso, no quiero, en esta ocasión, ser demasiado duro contigo.

Se calló para ver qué efecto habían producido aquellas palabras afectuosas; pero Arturo seguía inmóvil.

—Naturalmente, querido muchacho— dijo Jaime, pasado un momento —ésta es una historia dolorosa y lo mejor que podíamos hacer es callar. Mi padre fue bastante generoso para no divorciarse de tu madre cuando le confesó su caída; solamente exigió que el hombre que la había desviado del buen camino abandonara inmediatamente el país y, como sabes, se fue a China como misionero. Por mi parte, yo estaba muy disgustado contigo al ver que te tratabas con él, cuando regresó; pero mi padre, hasta el final, consintió en dejarlo que fuera tu maestro a condición de que jamás intentara ver a tu madre. Debo reconocer, en justicia, que creo que ambos han observado fielmente esa condición hasta el fin. Es un asunto sumamente deplorable, pero...

Arturo levantó los ojos. Toda vida había desaparecido de su rostro inexpresivo; era como una máscara de cera.

—¿No cree usted— dijo en voz baja, con una curiosa vacilación en las palabras, tartamudeando —que todo..., todo eso... es... muy... divertido?

—¿*Divertido?*— Jaime se echó hacia atrás con la silla, lo miró fijamente, petrificado de cólera —¡Divertido! Arturo ¿estás loco?

De repente, Arturo echó atrás su cabeza y estalló en un frenético acceso de risa.

—¡Arturo!— exclamó el naviero, levantándose con dignidad. —¡Me espanta tu ligereza!

No hubo respuesta, sino carcajada tras carcajada, tan fuertes y persistentes, que Jaime empezó a dudar de si no habría allí algo más que ligereza.

—Igual que una mujer histérica— murmuró, levantándose con desdeñoso encogerse de hombros y empezando a andar de un lado a otro de la habitación — Realmente, Arturo, eres peor que Julia. ¡Vamos, deja de reír ya! No puedo esperar

aquí toda la noche.

Lo mismo podía haber pedido al crucifijo que bajara de su pedestal. Arturo no hacía caso alguno de reprensiones o exhortos; sólo reía y reía y reía interminablemente.

—¡Esto es absurdo!— dijo Jaime deteniéndose al fin en su irritado andar de acá para allá. —Evidentemente, estás muy excitado para ser razonable esta noche. No puedo hablar de negocios contigo si sigues de esa manera. Ven a verme mañana por la mañana, después del almuerzo. Y ahora lo mejor que puedes hacer es acostarte. Buenas noches.

Se marchó dando un portazo. "Ahora, a la histeria de abajo —murmuró andando sin ruido —Supongo que allí habrá lágrimas."

La risa frenética murió en los labios de Arturo. Agarró el martillo y se lanzó sobre el crucifijo.

Con el chasquido que siguió volvió de pronto a sus sentidos, de pie ante el pedestal vacío, el martillo todavía en su mano y los fragmentos de la imagen despedazada junto a sus pies.

Arrojó el martillo. "¡Tan fácil!" dijo y dio media vuelta. "¡Y qué idiota soy!"

Se sentó frente a la mesa jadeando, sin aliento, con la frente apoyada en sus manos. Luego se levantó, fue al lavabo, vertió un jarro lleno de agua sobre su cabeza y su cara. Volvió enteramente normal y se sentó a pensar.

Y era por cosas como ésa, por esa gente falsa y servil, por esos dioses sordos y sin alma, por lo que había sufrido todas aquellas torturas de vergüenza, sufrimiento y desesperación; había hecho una cuerda para ahorcarse, en verdad, porque un sacerdote fue un embustero ¡Como si todos ellos no fueran embusteros! Bien, todo eso pasó; ahora era más cuerdo. Solamente necesitaba apartar de sí esa inmundicia y comenzar una nueva vida.

Había muchos y buenos barcos en los muelles; sería cosa fácil meterse en uno de ellos de polizón y atravesar el mar hasta el Canadá, Australia, El Cabo, a

cualquier parte. No importaba el país, con tal de que estuviera bastante lejos. Cómo vivir allí, ya lo vería, y si no le convenía trataría de ir a otro lugar.

Tomó su bolsa. Sólo tenía treinta y dos monedas; pero su reloj tenía valor. Eso lo ayudaría algo y, en todo caso, no tenía importancia; se las arreglaría de cualquier modo. Pero lo buscarían; seguramente harían averiguaciones en los muelles. Había que ofrecerles una pista falsa... hacerles creer que estaba muerto; entonces estaría libre... completamente libre. Se rió ante el pensamiento de que los Burton buscaran su cadáver. ¡Buena farsa resultaba todo!

Tomó una hoja de papel y escribió lo primero que se le ocurrió.

"Yo creía en usted como creía en Dios. Dios es una cosa hecha de barro, que yo puedo aplastar con un martillo; y usted me ha engañado con una mentira."

Dobló el papel, puso la dirección de Montanelli y, tomando otra hoja, escribió en ella: "Busquen mi cuerpo en la dársena." Luego se puso el sombrero y salió de la habitación. Al pasar frente al retrato de su madre, lo miró sonriendo y encogiéndose de hombros. También ella le había mentado.

Se deslizó sin ruido a lo largo del pasillo y, descorriendo el cerrojo de la puerta, salió a la grande, oscura escalera de mármol, que parecía abrirse bajo él como un pozo negro a medida que descendía.

Cruzó el patio cautelosamente para no despertar a Gian Battista, que dormía en la planta baja. En el sótano, al fondo, había una pequeña ventana enrejada que daba al canal. Recordaba que la reja corroída estaba rota en un lado; empujando un poco podía dejar una abertura suficiente para pasar y saltar fuera.

La reja era fuerte, raspó duramente sus manos y le rasgó una manga de la chaqueta; pero eso nada importaba. Miró a uno y otro lado de la calle; no había nadie a la vista y el canal permanecía negro y callado, repugnante trinchera entre dos muros lisos y viscosos. El universo desconocido podría ser un abismo lúgubre; pero difícilmente sería más triste y sórdido que el rincón que estaba dejando tras de sí. Nada había allí que sintiera dejar; nada que lo invitara a volver. Había sido un pequeño mundo estancado y pestilente, lleno de embustes miserables, torpes farsas y fosos de hedores inmundos, pero poco hondos para ahogar a un hombre.

Marchó a lo largo de la mina del canal, hasta llegar a una pequeña plaza junto al palacio de Medici. Era allí donde Gemma había corrido hacia él con su vivida faz y sus manos tendidas. Allí fue la pequeña huída por los escalones húmedos que bajaban hasta el foso y allí estaba la fortaleza sombría, al otro lado del agua cenagosa. Nunca hasta entonces le pareció tan mezquino y triste todo aquello.

Andando por angostas calles llegó a la dársena, donde se quitó el sombrero y lo echó al agua. Lo encontrarían seguramente cuando buscaran su cadáver. Luego siguió a lo largo de la orilla, pensando, perplejo, que haría ahora. Tenía que procurar esconderse en algún barco; pero no era cosa fácil de hacer. Su única probabilidad sería marchar sobre el viejo gran rompeolas Medici hasta el final. En aquel sitio había una taberna; fácilmente encontraría algún marino a quien sobornar.

Pero las puertas del muelle estaban cerradas. ¿Cómo podría pasar y esquivar a los oficiales de aduanas? No tenía dinero bastante para pagar lo que le pedirían para pasar de noche y sin pasaporte. Además, podrían reconocerlo.

Cuando pasaba frente a la estatua de bronce de los Cuatro Moros, de una casa vieja del lado opuesto emergió la figura de un hombre, que se dirigió hacia el puente. Arturo se deslizó rápidamente dentro de la sombra densa, detrás del grupo estatuario, agachándose en la oscuridad y espiando desde una esquina del pedestal.

Era una plácida noche de primavera, cálida y estrellada. Batía suavemente el agua contra los muros de piedra y hacía remolinos en breves reflujos frente a los escalones, con un sonido semejante a leve risa. Cerca rechinaba una cadena, meciéndose lentamente a uno y otro lado. Una enorme grúa de hierro se alzaba, alta como una torre y melancólica en la oscuridad. Negras, bajo la luz trémula del firmamento estrellado y con guirnaldas de nubes color perla, las figuras de los esclavos luchando encadenados se erguían en vana y vehemente protesta contra un juicio despiadado.

El hombre se acercaba con paso indeciso, siguiendo la orilla del agua y cantando una popular canción inglesa. Era seguramente un marinero que se había

emborrachado en alguna taberna. Nadie más había a la vista. Cuando estuvo cerca, Arturo se alzó y se plantó en medio del camino. El marinero suspendió su canto con un juramento y se detuvo.

—Quiero hablarle— dijo Arturo en italiano. —¿Me entiende usted?

El hombre movió la cabeza, negando.

—Esa charla no me sirve— dijo; después, en mal francés, preguntó malhumorado: —¿Que quiere usted? ¿Por qué no me deja pasar?

—Apártese de la luz un momento; quiero hablarle.

—¡Ah! ¿No le gusta aquí? ¡Fuera de la luz! ¿Lleva usted algún cuchillo?

—¡No, no, hombre! ¿No ve usted que sólo pido su ayuda? Le pagaré por ello.

—¿Eh? ¿Qué? Y además vestido como un petimetre— dijo el marinero, en inglés ahora. Avanzó hacia la sombra y se apoyó en la reja del pedestal. —Bien— dijo, volviendo a su atroz francés. —¿Qué quiere usted?

—Quiero salir de aquí...

— ¡Ajá! ¡De polizón! ¿Quiere usted que yo lo esconda? Por algo, supongo. ¿Ha metido un cuchillo en el cuerpo de alguien, eh? ¡Como esos extranjeros! ¿Y adónde querrá usted ir? A la estación de policía, no, me imagino.

Rió, con su risa de borracho, y guiñó un ojo.

—¿A qué barco pertenece usted?

—Al *Carlota*, de Liorna a Buenos Aires; embarcando aceite unas veces y otras pieles. Allí está— señaló en dirección del rompeolas. —¡Brutal viejo armatoste!

— ¡Buenos Aires, sí! ¿Puede usted esconderme en cualquier parte a bordo?

—¿Cuánto puede usted dar?

—No mucho; sólo tengo unas cuantas monedas.

—No. No puedo hacerlo por menos de cincuenta; y es demasiado barato... para un petimetre como usted.

—¿Qué quiere decir con eso de petimetre? Si le gusta mi traje puede cambiármelo por el suyo, pero no puedo darle más dinero que el que tengo.

—Ahí tiene usted un reloj. Déjemelo ver.

Arturo sacó un reloj de oro de señora, delicadamente cincelado y esmaltado, con las iniciales "G. B." en el dorso. Había sido de su madre. Pero ¿qué importaba eso ahora?

—¡Ah!— exclamó el marinero tras dar una rápida ojeada al reloj. —Robado, naturalmente. ¡Déjemelo ver!

Arturo apartó la mano.

—No— dijo. —Le daré el reloj cuando me encuentre a bordo; antes, no.

—¡No es usted tan tonto como parece, después de todo! Apuesto a que es su primera hazaña, ¿eh?

—Eso es asunto mío. ¡Ah! Ahí viene el vigilante.

Se escondieron detrás del grupo estatuario y esperaron hasta que el vigilante había pasado. Entonces el marinero se alzó y diciendo a Arturo que lo siguiera, echó a andar riendo solo, estúpidamente. Arturo lo siguió en silencio.

El marinero lo condujo a la pequeña plaza irregular junto al palacio de Medici por donde había pasado antes y, deteniéndose en un rincón oscuro, habló bajo, en un susurro que pretendía ser de cautela:

—Espere aquí; los soldados lo verán si va más lejos.

—¿Qué va usted a hacer?

—Traerle alguna ropa. No voy a llevarlo a bordo con esa manga de la chaqueta manchada de sangre.

Arturo miró la manga que había sido rasgada por la reja. Algo de sangre de la mano arañada había caído sobre ella. Evidentemente, aquel hombre creía que era un asesino. Bueno, no tenía importancia lo que pensara la gente.

A poco regresó el marinero, triunfante, con un lío bajo el brazo.

—Cámbiese— murmuró —y dese prisa. Debo volver y el viejo judío me ha

tenido media hora discutiendo y regateando.

Arturo obedeció, rechazando instintivamente disgustado el primer contacto con ropas de segunda mano. Afortunadamente, aunque bastas y ordinarias, estaban limpias. Cuando entró con su nuevo atuendo en un lugar más alumbrado, el marinero lo miró con la solemnidad que permitía su embriaguez y aprobó gravemente con la cabeza.

—Eso está bien— dijo. —Por aquí, y no haga ruido.

Arturo, con el lío de la ropa que se había quitado, lo siguió a través de un laberinto de sinuosos canales y estrechas callejuelas oscuras del barrio bajo medieval que la gente de Liorna llamaba Nueva Venecia. De cuando en cuando, un viejo palacio sombrío y solitario, rodeado de casas miserables y plazuelas sucias, se levantaba entre dos hediondos fosos, con el aire presuntuoso de conservar su antigua dignidad sabiendo que era un esfuerzo totalmente inútil. Alguna de las callejuelas, él lo sabía, eran notorias cuevas de ladrones, asesinos y contrabandistas; otras, simplemente refugio de miseria y desdicha.

El marinero se detuvo junto a uno de los pequeños puentes y, mirando alrededor para comprobar que no eran vistos, bajaron por un tramo de escalones de piedra hasta un estrecho embarcadero. Bajo el puente había un viejo y sucio bote. Ordenó agriamente a Arturo que saltara y se tendiera en el bote y él se sentó y comenzó a remar, enfilando hacia la boca del puerto. Arturo permaneció quieto sobre las húmedas tablas, escondido bajo las ropas que el hombre había echado sobre él, atisbando desde allí las familiares casas y calles.

Ahora pasaban bajo un puente y entraban en la parte del canal que formaba un foso para la fortaleza. Los macizos muros surgían del agua, anchos en la base y estrechándose hasta llegar a las torvas torrecillas. ¡Qué fuertes, qué amenazadoras le habían parecido horas antes! Y ahora...

Se rió suavemente, tumbado en el fondo del bote.

—No meta ruido— susurró el marinero —y mantenga cubierta la cabeza. Estamos cerca de la aduana.

Arturo echó las ropas sobre su cabeza. Algunos metros más adelante, el bote se detuvo ante una fila de mástiles entrecruzados y atravesados sobre la superficie del canal, bloqueando el estrecho paso entre la aduana y el muro de la fortaleza. Un oficial medio dormido vino bostezando y se inclinó al borde del agua con una linterna en la mano.

—Los pasaportes, haga el favor.

El marinero enseñó sus papeles de identificación. Arturo, sofocado bajo las ropas, contuvo el aliento, escuchando.

—¡Vaya una hora de la noche para volver a su barco!— gruñó el oficial de la aduana. —De parranda, supongo. ¿Que hay en su bote?

—Ropa vieja. La compre barata—. Mostró el chaleco para que lo viera. El oficial, bajando su linterna, se inclinó para mirar.

—Todo está bien, supongo. Puede pasar.

Levantó la barrera y el bote avanzó lentamente por las aguas densas y oscuras. A poca distancia, Arturo se sentó y apartó las ropas.

—Aquí está— dijo el marinero en voz baja, después de bogar algún tiempo en silencio. —Manténgase junto a mí y no hable.

Trepó por el costado del enorme monstruo negro, maldiciendo por lo bajo contra la torpeza del hombre de tierra, aunque la natural agilidad de Arturo le hacía menos torpe de lo que en su lugar habrían sido muchos otros. Una vez en seguridad, a bordo, avanzaron cautelosamente entre masas oscuras de aparejos y maquinaria y llegaron por fin a una compuerta que el marinero levantó sin ruido.

—Baje aquí— murmuró. —Volveré dentro de un momento.

El sitio era no solo húmedo y oscuro, sino intolerablemente hediondo. Al principio, Arturo se echó atrás instintivamente, rechazado por el hedor de cueros y aceite rancio. Luego recordó la "celda de castigo" y bajó la escalera encogiéndose de hombros. La vida es parecida en cualquier parte: fea, pútrida, infestada de parásitos, llena de secretos vergonzosos y rincones oscuros. No obstante, la vida es vida y debe aprovecharse lo mejor que se pueda.

Pocos minutos después regresó el marinero con algo en sus manos que Arturo no alcanzó a ver claramente en aquella oscuridad.

—Ahora, dame el dinero y el reloj. ¡De prisa!

Aprovechándose de la oscuridad, Arturo consiguió guardar unas pocas monedas.

—Debe darme algo de comer— dijo. —Estoy medio muerto de hambre.

—Ya lo he traído; aquí lo tiene— y el marinero le dio un jarro con agua, algún bizcocho duro y un trozo de cerdo salado. —Ahora, atienda: usted deberá esconderse en esta barrica vacía, mañana por la mañana, cuando los empleados de aduanas vengán a revisar. Manténgase tan quieto como un ratón hasta que estemos en alta mar. Ya le avisaré cuando pueda salir. Y no diga quién lo ocultó cuando el capitán lo vea. ¡Eso es todo! Guarde bien la bebida. ¡Buenas noches!

Cerrada la compuerta y puesta en lugar seguro la preciosa "bebida", subió a un barril de aceite para comer el cerdo y el bizcocho. Luego se acurrucó en el suelo sucio y, por primera vez desde su infancia, se preparó a dormir sin ninguna plegaria. A su alrededor corrían las ratas en la oscuridad; pero ni su ruido persistente, ni el balanceo del barco, ni el nauseabundo olor del aceite, ni la perspectiva del mareo a la mañana siguiente pudieron mantenerlo despierto. No se cuidó más de todo esto que de los ídolos rotos y caídos que hasta ayer mismo habían sido los dioses de su adoración.

SEGUNDA PARTE

Trece años después...

CAPÍTULO I

Cierta noche, en el mes de julio de 1846, algunos conocidos del profesor Fabrizi fueron a verlo a su casa de Florencia con objeto de discutir los planes para la obra política futura.

Varios de ellos pertenecían al partido de Mazzini y se sentirían satisfechos con nada menos que una república democrática y una Italia unida. Otros eran monárquicos y liberales constitucionalistas de varios matices. Sin embargo, todos estaban de acuerdo en un punto: en la disconformidad con la censura toscana; y el popular profesor había convocado aquella reunión con la esperanza de que, en ese punto por lo menos, los representantes de los partidos adversarios fuesen capaces de entablar discusión durante una hora sin pelearse.

Había transcurrido solamente una quincena desde la famosa amnistía que Pío IX había concedido, en su toma de posesión, a los delincuentes políticos en los Estados papales; pero la ola de entusiasmo liberal que causó estaba ya extendiéndose por toda Italia. En Toscana incluso parecía que el gobierno había sido afectado por el asombroso acontecimiento.

A Fabrizi y a unos pocos líderes florentinos les pareció que era aquel un momento propicio para un esfuerzo audaz en pro de la reforma de las leyes de prensa.

—Naturalmente— había dicho el dramaturgo Lega, cuando le hablaron del asunto por primera vez— sería imposible lanzar un periódico antes de que sean cambiadas las leyes de prensa; no podríamos publicar ni el primer número. Pero ya es posible hacer circular algunos folletos pasando por la censura; y cuanto más pronto comencemos, más pronto conseguiremos ver cambiadas las leyes.

Estaba ahora explicando en la biblioteca de Fabrizi su teoría sobre la

orientación que debían seguir los escritores liberales en aquel momento.

—No hay duda— opinó uno de los reunidos, un abogado de cabellos grises y hablar lento— que de algún modo debemos aprovechar el momento. No encontraremos otro más favorable para llevar a término serias reformas. Pero dudo que los folletos sirvan para algo. Solo irritarán y asustarán al gobierno en lugar de ganarlo a nuestro lado, que es lo que realmente queremos conseguir. Si las autoridades empiezan a considerarnos como agitadores peligrosos, nuestra probabilidad de obtener su ayuda desaparece.

—Entonces ¿que quiere usted que hagamos?

—Pedir.

—¿Al gran duque?

—Sí, pedir mayor libertad de prensa.

Un hombre taciturno, de aguda mirada, sentado junto a la ventana volvió la cabeza riendo.

—Se cansará usted de pedir— dijo. —Pensaba yo que el resultado del caso Renzi era suficiente para curar a cualquiera de continuar por ese camino.

—Mi querido señor, lamento tanto como usted que no tuviéramos éxito en evitar la extradición de Renzi. Pero realmente... No quiero herir la sensibilidad de nadie, pero no puedo menos que pensar que nuestro fracaso fue en muy gran parte debido a la impaciencia y vehemencia de alguno de nosotros. Yo vacilaría ciertamente...

—Como hace siempre todo piemontés— interrumpió ásperamente el hombre taciturno. —Yo no sé dónde están la vehemencia y la paciencia, a menos que usted las halle en la serie de humildes peticiones que enviamos. Eso puede ser vehemencia para Toscana o el Piemonte; pero no lo llamaríamos particularmente vehemente en Nápoles.

—Afortunadamente— observó el piemontés —la vehemencia napolitana es peculiar de Nápoles.

—¡Calma, calma, caballeros!— dijo el profesor. —Las costumbres

napolitanas son muy buena cosa a su manera y las piemontesas a la suya; pero ahora estamos precisamente en Toscana y la costumbre toscana es tratar lo que se tiene entre manos. Grassini vota por las peticiones y Galli contra ellas ¿Que piensa, usted, doctor Riccardo?

—Yo no veo daño en las peticiones y si Grassini presenta una, yo la firmaré con todo gusto. Pero no creo que simples peticiones y nada más puedan conseguir mucho. ¿Por qué no hacemos ambas cosas: peticiones y folletos?

—Sencillamente porque los folletos pondrán al gobierno en un estado de ánimo adverso a las peticiones— dijo Grassini.

—Yo no quiero hacer eso ¡vamos!— dijo el napolitano, levantándose y acercándose a la mesa. —Señores: están ustedes equivocados en el plan de acción. Reconciliarse con el gobierno nada bueno traerá. Lo que debemos hacer es levantar al pueblo.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Cómo va usted a comenzar?

—Imagínese a Galli pidiendo eso. Naturalmente, él comenzó por descalabrar al censor.

—No, verdaderamente, yo no haría eso— dijo Galli con voz fuerte —Ustedes piensan que si un hombre viene del sur no debe creer en ningún otro argumento que el frío acero.

—Bien ¿qué propone usted entonces? ¡Shh! ¡Atención, señores! Galli desea presentar una proposición.

Los reunidos, que se habían apartado en pequeños grupos de dos y de tres, enredados en discusiones separadas, se reunieron de nuevo para escuchar alrededor de la mesa. Galli alzó sus manos en señal de protesta.

—No, señores; no es una proposición; simplemente se trata de una sugerencia. Me parece que hay un gran peligro práctico en todo este regocijo por el nuevo Papa. La gente parece creer que, debido a que ha trazado una nueva norma y concedido esa amnistía, no tenemos que hacer otra cosa que echarnos, todos nosotros, Italia entera, en sus brazos y que él nos lleve a la tierra prometida. Ahora

bien, nadie admira más que yo el comportamiento del Papa; la amnistía fue un acto espléndido.

—Estoy seguro de que su santidad debe sentirse halagado...— interrumpió Grassini, burlonamente.

—¡Vamos, Grassini, déjelo hablar!— interrumpió a su vez Riccardo —¡Qué cosa más extraordinaria es que ustedes dos nunca puedan dejar de pelear como perro y gato! ¡Continúe, Galli!

—Lo que yo quería decir es esto— prosiguió el napolitano —El Santo Padre, indudablemente, actúa con las mejores intenciones, pero hasta dónde conseguirá llevar adelante sus reformas es otra cuestión. Ahora está la cosa bastante calmada y, naturalmente, los reaccionarios de toda Italia permanecerán quietos durante uno o dos meses, hasta que se desvanezca la excitación producida por la amnistía; pero no dejarán, probablemente, que el poder se les vaya de las manos sin luchar y creo que antes de mediados de invierno tendremos a los jesuitas y gregorianos y sanfedistas y toda su cuadrilla aturdiéndonos, conspirando e intrigando, y envenenando a todo el que no se deje sobornar.

—Eso es bastante probable.

—Muy bien, entonces ¿hemos de esperar aquí, enviando humildemente peticiones, hasta que Lambruschini y su cuadrilla hayan persuadido al gran duque a que nos ponga bajo el gobierno de los jesuitas, acaso con unos cuantos húsares austríacos patrullando por las calles para que no nos desmandemos, o hemos de adelantarnos y aprovecharnos de su momentáneo desconcierto para asestarles el primer golpe?

—Díganos primero qué golpe propone usted.

—Yo aconsejaría que comenzáramos una propaganda y una agitación organizadas contra los jesuitas.

—¿Una declaración de guerra por medio de libelos, de hecho?

—Sí: exponiendo sus intrigas, descubriendo sus secretos y convocando a la gente a hacer causa común contra ellos.

—Pero aquí no hay jesuitas a quienes atacar.

—¿Que no los hay? Esperen tres meses y verán cuántos tendremos. Será demasiado tarde para arrojarlos fuera.

—Pero, realmente, para levantar la ciudad contra los jesuitas se debe hablar claramente, y si usted hace eso ¿cómo evadirá la censura?

—Yo no la evadiría: la desafiaría.

—¿Haría usted imprimir los libelos anónimamente? Muy bien; pero el hecho es que todos hemos visto bastante bien lo que resulta de la prensa clandestina.

—No he querido decir eso. Yo imprimiría los folletos abiertamente, con nuestros nombres y direcciones, y dejaría que nos persiguieran si se atreviesen a hacerlo.

—Ese proyecto es una perfecta locura— exclamó Grassini —Significa, sencillamente, meter la cabeza en la boca del león, si no es pura chanza.

—¡Oh, no se asuste usted!— interrumpió Galli ásperamente. —No le pediremos que vaya a la cárcel por nuestros libelos.

—¡Cállese, Galli!— dijo Riccardo —No es cuestión de tener miedo; todos estamos tan dispuestos como usted a ir a la cárcel si eso produjera algún bien; pero es pueril correr peligro para nada. Por mi parte, deseo presentar una enmienda.

—Bien; ¿cuál es?

—Creo que debemos maquinar con cuidado, combatir a los jesuitas sin ponernos en colisión con la censura.

—No veo cómo podría usted arreglarse para ello.

—Creo que es posible revestir lo que hay que decir en forma tan indirecta que...

—¿Que la censura no lo entienda? ¡Y entonces usted espera que todo infeliz artesano o trabajador encuentre el significado mediante la luz de la ignorancia y la estupidez que hay en él! Eso suena a impracticable.

—Martini ¿qué piensa usted?— preguntó el profesor, dirigiéndose a un

individuo ancho de hombros y espesa barba oscura, que estaba sentado a su lado.

—Pienso que reservo mi opinión hasta que tenga más hechos en que apoyarme. Se trata de experimentos penosos y hay que esperar a ver que resulta de ellos.

—¿Y usted, Sacconi?

—Me gustaría oír que es lo que dice la señora Bolla. Sus consejos son siempre valiosos.

Todos se volvieron hacia la única mujer que había en la sala, sentada en el sofá, apoyando la barbilla en una mano y escuchando en silencio la discusión. Estaba seria; sus ojos eran negros, profundos; pero cuando ahora los alzó, había un destello inequívoco de regocijo en ellos.

—Mucho me temo— dijo —discrepar de todos ustedes.

—Como siempre; y lo peor es que usted tiene siempre razón— dijo Riccardo.

—Pienso que es totalmente cierto que debemos luchar de algún modo contra los jesuitas; y si no podemos hacerlo con un arma lo debemos hacer con otra. Pero el mero desafío es arma débil y la evasiva rechazable. En cuanto a hacer peticiones, es un juguete infantil.

—Espero, señora— interpuso Grassini, con aire solemne —que no esté usted aconsejando métodos tales como... ¡el asesinato!

Martini dio un tirón a su gran bigote y Galli se rió a carcajadas. Incluso la seria joven no pudo reprimir una sonrisa.

—Créanme— dijo —que si yo fuera lo bastante feroz para pensar en esas cosas no cometería la chiquillada de hablar de ellas. Pero el arma más mortal que conozco es el ridículo. Si ustedes consiguen de una vez hacer risibles a los jesuitas, haciendo que la gente se burle de ellos y de sus reclamaciones, los habrán vencido sin derramar sangre.

—Creo que tiene usted toda la razón— dijo Fabrizi. —Pero no veo cómo va usted a llevar a cabo eso.

—¿Por qué no hemos de ser capaces de llevarlo a cabo?— preguntó Martini.

—Una cosa satírica tiene más probabilidades de evitar la dificultad de la censura que una seria; y si debe ser disfrazada, el lector medio descubrirá más fácilmente el doble significado de un simple chiste que de un tratado científico o económico.

—Entonces, su opinión, señora ¿es que debemos publicar folletos satíricos o intentar divulgar un periódico. Esto último, estoy seguro de ello, la censura nunca lo permitiría.

—No quiero decir exactamente ni una cosa ni otra. Creo que una serie de pequeñas hojas satíricas, en verso o en prosa, para venderse baratas o distribuirse libremente por las calles, sería muy útil. Si encontráramos un artista que entrara en el espíritu de la cosa, podríamos tenerlas ilustradas.

—Es una idea excelente si se puede llevar a cabo; pero si la cosa se ha de hacer, debe hacerse bien. Necesitamos un escritor satírico de primer orden y ¿dónde podremos hallarlo?

—Mire usted— añadió Lega —casi todos nosotros somos escritores serios; y con todo mi respeto para los presentes, temo que un intento general de ser humoristas presentaría el espectáculo de un elefante tratando de bailar.

—Nunca he sugerido que nos lanzáramos a hacer una obra para la cual no estamos capacitados. Mi idea era que tratáramos de encontrar un humorista dotado; alguno habrá en alguna parte en Italia, seguramente, que puede encargarse del asunto ofreciéndole los fondos necesarios. Naturalmente, debemos saber algo acerca del hombre y estar seguros de que trabajaría siguiendo una orientación con la que estuviéramos conformes.

—¿Pero dónde van a encontrarlo ustedes? Puedo contar con los dedos de la mano los escritores satíricos de verdadero talento y ninguno de ellos es a propósito. Giusti no aceptaría, está totalmente ocupado. Hay uno o dos buenos en Lombardía, pero escriben solamente en el dialecto milanés...

—Y, además— dijo Grassini —el pueblo toscano puede ser influido mucho mejor de otra manera. Estoy seguro de que se consideraría, en el mejor de los casos, como una falta de *savoir faire* político si tratáramos esta solemne cuestión de la libertad civil y religiosa como un tema frívolo. Florencia no es un mero desierto de

fábricas y de hacer dinero como Londres, ni una guarida de lujo holgazán como París. Es una ciudad con gran historia...

—Eso fue Atenas— interrumpió ella sonriendo —pero estaba algo perezosa a causa de su tamaño y hacía falta un tábano para animarla.

Riccardo dio un puñetazo en la mesa.

—¿Por qué no hemos pensado en el *Tábano*? ¡El hombre que necesitamos!

—¿Quién es?

—El *Tábano* es Felice Rivarez. ¿No se acuerda de él? Uno de la banda de Muratori que bajó de los Apeninos hace tres años.

—¡Oh! Usted conoció a esa cuadrilla, ¿no es verdad? Recuerdo que usted viajó con ellos cuando fueron a París.

—Sí y fui hasta Liorna para ver a Rivarez, quien salió para Marsella. No quiso detenerse en Toscana, decía que nada había dejado de hacerse, excepto reír, una vez fracasada la insurrección y que por lo tanto lo mejor era ir a París. Sin duda alguna estaba de acuerdo con el señor Grassini en que Toscana es el peor lugar para reír. Pero estoy casi seguro de que volvería si se lo pidiéramos, ahora que hay alguna probabilidad de hacer algo en Italia.

—¿Qué nombre ha dicho usted?

—Rivarez; es brasileño, creo. En todo caso, sé que vivió en Brasil. Es el hombre más ingenioso que he encontrado en mi vida. Los cielos saben que yo no tenía razón para estar contento aquella semana en Liorna: bastaba mirar al pobre Lambertini para que a uno se le rompiera el corazón, pero no se podía permanecer serio cuando Rivarez estaba en la sala: era un fuego perpetuo de absurdos. Tenía una horrible cicatriz de sable en la cara, además; recuerdo cómo estaba cosida. Es una criatura singular; pero creo que él y su insensatez evitaron que algunos de aquellos pobres muchachos se hundieran completamente.

—¿Es ése el hombre que escribe sueltos políticos en los periódicos franceses con el nombre de el *Tábano*?

—Sí. La mayor parte cortos párrafos y folletines cómicos. Los

contrabandistas, en los Apeninos, lo llamaban el *Tábano*, a causa de su mordacidad y tomó ese sobrenombre para firmar sus trabajos.

—Yo sé algo acerca de ese caballero— dijo Grassini, interrumpiendo la conversación con su manera lenta y solemne —y no puedo decir que vaya mucho en su crédito lo que he oído. Indudablemente posee cierta listeza aparatosa y superficial, aunque pienso que sus habilidades han sido exageradas. Posiblemente no le falta valor físico, pero su reputación en París y en Viena está, creo, muy lejos de ser limpia. Parece ser un caballero de... una... muchas aventuras y antecedentes desconocidos. Se ha dicho que fue sacado de caridad por la expedición de Duprez en algún lugar tropical de la América del Sur, en un estado de inconcebible salvajismo y degradación. Creo que nunca explicó satisfactoriamente cómo llegó a verse en tal condición. En cuanto al levantamiento de los Apeninos, me temo que no sea un secreto que personas de todos los caracteres tomaron parte en aquel infortunado asunto. Los hombres ejecutados en Bolonia se sabe que no fueron más que malhechores comunes y el carácter de muchos que huyeron difícilmente escaparía a toda descripción. Sin duda, *algunos* de los participantes eran hombres de elevado carácter...

—¡Algunos de ellos eran amigos íntimos de varias personas que están en la sala!— interrumpió Riccardo con timbre colérico en su voz. —Está muy bien ser peculiar y excepcional, Grassini; pero aquellos "malhechores comunes" murieron por sus creencias, lo cual es mucho más de lo que usted y yo hemos hecho hasta ahora.

—Y si otra vez la gente le habla a usted de la cosmografía rancia de París— añadió Galli —puede decirles de mi parte que están equivocados respecto a la expedición de Duprez. Conozco al ayudante de Duprez, Martel, personalmente, y de él he oído la historia entera. Es verdad que encontraron allí a Rivarez desamparado. Había sido hecho prisionero de guerra, luchando por la República Argentina, y se había fugado. Vagó por el país con varios disfraces, tratando de volver a Buenos Aires. Pero el cuento de que fue sacado de allí de caridad es pura invención. El intérprete había caído enfermo y fue obligado a regresar; ninguno de los franceses hablaba los lenguajes nativos, entonces le ofrecieron aquel puesto y pasó los tres años con ellos, explorando los ríos tributarios del Amazonas. Martel me dijo que

creía que no podría en modo alguno haberse realizado aquella expedición si no hubiera sido por Rivarez.

—Sea lo que fuere —dijo Fabrizi— debe haber algo notable en un hombre que podía decir: "Vengan acá" a dos viejos veteranos como Martel y Duprez, como parece que hizo. ¿Que piensa usted, señora?

—No se nada acerca de esa cuestión; yo estaba en Inglaterra cuando los fugitivos atravesaron Toscana. Pero creo que si los que fueron compañeros de un hombre en una expedición de tres años por países salvajes y los compañeros que estuvieron con él en una insurrección, piensan bien de él, esta es una recomendación suficiente para contrarrestar una abundante chismografía de bulevar.

—No se trata de la opinión que de él tuvieran sus compañeros —dijo Riccardo. —Desde Muratori y Zambeccari hasta los más rudos montañeses, todos le eran devotos. Además, es amigo personal de Orsini. Es verdad, por otra parte, que circulan muchos embustes de índole no muy agradable acerca de su estancia en París, pero si un hombre no quiere crearse enemigos no debe convertirse en un escritor político satírico.

—No estoy completamente seguro— dijo Lega —pero me parece que lo vi una vez cuando estaban aquí los refugiados. ¿No era jorobado o torcido o algo así?

El profesor había abierto un cajón de su mesa de escritorio y estaba revolviendo un montón de papeles.

—Creo que tengo su descripción hecha por la policía en alguna parte— dijo. —Ustedes recordarán que cuando escaparon y se escondieron en las gargantas de las montañas, sus retratos y señas fueron fijados en todas partes y ese cardenal... ¿cómo se llama ese bribón...? Spínola, ofreció premio por sus cabezas.

—A propósito, hay una narración espléndida acerca de Rivarez y ese pasquín de la policía. Se puso un viejo uniforme de soldado y atravesó el país como carabinero herido en el cumplimiento de su deber y tratando de encontrar su compañía. De hecho se unió a una patrulla de Spínola que lo buscaba para cazarlo y pasó todo un día con ellos en uno de sus furgones, contándoles cuentos

pavorosos de como lo habían tornado cautivo los rebeldes y lo habían llevado a sus guaridas en las montañas, y de las horribles torturas que había sufrido en sus manos. Ellos le enseñaron el pasquín que lo describía y el denostó ampliamente contra "el malvado que llamaban el *Tábano*". Luego, por la noche, cuando todos dormían, vertió toda el agua de un cubo en la pólvora que llevaban y escapó con sus bolsillos llenos de comida y de municiones...

—¡Ah! Aquí está el papel— interrumpió Fabrizi. —Dice: "Felice Rivarez, llamado el *Tábano*. Edad, unos treinta años; lugar de nacimiento y parientes, desconocidos, probablemente sudamericano; profesión, periodista. Bajo, cabello negro, barba negra, piel oscura, ojos azules, frente ancha y cuadrada; nariz, boca, mentón..." Sí, aquí está: "Señas particulares: cojo del pie derecho, brazo izquierdo retorcido, le faltan dos dedos de la mano izquierda, corte de sable reciente a través de la cara; tartamudo." Después hay una note: "Muy buen tirador; tengan cuidado al detenerlo".

—Cosa extraordinaria es que pudiera engañar a la partida que iba en su busca provista de tan formidable lista de marcas de identificación.

—No fue más que pura audacia lo que lo salvó, naturalmente. Si se les hubiera ocurrido sospechar de él un momento, estaba perdido. Pero el aire de confiada inocencia que puede presentar cuando quiere, despista a cualquiera. Bien, caballeros, ¿que piensan ustedes de la propuesta? Parece que Rivarez es bastante conocido por varios de los presentes. ¿Podemos decirle, si o no, que nos agradecería que nos ayudara aquí?

—Yo creo— dijo Fabrizi —que podría ser sondeado acerca del asunto, para saber exactamente qué es lo que al puede pensar del plan.

—¡Oh! lo aceptará, pueden estar seguros de ello, una vez que sepa que se trata de luchar contra los jesuitas; es el más salvaje anticlerical que he encontrado en mi vida. De hecho, es una furia en ese punto.

—Entonces ¿quiere usted escribirle, Riccardo?

—Ciertamente. Déjenme ver dónde está ahora. Creo que en Suiza. Es un ser muy inquieto, siempre va de un lado para otro. Pero acerca de la cuestión de los

folletos...

Se sumieron en larga discusión. Cuando al fin la reunión empezó a dispersarse, Martini se acercó a la tranquila joven.

—Iré a verla a su casa, Gemma.

—Gracias; quiero hablar con usted de un asunto.

—¿Algo malo con las direcciones?

—Nada serio; pero creo que es hora de hacer algunos cambios. Esta semana han sido detenidas dos cartas en el correo. Las dos eran poco importantes y puede haber sido casual. Pero no podemos exponernos a ningún riesgo. Si en algún momento ha comenzado la policía a sospechar de alguna de nuestras direcciones, hay que cambiarlas inmediatamente.

—Hablaemos de eso mañana. No trataré de más cosas serias con usted esta noche; parece fatigada.

—No estoy cansada.

—Entonces se siente usted deprimida otra vez.

—¡Oh, no especialmente!

CAPÍTULO II

—Catalina ¿Está la señora?

—Sí, señor; está vistiéndose. Si quiere pasar a la sala, ella bajará dentro de unos minutos.

Catalina dejó pasar al visitante con el ánimo alegre de una verdadera muchacha del condado de Devon. Martini era un favorito especial para ella. El hablaba inglés, como un extranjero, naturalmente, pero de modo muy respetable; y nunca se sentaba a hablar de política a voces hasta la una de la mañana, cuando la señora estaba cansada, como algunos visitantes acostumbraban hacer. Además, había venido al condado de Devon a ayudar a la señora en su aflicción cuando murió su pequeño y su marido estaba muriéndose; y siempre, desde entonces, el gordo, desmañado y calmoso hombre había sido para Catalina como "uno de la familia", igual que el perezoso gato negro que ahora se cobijaba en sus rodillas. *Pasht*, por su parte, miraba a Martini como un mueble útil de la casa. Este visitante nunca le pisó la cola, ni le sopló humo de tabaco en los ojos, ni se le impuso en su conciencia como una agresiva personalidad bípeda. Se comportaba como debe hacerlo un hombre: proporcionaba confortables rodillas para echarse y ronronear sobre ellas; y en la mesa nunca se olvidó de que el mirar cómo comen pescado los seres humanos no es interesante para un gato. La amistad entre ellos era de vieja fecha. Una vez, cuando *Pasht* era un gatito pequeño y su dueña estaba demasiado enferma para pensar en él, había venido de Inglaterra bajo el cuidado de Martini, guardado en un cesto. Desde entonces, una larga experiencia lo había convencido de que aquel torpe oso humano no era amigo sólo en el buen tiempo.

—¡Qué satisfechos parecen los dos!— dijo Gemma, entrando en la habitación. —Diríase que se han acomodado para toda la noche.

Martini apartó cuidadosamente al gato de sus rodillas.

—Vine pronto— dijo —con la esperanza de que me diera usted un poco de té antes de salir. Habrá probablemente un choque terrible y Grassini no quiere darnos ninguna cena razonable; nunca lo hacen en esas casas que están de moda.

—¡Vaya!— dijo ella riendo —¡Esto es tan malo como Galli! El pobre Grassini tiene bastantes pecados por los cuales responder, sin cargar con el imperfecto gobierno de su casa por su esposa. En cuanto al té, estará listo dentro de un minuto. Catalina ha hecho unas tortas al estilo de Devonshire para usted.

—Catalina es una buena mujer, ¿no es verdad, *Pasht*? Entre paréntesis, ha hecho usted bien en ponerse ese precioso traje. Temía que no se acordara usted.

—Le prometí que me lo pondría, aunque es más bien de abrigo para una noche calurosa como ésta.

—Hará mucho frío en Fiesole y ninguno le sentará jamás tan bien como el casimir blanco. Le he traído algunas flores adecuadas para el vestido.

—¡Oh, qué precioso manojito de rosas! ¡Me gustan tanto! Pero están mucho mejor en el agua. No me gusta ponerme flores.

—Esa es una de sus fantásticas supersticiones.

—No, no es eso, sino que pienso que deben estar muy tristes teniendo que pasar toda la noche prendidas en tan aburrido compañero.

—Me temo que todos nos aburriremos esta noche. La *conversazione* será tan insustancial que no se podrá resistir.

—¿Por qué?

—En parte porque todo cuanto toca Grassini se hace tan aburrido como él mismo.

—No sea rencoroso. No es muy justo cuando vamos a ser sus invitados.

—Siempre tiene usted razón, *madonna*. Bien, entonces será aburrido porque la mitad de las personas interesantes no vienen.

—¿Cómo es eso?

—No lo sé. Están fuera de la ciudad o enfermos u otra cosa. De todos modos, habrá dos o tres embajadores y algunos eruditos alemanes, la usual multitud amorfa de turistas, príncipes rusos y gente de clubs literarios, y unos pocos oficiales franceses; nadie más que yo sepa, excepto, naturalmente, el nuevo escritor satírico, destinado a ser la atracción de la noche.

—¿El nuevo escritor satírico? ¿Rivarez? Pero yo creía que Grassini lo reprobaba tanto que...

—Sí, pero ya que el hombre está aquí y que se le ha hablado de ello, naturalmente, Grassini quiere que su casa sea el primer lugar donde se presente el nuevo león. Puede estar segura de que Rivarez no sabe nada de la reprobación de Grassini. Sin embargo, puede adivinarlo: es lo suficientemente agudo.

—Yo ni siquiera sabía que hubiese venido.

—Llegó ayer. Aquí viene el té. No se moleste; yo me ocuparé de la tetera.

Jamás fue él tan feliz como en aquel pequeño estudio. La amistad de Gemma, su grave inconsciencia del encanto que ejercía sobre él, su franca y sencilla camaradería eran las cosas más brillantes para él en una vida que no tenía nada de brillante; y cuando comenzara a sentirse más que usualmente deprimido iría allí después de las horas de ocupación y se sentaría frente a ella, generalmente en silencio, mirándola atentamente cuando se inclinara sobre su trabajo de costura o sirviese el té. Ella nunca le preguntaba acerca de sus preocupaciones ni le expresaba ninguna simpatía en sus palabras; pero siempre salía de allí más fortalecido y más tranquilo, sintiendo, como ella misma le decía, que él podía "caminar durante otra quincena bastante pasablemente". Poseía ella, sin él saberlo, el raro don de consolar; y cuando, dos años antes, los más queridos amigos de él habían sido traicionados en Calabria y cazados como lobos, la fe constante de ella habría sido quizá lo que lo había salvado de la desesperación.

Los domingos por la mañana iba algunas veces a "charlar de negocios", expresión que se refería a todo lo que estaba relacionado con el trabajo práctico del partido de Mazzini, del cual eran ambos miembros activos y abnegados. Ella era a la sazón una criatura totalmente diferente: aguda, fría y lógica, perfectamente cabal

y neutral. Los que solo la veían en su obra política la consideraban como una conspiradora preparada y disciplinada, digna de confianza, valiente; un valioso miembro del partido, pero en cierto modo falta de vida y de individualidad. "Es una conspiradora nata; vale lo que una docena de nosotros; y no es nada mas que eso", había dicho de ella. Galli. La *madonna Gemma*, a quien Martini sabía que era muy difícil comprender.

—Bien ¿y como es el "nuevo escritor satírico"?— preguntó ella, volviéndose para mirar por encima de su hombro mientras abría el aparador —Allí, César, están el azúcar y el mango en almíbar para usted. Yo me pregunto, entre paréntesis, por qué a los revolucionarios les gustan tanto las golosinas.

—A otros también, pero creen que se rebajaría su dignidad si lo confesaran. ¿El nuevo escritor satírico? ¡Oh! Es el tipo de hombre que admiran las mujeres corrientes y que a usted le desagradará. Una especie de tratante profesional en discursos agrios que va por el mundo con una actitud sentimental y una hermosa bailarina colgada de los faldones de su saco.

—¿Quiere usted decir que realmente es una bailarina o simplemente que usted se siente contrario e incapaz de imitar los discursos mordaces?

—¡Dios me guarde! No, la bailarina es bastante real y bastante hermosa igualmente para quienes gustan de la belleza maligna. Personalmente, a mí no me gusta. Ella es una gitana húngara o algo de ese género, según dice Riccardo; viene de algún teatro provincial de Galitzia. El parece ser más bien un hombre frío: ha presentado a la muchacha a la gente como si fuera su tía soltera.

—Bien: eso no deja de ser digno si la ha sacado de su medio.

—Usted puede mirar las cosas de esa manera, querida *madonna*; pero la sociedad, no. Yo creo que la mayor parte de la gente se enfadará si le presentan a una mujer que saben que es su amante.

—¿Cómo pueden saberlo, a menos que él se lo diga?

—Es bastante claro; usted lo advertirá si se acerca a ella. Pero yo creo que él no tendrá el atrevimiento de llevarla a casa de los Grassini.

—No la recibirían. La señora Grassini no es una mujer que haga cosas fuera de los convencionalismos de ese género. Pero quiero saber algo del *signor* Rivarez como escritor satírico, no como hombre. Fabrizi me ha dicho que le han escrito y que él ha consentido en venir y emprender la campaña contra los jesuitas; y eso es lo último que yo he oído. Ha habido demasiado trabajo urgente esta semana.

—No se que mas podría decirle. Parece que no hay dificultad alguna en la cuestión de dinero, como yo temía. Él tiene bienes de fortuna, según parece, y está dispuesto a trabajar por nada.

—Entonces ¿tiene fortuna personal?

—Al parecer, la tiene, aunque resulte raro. Ya oyó usted aquella noche en casa de Fabrizi el estado en que lo encontró la expedición de Duprez. Pero ha tenido participación en unas minas del Brasil y luego ha obtenido un inmenso éxito como escritor de folletines en París, en Viena y en Londres. Parece que domina perfectamente media docena de idiomas y nada hay que se oponga a mantener relaciones con su periódico desde aquí. Tomar el pelo a los jesuitas no le robará todo su tiempo.

—Eso es verdad, naturalmente. Ya es hora de comenzar, César. Sí, llevare las rosas. Espéreme un momento.

Tomó escaleras arriba y bajó a poco con las rosas prendidas en el pecho y una mantilla española de encaje negro echada sobre la cabeza. Martini la inspeccionó con artística aprobación.

—Parece usted una reina, *madonna mia*; igual que la grande y sabia reina de Saba.

—¡Que frase tan desafortunada!— replicó ella, riendo. —¡Cuando usted sabe lo difícil que ha sido para mi amoldarme a la imagen de la señora típica de esta sociedad! ¿Quién desea que una conspiradora se parezca a la reina de Saba? Ese no es el modo de librarse de espías.

—Usted no será jamás capaz de personificar a la mujer estúpida de la sociedad, por mucho que lo intente. Pero eso no hace al caso, después de todo; es

usted demasiado sincera para buscar espías que adivinen sus opiniones, aunque no pueda sonreír tontamente y esconderse detrás de su abanico, como la señora Grassini.

—Deje ahora a esa pobre mujer, César. Tome un poco más de alfeñique para endulzar su ánimo. ¿Está usted listo? Entonces lo mejor que podemos hacer es salir ya.

Martini había tenido sobrada razón al decir que la *conversazione* sería tan nutrida de gente como aburrida. Los literatos sostenían pequeñas charlas corteses y parecían desesperadamente aburridos, en tanto que la "multitud amorfa de turistas y príncipes rusos" se pavoneaba de acá para allá por las salas, preguntándose unos a otros quienes eran algunos de los personajes que estaban allí y tratando de entablar conversaciones intelectuales. Grassini recibía a sus huéspedes de una manera tan cuidadosamente pulida como sus botas; pero su rostro frío se iluminó al ver a Gemma. Realmente no le agradaba y en verdad la temía secretamente algún tanto; pero se daba cuenta de que sin ella, faltaba en sus salones una gran atracción. Había ascendido mucho en su profesión y ahora que era rico y muy conocido, su ambición principal consistía en hacer de su casa un centro de sociedad liberal e intelectual. Estaba tristemente consciente de que la insignificante y exageradamente engalanada mujer con quien cometió en su juventud el error de casarse, no daba, con su charla insípida y su marchita y escasa belleza, para ser la señora de un gran salón literario. Cuando podía convencer a Gemma para que viniera, tenía siempre la sensación de que la noche sería un éxito. La gracia de sus modales reposados tranquilizaba a sus invitados y su misma presencia parecía apartar el espectro de vulgaridad que siempre, en su imaginación, se paseaba por la casa.

La señora Grassini saludó a Gemma afectuosamente, exclamando con voz chillona: "¡Qué encantadora esta usted esta noche!" a la par que examinaba con mirada críticamente agresiva el casimir blanco. Odiaba a su visitante rencorosamente por las mismas cosas que la amaba Martini: por su fuerza de carácter tranquila; su grave, sincera rectitud; el continuo equilibrio de su mente; la expresión de su rostro. Y cuando la señora Grassini odiaba a una mujer le

demostraba la más efusiva ternura. Gemma recibió las lisonjas y muestras de cariño por lo que en verdad valían y no pensó un momento más en ellas. Lo que se decía "entrar en sociedad" era, a su juicio, una de las tareas fatigosas y desagradables que un conspirador que no quiere atraer la atención de los espías debe cumplir concienzudamente. Lo clasificaba dentro del trabajo laborioso de escribir en cifrado, y sabiendo cuan valiosa y práctica salvaguarda contra las sospechas era la reputación de ser una mujer que vestía bien, estudiaba los modelos de la moda tan cuidadosamente como las claves de sus escritos cifrados.

Los literatos conspicuos, aburridos y melancólicos, se animaron un poco al oír el nombre de Gemma: era muy popular entre ellos; y los periodistas radicales, especialmente, gravitaron a su alrededor en la gran sala.

Pero ella era una conspiradora demasiado bregada para consentir que la monopolizaran. A los radicales se les podía encontrar cualquier día y ahora, cuando acudieron a rodearla, los envió amablemente a sus asuntos, recordándoles sonriendo que no debían perder tiempo en ella, cuando había allí tantos turistas necesitados de instrucción. Por su parte, Gemma se dedicó a un miembro del parlamento inglés cuyas simpatías por el partido republicano estaba deseosa de ganar y sabiendo que era un especialista en finanzas, consiguió desde el principio su atención preguntándole cuál era su opinión sobre un punto técnico referente a la moneda legal austríaca y después desvió hábilmente la conversación hacia la condición de las rentas públicas lombardo-venecianas. El inglés, que esperaba aburrirse con charla anodina, la miró de soslayo, temiendo evidentemente haber caído en las garras de una mujer pedante, pero viendo que ella era tan agradable de mirar como interesante de conversación, se rindió completamente y se sumió en tan grave discusión de las finanzas italianas como si ella hubiera sido Metternich. Cuando Grassini presentó a un francés que "quería preguntar a la señora Bolla algo acerca de la historia de la Joven Italia", el miembro del parlamento se levantó con un desconcertado sentimiento de que quizás había más fondo del que él había supuesto en el descontento italiano.

Más avanzada la noche, Gemma salió a la terraza que estaba bajo las ventanas de la gran sala y se sentó sola durante unos momentos entre las grandes

camelias y adelfas. El aire viciado y la gente moviéndose continuamente en las salas comenzaban a darle dolor de cabeza. En el extremo más distante de la terraza había una fila de palmeras y helechos arborescentes, plantados en anchos toneles que quedaban ocultos por un gran espesor de lirios y plantas llenas de flores. El conjunto formaba una completa pantalla tras de la cual había un pequeño rincón desde el cual se dominaba un hermoso panorama del valle. Las ramas de un granado llenas de flores recientes colgaban al otro lado de la estrecha separación entre las plantas.

En ese rincón se refugió Gemma, esperando que nadie adivinara su escondite hasta haberse librado de la amenaza del dolor de cabeza mediante un poco de descanso y de silencio. La noche era cálida y bellamente apacible, pero viniendo de las salas cerradas y sofocantes sintió frío y se cubrió la cabeza con su mantilla.

De pronto, se aproximaron ruidos de voces y de pasos procedentes de la terraza que la sacaron del estado de ensueño en que había caído. Se hizo para atrás en la sombra, esperando que no la vieran y poder gozar de algunos preciosos minutos más de silencio antes de volver a abrumar su fatigado cerebro con el tormento de la conversación. Para gran contrariedad suya, los pasos se acercaron pausadamente a la pantalla de plantas; luego, la voz aguda y aflautada de la señora Grassini soltó el chorro de su parloteo. La otra voz, de hombre, era notablemente dulce y musical; pero su dulzura de tono era desfigurada por un peculiar zumbido lento, quizá mera afectación, más probablemente el resultado de un esfuerzo habitual para vencer algún impedimento del habla, pero en todo caso muy desagradable.

—¿Inglesa, dijo usted?— preguntó él. —Pero el nombre es enteramente italiano. ¿Cómo es.... Bolla?

—Sí, es viuda del pobre Giovanni Bolla, que murió en Inglaterra hace unos cuatro años... ¿no se acuerda usted? ¡Ah, me olvidaba! ¡Estaba usted entonces en tal ajetreo de viajes! ¡No podemos esperar que usted tenga noticias de todos nuestros infelices mártires...! ¡Son tantos!

La señora Grassini suspiró. Siempre hablaba de ese modo a los extranjeros:

el papel de plañidera patriótica por las penalidades de Italia formaba una eficaz combinación con su manera de hacer pucheros como una criatura en edad escolar.

—¡Murió en Inglaterra!— repitió la otra voz. —¿Entonces era refugiado? Me parece acordarme de ese nombre. ¿No estuvo relacionado con la Joven Italia en los primeros días de ésta?

—Sí, fue uno de los infortunados jóvenes que detuvieron en el año treinta y tres... ¿Recuerda usted ese triste asunto? Lo dejaron en libertad al cabo de pocos meses; luego, dos o tres años más tarde, cuando se dictó auto de prisión contra él, escapó a Inglaterra. La primera noticia que luego tuvimos de él fue que se había casado. El asunto era sumamente romántico, pero el pobre Bolla siempre fue un romántico.

—¿Y después él murió en Inglaterra, dice usted?

—Sí, de tisis; no pudo resistir aquel terrible clima. Y ella perdió a su único hijito poco antes del fallecimiento de su esposo. Murió de escarlatina. Muy triste ¿no es verdad? ¡Todos nosotros queremos tanto a la amada Gemma! Es un poco afectada, la pobrecilla; los ingleses siempre son así, ya lo sabe usted; pero creo que su melancolía se debe a sus disgustos y...

Gemma se puso en pie y apartó las ramas del granado. Esta enumeración de sus pesares personales con fines de charlataneo era casi intolerable para ella y había visible dolor en su rostro cuando salió a la luz.

—¡Ah, aquí está!— exclamó la anfitriona con frialdad admirable. —Gemma, querida, temía que hubiera usted desaparecido. El señor Felice Rivarez desea conocerla.

"De manera que éste es el *Tábano*" pensó Gemma, mirándolo con alguna curiosidad. Él se inclinó bastante respetuoso, pero miraba el rostro y la figura de ella de una manera que a ésta le pareció insolentemente, mordaz e inquisitorial.

—De... delicioso rincón encontró aquí— observó él, mirando la espesa pantalla —¡Qué... qué encantadora vista!

—Sí, es un bonito rincón. Salí aquí a tomar el aire.

—Parece casi ingrato para el buen Dios permanecer puertas adentro en tan hermosa noche— dijo la señora Grassini, mirando las estrellas. (Tenía bonitas pestañas y gustaba de mostrarlas). —¡Mire, *signore!* Nuestra dulce Italia, ¿no sería el cielo en la tierra si fuese libre? ¡Pensar que es una esclava cautiva con tales flores y tal firmamento!

—¡Y tan patrióticas mujeres!— murmuró el *Tábano* con su habla lánguida y suave.

Gemma lo miró, casi irritada; su imprudencia era demasiado visible, ciertamente, para engañar a nadie. Pero allí estaba la señora Grassini con su apetito de cumplidos; la pobre mujer abatió sus pestañas con un suspiro.

—¡Ah, *signore*, es tan poco lo que puede hacer una mujer! Quizás algún día pueda yo probar mi derecho a llamarme italiana... ¡Quién sabe! Pero ahora tengo que volver a mis deberes sociales: el embajador francés me ha pedido que presente a su pupila a todas los notables; usted debe venir ahora y verla. Es una muchacha muy encantadora. Gemma, querida, traje al señor Rivarez para enseñarle la hermosa vista que desde aquí se domina; tengo que dejarlo a su cuidado; sé que lo atenderá usted y que lo presentará a todos. ¡Ah! Está ahí ese delicioso príncipe ruso. ¿Lo ha visto usted? Dicen que es un gran favorito del emperador Nicolás. Es comandante militar de alguna ciudad polaca que tiene un nombre que nadie puede pronunciar. *Quelle nuit magnifique! N'est-cepas, mon prince?*

Toda ella se agitaba hablando volublemente con un hombre con cuello de toro, mandíbula robusta y casaca resplandeciente de condecoraciones, y sus lamentos por *notre malheureuse patrie*, interpolados con *charmant* y *mon prince* se perdían a lo largo de la terraza.

Gemma permanecía inmóvil junto al granado. Compadecía a la pobre mujercita estúpida y la incomodaba la insolencia lánguida del *Tábano*. Miraba atentamente las figuras que se iban retirando con una expresión que la encolerizaba; parecía poco generoso burlarse de tan lastimosas criaturas.

—Ahí van el patriotismo italiano... y el ruso— dijo él, volviéndose sonriendo hacia ella —brazo a brazo y sumamente complacidos con la mutua compañía. ¿A

cual de ellos prefiere usted?

Ella frunció ligeramente el ceño y no contestó.

—Naturalmente— continuo él —es cuestión de gusto personal; pero yo creo que entre los dos prefiero la variedad rusa... ¡Es tan completa! Si Rusia tuviera que depender de las flores y del firmamento para su supremacía en lugar de su poder y de su armamento ¿cuánto tiempo haría que *mon prince* hubiera tomado la fortaleza que es Polonia?

—Creo— contestó ella fríamente —que podemos tener nuestras opiniones personales sin necesidad de ridiculizar a una mujer de la cual somos invitados.

—¡Ah, sí! Me había olvidado de las obligaciones de hospitalidad que reinan en Italia; son gente maravillosamente hospitalaria estos italianos. Estoy seguro de que lo mismo piensan los austríacos. ¿Quiere usted sentarse?

Atravesó la terraza cojeando para traerle una silla y se puso frente a ella, inclinado contra la balaustrada. La luz de una ventana iluminaba de lleno su cara y ella podía estudiarla a su placer.

Quedó chasqueada. Esperaba ver una faz chocante y poderosa, si no agradable; pero los rasgos más salientes de su aspecto eran una tendencia a la presunción en el vestir y algo más que una tendencia a cierta velada insolencia de expresión y maneras. En cuanto a lo demás, era tan oscuro de piel como un mulato y, no obstante su cojera, tan ágil como un gato. Su entera personalidad sugería extrañamente la de jaguar negro. La frente y la mejilla izquierda estaban terriblemente desfiguradas por la curva y larga cicatriz del sablazo recibido otrora; y ya había notado ella que cuando empezaba a tartamudear, ese lado de la cara era afectado por una crispación nerviosa. Si no fuera por esos defectos, habría sido, en cierta manera inquietante e incómoda, más bien hermoso; pero no era una faz atractiva.

Ahora comenzó de nuevo con su suave y murmurante tartamudeo. ("Exactamente la voz de un jaguar, si la fiera pudiera hablar y estuviera de buen humor", se dijo a sí misma Gemma con creciente irritación.)

—He oído afirmar— dijo él —que usted esta interesada en la prensa radical y que escribe para los periódicos.

—Escribo poco, no tengo tiempo para escribir mucho.

—¡Ah, naturalmente! Oí decir a la señora Grassini que usted tenía también otro trabajo importante.

Gemma alzó ligeramente las cejas. La señora Grassini, como la tonta mujercilla que era, había evidentemente hablado de modo imprudente a aquella escurridiza persona, que a Gemma, por su parte, comenzaba de hecho a disgustar.

—Tengo mucho en que ocupar mi tiempo— dijo ella algo duramente —pero la señora Grassini exagera la importancia de mis ocupaciones. La mayor parte son de carácter trivial.

—Bueno: el mundo marcharía bastante mal si *todos* nosotros pasáramos el tiempo cantando fúnebres lamentos a Italia. Debo pensar que el trato de nuestro anfitrión de esta noche, y de su esposa, haría frívolo a cualquiera, por razón de defensa de sí mismo. ¡Oh sí, se lo que va usted a decir! Y tiene usted razón ¡pero ambos son tan deliciosamente cómicos con su patriotismo! ¿Se va usted ya? ¡Se está tan gratamente aquí fuera!

—Quiero entrar ya. ¿Está ahí mi mantilla? Gracias.

Él la había recogido y ahora se puso de pie, mirándola con ojos muy abiertos, tan azules e inocentes como las *no-me-olvides* en un arroyo.

—Se que está usted enfadada conmigo— dijo con aire arrepentido —por tontear con esa muñeca de cera pintada, pero ¿qué puede hacer un hombre vulgar?

—Puesto que me lo pregunta, diré que creo que es poco generoso... bueno... cobarde hablar de nuestros inferiores intelectuales para ridiculizarlos de esa manera; es como reírse de un invalido o...

Él contuvo su aliento de pronto, penosamente, y lanzó una ojeada a su pie cojo y a su mano mutilada. Pero un instante después recobraba su serenidad y echábase a reír.

—Difícilmente es ésa una buena comparación, señora; nosotros, los

inválidos, no hacemos alarde de nuestras deformidades ante la gente, como ella lo hace con su estupidez. Por lo menos, dénos crédito para reconocer que la espalda torcida no invita más a bromear que las maneras torcidas. Aquí hay un escalón; ¿quiere apoyarse en mi brazo?

Gemma entró de nuevo en la casa, en embarazoso silencio; la sensibilidad, inesperada en él, la había desconcertado completamente.

Abrió él rápidamente la puerta de la gran sala de recepción. Ella se dio cuenta de que algo inusitado había acaecido en su ausencia. La mayor parte de los caballeros parecían coléricos y molestos; las damas, con sus mejillas rojas de calor y fingiendo cuidadosamente no advertir nada, estaban todas reunidas en un extremo de la sala; el anfitrión se sujetaba sus gafas con furia contenida, pero inequívoca, y un pequeño grupo de turistas estaba en un rincón mirando burlonamente hacia el otro extremo de la sala. Evidentemente, algo ocurría allí que lo consideraban como una broma y que para la mayor parte de los invitados era un insulto. La señora Grassini parecía no haberse dado cuenta de nada: se abanicaba coquetamente y charlaba con el secretario de la embajada holandesa, que la escuchaba con amplia mueca en su cara.

Gemma se detuvo un momento en el umbral y se volvió para ver si el *Tábano* se había dado cuenta también del desconcierto que reinaba en la reunión. No había error a juzgar por el malicioso triunfo con que miraba primero la cara de la señora Grassini, plácidamente inconsciente, y luego el sofá que estaba al extremo de la sala. Ella comprendió enseguida; había él traído a su amante bajo algún pretexto falso que no engañó a nadie, excepto a la señora Grassini.

La muchacha gitana se encontraba recostada en un sofá, rodeada por un grupo de currutacos bobalicones y oficiales de caballería levemente irónicos. Iba vistosamente ataviada en ámbar y escarlata, con brillantez oriental de matices y profusión de adornos, y estaba tan asustada en un salón literario florentino como lo estaría algún ave tropical entre gorriones y estorninos. Ella misma parecía hallarse fuera de lugar y miraba a las ofendidas damas con ceño fieramente desdeñoso. Viendo al *Tábano* que cruzaba la sala con Gemma, saltó del sofá y se

dirigió hacia él con un chorro voluble de francés desdichadamente incorrecto.

—Monsieur Rivarez, lo estuve buscando por todas partes. El conde Saltikov quiere saber si usted puede ir a su quinta mañana por la noche. Habrá baile.

—Lo siento, no podré ir; además, no podría bailar aunque fuera. Señora Bolla, permítame que le presente a madame Zita Reni.

La gitana miró a Gemma con aire desafiante y se inclinó. Era bastante hermosa, como había dicho Martini, con una belleza vívida, animal; la perfecta armonía y libertad de sus movimientos eran deliciosas de ver, pero tenía la frente estrecha y la línea de su nariz delicada era antipática, casi cruel. El sentido de opresión que Gemma percibió en el trato con el *Tábano* era intensificado por la presencia de la gitana; y cuando un momento más tarde vino el anfitrión a pedir a la señora Bolla que lo ayudara a entretener a algunos turistas en la otra sala, ella consintió, presa de un singular sentimiento de alivio.

—Bueno, *madonna*, ¿qué piensa usted del *Tábano*?— preguntó Martini, cuando regresaron a Florencia, tarde en la noche —¿Ha visto usted algo tan desvergonzado como el modo en que se burló de esa infeliz mujercita, la señora Grassini?

—Con la bailarina ¿no?

—Sí; él la persuadió de que la muchacha sería el éxito de la temporada. La señora Grassini hubiera hecho cualquier cosa por una celebridad.

—Considero que fue cosa fea y poco amable. Puso a los Grassini en posición falsa y no fue menos cruel para la muchacha misma. Estoy segura de que se sintió más que incómoda.

—Tuvo usted una conversación con el ¿no es así? ¿Que piensa usted de él?

—¡Oh, César, solo pienso en lo contenta que estuve cuando pude evadirme de él! Nunca me encontré con nadie tan temiblemente fatigante. Me dio dolor de cabeza en diez minutos. Es como la encarnación del demonio de la inquietud.

—Creí que no le agradaría y, a decir verdad, a mi tampoco me gusta. Es tan escurridizo como una anguila. No me inspira confianza.

CAPÍTULO III

El *Tábano* se alojó fuera de la Puerta Romana, cerca de la cual vivía Zita en una pensión. Era él evidentemente algo sibarita y a pesar de que nada presentaba verdadera extravagancia en las habitaciones, se veía una tendencia al lujo en fruslerías y cierto rebuscamiento melindroso en el arreglo de todo, que sorprendieron a Galli y a Riccardo. Esperaban hallar a un hombre, que había vivido en las soledades del Amazonas, más sencillo en sus gustos y les asombraban sus corbatas impecables, sus filas de botas y la cantidad de flores que había siempre en su escritorio. En conjunto, todo aquello estaba de acuerdo con él. Era hospitalario y servicial con todo el mundo, especialmente con los miembros locales del partido mazziniano. A esta regla hacía excepción, aparentemente, Gemma; parecía haberla disgustado desde su primer encuentro y evitaba siempre su compañía. En dos o tres ocasiones estuvo él verdaderamente duro con ella, lo que le ganó la cordial execración de Martini. Desde luego, ningún afecto pudo perderse entre los dos hombres desde el primer momento: sus temperamentos eran demasiado incompatibles para sentir otra cosa que repugnancia mutua. En cuanto a Martini, este sentimiento se convertía rápidamente en hostilidad.

—No me importa su desafecto hacia mí— dijo un día a Gemma con aire afligido —No es esa la causa de mi hostilidad hacia él. De esta suerte, no ha habido daño. Pero no puedo sufrir el modo que tiene de comportarse con usted. Si no fuera por el escándalo que produciría en el partido llamar a un individuo y pelear con él, le pediría cuenta de ello.

—Déjelo, César, eso nada arreglaría y después de todo, es culpa mía en buena parte, tanto como de él.

—¿Cuál es la culpa de usted?

—Que me deteste tanto. Le dije una cosa brutal cuando nos vimos por primera vez, aquella noche, en casa de los Grassini.

—¿Usted dijo una cosa brutal?

—No fue intencionalmente, desde luego, y me apené mucho. Dije algo referente a la gente que se burla de los inválidos y él lo interpretó personalmente. Jamás se me había ocurrido considerarlo como inválido; no es un hombre tan deforme como eso.

—Desde luego que no. Tiene un hombro más alto que el otro y su mano izquierda terriblemente estropeada; pero no es jorobado ni patituerto. En cuanto a su cojera, creo que no vale la pena hablar de ella.

—En todo caso, se estremeció y cambió de color. Naturalmente, fue una horrible falta de tacto mía, pero es extraño que sea tan sensible. Pienso que acaso alguna vez debió sufrir burlas crueles de ese género.

—Es más posible que las haya perpetrado, yo pensaría. Hay una especie de brutalidad interna en ese hombre, bajo todas sus delicadas maneras, que me repugna completamente.

—Pero César, eso es totalmente injusto. A mí me complace a menos que a usted, mas ¿por qué hacerlo peor de lo que es? Su presentación es algo afectada e irritante (creo que ha debido ser objeto de demasiado interés) y sus interminables y mordaces discursos son terriblemente aburridos; pero creo que todo eso no significa daño alguno.

—No se lo que eso signifique, pero hay algo turbio en un hombre que se mofa de todo. Me disgusta mucho el otro día, en el debate en casa de Fabrizi, oírlo denostar contra las reformas en Roma, como si quisiera hallar motivos sucios en todo.

Gemma suspiró.

—Temo estar más de acuerdo con él que con usted en ese punto— dijo ella.
—Todos ustedes, buena gente, están llenos de las más deliciosas esperanzas; están siempre dispuestos a pensar que si un caballero de mediana edad y buen aspecto

llega a ser elegido Papa, todas las demás cosas saldrán bien por sí mismas. El Papa solamente ha abierto las puertas de la cárcel y dado su bendición a todo el mundo, y podemos esperar el milenio dentro de tres meses. Parece que ustedes no son capaces de ver que el no podría arreglar las cosas aunque quisiera. Es el principio lo que significa lo que está mal, no el comportamiento de ese u otro hombre cualquiera.

—¿Qué principio? ¿El poder temporal del Papa?

—¿Por qué ése en particular? Ése es meramente una parte del error general. El mal principio es que un hombre pueda tener sobre otro el poder de atar y desatar. Con ello se establece una falsa relación entre uno mismo y sus compañeros.

Martini alzó los brazos.

—Está bien, *madonna*— dijo riendo. —No voy a discutir con usted cuando empieza a hablar de las paradojas de esa manera. Estoy seguro de que sus antepasados fueron revolucionarios republicanos ingleses del siglo diecisiete. Por otra parte, vine a causa de este manuscrito.

Lo sacó de su bolsillo.

—¿Otro nuevo folleto?

—Una cosa estúpida que ese infeliz de Rivarez envió ayer al comité. Ya sabía yo que llegaríamos a chocar con él muy pronto.

—¿De qué se trata? Honradamente, César, creo que está usted algo trastornado. Rivarez puede ser desagradable, pero no es estúpido.

—¡Oh! No niego que es bastante culto a su manera, pero mejor que lea eso usted misma.

Se trataba de un artículo sobre el entusiasmo insensato con el nuevo Papa con el cual aún estaba luchando Italia. Como todo escrito del *Tábano*, era agrio y vengativo, pero no obstante la irritación que le causaba aquel estilo, Gemma no pudo menos que reconocer de corazón la justicia de la crítica.

—Estoy de acuerdo con usted en que es detestablemente maligno— dijo ella, dejando a un lado el manuscrito —Pero lo peor en él es que todo lo que dice es

verdad.

—¡Gemma!

—Sí, lo es. El hombre tiene la sangre fría de una anguila, si usted quiere; pero la verdad está de su parte. No hay razón para tratar de persuadirnos de que esto no es un acierto: ¡lo es!

—Entonces ¿opina usted que debemos imprimirlo?

—¡Ah! Eso es harina de otro costal. Creo verdaderamente que no debemos imprimirlo tal como está: podría herir y enajenarnos la simpatía de la gente y no hacer ningún bien. Pero si él lo escribiera de nuevo retirando los ataques personales, creo que podría convertirse en un trabajo realmente valioso. Como crítica de orden político es muy bella. No tenía yo idea de que escribiera tan bien. Dice cosas que deben decirse y que ninguno de nosotros tiene el valor de decir. Este pasaje donde compara a Italia con un borracho llorando tiernamente abrazado al cuello del ladrón que está robándole el bolsillo, está escrito espléndidamente.

—¡Gemma! ¡Es el trozo peor del escrito! ¡Odio ese chillar de perro herido ante cada cosa y ante todo el mundo!

—A mí me pasa lo mismo, pero no se trata de eso. Rivarez tiene un estilo muy desagradable y como ser humano no es atractivo, pero cuando dice que nos hemos emborrachado con procesiones y abrazándonos y clamando sobre el amor y la reconciliación, y que los jesuitas y los sanfedistas son la gente que se aprovechará de todo, tiene mil veces razón. Desearía haber estado ayer con el comité. ¿A que decisión llegaron ustedes finalmente?

—Para eso he venido; para pedir a usted que vaya y hable con él y lo convenza de que suavice esa cosa.

—¿Yo? Pero si apenas lo conozco; y además, él me detesta. ¿Por qué debo ir yo entre toda nuestra gente?

—Sencillamente porque no hay otro que pueda hacerlo hoy. Además, usted es más razonable que todos nosotros y no se perderá en inútiles argumentos y peleas con él, como haríamos nosotros.

—Yo no haré eso, ciertamente. Bien: iré, si así lo quieren, aunque no tengo mucha confianza en el éxito.

—Estoy seguro de que usted conseguirá convencerlo si lo intenta. Sí y dígame que el comité en pleno admira el trabajo desde el punto de vista literario. Eso lo pondrá de buen humor y además, es perfectamente cierto.

El *Tábano* estaba sentado delante de una mesa cubierta de flores y helechos, mirando vagamente al suelo, con una carta abierta sobre la rodilla. Un lanudo perro pastor echado a sus pies, sobre un felpudo, alzó la cabeza y gruñó cuando Gemma llamó a la puerta; el *Tábano* se levantó apresurado y se inclinó de manera afectada y ceremoniosa. Su rostro se volvió de pronto duro y sin expresión.

—Es usted demasiado bondadosa— dijo con su más fría actitud. —Si me hubiera avisado que quería hablar conmigo, la habría buscado.

Viendo que él evidentemente deseaba tenerla lo más lejos posible, Gemma se apresuró a exponer el asunto. El se inclinó de nuevo y le acercó una silla.

—El comité deseaba que yo hablara con usted— comenzó —porque ha habido ciertas diferencias de opinión sobre su folleto.

—Así lo esperaba— sonrió y se sentó frente a ella, poniendo un gran vaso de crisantemos entre su cara y la luz.

—La mayor parte de los miembros están de acuerdo en que, a pesar de que admiran el folleto como composición literaria, no creen que en su forma actual sea a propósito para su publicación. Temen que la vehemencia de su tono pueda ofender y alejar a personas cuya ayuda y apoyo son valiosos para el partido.

Él sacó un crisantemo del vaso y comenzó a arrancar uno tras otro los blancos pétalos. A medida que ella observaba el movimiento de la delicada mano derecha dejando caer los pétalos uno a uno, una sensación desagradable asaltó a Gemma, como si recordara que en algún sitio había visto antes ese gesto.

—Como composición literaria— replicó con su voz fría y suave —carece totalmente de valor y sólo puede ser admirada por personas que nada saben acerca

de la literatura. En cuanto a lo de ofender, eso es precisamente lo que intenté hacer.

—Lo comprendo perfectamente. La cuestión está en que usted puede no tener éxito ofendiendo a la gente mala.

Se encogió de hombros y puso entre sus dientes un pétalo arrancado.

—Creo que se equivocan ustedes— dijo. —La cuestión es: ¿con qué objeto me invitó su comité a venir aquí? Yo entendí que es para exhibir y ridiculizar a los jesuitas. Cumpló mi obligación con la mejor habilidad de que dispongo.

—Puedo asegurarle que nadie tiene ninguna duda respecto a su habilidad y su buena voluntad. Lo que teme el comité es que el partido liberal se sienta ofendido y asimismo que los trabajadores de la ciudad retiren su apoyo moral. Puede usted haber hecho el folleto con intención de atacar a los sanfedistas, pero muchos lectores lo considerarán como un ataque a la iglesia y al nuevo Papa, y esto, como táctica política, no lo considera deseable el comité.

—Comienzo a comprender. Mientras me limite a referirme a la serie de caballeros clericales con quienes el partido está precisamente ahora en malos términos, puedo decir la verdad si así se me ocurre, pero si aludo directamente a los sacerdotes mimados por el propio comité... Naturalmente, debo inclinarme ante la decisión del comité, pero continúo pensando que esto ha recortado su sagacidad por ambos lados y dejado a m... mon... señor M... m... montan..., tan... n... nelli en medio.

—¿Montanelli?— repitió Gemma. —No lo comprendo. ¿Se refiere usted al obispo de Brisighella?

—Sí, el nuevo Papa acaba de hacerlo cardenal. Tengo aquí una carta en la que me hablan de él. ¿Le interesa oírla leer? El que la ha escrito es un amigo mío del otro lado de la frontera.

—¿La frontera papal?

—Sí. Esto es lo que escribe... —Tomó la carta que estaba en su mano cuando ella entró y leyó en voz alta, empezando a tartamudear fuertemente: —"Él piensa visitar Toscana durante el mes que viene, en una misión de reconciliación.

Predicará primero en Florencia donde permanecerá unas tres semanas; luego irá a Siena y Pisa, y regresará a la Romaña por Pistoia. Pertenece ostensiblemente al partido liberal de la iglesia y es amigo personal del Papa y del cardenal Feretti. Bajo Gregorio estuvo en desgracia y lo tuvieron alejado en un rincón de los Apeninos. Ahora ha surgido de pronto al frente. Desde luego tiran de él los hilos de los jesuitas, como de cualquier sanfedista del país. Su misión fue aconsejada por algunos de los padres jesuitas. Es uno de los predicadores más brillantes de la iglesia y tan pícaro como el mismo Lambruschini. Su misión consiste en mantener el entusiasmo popular por el Papa y distraer la atención pública hasta que el gran duque haya firmado un proyecto que los agentes de los jesuitas están preparando para presentárselo. En qué consiste este proyecto, no he podido descubrirlo." Luego, más adelante, dice: "Si Montanelli comprende con qué fin ha sido enviado a Toscana o si los jesuitas juegan con él, no puedo saberlo. Él es, o un bribón culto superior a lo común, o el asno mayor que ha nacido. Lo raro es, por lo que he podido averiguar, que ni admite soborno ni sostiene queridas... la primera vez que me topo con una cosa así."

Dejó la carta y se sentó, al tiempo que miraba a Gemma con ojos medio cerrados, esperando, al parecer, que ella dijera alguna cosa.

—¿Está usted seguro de que su informante es exacto en lo que dice? —preguntó ella un momento después.

—¿En lo que se refiere al carácter irreprochable de la vida privada de monseñor Montanelli? No, no es ni una cosa ni otra. Como usted observará, su frase implica salvedad: "Por lo que he podido averiguar..."

—Yo no hablaba de eso— contestó ella fríamente, —sino de la parte que se refiere a su misión.

—Puedo confiar plenamente en el autor de la carta. Es un viejo amigo mío, uno de mis camaradas del cuarenta y tres, y está en una posición que le ofrece oportunidades excepcionales para averiguar cosas de esa índole.

"Algún empleado del Vaticano", pensó Gemma.

—¿De suerte que ése es el género de enlaces que usted tiene? Yo suponía que

era algo así.

—La carta es, naturalmente, privada— continuó el *Tábano* —y usted comprenderá que la información es estrictamente para los miembros de su comité.

—Eso no necesita decirse. Entonces, acerca del folleto, puedo decir al comité que usted consiente en hacer unas pocas alteraciones y suavizarlo un poco o que...

—¿No piensa usted que las alteraciones eliminarían la belleza de la "composición literaria", *signora*, al mismo tiempo que suavizarían la violencia del tono?

—Me está usted pidiendo mi opinión personal. Lo que yo vengo a expresar aquí es la del comité como conjunto.

—¿Eso implica que u... u... usted no está de acuerdo con el comité en conjunto?— Guardó la carta en su bolsillo, se inclinó hacia adelante y la miró con expresión vehemente y concentrada que hizo cambiar inmediatamente la expresión de su rostro. —Usted piensa...

—Si quiere usted saber qué es lo que pienso personalmente... Yo discrepo de la mayoría en ambos puntos. No admiro totalmente el libelo desde el punto de vista literario, y creo que es verídico como presentación de hechos y sabio como táctica.

—Eso es...

—Estoy de acuerdo con usted en que Italia va llevada de una parte a otra por un fuego fatuo y que todo este entusiasmo y regocijo la conduciría probablemente a un horrible pantano, y yo me alegraría de corazón de que todo eso se dijera clara y valientemente, incluso a costa de ofender o alejar a algunos de los que actualmente nos apoyan. Pero como miembro de una organización cuya gran mayoría sostiene el punto de vista opuesto, no puedo insistir defendiendo mi opinión personal y creo sinceramente que si han de ser dichas cosas de ese género, deben ser dichas atemperada y serenamente, no en el tono adoptado en ese libelo.

—¿Quiere usted esperar un momento mientras echo una ojeada al manuscrito?

Lo tomó y examinó sus páginas. Un gesto de desagrado se marcó en su

rostro.

—Sí, desde luego, tiene usted razón. La cosa está escrita como un anuncio de café cantante, no como una sátira política. Pero ¿qué ha de hacer uno? Si yo escribo decentemente, el público no lo entiende; dirán que es anodino, si no suficientemente malévolo.

—¿No cree usted que la malicia llega a ser aburrida cuando la empleamos demasiado?

Lanzó hacia ella una rápida y aguda mirada y se echó a reír.

—¡Parece que la *signora* pertenece a la temible categoría de personas que siempre tienen razón! ¡Entonces, si caigo en la tentación de ser malicioso puede llegar un momento en que yo sea tan necio como la *signora* Grassini! ¡Cielos, que suerte! No, no necesita fruncir el ceño. Sé que no le soy simpático y me limitaré al asunto. A lo que vamos a parar entonces es prácticamente a esto: si yo suprimo los personalismos y dejo la parte esencial tal como esta, el comité verá con mucho disgusto que no puede cargar con la responsabilidad de imprimirlo. Si suprimo la verdad política y aplico las palabras duras solamente a los enemigos del partido, el comité alabará el escrito hasta las nubes, y usted y yo sabremos que no es digno de llevarlo a la imprenta. Poco más o menos un punto de metafísica: ¿cuál es la condición más deseable: imprimirlo y que no sirva para nada, o que sea valioso y no sea impreso? Bien, usted dirá, *signora*.

—No veo que se halle usted frente a esa alternativa. Creo que si usted suprimiera los personalismos, el comité consentiría en que se imprimiera el folleto, aunque la mayoría, por supuesto, no estará conforme con él; y estoy convencida de que sería muy útil. Pero tendría usted que prescindir de la malignidad. Si usted dice una cosa cuya sustancia es como gruesa píldora que han de tragar sus lectores, no hay ventaja ninguna en que los asuste al comienzo por la forma.

Suspiró él y se encogió de hombros resignadamente.

—Me someto, *signora*, pero con una condición. Si me priva usted de reírme ahora, lo haré la próxima vez. Cuando su eminencia, el irreprochable cardenal, regrese a Florencia, ni usted ni su comité harán objeción a que sea yo tan malévolo

como me parezca. ¡Ese es mi deber!

Habló en su manera más clara y fría, sacando del vaso los crisantemos y mirando la luz a través de los pétalos traslúcidos. "¡Que mano tan inquieta tiene!" pensó ella, viendo cómo las flores temblaban agitadas. "¡Seguramente estará bebido!"

—Sería mejor que discutiera usted el asunto con los otros miembros del comité— dijo ella levantándose. —No puedo formar ninguna opinión acerca de lo que ellos pensarán sobre la cuestión.

—¿Y usted?

Él se levanto también e, inclinado hacia la mesa, apretó las flores contra su rostro.

Ella vacilaba. La pregunta la afligía, recordándole viejas y desdichadas asociaciones.

—Yo... apenas se— dijo al fin. —Hace muchos años era habitual que supiera algo acerca de monseñor Montanelli. Entonces no era más que canónigo y director del seminario teológico en la provincia en que yo vivía cuando era una muchacha. Oía yo mucho referente a él de... alguien que lo conocía muy íntimamente y nunca oí nada que no fuera bueno. Creo que, en aquellos días, por lo menos, era realmente un hombre sumamente notable. Pero de esto hace mucho tiempo y puede haber cambiado. ¡El poder irresponsable corrompe a tanta gente!

—En todo caso— dijo él —si monseñor no es un pícaro, es un instrumento en manos de pícaros. Eso es para mí... y para mis amigos de mas allá de la frontera. Una piedra en el sendero puede tener las mejores intenciones, pero debe ser echada a un lado. ¡Permítame, *signora!*— tiró de la campanilla y, cojeando hasta la puerta, la abrió para darle paso. —Fue usted muy bondadosa al venir, *signora*. ¡Blanca, haz el favor de abrir la puerta de abajo!

Gemma salió pensativa. "Mis amigos del otro lado de la frontera... ¿Quiénes son? Y ¿como era la piedra que debía ser apartada del camino? Si sólo era sátira ¿por qué lo dijo con tan peligrosa mirada?"

CAPÍTULO IV

Monseñor Montanelli llegó a Florencia en la primera semana de octubre. Su visita causó alguna agitación en la ciudad. Era predicador famoso y representante del papado reformado; la gente esperaba de él ansiosamente una exposición de la "nueva doctrina", el evangelio de amor y reconciliación que había de curar los sufrimientos de Italia. El nombramiento del cardenal Gizzi para la secretaría del estado romano en lugar del universalmente detestado Lambruschini había provocado el entusiasmo público hasta su máxima expresión, y Montanelli era justamente el hombre que podía hacer que esta situación se mantuviera. Su vida irreprochable era un fenómeno bastante raro entre los altos dignatarios de la iglesia romana para atraer la atención de la gente acostumbrada a considerar el chantaje, la malversación y las intrigas vergonzosas como secuelas casi invariables de la carrera de un prelado. Por otra parte, su talento como predicador era grande realmente, y con su voz agradable y su personalidad magnética habría sobresalido en cualquier tiempo y lugar.

Grassini, como de costumbre, tenía en tensión sus nervios, afanoso de conseguir que la celebridad recién llegada fuera a su casa; pero Montanelli no era pieza fácil de cobrar. A todas las invitaciones respondía con la misma cortés pero clara negativa, diciendo que su salud no era buena y que tenía ocupado todo el tiempo y no disponía de fuerza ni de ocio para asistir a actos sociales.

—¡Que criaturas tan omnívoras son esos Grassini!— dijo despectivamente Martini a Gemma cuando cruzaban la plaza de la Señoría una mañana de domingo fresca y luminosa. —¿Notó usted como se inclinó en la reverencia cuando pasó el coche del cardenal? Les importa poco lo que sea un individuo con tal que se hable de él. Nunca, en mi vida, vi tales cazadores de ocasiones. Hace poco, en agosto fue el *Tábano*; ahora es Montanelli. Espero que su eminencia se sienta halagado por

esas atenciones; precioso lote de aventureros las han compartido con él.

Habían estado en la catedral oyendo el sermón de Montanelli y el gran templo estuvo tan lleno de ansiosos oyentes que Martini, temiendo que Gemma volviera a tener los molestos dolores de cabeza, la convenció de salir antes de que terminara la misa. La mañana soleada después de una semana de lluvia le ofreció un pretexto para aconsejarle un paseo entre las huertas, subiendo la cuesta de San Niccoló.

—No— replicó ella. —Me gustaría dar un paseo, si usted tiene tiempo, pero no por los cerros. Sigamos por la margen del Arno; Montanelli pasara por allí a su regreso de la catedral y yo soy como Grassini: quiero ver la notabilidad.

—Pero acaba de verlo.

—No de cerca. Había demasiada gente en la catedral y lo vimos de espalda cuando pasó el coche. Si nos quedamos cerca del puente lo veremos bien, seguramente; se hospeda en el Lugarno, como usted sabe.

—Per ¿cómo le ha dado de pronto la idea de ver a Montanelli? Nunca se había preocupado usted de los predicadores.

—No se trata de predicadores famosos: se trata del hombre mismo; quiero ver cuanto ha cambiado desde la última vez que lo vi.

—¿Cuándo fue?

—Dos días después de la muerte de Arturo.

Martini la miro con gran inquietud. Habían seguido la margen del Arno y ella contemplaba con mirada ausente el agua, con aquella mirada que él abominaba.

—Gemma, querida— dijo pasado un momento —¿va usted a dejar que ese miserable asunto la obsesione toda su vida? Todos hemos cometido errores cuando teníamos diecisiete años.

—No todos hemos matado a nuestro amigo más querido cuando teníamos diecisiete años— contestó ella con aire fatigado; apoyando el brazo sobre la balaustrada de piedra, miraba al río. Martini enmudeció; tenía miedo de hablarle

cuando tomaba esa actitud.

—Nunca miro al agua sin recordarlo— dijo ella, alzando lentamente la mirada; luego, con algo de temblor, continuó: —Caminemos un poco, César; hace frío para estar quietos.

Cruzaron el puente en silencio y siguieron a lo largo de la orilla del río. A poco, ella habló de nuevo.

—¡Que hermosa voz tiene ese hombre! Hay en ella algo que nunca he oído en otra voz humana. Creo que ahí está el secreto de la mitad de su influencia.

—Es una voz maravillosa— asintió Martini, aprovechando un tema de conversación que podía borrar el recuerdo terrible despertado por el río. —Y aparte de su voz, es el mejor predicador que jamás escuché. Pero creo que el secreto de su influencia radica en algo más profundo. Es su modo de vida, que se aparta del de casi todos los demás prelados. No se si podría usted señalar otro dignatario, en toda la iglesia italiana (excepto el Papa), cuya reputación sea tan profundamente inmaculada. Recuerdo que el año pasado, cuando estuve en la Romaña, al recorrer su diócesis veía a los duros montañeses aguantando la lluvia para verlo un momento y tocar sus ropas. Es venerado allí casi como un santo; y eso significa mucho entre los romañoles, que generalmente odian al que lleva sotana. Dije a un anciano campesino (contrabandista más típico no vi en mi vida) que la gente parecía demostrar mucho afecto a su obispo y me contesto: "No queremos a los obispos; son unos farsantes; queremos a monseñor Montanelli. Nadie ha sabido nunca que haya dicho una mentira o que haya hecho una cosa injusta."

—Me pregunto— dijo Gemma, medio para sí misma —si él sabe que así se piensa de él.

—¿Por qué no habría de saberlo? ¿Cree usted que no es verdad?

—Sé que no es verdad.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Porque él así me lo dijo.

—¿Él se lo dijo a usted? ¿Montanelli? Gemma: ¿qué quiere usted decir?

Ella, echando hacia atrás el cabello que caía sobre su frente, lo miró. Estaban aún de pie, él apoyado en la balaustrada y ella trazando lentamente líneas en el suelo con la punta de su sombrilla.

—César, usted y yo hemos sido amigos durante todos estos años y nunca le he dicho lo que realmente sucedió con Arturo.

—No hay necesidad de decírmelo, querida— contesto él con vehemencia. — Ya lo sé.

—¿Se lo dijo Giovanni?

—Sí, poco antes de morir. Me habló de ello una noche en que yo estaba velándolo. Él dijo... Gemma, querida, será mejor confesarle la verdad ahora que hemos empezado a hablar de ello; me dijo que siempre estaba usted pensando en esa triste historia y me pidió que fuera tan buen amigo de usted como pudiera y que tratase de apartarla de pensar en ello. Lo he intentado, querida; aunque no lo he conseguido, lo he intentado de verdad.

—Sé que usted lo ha hecho— contestó ella amablemente, levantando la mirada por un momento. —Yo lo habría pasado muy mal sin su amistad. Pero ¿no le dijo nada Giovanni sobre monseñor Montanelli?

—No, no sabía yo que tuviera nada que ver con ello. Lo que me dijo fue sobre... ese asunto del espía y sobre...

—Sobre el daño que le causé a Arturo y que murió ahogado. Bien, le hablaré a usted de Montanelli.

Volvieron hacia el puente por el cual debía pasar el coche del cardenal. Gemma miraba fijamente el agua conforme hablaba.

—En aquellos días Montanelli era canónigo; era director del seminario teológico de Pisa, solía dar a Arturo lecciones de filosofía y leía con él libros de sabiduría. Se tenían un gran afecto; más parecían dos amantes que maestro y discípulo. Arturo casi adoraba el suelo que pisaba Montanelli y recuerdo que una vez me dijo que si perdía a su "padre" (siempre acostumbraba llamar de ese modo a Montanelli) se suicidaría arrojándose al agua. Bueno, ya sabe usted lo que sucedió

después con el espía. Al día siguiente, mi padre y los Burton (medio hermanos de Arturo, gente odiosa) pasaron el día dragando el fondo de la dársena, buscando el cadáver; yo me senté sola en mi cuarto, pensando en lo que había hecho...

Calló unos instantes y continuó:

—Por la noche, ya tarde, vino mi padre a mi cuarto y me dijo: "Gemma, hija mía, ven conmigo abajo; hay un hombre que quiere verte." Una vez abajo, vi a uno de los estudiantes que pertenecía al grupo que se reunía en la sala de consulta, completamente pálido y tembloroso; nos habló acerca de la segunda carta de Giovanni y que venía de la prisión para decirnos lo que había oído del carcelero acerca de Cardi y que Arturo había caído en una trampa en el confesionario. Recuerdo que el estudiante me dijo: "Hay por lo menos el consuelo de saber que era inocente". Mi padre tomó mis manos y trató de consolarme; no sabía nada entonces del soplo. Después volví a mi cuarto y estuve sentada toda la noche. Por la mañana volvió mi padre con dos Burton a ver dragar el puerto. Tenían la esperanza de encontrar el cadáver.

—Nunca fue hallado ¿verdad?

—Nunca; debió ser arrastrado hacia el mar; pero ellos creían que había una posibilidad de encontrarlo. Estaba yo sola en mi cuarto y la criada subió a decirme que un "reverendísimo padre" había venido y ella le había dicho que mi padre estaba en los muelles y él se marchó. Sabía yo que debía ser Montanelli y salí corriendo hacia la puerta de atrás y lo alcancé en el portal del jardín. Cuando le dije: "Canónigo Montanelli, quiero hablarle" él se detuvo y esperó callado que yo le hablara. ¡Oh, César, si hubiera usted visto su cara... me obsesionó durante meses después! Le dije: "Soy la hija del doctor Warren, y vengo a decirle a usted que he sido yo quien ha matado a Arturo". Se lo conté todo y él permaneció de pie, escuchando, como una figura tallada en piedra, hasta que terminé; entonces dijo: "Tranquiliza tu corazón, hija mía; soy yo el asesino, no tú. Yo lo engañé y él lo descubrió." Y dicho eso dio media vuelta y salió del jardín sin decir más palabras.

—¿Y después?

—No sé lo que sucedió después de eso; oí decir que cierta noche se había

caído en la calle, presa de una especie de convulsión, y que lo llevaron a una casa cerca de los muelles, pero es todo lo que sé. Mi padre hizo por mí lo que pudo; cuando le conté todo, dejó sus ocupaciones y me llevó inmediatamente de nuevo a Inglaterra, para que no volviera yo a oír nada que me lo recordara. Tenía miedo de que terminara también arrojándome al agua y verdaderamente creo que estuve cerca de hacerlo durante algún tiempo. Pero luego, cuando supimos que mi padre tenía cáncer, me vi obligada a dominarme: no había nadie más que pudiera cuidarlo. Y después de su muerte quedaron en mis manos los pequeños hasta que mi hermano mayor fue capaz de darles hogar. Después fue Giovanni. Usted sabe que cuando vino a Inglaterra temíamos encontrarnos, con aquel terrible recuerdo entre nosotros. Tenía tal remordimiento por su participación en todo ello... aquella desdichada carta que escribió en la prisión. Pero creo realmente que fue nuestro trastorno común lo que nos unió.

Martini sonrió y negó con un movimiento de cabeza.

—Puede que haya sido por parte de usted— dijo —pero Giovanni estaba decidido desde la primera vez que la vio. Recuerdo su regreso a Milán después de aquella visita a Liorna; me hablaba con admiración de usted, hasta el punto de que me ponía enfermo oír hablar de Gemma la inglesa. Pensé que la odiaría. ¡Ah! ¡Ahí viene!

El coche cruzó el puente y subió hasta una gran casa en el Lungarno. Montanelli iba reclinado sobre los cojines, demasiado cansado para preocuparse de la multitud entusiasta que se había reunido cerca de la puerta para verlo. La expresión inspirada de su faz en la catedral había desaparecido enteramente y la luz del sol acentuaba las señales de preocupación y de cansancio. Cuando hubo bajado del coche y entrado en la casa con el paso lento y pesado de la vejez dolorida, Gemma se volvió y marchó lentamente hasta el puente. Su cara pareció reflejar durante un momento el aire marchito y desesperado de Montanelli. Martini marchaba junto a ella en silencio.

—He pensado a menudo— comenzó ella, después de una pausa —en cuál es el significado de la decepción que muestra. Se me ha ocurrido a veces...

—Prosiga.

—Bueno, es muy extraño; había un extraordinario parecido físico entre ellos.

—¿Entre quiénes?

—Entre Arturo y Montanelli. Y no fui yo la única que se dio cuenta de ello. Había algo misterioso en las relaciones de los miembros de aquella casa. La señora Burton, madre de Arturo, era una de las mujeres más encantadoras que jamás conocí. Su rostro tenía el mismo aspecto espiritual que el de Arturo y creo que eran semejantes en carácter también. Pero estaba siempre como asustada, como si fuera un criminal descubierto, y la esposa de su hijastro acostumbraba tratarla como ninguna persona decente trata a un perro. Y, además, Arturo mismo presentaba un contraste extraño con aquellos vulgares Burton. Naturalmente, cuando uno es un niño admite las cosas tal como las ve; pero mirando atrás, he pensado muchas veces si Arturo era realmente un Burton.

—Posiblemente supo algo acerca de su madre; eso pudo ser acaso la causa de su muerte, no el asunto Cardi— dijo Martini, ofreciendo el único consuelo en que podía pensar por el momento. Gemma negó con la cabeza.

—Si hubiera usted visto su cara después que yo lo agredí, César, no pensaría usted así. Todo puede ser cierto acerca de Montanelli (muy probablemente lo es); pero lo que he hecho, hecho está.

Caminaron un poco sin hablar.

—Querida— dijo Martini al fin —si hubiera algún modo en la tierra de deshacer lo que una vez se hizo, valdría la pena pensar en nuestros viejos errores; pero tal como es, deje que los muertos entierren a sus muertos. Es una historia terrible, pero al menos el pobre muchacho está libre de todo ahora y más feliz que algunos de los que han quedado, los que están en exilio y en prisión. Usted y yo debemos pensar en ellos; no tenemos derecho alguno a consumir nuestros corazones por los muertos. Recuerdo que su Shelley dice: "El pasado es de la muerte, el futuro es sólo tuyo". Poséalo mientras todavía es suyo y fije su mente, no en el daño que hizo hace largo tiempo, sino en lo que puede hacer ahora para ayudar.

Le tomó la mano. Después la dejó caer y se volvió hacia el sonido de una voz suave, fría y lenta.

—Monseñor Montanelli— murmuró aquella lánguida voz —es indudablemente todo lo que usted dice, mi querido doctor. De hecho, parece ser tan demasiado bueno para este mundo que debe ser escoltado cortésmente para entrar en el otro. Estoy seguro de que causaría gran sensación allí como lo ha hecho aquí; hay p... p... probablemente muchas almas que habitan allí desde hace mucho tiempo, las cuales nunca vieron nada parecido a un cardenal honrado. Y no hay nada que las almas amen tanto como las novedades...

—¿Cómo sabe usted eso?— preguntó irritada la voz del doctor Riccardo en tono de mal reprimida cólera.

—Por las Sagradas Escrituras, querido señor. Si hemos de fiarnos de los Evangelios, incluso la más respetable de todas las almas tuvo p... p... pasión por alianzas caprichosas. Ahora bien, la honestidad y los cardenales... me parece una alianza caprichosa, más bien incómoda, como los camarones y los medicamentos. ¡Ah, señor Martini, señora Bolla! Magnífico tiempo después de la lluvia, ¿verdad? ¿Han ido ustedes también a escuchar al nuevo Savonarola?

Martini se volvió bruscamente. El *Tábano*, con un cigarro en la boca y una flor de invernadero en el ojal, le alargaba una mano, delgada, cuidadosamente enguantada. Con la luz del sol reflejada en sus botas inmaculadas y el reflejo del agua sobre su faz sonriente, le pareció a Martini menos lisiado y más presumido que de costumbre. Se estrechaban las manos, afablemente por una parte y algo malhumorado por la otra, cuando Riccardo exclamó precipitadamente:

—Temo que la señora Bolla no está bien.

Estaba tan pálida que su rostro aparecía casi lívido bajo la sombra de su sombrero y la cinta temblaba en su cuello perceptiblemente por el violento latir de su corazón.

—Quiero ir a casa— dijo débilmente.

Llamaron un cabriolé y Martini subió con ella para llevarla a su casa.

Cuando el *Tábano* se inclinó para arreglarle el manto que colgaba sobre la rueda, levantó de pronto los ojos para ver su cara y Martini vio que ella se apartaba con una mirada que parecía llena de terror.

—Gemma, ¿qué le pasa?— preguntó en inglés cuando partieron —¿Qué le dijo ese bribón?

—Nada, César, no cometió ninguna falta. Yo... yo... me asusté.

—¿Se asustó?

—Sí, me imaginé... —Puso una mano sobre sus ojos y él esperó callado hasta que ella recobró el dominio sobre sí misma. Su rostro estaba recuperando su color normal. —Tiene usted razón— dijo ella al fin, volviéndose hacia él y hablando con su voz usual. —Es peor que inútil mirar hacia atrás, hacia el horrible pasado. Juega con los nervios de uno y hace imaginar toda suerte de cosas imposibles. No volveremos hablar *nunca* de ese asunto, César, o veré un fantástico parecido a Arturo en toda cara que encuentre. Es una especie de alucinación, como una pesadilla en plena luz del día. Justamente ahora, cuando ese odioso lechuguino me miró, me imaginé que era Arturo.

CAPÍTULO V

El *Tábano* sabía ciertamente cómo crearse enemigos personales. Había llegado a Florencia en agosto y, a finales de octubre, las tres cuartas partes del comité que lo había invitado compartía la opinión de Martini. Sus salvajes ataques a Montanelli anonadaron incluso a sus admiradores y Galli mismo, que al principio estaba inclinado a sostener todo lo que decía o hacía el ingenioso escritor satírico, empezó a reconocer con aire afligido que hubiera sido mejor dejar en paz a Montanelli. "Los cardenales decentes no abundan. Se les puede tratar cortésmente cuando se manifiestan."

La única persona que, en apariencia, permanecía totalmente indiferente ante la tempestad de caricaturas y libelos era el mismo Montanelli. Parecía, como dijo Martini, que era inútil gastar energías ridiculizando a un hombre que tomaba el asunto con tan buen humor. Se decía en la ciudad que Montanelli, un día, cuando el arzobispo de Florencia estaba cenando con él, encontró en la sala uno de los libelos en que *el Tábano* se ensañaba contra él, lo leyó todo y pasó el papel al arzobispo diciendo: "Está hábilmente escrito, ¿verdad?".

Un día apareció en la ciudad una hojilla titulada: *El misterio de la anunciación*. Aunque el autor había omitido su firma ya habitual, un bosquejo de un tábano con las alas extendidas y el estilo agrio, mordaz, no había dejado duda alguna en la mente de la mayoría de los lectores respecto a su identidad. El pasquín estaba escrito en forma de diálogo entre Toscana, como la virgen María, y Montanelli, como el ángel que, llevando los lirios de pureza y coronado con el ramo de olivo de la paz, anunciaba el advenimiento de los jesuitas. El escrito estaba lleno de alusiones personales ofensivas e insinuaciones de la índole mas atrevida y toda Florencia juzgó que la sátira era a la vez injusta y falta de generosidad, pero no obstante, toda Florencia se reía. Había algo tan irresistible en los serios absurdos

del *Tábano*, que quienes más los desaprobaban y eran hostiles a él se reían tan inmoderadamente con todos sus artículos satíricos como sus más ardientes partidarios. Aun siendo repulsivo en el tono, produjo huellas en el sentimiento popular de la ciudad. La reputación personal de Montanelli estaba demasiado alta para que cualquier libelo, por ingenioso que fuera, lo hiriese seriamente; pero llegó un momento en que la marea se elevó contra él. El *Tábano* sabía dónde picar y aunque anhelosos grupos se reunían todavía ante la casa del cardenal para verlo entrar o descender del coche, frecuentemente se mezclaban ominosos gritos de "¡Jesuita!" y de " ¡Espía sanfedista!" con los vivas de bendiciones.

Pero a Montanelli no le faltaban apoyos. Dos días después de la publicación del libelo *El Eclesiástico*, periódico clerical importante, publicó un brillante artículo titulado: *Una contestación al "Misterio de la anunciación"* firmado: "Un hijo de la iglesia". Era una apasionada defensa de Montanelli contra las imputaciones calumniosas del *Tábano*. El escritor anónimo, después de exponer con gran elocuencia y fervor la doctrina de paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, de la cual era evangelista el nuevo pontífice, concluía desafiando al *Tábano* a probar una sola de sus afirmaciones, advirtiendo solemnemente al público que no creyera a un miserable calumniador. La fuerza de convicción del artículo, como alegato especial, y su mérito literario superaban sobradamente lo corriente para llamar mucho la atención en la ciudad, tanto más cuanto que ni aun el director del periódico pudo averiguar la identidad del autor. El artículo fue muy pronto reimpresso separadamente en forma de folleto y el "defensor anónimo" fue discutido en todos los cafés de Florencia.

El *Tábano* respondió con un violento ataque al nuevo pontífice y a todos los defensores, especialmente a Montanelli, el cual, advertido cautelosamente, había consentido probablemente en que se hiciera su panegírico. A esto respondió el defensor anónimo otra vez en *El Eclesiástico* con una indignada negativa. Durante el resto de la permanencia de Montanelli en la ciudad, la furiosa controversia entre los dos escritores ocupó más la atención pública que el famoso predicador mismo.

Algunos miembros del partido liberal se aventuraron a protestar ante el *Tábano* sobre lo innecesariamente malévolos de su tono para con Montanelli; pero

no consiguieron mucha satisfacción de aquel. Únicamente sonrió afablemente y contesto con tartamudeo un poco lánguido:

—Re... realmente, caballeros, ustedes son algo injustos. Yo estipulé expresamente, cuando hablé de esto con la señora Bolla, que se me permitiría re... reír a mi gusto ahora. Así se convino.

A fines de octubre volvió Montanelli a su sede en la Romaña y antes de dejar Florencia pronunció un sermón de despedida en el que habló de la controversia, protestó amablemente contra la vehemencia de ambos escritores y rogó a su desconocido defensor que ofreciera un ejemplo de tolerancia dando por terminada una guerra indecorosa y de palabras inútiles. Al día siguiente anunció *El Eclesiástico* que, por deseo públicamente expresado de Monseñor Montanelli, "Un hijo de la iglesia" se retiraba de la controversia.

La última palabra correspondió, por lo tanto, al *Tábano*. Publicó un pequeño folleto, en el que se declaraba él mismo desarmado y convertido por la humildad cristiana de Montanelli y dispuesto a llorar lágrimas de reconciliación sobre el pecho del primer sanfedista que se encontrara. "Yo quiero incluso —concluía— abrazar a mi anónimo adversario y si mis lectores supieran, como su eminencia y yo sabemos, que es lo que eso implica y por que permanece anónimo, creerían en la sinceridad de mi conversión."

A fines de noviembre anunció al comité literario que se marchaba de vacaciones para una quincena a orillas del mar. Aparentemente, marchó a Liorna, pero el doctor Riccardo, que fue pronto a verlo deseando hablar con él, lo buscó en vano por toda la ciudad. El día 5 de diciembre estalló en los estados de la iglesia una manifestación política del carácter más extremista, todo a lo largo de la cordillera de los Apeninos; la gente empezó a buscar la razón del rápido capricho del *Tábano* de tomar vacaciones en pleno invierno. Volvió a Florencia cuando los motines habían sido reprimidos y encontrando a Riccardo en la calle, le dijo afablemente:

—Me han dicho que usted estuvo buscándome en Liorna; yo me hallaba en Pisa. ¡Que hermosa ciudad antigua! Es algo parecido a la Arcadia.

En la semana de Navidad asistió una tarde a una reunión del comité literario, celebrada en casa del doctor Riccardo, cerca de la Puerta de la Cruz. Era una reunión plenaria y cuando él entró, algo retrasado, con reverencia y sonrisa pidiendo disculpa, parecía no haber asiento desocupado. Riccardo se levantó para traer una silla de la sala inmediata; pero el *Tábano* lo detuvo.

—No se moleste— dijo. —Estaré muy cómodo aquí. —Y cruzando la sala hasta una ventana junto a la cual había Gemma colocado su silla, se sentó en el repecho de la ventana e inclinó la cabeza indolentemente sobre la persiana.

Cuando miró a Gemma sonriendo con los ojos medio cerrados, a su manera sutil, como una esfinge, que le daba el aspecto de un retrato de Leonardo de Vinci, el instintivo recelo que aquel hombre le inspiraba, se profundizó en un sentimiento de temor irrazonable.

La proposición puesta a discusión era si debía publicarse un folleto exponiendo los puntos de vista del comité sobre la miseria con que se atendían las necesidades de Toscana y sobre las medidas que debían adoptarse para remediarlas. El asunto era algo difícil de decidir porque, como de costumbre, los puntos de vista del comité sobre el tema estaban muy divididos. La fracción más avanzada, a la cual pertenecían Gemma, Martini y Riccardo, estaba en favor de una enérgica demanda al gobierno y al público para que se tomaran medidas inmediatas para alivio de los campesinos. La fracción moderada, en la que, por supuesto, estaba Grassini, temía que un tono exaltado podía irritar más bien que convencer al gabinete.

—Está muy bien, caballeros, desear que se ayude al pueblo de una vez— dijo, mirando al grupo de los radicales extremistas con aire tranquilo y desdeñoso. —La mayor parte de nosotros quiere muchas cosas que no hay probabilidades de conseguir; pero si comenzamos con un tono como el que proponen adoptar, lo más probable es que el gobierno no empiece a tomar medidas de alivio hasta que, de hecho, haya hambre. Si pudiéramos inducir al gabinete a hacer una investigación sobre el estado de las cosechas, daríamos un paso adelante.

Galli, en su rincón junto a la estufa, saltó para contestar a su enemigo.

—Un paso adelante, sí, mi querido señor, pero si la cosa va hasta el hambre no nos esperará si vamos a ese ritmo. El pueblo podría morirse de hambre antes de que consiguiéramos algún alivio eficaz.

—Sería interesante saber...— comenzó Sacconi, pero varias voces lo interrumpieron:

—¡Hable alto! ¡No se oye!

—Creo que no, con tan infernal jaleo en la calle— dijo Galli, furioso. —¿Está cerrada esa ventana, Riccardo? No se oye ni uno mismo.

Gemma miró a su alrededor.

—Sí— dijo —la ventana está cerrada. Creo que es una compañía de variedades o cosa parecida, que está pasando.

El estrépito de voces y risas, tintineo de campanillas y ruido de pasos, resonaba calle abajo, mezclado con el estruendo de una detestable charanga y el despiadado redoblar de un tambor.

—No se debía tolerar tal cosa en estos días— dijo Riccardo. —El ruido corresponde al tiempo de Navidad. ¿Qué estaba usted diciendo, Sacconi?

—Decía yo que sería interesante saber qué se piensa sobre el asunto en Pisa y en Liorna. Quizás el *signor* Rivarez pueda decirnos algo; acaba de regresar de allá.

El *Tábano* no contestó. Estaba mirando fuera de la ventana y parecía no haber oído lo que acababa de decirse.

—*¡Signor Rivarez!*— dijo Gemma. Era ella la única persona sentada cerca de aquél y como seguía callado, se inclinó hacia adelante y lo tocó en el brazo. Volvió él su cara lentamente hacia ella, quien se sobresaltó al advertir su fija y espantable inmovilidad. Durante un momento su cara pareció la de un cadáver; luego, sus labios se movieron de manera extraña, sin vida.

—Sí— dijo como en un susurro. —Se trata de un espectáculo de variedades.

El movimiento instintivo de ella fue protegerlo de la curiosidad de los demás. Sin comprender qué es lo que le pasaba, se dio cuenta de que alguna imagen o

alucinación espantable se había apoderado de él y de que por el momento estaba a su merced, en alma y cuerpo. Se levantó rápidamente y, situada entre él y los de la reunión, abrió la ventana como si quisiera mirar afuera. Nadie, sino ella, había visto el rostro del hombre.

Por la calle pasaba un circo con saltimbanquis montados en burros y arlequines con trajes mitad de un color, mitad de otro. Una muchedumbre de máscaras, riendo y empujándose, cruzaba bromas y chaparrones de cintas de papel con los payasos y arrojaba bolsitas de confites a Colombina, que iba sentada en su carro, adornada con lentejuelas y plumas, con rizos postizos sobre la frente y una sonrisa falsa en sus labios pintados. Detrás del carro venía una sarta abigarrada de figuras: pilluelos, mendigos, payasos dando saltos mortales y vendedores ambulantes pregonando su mercancía. Iban dando empellones, apedreando y aplaudiendo a una figura que Gemma no podía ver al principio, a causa de los empujones y vaivenes de la gente. Sin embargo, un momento después vio claramente lo que era: un jorobado, enano y feo, grotescamente vestido de bufón, gorro de papel y campanillas. Evidentemente pertenecía a la compañía que pasaba y divertía a la gente con gestos y contorsiones horribles.

—¿Qué pasa ahí fuera?— preguntó Riccardo, acercándose a la ventana. — Parece usted muy interesada.

Le sorprendía un poco advertir que todo el comité se acercara a ver pasar una compañía de saltimbanquis. Gemma se volvió diciendo:

—No es nada interesante; se trata de un circo ambulante; pero meten tal ruido que pensé que era otra cosa.

Estaba en pie con una mano en el alféizar de la ventana y de pronto sintió que los dedos fríos de la mano del *Tábano* oprimían la suya apasionadamente.

—¡Gracias!— murmuró él débilmente y luego, cerrando la ventana, se sentó de nuevo en el alféizar. —Temo— dijo con su manera vivaz —haber interrumpido a ustedes, caballeros. Estaba mirando el paso del circo ambulante. ¡Es una cosa tan agradable de ver!

—Sacconi le hacía a usted una pregunta— dijo Martini, ceñudo. El

comportamiento del *Tábano* le parecía una muestra absurda de afectación y estaba molesto porque Gemma hubiera tenido tal falta de tacto que siguiera su ejemplo. Porque a ella no le gustaba eso.

El *Tábano* negó todo conocimiento acerca del estado de ánimo de la gente de Pisa y explicó que el había estado allí "solo de vacaciones". Después se enredó en una animada discusión, primero sobre perspectivas agrícolas, luego sobre la cuestión del folleto y siguió soltando un chorro de palabras tartamudeantes hasta que los demás quedaron bien cansados. Parecía hallar un febril deleite en el sonido de su propia voz.

Cuando terminó la reunión y los miembros del comité se levantaron para marcharse, Riccardo se acercó a Martini.

—¿Quiere usted cenar conmigo? Fabrizi y Sacconi me han prometido quedarse.

—Gracias, pero tengo que acompañar a su casa a la señora Bolla.

—¿Teme usted de veras que yo no pueda ir sola a mi casa?— le preguntó ella, levantándose y poniéndose el manto. —Naturalmente que se quedará con ustedes, doctor Riccardo; le hace falta cambiar; apenas si sale.

—Si usted me lo permite la acompañaré a su casa— propuso el *Tábano*. — Voy en esa dirección.

—Si realmente va usted en esa dirección...

—¿Supongo que no tendrá usted tiempo de dejarse caer por aquí en el transcurso de la noche, *signor* Rivarez?— preguntó Riccardo al abrir la puerta para que salieran.

El *Tábano* lo miró por encima del hombro y, riendo, dijo:

—¿Yo, querido colega? Voy a ver el circo ambulante.

—¡Que extraña criatura es y qué rara afición por los saltimbanquis!— dijo Riccardo, volviéndose hacia sus visitantes.

—Un caso de camaradería, quizá— dijo Martini. —Él mismo es un saltimbanqui, si jamás vi alguno.

—Desearía que fuera eso únicamente— dijo Fabrizi con cara seria. —Sin embargo, si es un saltimbanqui, me temo que sea muy peligroso.

—¿Peligroso de que modo?

—Bueno, a mi no me gustan esos cortos y misteriosos viajes que tanto le agrada hacer. Es la tercera vez, ustedes lo saben; yo no creo en absoluto que haya estado en Pisa.

—Supongo que es casi un secreto a voces que es a las montañas a donde va— dijo Sacconi. —No se ha tomado la molestia de negar que está, todavía, en relaciones con los contrabandistas que conoció en el asunto Savigno y es perfectamente natural que se aproveche de la amistad de ellos para hacer pasar sus libelos por la frontera papal.

—Por mi parte— dijo Riccardo —quisiera hablar a ustedes sobre esta misma cuestión. Se me ocurrió que lo mejor que podíamos hacer era pedir a Rivarez que se encargara del arreglo de nuestro contrabando. La prensa en Pistoia esta manejada muy ineficazmente, a mi entender, y la manera de pasar los folletos por la frontera, siempre enrollados en los sempiternos cigarros, es más que primitiva.

—Hasta ahora ha respondido perfectamente— dijo Martini, tenaz. Estaba cansado de oír a Galli y a Riccardo presentar siempre al *Tábano* como un modelo que debía ser imitado y tendía a pensar que el mundo había marchado bastante mejor antes de que ese "filibustero sentimental" apareciera para fijar los derechos de los demás.

—Ha respondido tan bien porque no hemos tenido cosa mejor, pero ustedes saben que hubo muchas detenciones y confiscaciones. Ahora bien, yo creo que si Rivarez trabajara para nosotros habría menos cosas de éstas.

—¿Por qué piensa usted así?

—En primer lugar, los contrabandistas nos consideran como extranjeros para trabajar con ellos o como ovejas que esquilar, en tanto que Rivarez es su amigo personal, muy probablemente su jefe, a quien respetan y en quien confían. Pueden ustedes estar seguros de que todo contrabandista de los Apeninos haría por

un hombre que estuvo en la rebelión de Savigno lo que no haría por nosotros. En segundo lugar, difícilmente hay entre nosotros un hombre que conozca las montañas como Rivarez. Recuerden que vivió en ellas, fugitivo, y conoce los senderos de los contrabandistas como la palma de su mano. Ningún contrabandista osaría engañarlo, aunque lo permitiera, y ninguno lo engañaría, si osara intentarlo.

—Entonces; ¿propone usted que le pidamos que se encargue de todo el manejo de nuestra literatura al otro lado de la frontera (distribución, direcciones, escondrijos, todo) o simplemente que le pidamos que haga las cosas a través de nosotros?

—Bueno, en cuanto a las direcciones y lugares donde debe esconderse, él probablemente conoce todos los que nosotros conocemos y muchos más. Supongo que no podremos enseñarle mucho por ese lado. En cuanto a la distribución, es como prefieran los interesados, naturalmente. La cuestión importante, a mi parecer, es el hecho del contrabando mismo. Una vez que los libros estén a salvo en Bolonia, es asunto relativamente sencillo ponerlos en circulación.

—Por mi parte— dijo Martini —estoy contra ese plan. En primer lugar, eso de su habilidad es mera conjetura; no lo hemos visto, de hecho, comprometido en trabajo de frontera y no sabemos si no pierde la cabeza en los momentos críticos.

—¡Oh, no tiene usted que tener duda alguna de eso!— afirmó Riccardo. —La historia del asunto de Savigno prueba que no pierde la cabeza.

—Sea como fuere— continuó Martini —no me siento inclinado, en absoluto, ya que conozco poco a Rivarez, a confiarle todos los secretos del partido. Me parece imbécil y teatral. Poner todo el manejo de la labor de contrabando del partido en manos de un hombre es asunto serio. Fabrizi, ¿qué piensa usted?

—Si no tuviera otras objeciones que hacer, Martini— contestó el profesor — las retiraría en el caso de un hombre que posea realmente, como indudablemente posee Rivarez, todas las condiciones de que habla Riccardo. Por mi parte, no tengo la más ligera duda en cuanto a su valor, su honradez o su presencia de ánimo; y que conoce tanto las montañas como a los montañeses, de ello tenemos sobrada prueba. Pero hay otra objeción. No estoy seguro de que solamente por el

contrabando de los folletos vaya a las montañas. He empezado a pensar en si no tendrá otro propósito. Esto, naturalmente, queda entre nosotros. Es una mera sospecha. Me parece muy posible que esté en conexión con alguna de las "sectas" y quizá con la más peligrosa de ellas.

—¿A cuál se refiere usted? ¿Los Cinturones Rojos?

—No, los *Occoltellatori*.

—¡Los Acuchilladores! Pero ése es un pequeño grupo de bandidos; campesinos la mayor parte, sin educación ni experiencia política.

—Así eran los insurrectos de Savigno, pero tenían algunos hombres cultos como guías y ese pequeño grupo puede igualmente tenerlos. Y recuerden, es bien conocido que la mayor parte de los afiliados de las sectas más violentas en la Romaña son supervivientes de Savigno, quienes se hallaron, ellos mismos, demasiado débiles para luchar contra el clero en abierta insurrección y por esa causa fueron a dar en el asesinato. Sus manos no son suficientemente fuertes para manejar rifles y en lugar de éstos se armaron de cuchillos.

—¿Pero qué le hace a usted suponer que Rivarez esté relacionado con ellos?

—No supongo: simplemente sospecho. En todo caso, pienso que debemos averiguar lo que haya de cierto antes de confiar a él nuestro contrabando. Si él intentara hacer ambas clases de trabajo a la vez, dañaría terriblemente a nuestro partido; destruiría su reputación y nada realizaría. No obstante, trataremos esto en otra ocasión. Quiero hablar ahora de las noticias de Roma. Dicen que va a ser nombrada una comisión para redactar un proyecto de constitución municipal.

CAPÍTULO VI

Gemma y *el Tábano* pasearon silenciosamente a lo largo del Arno. La febril charlatanería parecía haberse apagado en él; escasamente habló unas palabras desde que se alejaron de la puerta de la casa de Riccardo y Gemma se complacía cordialmente de su silencio. Siempre sentía embarazosa su compañía y hoy más que de costumbre, porque su extraño comportamiento en la reunión del comité la había dejado sumamente perpleja.

Junto al palacio Uffizi, él se detuvo de repente y se volvió hacia ella.

— ¿Está usted cansada?

—No. ¿Por qué?

—¿No está usted ocupada especialmente esta noche?

—No.

—Quiero pedirle un favor; deseo que venga a dar un paseo conmigo.

--¿Adónde?

—A ningún sitio en particular; donde usted quiera.

— ¿Pero por qué?

Él vacilaba.

—Yo... no puedo decírselo... por lo menos es muy difícil; pero haga el favor de venir, si puede.

Dejó de repente de mirar al suelo y ella vio cuán extraña era su expresión.

—¿Le ocurre algo?— preguntó amablemente. Él arrancó una hoja de la flor que llevaba en el ojal y empezó a rasgarla en pedazos. ¿A quien se parecía tan extrañamente? A alguien que tenía esa misma costumbre de los dedos y el gesto

agitado, nervioso.

—Estoy en un apuro— dijo él, mirando sus manos y hablando con voz apenas audible. —No deseo estar solo esta noche. ¿Quiere usted acompañarme?

—Sí, ciertamente, a menos que usted quiera ir a mi casa.

—No, venga y cene conmigo en un restaurante. Hay uno en la Señoría. Haga el favor de no negarse ¡Me lo ha prometido!

Fueron a un restaurante donde ordenó la cena, pero escasamente tomó su parte y permaneció obstinadamente silencioso, desmigajando el pan sobre el mantel y jugando con la servilleta. Gemma se sentía sumamente molesta y comenzó a pesarle haber aceptado ir; el silencio se iba haciendo embarazoso y no obstante, no podía comenzar a entablar conversación con una persona que parecía haberse olvidado de su presencia. Al fin, la miró y dijo de repente:

—¿Le gustaría ver el circo?

Ella lo miró, asombrada. ¿Que se le había metido en la cabeza acerca del circo?

—¿Ha visto usted uno alguna vez?— preguntó antes de que ella tuviera tiempo de hablar.

—No; creo que no. No suponía que fuera interesante.

—Es muy interesante. No creo que nadie pueda estudiar la vida del pueblo sin verlo. Volvamos a la Puerta de la Cruz.

Cuando llegaron ya habían montado sus tiendas los saltimbanquis, junto a la puerta de la ciudad, y un abominable rascar de violines y redoblar de tambores anunciaba que había comenzado la representación.

Los números eran del género más rudo. Unos pocos payasos, arlequines, acróbatas y un caballista que saltaba a través de aros, la pintada Colombina y el jorobado ejecutando varias travesuras estúpidas, representaban toda la fuerza de la compañía. Las bromas no eran, en conjunto, groseras ni ofensivas, pero si gastadas y sin gracia, y todo resultaba de una deprimente insulsez. El auditorio reía y aplaudía con la innata cortesía toscana; la única parte que parecía gozar realmente

era la ejecución del jorobado, en el que Gemma no encontraba nada ingenioso ni hábil. Se limitaba a hacer una serie de contorsiones grotescas y desagradables que los espectadores remedaban, levantando a los niños sobre sus hombros para que pudieran ver al "hombre feo".

—*Signor* Rivarez, ¿piensa usted realmente que esto es atractivo?— dijo Gemma mirando al *Tábano*, que estaba de pie junto a ella, rodeando con un brazo uno de los postes de madera de la carpa. —Me parece a mí...

Se calló y siguió mirándolo silenciosamente. Excepto cuando había estado con Montanelli en la puerta del jardín en Liorna, nunca había visto una faz humana expresando tal desdicha sin esperanza y sin fondo. Mirándolo, se acordó del infierno de Dante.

En aquel momento, el jorobado recibió un puntapié de uno de los payasos, dio un salto mortal y cayó entre la gente grotescamente, fuera de la pista. Un diálogo entre dos payasos comenzó y el *Tábano* pareció salir de un ensueño.

—¿Nos vamos?— preguntó —¿O quiere usted ver más?

—Es mejor que nos marchemos.

Dejaron el circo y marcharon por el césped en sombras hasta el río. Durante unos momentos ambos callaron.

—¿Que piensa usted del espectáculo?— preguntó el *Tábano*, rompiendo el silencio.

—Que es cosa más bien triste y parte de ello me pareció positivamente desagradable.

—¿Que parte?

—Bueno, todos esos gestos y contorsiones. Son sencillamente feos, no hay nada inteligente en ellos.

—¿Se refiere usted a los que ejecuta el jorobado?

Recordando su peculiar sensibilidad sobre el tema de sus propios defectos físicos, ella había evitado mencionar esa parte del espectáculo, pero ahora que él mismo lo había citado, contestó:

—Sí; esa parte no me gustó en absoluto.

—Esa era la parte de que gozaba más el público.

—Me atrevo a decir que eso era precisamente lo peor—

—¿Porque era antiartístico?

—No, todo era antiartístico. Mejor dicho, porque era cruel.

Él sonrió.

—¿Cruel? ¿Se refiere usted al jorobado?

—Quiero decir... Naturalmente, el hombre mismo permanecía indiferente; sin duda, para él es un modo de ganarse la vida, como para el caballista o Colombina. Pero le hace a uno sentirse desdichado. Es humillante, es la degradación de un ser humano.

—Probablemente no esté ahora más degradado de lo que estaba cuando comenzó con eso. Casi todos nosotros estamos degradados de una u otra manera.

—Sí, pero éste... me atrevo a decir lo que usted considerará como un prejuicio absurdo, pero un cuerpo humano, para mí, es algo sagrado. No me gusta verlo tratado con irreverencia y que lo hagan repugnante.

—¿Y un alma humana?

Él se detuvo de pronto; estaba en pie con una mano en la balaustrada del dique, mirándola fijamente.

—¿Un alma?— repitió ella a su vez, mirándolo sorprendida.

Alzó él ambas manos con gesto vivo y apasionado.

—¿No se le ha ocurrido a usted nunca que ese miserable payaso puede tener un alma... un alma humana, vívida, luchadora, atada a ese tosco cuerpo torcido y obligada a ser su esclavo? Usted que es tan tierna de corazón para todo, usted que se compadece del cuerpo con sus ropas y campanillas de bufón ¿ha pensado alguna vez en el alma desdichada que no tiene ni siquiera un traje abigarrado de payaso para cubrir su desnudez? ¡Considérela tiritando de frío, ahogado de vergüenza y miserias, delante de toda esa gente, sintiendo sus burlas que cortan como un látigo,

sus risotadas que queman como hierro al rojo vivo sobre la carne desnuda! Piense en él mirando alrededor, tan desvalido frente a todos, porque las montañas no vendrán a hundirlos, porque las rocas no tienen corazón para defenderlo, envidiando a las ratas que pueden esconderse en algún agujero bajo tierra y recuerde que un alma es muda, no tiene voz para reclamar auxilio, debe resistir, resistir y resistir. ¡Oh! ¡Estoy diciendo insensateces! ¿Por que no se ríe usted? ¡No tiene sentido del humor!

Lentamente y en silencio mortal ella lo miró y siguieron andando a lo largo de la margen del río. Durante todo aquel atardecer no se le había ocurrido a ella relacionar su turbación, cualquiera que fuese, con el espectáculo de los saltimbanquis y ahora que él le había revelado un ligero cuadro de su vida interna por aquella explosión dramática, no podía hallar, en su gran piedad para él, una palabra que decir. Paseaba el a su lado, la cabeza vuelta, mirando el agua.

—Quiero que usted comprenda— dijo de pronto, mirándola con aire de desafío —que todo lo que acabo de decirle es pura imaginación. Soy algo dado al romanticismo, pero no me gusta que la gente lo tome seriamente.

Ella no contestó y siguieron paseando en silencio. Cuando pasaban por la puerta de los Uffizi, cruzó el la calle y se inclinó sobre un bulto oscuro que yacía contra a balaustrada.

—¿Que te pasa, pequeño?— preguntó más bondadosamente de lo que nunca lo había oído hablar. —¿Por que no vas a tu casa?

El bulto se movió y contestó algo en voz baja, gimiendo. Gemma atravesó a su vez la calle para mirar y vio un niño de unos seis años, andrajoso y sucio, echado sobre el pavimento como un animalito asustado. El *Tábano* estaba acariciando con su mano la despeinada cabeza.

—¿Qué es eso?— dijo agachándose más para oír la respuesta ininteligible. —Debes ir a acostarte a tu casa, los niños pequeños no tienen nada que hacer al aire libre por la noche. ¡Estás completamente helado! Dame la mano y levántate como un hombre. ¿Dónde vives?

Agarró al niño del brazo para levantarlo. El resultado fue un chillido agudo y

viva resistencia.

—¡Vamos! ¿Qué te pasa?— preguntó el *Tábano*, arrodillándose en el suelo —¡Ah! *Signora*, mire esto!

El hombro y la chaqueta del niño estaban completamente empapados en sangre.

—Dime qué ha pasado— continuó el *Tábano*, acariciándolo —¿No fue una caída? ¿No? ¿Alguien te ha pegado? Eso habrá sido ¿quién fue?

—Mi tío.

—¡Ah, sí! ¿Y cuándo ha sido?

—Esta mañana. Estaba borracho y yo... yo...

—Te atravesaste en su camino ¿no? No debes atravesarte en el camino de la gente cuando se trata de borrachos, pequeño; no les gusta. ¿Qué debo hacer con este pequeñín, *signora*? Ven a la luz, hijito, y déjame que examine tu hombro. Pon tu brazo en mi cuello, no te haré daño. ¡Vamos allá!

Con el niño en brazos atravesó la calle y fue a sentarse en la ancha balaustrada de piedra. Luego, sacando una navajita de bolsillo rasgó diestramente la manga, sosteniendo contra su pecho la cabeza del niño, mientras Gemma sostenía el brazo herido. El hombro estaba fuertemente magullado y arañado y había una profunda herida en el brazo.

—¡Qué corte tan feo para un pequeñín como tú!— dijo el *Tábano* atando su pañuelo alrededor de la herida para evitar que fuera rozada por la ropa —¿Con qué te hizo esto?

—Con la pala. Le pedí que me diera un centavo para comprar un poco de pan en la tienda de la esquina y me pegó con la pala.

El *Tábano* se estremeció.

—¡Ah! —dijo suavemente. —Eso duele, ¿verdad, pequeño?

—Me pegó con la pala y yo eché a correr... y me escapé... porque me pegó.

—¿Y has estado andando desde entonces, sin comer nada?

En vez de contestar, el niño comenzó a sollozar fuertemente. El *Tábano* lo levantó de la balaustrada.

—¡Vamos, vamos! Pronto arreglaremos eso. No sé si encontraremos un coche en algún sitio. Me temo que todos estén esperando en el teatro; están representando una gran obra esta noche. Siento tirar de usted de esta suerte, *signora*, pero...

—Prefiero ir con usted. Puede necesitar ayuda. ¿Cree usted que puede llevarlo tan lejos? ¿No pesa mucho?

—¡Oh, puedo arreglarme! Gracias.

A la puerta del teatro hallaron solamente unos cuantos cabriolés esperando y estaban alquilados. La función había terminado y la mayor parte del auditorio se había marchado. El nombre de Zita estaba impreso en grandes caracteres en los carteles de los muros; había danzado en el ballet. Rogó a Gemma que esperara un momento, fue a la puerta de entrada de los actores y habló con un empleado.

—¿Ha salido ya la señora Reni?

—No, señor— contestó el hombre, mirando estupefacto el espectáculo de un caballero bien vestido llevando en brazos a un andrajoso chico de la calle —La señora Reni va a salir ahora, creo; su coche la está esperando. Sí, ahí viene.

Zita bajaba las escaleras apoyada en el brazo de un joven oficial de caballería. Estaba soberbiamente hermosa, con una capa de terciopelo de color rojo echada sobre su traje de noche y un gran abanico de plumas de avestruz colgando de su pecho. En el umbral se detuvo de pronto y, apartando su mano del brazo del oficial, se acercó al *Tábano*, asombrada.

—¡Felice!— exclamó en voz baja. —¿Qué te trae aquí?

—He recogido este niño en la calle. Está herido y hambriento; quiero llevarlo a su casa lo antes posible. No hay ningún coche aquí y quiero tomar el tuyo.

—¡Felice! ¡No llevarás a ese horrible chico mendigo a su casa! Busca un policía y deja que él lo lleve al refugio o donde haya lugar apropiado para él. No puedes tener a todos los pobres de la ciudad...

—Tiene hambre— dijo el *Tábano*. —Puede ir al refugio mañana, si es

necesario; pero yo debo ver antes cómo está el niño y darle algo de comer.

Zita hizo una pequeña mueca de disgusto.

—¡Has puesto su cabeza justamente contra tu camisa! ¿Cómo puedes hacer eso? ¡Está sucio!

El *Tábano* la miró con una súbita llamarada de cólera.

—¡Tiene hambre!— dijo furioso. —¿Sabes lo que eso significa? ¿Lo sabes?

—*Signor* Rivarez— intervino Gemma, adelantándose. —Mi casa está muy cerca. Llevemos allí al niño. Después, si usted no puede encontrar un coche, lo arreglaré para que pase la noche.

Él se volvió hacia ella.

—¿No le importa a usted?

—Naturalmente que no. Buenas noches, señora Reni.

La gitana, con afectada inclinación y despectivo encogimiento de hombros, se agarró de nuevo al brazo del oficial y, recogiendo todo el aparato de sus vestidos, pasó entre ellos hasta el disputado coche.

—Devolveré el coche para que recoja a usted y al niño, si usted quiere, *signor* Rivarez— dijo, deteniéndose en el estribo.

—Muy bien, le daré la dirección—. Se dirigió al cochero, dio la dirección y volvió junto a Gemma, con su carga.

Catalina estaba esperando a su ama; al oír lo que había ocurrido fue por agua caliente y otras cosas necesarias. Poniendo al niño en una silla, el *Tábano* se arrodilló a su lado y apartando diestramente la ropa andrajosa bañó y vendó la herida con manos tiernas y hábiles. Había acabado de lavar al muchacho y estaba envolviéndolo en una manta abrigada cuando Gemma vino con una bandeja en sus manos.

—¿Está su paciente preparado para cenar?— preguntó, sonriendo a la extraña pequeña figura. —Lo he cocinado expresamente para él.

El *Tábano* se levantó y ató en un rollo los sucios harapos.

—Temo que hemos causado un terrible desorden en su cuarto— dijo. —En cuanto a esto, mejor será echarlo al fuego; mañana le compraré ropa nueva. ¿Tiene usted un poco de aguardiente en casa, *signora*? Creo que debería tomar un poco la criatura. Voy a lavarme las manos, si usted me lo permite.

Cuando el niño hubo terminado su cena, se quedó dormido inmediatamente, en brazos del *Tábano*, con sus cabellos revueltos contra la blanca pechera de la camisa. Gemma, que había estado ayudando a Catalina a asear de nuevo la desarreglada habitación, se sentó a la mesa.

—*Signor* Rivarez, debe usted tomar alguna cosa antes de ir a su casa; apenas ha cenado usted y es muy tarde.

—Me gustaría una taza de té a la manera inglesa, si lo tiene. Siento mucho entretenerla tan tarde.

—¡Oh, eso no importa! Ponga al niño en el sofá; se cansará usted con él. Espere un momento; voy a poner una sábana sobre los almohadones. ¿Qué hará con él?

—¿Mañana? Ver si tiene algún pariente aparte de ese bruto borracho; y si no lo tiene, supongo que lo mejor será seguir el consejo de la señora Reni y llevarlo al refugio. Quizá lo más bondadoso sería atarle una piedra al cuello y echarlo al río, pero eso me expondría a consecuencias desagradables. ¡Profundamente dormido! ¡Qué raro producto de la mala suerte eres, pequeñín; eres menos capaz de defenderte que un gato perdido!

Cuando Catalina trajo la bandeja con el té, el muchacho abrió los ojos y se sentó con aire aturdido. Reconociendo al *Tábano*, a quien ya consideraba como su protector natural, se retorció en el sofá y, muy enredado entre los pliegues de la manta, se acurrucó contra él. Lo suficientemente reanimado ya para ser preguntón, señaló la mutilada mano izquierda, en la cual tenía el *Tábano* un trozo de torta y dijo:

—¿Que es eso?

—Torta. ¿Quieres un poco? Creo que ya has comido bastante por ahora.

Espera hasta mañana, pequeño.

—No. ¡Eso!— alargó la mano y tocó los muñones de los dedos amputados y la gran cicatriz en la muñeca. El *Tábano* dejó la torta sobre la mesa.

—¡Oh, eso! Es una cosa parecida a la que tú tienes en el hombro. Un golpe que me dio alguien más fuerte que yo.

—¿No le hizo mucho daño?

—¡Oh, no sé! No más que otras cosas. Bueno, ahora vete a dormir; no tienes por qué hacer preguntas a esta hora de la noche.

Cuando el coche llegó, el niño estaba dormido de nuevo. El *Tábano*, sin despertarlo, lo levantó cuidadosamente y bajó con él las escaleras.

—Hoy ha sido usted para una especie de ángel tutelar— dijo a Gemma, deteniéndose a la puerta. —Pero supongo que eso no nos impida pelearnos para contento de nuestro corazón en el futuro.

—No tengo deseos de pelear con nadie.

—¡Ah, pero yo sí! La vida sería insoportable sin peleas. Una buena pelea es la sal de la tierra; es mejor que un circo de saltimbanquis— y dicho eso descendió las escaleras riendo por lo bajo con el niño dormido en sus brazos.

CAPÍTULO VII

Un día, en la primera semana de enero, Martini, que había distribuido las convocatorias para la reunión mensual del grupo del comité literario, recibió del *Tábano* un lacónico: "Lo siento; no puedo ir", garrapateado con lápiz. Estaba contrariado porque en la convocatoria se anunciaba un "asunto importante". Ese trato desdeñoso le parecía casi insolente. Además, tres cartas separadas que llegaron aquel día contenían malas noticias y como soplaba viento del este, Martini se sentía triste y malhumorado. Cuando, en la reunión, el doctor Riccardo preguntó:

—¿No está aquí Rivarez?

—No; parece que tiene algo más interesante entre manos y no puede o no quiere venir— contestó, ceñudo.

—Verdaderamente, Martini— dijo Galli, irritado —es usted quizá la persona con más prejuicios que hay *en* Florencia. Cuando alguien se le mete entre ceja y ceja, todo lo que hace está mal. ¿Cómo podría venir Rivarez si está enfermo?

—¿Quién le dijo a usted que está enfermo?

—¿No lo sabía usted? Ha guardado cama los cuatro últimos días.

—¿Que tiene?

—No lo sé. No pudo asistir a una cita conmigo el jueves por estar enfermo y anoche, cuando volví, me dijeron que estaba demasiado enfermo para ver a nadie. Supuse que Riccardo lo atendería.

—Yo no sabía nada. Iré esta noche a ver si necesita algo.

A la mañana siguiente Riccardo, pálido y cansado, fue al pequeño estudio de Gemma. Ésta se hallaba sentada a la mesa, leyendo monótonas columnas de cifras de Martini el cual, con un lente de aumento en una mano y un lápiz bien afilado en

la otra, hacía pequeñas señales en las páginas de un libro. Ella pidió silencio con un ademán. Riccardo, sabiendo que una persona que está escribiendo cifras no debe ser interrumpida, se sentó en el sofá detrás de Gemma y pronto comenzó a bostezar como quien difícilmente puede vencer el sueño.

—Dos, cuatro; tres, siete; seis, uno; tres, cinco; cuatro, uno— continuó la voz de Gemma con la uniformidad de una máquina —ocho, cuatro; siete, dos; cinco, uno. Esto acaba la frase, César.

Tras clavar un alfiler en el papel para marcar el sitio exacto, se volvió.

—Buenos días, doctor. ¡Que fatigado parece! ¿Está usted bien?

—¡Oh! Estoy bastante bien; solamente cansado. He pasado una noche horrible con Rivarez.

—¿Con Rivarez?

—Sí, lo he velado toda la noche y ahora tengo que ir a ver mis pacientes del hospital. Vine solamente para ver si usted sabe de alguien que pueda cuidarlo un poco en los próximos días. Está mal. Haré todo lo que pueda, desde luego, pero realmente no tengo tiempo y él no quiere que yo le envíe una enfermera.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, es una complicación de cosas. En primer lugar...

—En primer lugar, ¿ha almorzado usted?

—Sí, gracias. Acerca de Rivarez, no hay duda de que se trata de una complicación con una serie de trastornos nerviosos, pero la causa principal es una antigua herida que, desgraciadamente, parece haber sido descuidada. Al mismo tiempo se halla en un estado terriblemente hundido; supongo que fue en esa guerra de América del Sur y seguramente no tuvo el debido cuidado cuando sufrió el daño. Probablemente allí lo curaron de cualquier manera; es una suerte que esté aún vivo. Desde luego, hay una tendencia crónica a inflamación y cualquier bagatela puede acarrear un ataque...

—¿Es peligroso eso?

—No, el peligro principal en esos casos es que el paciente llegue a

desesperarse y tome una dosis de arsénico.

—Es muy doloroso, por supuesto.

—Es sencillamente horrible; no se como se las arregla para soportarlo. Me vi obligado a quitarle los dolores dándole opio esta noche, cosa que odio hacer con un paciente nervioso, pero no tenía más remedio que hacerlo.

—¿Es nervioso, por lo tanto?

—Mucho, pero espléndidamente animoso. Cuando no gritaba delirando, presa de dolor, como anoche, su tranquilidad era verdaderamente magnífica. Pero al final mi tarea fue terrible. ¿Cuanto cree usted que ha durado eso? Exactamente cinco noches y ni un alma a quien llamar, excepto esa estúpida patrona que no se despierta aunque le hunda la casa y que para nada serviría aunque se despertara.

—Pero ¿que pasa con la muchacha del ballet?

—Es algo curioso. Él no la deja que se acerque. Le inspira un horror morboso. Verdaderamente, él es una de las criaturas más incomprensibles que jamás he visto: un perfecto cúmulo de contradicciones.

Sacó el reloj de su bolsillo y lo miró, con faz preocupada.

—Es tarde para ir al hospital, pero no hay remedio. El ayudante habrá de comenzar sin mí por una vez. Quisiera haber sabido esto antes; no habría dejado que ocurriera noche tras noche.

—Mas ¿por que no nos envió alguien con el recado que estaba enfermo?— interrumpió Martini —Podía esperar que no lo dejaríamos abandonado.

—Doctor— dijo Gemma —hubiera deseado que llamara a uno de nosotros anoche, en vez de fatigarse usted de esa manera.

—Mi querida señora, quise llamar a Galli, pero Rivarez se puso tan frenético al saberlo que no me atreví a intentarlo. Cuando le pregunté si había algún otro a quien quisiera llamar, me miró un momento, como asustado y fuera de juicio, y después se tapó los ojos con ambas manos y dijo: "¡No los llame; se reirían!" Parecía enteramente poseído por la imagen de gente riéndose de algo, no pude saber de qué. Se puso a hablar en español, pero los pacientes dicen cosas muy raras a veces.

—¿Quién esta con él ahora?— preguntó Gemma.

—Nadie, excepto la patrona y su doncella.

—Iré a verlo enseguida— dijo Martini.

—Gracias. Daré una vuelta por allí esta noche. Encontrará usted un papel con indicaciones escritas en el cajón de la mesa que esta junto a la ventana grande; el opio lo encontrará en el armario de la habitación inmediata. Si el dolor vuelve, déle otra dosis: solo una; no deje la botella donde él pueda verla, podría ceder la tentación de tomar demasiado.

Cuando Martini entró en la habitación casi a oscuras, el *Tábano* volvió la cabeza vivamente y alargándole mano ardiente, comenzó con una mala imitación de su manera petulante usual:

—¡Ah, Martini! Viene usted a echarme fuera a causa de esas pruebas. No es necesario jurar por qué falté al comité la pasada noche; el hecho es que yo no estaba muy bien y...

—Nada tiene que ver el comité ahora. Acabo de ver Riccardo y he venido a saber si puedo serle útil.

El *Tábano* puso una cara como de piedra.

—¡Oh, muy bien! Es usted muy bondadoso; pero no valía la pena que se hubiese molestado. Estoy solamente un poco indispuesto.

—Así lo entendí por lo que me dijo Riccardo. Estuvo con usted toda la noche, me parece.

El *Tábano* se mordió el labio inferior salvajemente.

—Estoy perfectamente bien. Gracias. No necesito nada.

—Muy bien; entonces me sentaré en la habitación inmediata; quizá prefiere usted estar solo. Dejaré la puerta entreabierta, por si usted me llama.

—Haga el favor de no molestarse por mí. Verdaderamente no necesito nada. Perdería usted el tiempo sin necesidad.

—¡Tonterías, hombre!— estalló Martini, ásperamente. —¿Que gana con

tratar de engañarme de esa manera? ¿Cree usted que no tengo ojos? Acuéstese y duerma si puede.

Se fue a la habitación inmediata y, dejando la puerta abierta, se sentó y tomó un libro. A poco oyó al *Tábano* moverse, desasosegado, dos o tres veces. Dejó a un lado libro y escuchó. Hubo un corto silencio, después otro movimiento igualmente agitado; luego el aliento jadeante, acelerado, hondo, de un hombre que aprieta los dientes para no quejarse. Volvió a la habitación.

—¿Puedo hacer algo por usted, Rivarez?

No hubo respuesta y cruzó la habitación hasta llegar al lecho. El *Tábano*, con faz lívida, lo miró un momento y movió silenciosamente su cabeza.

—¿Debo darle un poco más de opio? Riccardo dijo que a usted que tomarlo si el dolor se hada muy intenso.

—No, gracias; puedo aguantar un poco más. Puede ser peor más tarde.

Martini se encogió de hombros y se sentó junto al lecho. Durante una hora interminable vigiló en silencio; luego se levantó y trajo el opio.

—Rivarez: no quiero dejarlo que siga así; si usted puede resistirlo, yo no. Debe usted tomar el medicamento.

El *Tábano* lo tomó sin hablar. Luego se volvió del otro lado y cerró los ojos. Martini se sentó y escuchó como el aliento se hacía gradualmente profundo y regular

Estaba el *Tábano* demasiado agotado para que despertara fácilmente una vez dormido. Hora tras hora pasó descansando, absolutamente inmóvil. Martini se acercó varias veces durante el día y la noche, y miraba aquella figura tranquila; excepto la por respiración, no había otro signo de vida. Tan pálido estaba aquel rostro que fin lo sobrecogió un repentino temor. ¿Le habría dado demasiado opio? El brazo izquierdo herido yacía sobre colcha y lo sacudió un momento para despertar al durmiente. Al hacerlo, la manga desabrochada cayó, dejando ver una serie de profundas y tremendas cicatrices que cubrían el antebrazo desde la muñeca hasta el codo.

—¡Agradable debió ser la condición de ese brazo cuando esas cicatrices eran recientes!— dijo la voz de Riccardo detrás de Martini

—¡Ah, está usted aquí al fin! Mire, Riccardo ¿va, dormir siempre este hombre? Le di una dosis hace unas diez horas y desde entonces no ha movido un músculo.

Riccardo se inclinó y escuchó un instante.

—No, respira absolutamente bien; no es otra cosa que puro agotamiento lo que se puede esperar después de tal noche. Puede haber otro paroxismo antes de mañana. Alguien lo velará, ¿no es así?

—Será Galli; mandó recado de que estará aquí a diez.

—Ya casi es esa hora. ¡Ah, está despertándose! Vaya decir a la criada que traiga el caldo caliente. ¡Espacio, espacio, Rivarez! No tiene que pelear, hombre. ¡No soy un obispo!

El *Tábano* miró asustado.

—¿Me toca a mí ahora?— dijo apresuradamente en español. —Que la gente se divierta un rato; yo... ¡Ah! No lo había visto, Riccardo.

Miró alrededor de la habitación y se llevó una mano a su frente, como desconcertado.

—¡Martini! Pensaba que se había marchado. Debo haber dormido.

—Ha estado usted hundido en el sueño como la bella durmiente del cuento durante las últimas diez horas; ahora debe usted tomar un poco de caldo y continuar durmiendo.

—¡Diez horas! Martini, ¿ha estado usted aquí todo ese tiempo?

—Sí; había empezado a temer que le había administrado una dosis excesiva de opio.

El *Tábano* lo miró de reojo.

—¡No hubo esa suerte! ¿No querían ustedes tener reuniones de comité perfectamente tranquilas? ¿Qué demonios desea usted, Riccardo? ¿Quiere hacer el

favor de dejarme en paz? Detesto ser zarandeado por los médicos.

—Bien, entonces beba eso y lo dejaré en paz. Volveré dentro de uno o dos días, aunque lo he arreglado casi por completo. Creo que ha pasado usted lo peor. Ya no parece usted una calavera en una fiesta.

—¡Oh! Estaré perfectamente bien muy pronto, gracias. ¿Quién es ése? ¿Galli? Parece que esta noche se han reunido aquí todas las gracias.

—He venido a pasar la noche con usted.

—¡Tonterías! No necesito a nadie. Váyanse a casa dos ustedes. Incluso si la cosa vuelve, no pueden ayudarme. No quiero tomar opio. Eso está bien una vez y en cierta manera.

—Creo que tiene usted razón— dijo Riccardo. —Pero no es siempre una resolución fácil de tomar.

El *Tábano* lo miró sonriendo.

—¡No tenga miedo! ¡Si yo hubiera querido hacer eso habría hecho hace mucho tiempo!

—De todos modos, usted no puede quedar solo— contestó Riccardo secamente. —Venga un momento a la habitación, Galli; quiero hablar con usted. Buenas noches, Rivarez; volveré mañana.

Martini salía de la habitación, siguiéndolo, cuando oyó su nombre en voz muy baja. El *Tábano* extendía una mano hacia él.

—Muchas gracias

—¡Oh, no vale la pena! Duérmase.

Cuando Riccardo salió, Martini permaneció unos momentos en la habitación exterior, hablando con Galli. Al abrir la puerta principal de la casa oyó detenerse un coche ante la del jardín y vio una figura de mujer bajar del vehículo y entrar. Era Zita que volvía, seguramente de alguna fiesta nocturna. Se quitó el sombrero, se apartó para dejarle paso y se hundió en la oscura callejuela que iba desde la casa al Cerro Imperial. La puerta sonó enseguida y pasos rápidos se acercaron.

—¡Espere un momento!— dijo ella.

Cuando él se volvió para dirigirse hacia ella, Zita se detuvo un momento y luego avanzó lentamente, dejando que una de sus manos se deslizara a lo largo de la cerca, había un solo farol en la esquina y él vio, a su luz, que ella venía un poco cabizbaja, confusa o avergonzada.

—¿Cómo está? —preguntó sin levantar la cabeza.

—Mucha mejor que esta mañana. Ha dormido todo el día y parece menos agotado. Creo que el ataque ha pasado.

Ella continuaba mirando al suelo.

—¿Ha sido muy grave esta vez?

—Todo lo grave que es posible, me parece.

—Eso pensaba. Cuando no me deja ir a su cuarto, siempre significa que está muy mal.

—¿Tiene ataques como este frecuentemente?

—Eso depende... ¡Son tan irregulares! El verano pasado, en Suiza, estaba perfectamente bien; pero el invierno anterior, cuando estábamos en Viena, fue horrible. No me dejó acercarme a él durante todos aquellos días. Odiaba tenerme con él cuando está enfermo.

Lo miró por un momento y, bajando de nuevo la vista, continuó:

—Acostumbra enviarme a un baile o a un concierto o a cualquier parte, con un pretexto u otro, cuando siente que el ataque se acerca. Entonces se encierra en su cuarto. Yo solía acercarme sin ruido y sentarme fuera, junto a la puerta; si lo hubiera sabido se habría puesto furioso. Dejaría entrar al perro si lo oyera aullar, pero no a mí. Le importa más que yo, me parece.

Había un curioso y sordo desafío en su actitud.

—Bien; espero que jamás vuelva a ser tan penoso— dijo Martini con afecto.
—El doctor Riccardo se está ocupando del caso seriamente. Es posible que pueda mejorarlo de manera permanente. En todo caso, el tratamiento lo alivia enseguida.

Pero usted debe avisarnos de inmediato cuando ocurra. Habría sufrido mucho menos si lo hubiéramos sabido antes. ¡Buenas noches!

Alargó la mano, pero ella retrocedió con gesto vivo de negación.

—No veo por qué quiere usted estrechar la mano a su querida.

—Como usted guste, desde luego— dijo él, confuso.

Ella pateando gritó:

—¡Los odio!— mirándolo con ojos chispeantes. —Los odio a todos ustedes. Vienen aquí a hablarle de política y deja que pasen la noche con él y que le den cosas que quitan el dolor y yo no puedo ni siquiera atisbar lo que pasa detrás de la puerta. ¿Que es el para ustedes? ¿Que derecho tienen para venir a robármelo? ¡Los odio! ¡Los odio! ¡Los odio!

Rompió en violentos sollozos y, dando la vuelta, entró en el jardín y cerró de golpe la puerta.

"¡Santo cielo! —pensó Martini, siguiendo callejón abajo— Esa muchacha está realmente enamorada de él! Entre todas las cosas extraordinarias..."

CAPÍTULO VIII

El restablecimiento del *Tábano* fue rápido. Una tarde, a la semana siguiente, Riccardo lo encontró tumbado en el sofá vistiendo una bata turca, charlando con Martini y Galli. Incluso hablaba de bajar las escaleras, pero Riccardo se rió de la idea y preguntó si le gustaría cruzar a pie el valle hasta Fiesole para comenzar.

—Puede usted ir a visitar a los Grassini si desea moverse— añadió maliciosamente. —Estoy seguro de que la señora se deleitaría viéndolo, especialmente ahora, que está usted tan pálido e interesante.

El *Tábano* palmoteó con gesto trágico.

—¡Alma mía! ¡Jamás pensé en eso! Ella me tomaría por uno de los mártires italianos y me hablaría de patriotismo. Yo tendría que representar el papel adecuado y decirle que me han cortado en pedazos en un calabozo y luego vuelto a montar por piezas de mala manera y ella querría saber exactamente lo que se sentía con ese procedimiento. ¿Piensa usted, Riccardo, que ella no lo creería? Le apuesto a usted mi daga india contra la solitaria embotellada en su caverna a que ella se tragará la más absurda mentira que yo pueda inventar. Es generosa y usted debe aprovecharse.

—Gracias, no soy tan aficionado a instrumentos mortales como usted.

—Bueno, una solitaria es tan mortal como una daga y ni la mitad de preciosa.

—Pero tal como están las cosas, querido compañero, no quiero la daga, pero quiero la solitaria. Martini, tengo que marcharme. ¿Se queda usted a cargo de este escandaloso paciente?

—Solo hasta las tres. Galli y yo tenemos que ir a San Miniato, pero la *signora* Bolla vendrá y estará aquí hasta que yo vuelva.

—¡La *signora* Bona!— repitió el *Tábano* en tono de desaliento —¿Por que, Martini? Eso no se hace. No puedo tener a una dama molestándose por mí ni por mis padecimientos. Además, ¿dónde va a sentarse? Probablemente no le agrade venir.

—¿Desde cuando se ha ocupado tan ferozmente de las conveniencias?— preguntó riendo Riccardo. —Buen hombre, la *signora* Bolla es por regla general la enfermera jefa para todos nosotros. Ha cuidado enfermos siempre desde que vestía de corto y lo hace mejor que cualquier hermana de la caridad que yo conozca. ¡Que probablemente no le guste venir a su habitación! ¿Por qué? Puede usted hablar de la mujer de Grassini. No necesito dejar ninguna prescripción si ella viene, Martini. ¡El mejor corazón que existe! Son las dos y media. Debo marcharme.

—Ahora, Rivarez, tome su medicina antes de que ella venga— dijo Galli, acercándose al sofá con un vaso.

—¡Maldita medicina!— había llegado el *Tábano* al estado irritable de convaleciente y se sentía inclinado a dar un mal rato a sus cuidadores. —¿Para que quiere usted darme una horrible dosis ahora que el dolor se ha ido?

—Justamente porque no quiero que vuelva. No le gustaría que le diese un ataque estando la *signora* Bolla aquí y que tuviese que administrarle opio.

—Mi bu... buen señor: si el dolor ha de volver, volverá. No se trata de un do... dolor de muelas que se haya espantar con sus cochinas mixturas. Son tan útiles para el caso como una manguera de juguete para apagar el fuego de una casa ardiendo. Sin embargo, supongo que usted debe tener su sistema.

Tomó el vaso con la mano izquierda y la vista de las terribles cicatrices recordó a Galli el primer tema de conversación.

—A propósito, ¿cómo recibió tan tremendo daño? ¿Fue en la guerra?

—¿No le dije que se trataba de un calabozo secreto y...?

—Sí, esa versión es para beneficio de la *signora* Grassini. Verdaderamente, supongo que fue en la guerra con el Brasil.

—Sí, recibí allí una herida y luego cazando en los distritos salvajes, hubo

alguno que otro incidente.

—¡Ah, sí! En la expedición científica. Abróchese la camisa. Ya lo he visto. Parece que pasó usted allí graves momentos.

—Bueno, naturalmente, no se puede vivir en países salvajes sin pasar por algunas aventuras— dijo el *Tábano* con aire indiferente. —Y no hay que esperar que todas sean agradables.

—Pero no comprendo como se las arregló para ser tan maltratado, a menos de un mal lance con bestias salvajes... esas cicatrices de su brazo izquierdo, por ejemplo.

—¡Ah! Eso fue en una cacería de pumas. Vea usted, yo había disparado...

Se oyó llamar a la puerta.

—¿Está limpia la habitación, Martini? ¿Sí? Entonces haga el favor de abrir la puerta. Es usted muy bondadosa, *signora*; permíteme que no me levante.

—Naturalmente que no debe levantarse; no he venido de visita. Me he anticipado un poco, César. Pensaba que usted tendría usted prisa para marcharse.

—Puedo esperar un cuarto de hora. Déjeme que ponga su manto en la otra habitación. ¿Llevo también la cesta?

—Tenga cuidado; son huevos frescos. Catalina los trajo de Monte Oliveto esta mañana. Hay algunas rosas de navidad para usted, *signor* Rivarez; se que le gustan mucho las flores.

Ella se sentó junto a la mesa y empezó a recortar los tallos de las flores y a ponerlas en un florero.

—Bueno, Rivarez— dijo Galli —cuéntenos el resto de la historia de la caza de pumas; no había hecho más que empezar.

—¡Ah, si! Galli me interrogaba sobre la vida en América del Sur, *signora*, y le estaba contando cómo fue dañado mi brazo. Sucedió en el Perú. Había yo vadeado un río en ocasión de una cacería de pumas y cuando disparé contra la fiera, la pólvora no estalló; se había empapado de agua. Naturalmente, el puma no esperó a que yo arreglara la cosa y este es el resultado.

—Pues sí que debió ser una divertida experiencia.

—¡Oh, no tan mala! Hay que aceptar lo duro y lo agradable, naturalmente; pero es una vida espléndida en conjunto. La captura de serpientes, por ejemplo...

Continuó refiriendo vivamente anécdota tras anécdota, ahora de la guerra en la Argentina, luego de la expedición del Brasil, después de hazañas de caza y aventura con salvajes o bestias feroces. Galli, con el deleite de un niño que oye cuentos de hada, interrumpía a cada momento para hacer preguntas. Tenía el temperamento impresionable del napolitano y le gustaba todo lo sensacional. Gemma tomó de la cesta su labor de punto y escuchaba silenciosa, con dedos ocupados y ojos bajos. Martini estaba inquieto, frunciendo el ceño. El modo de referir las anécdotas le parecía jactancioso y dominante, y no obstante su admiración forzosa hacia un hombre que podía resistir el dolor físico con la fortaleza desconcertante que había presenciado en la semana anterior, le disgustaban genuinamente el *Tábano* y todos sus hechos y maneras.

—¡Ha debido ser una vida gloriosa!— afirmó Galli con ingenua envidia. — Pienso que nunca se decidiría usted a abandonar el Brasil. Los otros países deben parecer insulsos viniendo de allá.

—Creo que fui más feliz en el Perú y en el Ecuador— dijo el *Tábano*. —Este último es realmente un país magnífico. Naturalmente, es muy caluroso, especialmente el distrito costero de Ecuador y hay que aguantarlo; pero el escenario es soberbio sobre toda imaginación.

—Creo— dijo Galli —que la perfecta vida de libertad en un país bárbaro me atraería más que cualquier escenario. Debe uno sentir su dignidad humana personal como jamás se siente en nuestras populares ciudades.

—Sí, sí— contestó el *Tábano* —eso es...

Gemma levantó la vista de la labor que estaba tejiendo y lo miró. Él se puso rojo escarlata y calló. Hubo una pequeña pausa.

—¿Viene el dolor otra vez?— preguntó ansiosamente

—Ni hablar de ello, gracias a su cuidadosa aplicación del remedio contra el

que yo denosté. ¿Se va usted ya, Martini?

—Sí. Vamos, Galli; se nos hace tarde.

Gemma siguió a los dos fuera de la habitación y luego volvió con un huevo batido en leche.

—Tome esto; haga el favor— dijo con cariñosa autoridad, y se sentó de nuevo a tejer. El *Tábano* obedeció mansamente.

Durante media hora nadie habló. Luego, el *Tábano* dijo en voz baja:

—*i Signora Bolla!*

Ella levantó la vista. Estaba el rasgando el borde de manta, con los ojos bajos.

—Usted no creyó en lo que dije hace poco— comenzó a decir.

—Ninguna duda tenía de que estaba contando mentiras respondió ella tranquilamente.

—Tiene usted razón. Todo el tiempo estuve diciendo mentiras.

—¿Se refiere a la guerra?

—A todo. No estuve en esa guerra absolutamente y en cuanto a la expedición, tuve unas pocas aventuras, desde luego, y la mayor parte de esas historias son verdad, pero no fue de esa manera como sufrí esos destrozos, usted me ha descubierto mintiendo; así, pues, puedo igualmente confesar lo que me tocó en suerte, supongo.

—¿No le parece a usted más bien una pérdida de energía inventar tantas mentiras?— preguntó ella. —Pienso que no valía la pena de tomarse tanta molestia.

—¿Qué quiere usted que haga? Ya conoce usted el proverbio inglés: "No hagas preguntas y no te dirán mentiras". No me gusta engañar a la gente de esa manera, pero tengo que contestarles algo cuando preguntan qué es lo que me dejó inválido y puedo inventar alguna cosa bonita cuando contesto. Ya vio usted cómo gozaba Galli.

—¿Prefiere usted dar gusto a Galli que decir la verdad?

—¡La verdad!— levantó la vista. —¿Desearía usted que yo le dijera a esa gente la verdad? ¡Antes me cortarían la lengua!— Luego, con terrible y arisca impetuosidad: —Todavía no se la he dicho a nadie, pero se la diré a usted, si quiere oírlo.

Ella dejó silenciosamente de tejer. Había para ella algo de atrozmente patético en aquella dura, secreta y desagradable criatura que ponía repentinamente su confianza personal a los pies de una mujer a la que escasamente conocía y a la que aparentemente disgustaba.

Tras un largo silencio, ella levantó la mirada. Apoyaba él el brazo izquierdo en la mesita que estaba a su lado y se cubría los ojos con la mano mutilada; ella notó la tensión nerviosa de los dedos y el palpar de la cicatriz en la muñeca. Se acercó a él y lo llamó quedamente por su nombre. El se sobresaltó y alzó la cabeza.

—Me había olvidado...— tartamudeó, disculpándose —quería contar a usted...

—Sobre el... accidente o lo que fuere, que causó su invalidez. Pero si eso le molesta...

—¿El accidente? ¡Oh, el destrozo! Sí, pero no fue un accidente, sino un atizador.

Lo miró con asombro, desconcertada. Se echó él hacia atrás el cabello con mano perceptiblemente temblorosa y la miró sonriendo.

—¿No quiere sentarse? Acepte la silla, haga el favor. Siento no poder traérsela yo mismo... Re... realmente se me ocurre pensar que mi caso, si Riccardo hubiera podido tratarme, habría sido un perfecto e inapreciable tesoro; tiene el amor del verdadero cirujano a curar los huesos rotos y yo creo que todo lo que había rompible en mí fue roto en aquella ocasión... excepto el cuello.

—Y su valor— añadió ella en voz baja. —Pero acaso lo cuenta usted entre sus propiedades irrompibles.

Él movió la cabeza.

—No— dijo. —Mi valor ha vuelto a mí en cierta forma, con todo lo demás mío, pero entonces fue completamente aniquilado, como una taza de té aplastada. Esta es la parte horrible de todo ello. Ah... Sí, bueno, estaba yo hablando del atizador... Ello fue... déjame recordar... hace unos trece años, en Lima. Le dije a usted que el Perú es un país delicioso para vivir en él, pero no tan bello para la gente que está hundida, como lo estaba yo. Había estado en la Argentina, después en Chile, vagando por el país y hambriento casi siempre; fui desde Valparaíso como pasajero en un barco de ganado. No conseguí ningún trabajo ni Lima, por lo cual hube de bajar a los muelles... estaba en El Callao ¿sabe usted...? para probar. Naturalmente, hay en todos esos puertos de embarque barrios bajos donde se congrega la gente de mar; me tomaron como criado en uno de aquellos infernales garitos. Tuve que cocinar y marcar en los billares, y servir bebida a marineros y sus mujeres, y toda suerte de cosas análogas. Trabajo no muy agradable y sin embargo, yo estaba contento de tenerlo; al menos tenía comida y veía caras humanas y escuchaba el sonido de lenguas humanas... de cierto género. Puede pensar que no era gran cosa, pero yo acababa de pasar la fiebre amarilla, solo, en un cuarto de sirvientes de un miserable bohío de mestizos y la cosa me causó hipocondría. Bien; una noche me dijeron que echara fuera a un marinero indio borracho que había desembarcado y perdido todo su dinero y estaba furioso. Naturalmente, tuve que obedecer si no quería perder mi puesto y morirme de hambre, pero el hombre era dos veces más fuerte que yo... que no había cumplido todavía veintiún años y estaba tan débil como un gato con fiebre, Además, él tenía el atizador.

Se detuvo un momento, mirándola furtivamente; luego continuó:

—Al parecer, llevaba intenciones de acabar con mi persona, pero despachó mal su faena conmigo (los marinos indios lo liquidan a uno si pueden) y dejó de mi pellejo lo bastante para que siguiera viviendo.

—Sí, pero la otra gente. ¿No pudo intervenir? ¿Todos juntos tenían miedo de un solo marino indio?

Levantó la vista y estalló en risa.

—¿La otra gente? ¿Los jugadores y la gente de la casa? Usted no comprende.

Eran negros y chinos y Dios sabe quién más, y yo era su criado... *Propiedad suya*. Estaban alrededor y gozaban de la diversión, naturalmente. Esas cosas son allí una excelente broma, excepto para quien las sufre.

Ella se estremeció.

—Entonces, ¿cómo acabó aquello?

—No puedo decir mucho sobre ese punto; por lo general, en los días subsiguientes, poco recuerda un hombre del lance sufrido. Pero se hallaba cerca un cirujano de barco y parece que cuando se vio que yo no estaba muerto, alguien lo llamó. El me remendó de manera... que Riccardo considera que fue más bien mala, pero eso acaso se deba a celos profesionales. De todos modos, cuando recobré los sentidos, una anciana nativa me cuidaba por caridad cristiana... Esto suena raro ¿no es verdad? Acostumbraba sentarse arrebujada en el rincón de la choza, fumando una pipa negra, escupiendo en el suelo y canturreando para ella misma. Sin embargo, ella se portó bien; me dijo que podía morir en paz y que nadie vendría a molestarme. Pero como el espíritu de contradicción era en mí muy fuerte, elegí vivir. Era difícil tarea volver arrastrándome a la vida y a veces me inclino a pensar que hubo en aquello demasiado gritar para tan poca cosa. De todos modos, la paciencia de aquella anciana fue maravillosa: me cuidó... ¿Cuánto tiempo? Estuve casi cuatro meses acostado en su choza, delirando como un loco, a intervalos, y tan indócil a veces como un oso con una oreja ulcerada. El dolor era muy agudo y mi genio había sido echado a perder como el de un niño excesivamente mimado.

—¿Y después?

—¡Oh! Después... levantándome y cayendo. No, no piense que estaba tan delicado que necesitara una pobre hermana de la caridad, no me preocupaba de eso; pero no pude continuar allí. ¡Hablaba usted hace poco de mi valor! ¡Si me hubiera usted visto entonces! Lo peor es que el dolor solía presentarse todos los días, al anochecer; por la tarde acostumbraba tumbarme, solo, y mirar cómo el sol bajaba más y más... ¡Oh, no puede usted comprenderlo! ¡Todavía ahora me pone malo ver la puesta del sol!

Siguió una larga pausa.

—Bueno, después fui país arriba, para ver si podía trabajar en algo; me habría vuelto loco si hubiese continuado en Lima. Llegué hasta Cuzco y allí... Realmente, no sé por qué estoy aburriéndola con esta vieja historia; ni siquiera tiene el mérito de ser divertida.

Levantó ella la cabeza y lo miró con profunda y sería mirada.

—Por favor, no hable de esa manera.

Él se mordió los labios y rasgó un trozo del borde de la manta.

—¿Debo seguir?— preguntó pasado un momento.

—Sí..., si usted quiere. Temo que sea horrible para usted recordarlo.

—¿Cree que lo olvido cuando estoy callado? Entonces es peor. Pero no crea que es la cosa misma lo que me obsesiona de esa suerte, sino el hecho de haber perdido el dominio de mí mismo.

—Yo... No lo entiendo del todo.

—Quiero decir que es el hecho mismo de haber llegado al fin de mi valor, hasta el punto de que me encontré que era un cobarde.

—Seguramente lo que uno puede soportar tiene un límite.

—Sí; y el hombre que una vez ha llegado a ese límite no sabe nunca cuando podrá alcanzarlo de nuevo.

—¿Querría decirme— preguntó ella vacilante —cómo llegó usted allí solo a los veinte años?

—Muy sencillo: tuve buen principio en la vida, en mi casa en el viejo país, pero me marché.

—¿Por qué?

Se rió de nuevo, a su manera vivaz y áspera.

—¿Por qué? Porque yo era un cachorro presumido, supongo. Me habían criado en un hogar muy lujoso, tan mimado que llegué a creer que el mundo estaba hecho de algodón en rama de color de rosa y almendras dulces. Después, un buen día hallé que alguien en quien ha confiado me engañó. Pero usted se estremece...

¿qué pasa?

—Nada; prosiga, haga el favor.

—Me encontré cogido en la trampa de una mentira por falta de experiencia, naturalmente; pero, como digo a usted, yo era joven y presuntuoso, y pensaba que los mentirosos van al infierno. Por eso escapé de mi casa y me hundí en América del Sur a ahogarme o salir adelante como pudiera, sin un centavo en el bolsillo ni una palabra español en mi lenguaje; nada, excepto manos blancas y hábitos dilapidadores pare ganar mi pan. Y el resultado natural fue que me sumí en el verdadero infierno pare curarme imaginar los fingidos. Bonita experiencia, en verdad... exactamente cinco años antes de que la expedición Duprez llegara y me sacara de allí.

—¡Cinco años! ¡Oh, eso es terrible! ¿Y no tenía usted amigos?

—¿Amigos? Yo...— se volvió hacia ella con súbita fiereza —¡Yo *nunca* tuve un amigo!

Enseguida pareció avergonzado de su vehemencia y continuó, rápidamente:

—No debe usted tomar todo esto con demasiada seriedad; me atrevo a decir que hice las peores cosas posibles y realmente no fue tan malo el primer año y medio; yo era joven y fuerte y me las arreglaba para vagar por todas partes bastante bien hasta que el marino indio puso su marca en mí. Pero después de esto no podía trabajar. Es asombroso que un atizador de fuego sea una herramienta tan eficaz si uno sabe manejarla debidamente; y nadie se preocupa de emplear a un inválido.

—¿Qué clase de trabajo hizo usted?

—Lo que pude. Durante algún tiempo viví de trabajos raros pare los negros en las plantaciones de azúcar, trayendo y llevándoles cosas. Es un hecho muy curioso en la vida que los esclavos se las arreglan pare tener un esclavo suyo propio y no hay cosa que guste a un negro tanto como un esclavo blanco para vejarlo. Pero aquello no podía durar, los capataces siempre me echaban fuera. Estaba yo demasiado lisiado pare ser rápido y no podía sostener las cargas pesadas. Además, siempre era presa de esos ataques de inflamación o lo que sea esa condenada cosa.

Después de de un tiempo bajé a las minas de plata y trate de obtener trabajo allí, pero nada bueno ocurrió. Los administradores se reían ante la simple idea de tomarme y en cuanto a los trabajadores, su actitud era amenazadora para mí.

—¿Por que era así?

—La naturaleza humana, supongo. Veían que yo sólo tenía una mano con la que podía devolver un golpe. Eran una partida sarnosa de mestizos, negros y zambos la mayor parte. ¡Y además aquellos horribles chinos! Al fin, no pude soportarlo y me marché a recorrer el país al azar, andando en busca de mejor suerte.

—¿Viajar a pie? ¡Con ese pie lisiado!

Levantó la vista, con súbita y penosa suspensión del aliento.

—Yo... yo tenía hambre— dijo.

Ella volvió la cabeza a un lado y apoyó el mentón en la mano. Después de un momento de silencio, él continuó bajando más y más la voz a medida que hablaba:

—Bueno, anduve y anduve, hasta casi volverme loco con el andar, y nada conseguía. Pasé al Ecuador me fue peor que en cualquier lado. A veces remendaba un caldero (soy un buen calderero) o llevaba un recado; limpiaba una pocilga; otras veces hacía... ¡quién sabe qué! Y luego, al fin, un día...

La delgada y morena mano se agarró a la mesita de pronto y Gemma, alzando la cabeza, lo miró angustiada. Su cabeza estaba medio vuelta hacia ella, quien pudo ver la vena de la sien palpitando como un martillo, con golpes rápidos e irregulares. Gemma se inclinó y puso bondadosamente en el brazo de él.

—Deje lo demás; es demasiado horrible para hablar de ello.

Miró él dudosamente aquella mano, movió a otro la cabeza y prosiguió con más firmeza:

—Un día me topé con un circo ambulante. Usted recordará el de la otra noche; bien, esa suerte de cosa, pero más tosca y más indecente. Los zambos no son como esos buenos florentinos; no les importa nada que no sea vil o brutal. Allí había también corridas de toros, por supuesto. Habían acampado junto a la

carretera para pasar la noche y yo fui a su tienda a pedir. Bueno, hacía calor y estaba casi muerto de hambre, y por eso... me desmayé a la puerta de la tienda. Fue un truco mío eso de desmayarme de pronto en aquel momento, como una colegiala con el corsé apretado. Me levantaron y me dieron agua, comida, demás...; luego, a la mañana siguiente, me ofrecieron...

Otra pausa.

—Necesitaban un jorobado o un monstruo de algún género, para que los muchachos le arrojaran cáscaras de naranja y de plátano (algo que hiciera reír a los negros)... Usted vio al payaso la otra noche... Bien, yo fui eso... durante dos años. Supongo que usted tiene sentimientos humanitarios para los negros y los chinos. ¡Procure no quedar nunca a merced de ellos! Bien, aprendí a hacer los trucos. No estaba yo bastante deformado; mas pusieron la cosa en regla con una joroba artificial e hicieron lo más que pudieron de este pie y este brazo... Y los zambos no son exigentes, quedaban fácilmente satisfechos si se les ofrecía una cosa viva para torturar; el vestido de bufón ayuda mucho, además... La única dificultad era que yo estaba frecuentemente enfermo y no podía trabajar. Algunas veces, si el patrón estaba de mal humor, insistía en que yo saliera a la pista cuando tenía esos ataques y creo que a la gente le gustaba más aquellas noches. Recuerdo una vez que me desmayé de dolor en medio de la representación... Cuando recobré el sentido el público me rodeaba chillando, aullando y apedreándome con...

—¡Basta! ¡No puedo oír más! ¡Deténgase, por el amor de Dios!

Estaba ella de pie, tapándose los oídos con ambas manos. El calló y, mirándola, vio el brillo de lágrimas en sus ojos.

—¡Maldita sea, y qué idiota soy!—murmuró él.

Ella atravesó la habitación y permaneció unos momentos mirando por la ventana. Cuando se volvió, el *Tábano* estaba otra vez apoyado en la mesa, tapándose los ojos con una mano. Evidentemente, había olvidado la presencia de ella. Gemma se sentó junto a él sin hablar. Después de un largo silencio, ella dijo lentamente:

—Quiero hacerle una pregunta.

—¿Sí? — dijo él, sin moverse.

—¿Por qué no se cortó el cuello?

La miró e hizo un gesto de grave sorpresa.

—No esperaba que *usted* me preguntara eso— dijo. —¿Y que hubiera pasado con mi trabajo? ¿Quién lo hubiera hecho por mí?

—Su trabajo... ¡Ah, comprendo! Usted habló hace poco de ser un cobarde; bien, si usted ha sufrido y hecho eso de acuerdo con un propósito, es el hombre más valiente que jamás he encontrado.

Él se cubrió de nuevo los ojos y tomándole la mano, se la oprimió apasionadamente. Un silencio que parecía no tener fin los envolvió.

De repente, una voz de soprano clara y fresca vino del jardín, cantando una copla popular francesa:

¡Eh, Pierrot! ¡Baila Pierrot!
¡Baila un poco mi pobre Pierrot!
¡Vivan la danza y la alegría!
¡Gocemos de la hermosa juventud!
Si lloro o suspiro
Si pongo cara triste
Señor, es una broma
¡Ja ja ja! ¡Es una broma!

A las primeras palabras, el *Tábano* arrancó su mano de la de Gemma y retrocedió dando un ahogado suspiro. Ella le sujetó firmemente el brazo con ambas manos, como podía haber apretado el de una persona que va a sufrir colapso. Cuando terminó el canto y un coro de risas y de aplausos vino del jardín, él la miró con ojos de animal torturado.

—Sí, es Zita— dijo lentamente —con sus amigos oficiales. Intentó venir aquí la otra noche, antes de que llegara Riccardo. ¡Me habría vuelto loco si ella me hubiera tocado!

—Pero ella no lo sabe— protestó Gemma en voz baja —no puede adivinar que le está haciendo daño.

—Es como una criolla— contestó, suspirando. —¿Recuerda usted su cara, aquella noche, cuando trajimos el niño mendigo? Así miran los criollos cuando se ríen.

Otro estallido de carcajadas vino del jardín. Gemma se levanto y abrió la ventana. Zita, con una cinta bordada en oro arrollada coquetamente en la cabeza, estaba en el sendero del jardín con un ramo de violetas para cuya posesión parecía que estaban compitiendo tres jóvenes oficiales de caballería.

—¡Señora Reni!— dijo Gemma.

La cara de Zita se oscureció como una nube de tormenta.

—¿Señora?— dijo, mirándola con aire de desafío.

—¿Harían el favor sus amigos de hablar un poco mis bajo? El *signor* Rivarez está bastante mal.

La gitana echó al suelo las violetas.

—*Allez-vous en!*— dijo, volviéndose agriamente hacia los oficiales asombrados. —*Vous m'embetez, messieurs!* Salió lentamente a la calle. Gemma cerró la ventana.

—Se han marchado— dijo, volviéndose hacia él.

—Muchas gracias. Siento haberla molestado.

—No ha sido molestia...— Él noto vacilación en su voz.

—¿Pero?— dijo —Esa frase no fue terminada, *signora*; había un *pero* en el fondo de su pensamiento.

—Si usted mira el fondo de la mente de las personas no debe ofenderse por lo que lea allí. Esa no es asunto mío, por supuesto; pero no puedo comprender...

—¿Mi aversión hacia la señora Reni? Sólo es cuando...

—No, sino que pueda vivir con ella cuando siente esa aversión. Me parece un insulto a ella como mujer y como...

—¡Como mujer!— estalló en agria risa— A *eso* llama usted una mujer? Señora: es para morirse de risa.

—¡Eso no está bien!— dijo ella. —¡No tiene derecho a hablar de esa manera de nadie..., especialmente a otra mujer!

Él se volvió, con ojos muy abiertos, y miró por la ventana el sol poniente. Ella bajó la pantalla y cerró las persianas para que no pudiera ver la puesta de sol; luego se sentó junto a la otra ventana y tomó de nuevo su labor.

—¿Quiere que encienda la lámpara?— preguntó un momento después.

Él dijo que no con la cabeza.

Cuando se hizo demasiado oscuro, Gemma arrolló su labor y la puso en el canastillo. Durante algún tiempo siguió sentada con las manos cruzadas, vigilando silenciosamente la cara inmóvil del *Tábano*. La débil luz del atardecer, iluminando su rostro, parecía suavizar su aspecto duro, burlón, afirmativo y profundizaba las líneas trágicas que rodeaban su boca. Por caprichosa asociación de ideas su memoria retrocedió vívidamente a la cruz de piedra que su padre había puesto en memoria de Arturo, y a su inscripción:

Todas tus olas pequeñas y grandes vinieron sobre mí.

Pasó una hora de silencio. Al fin, ella se levantó calladamente y salió de la habitación. Volviendo con una lámpara, se detuvo un momento pensando que el *Tábano* estaba dormido. Cuando la luz le dio en la cara, él se volvió.

—Le he hecho una taza de café— dijo ella, dejando la lámpara.

—Bájela un momento. ¿Quiere venir aquí, por favor? La tomó de ambas manos.

—He estado pensando— dijo —que tiene usted razón: he metido mi vida en un mal enredo. Pero recuerde que un hombre no encuentra todos los días una mujer a la que pueda... amar y yo... yo he estado en aguas revueltas. Tengo miedo...

—¿Miedo...?

—De la oscuridad. A veces *no me atrevo* a estar solo por la noche. Debe haber algo vivo... algo sólido a mi lado. Es la oscuridad externa, donde sea... ¡No, no, no es eso! Eso es una bagatela... se trata de la oscuridad interna. No hay allí llantos ni rechinar de dientes: sólo silencio... silencio...

Sus ojos se dilataron. Ella calló, conteniendo el aliento hasta que él habló de nuevo.

—Todo esto es superchería para usted ¿no es verdad? No puede comprender, para suerte suya. Lo que quiero decir es que tengo las mayores probabilidades de volverme loco si trato de vivir completamente solo... No piense muy duramente de mí, si puede evitarlo; no soy completamente el bruto vicioso que acaso usted imagina que soy.

—No trato de juzgarlo— contestó ella. —No he sufrido como usted. Pero... he estado también en aguas profundas, de otra manera; y creo... estoy segura... de que si usted no aparta de sí el temor de que alguna cosa lo impulsa a hacer algo realmente cruel o injusto o falto de generosidad, lo lamentará después. Por lo demás, si usted ha fracasado en esto, sé que, en su lugar, yo habría fracasado completamente... habría muerto maldiciendo...

Aún tenía él entre las suyas las manos de Gemma.

—Dígame— dijo dulcemente: —¿ha hecho usted en su vida alguna cosa realmente cruel?

Ella no contestó; pero bajó su cabeza, y dos grandes lágrimas cayeron en las manos de él.

—¡Dígame!— murmuró apasionadamente, estrechándole las manos. — ¡Dígame! Yo le he contado toda mi miseria.

—Sí... una vez... hace mucho tiempo. Y lo hice a la persona que más quería en el mundo.

Las manos que sujetaban las suyas temblaron violentamente, pero no soltaron su presa.

—Era un camarada— continuó ella —y yo creí una calumnia contra él... una mentira feroz y común que había inventado la policía. Le pegué en la cara por traidor y él se marchó, se arrojó al agua y se ahogó. Luego, dos días después, supe que era del todo inocente. Es quizás un recuerdo peor que cualquiera de los suyos. Me cortarían la mano derecha para deshacer lo que hice.

Algo súbito y peligroso, algo que ella no había visto antes, brilló en los ojos de él, quien bajó la cabeza con rápido movimiento y besó la mano de Gemma.

Ella retrocedió con extrañeza.

—¡No haga eso!— gritó lastimosamente. —¡Haga el favor de no volver a hacerlo! ¡Me hace daño!

—¿Cree usted que no hizo daño al hombre a quien mató?

—El hombre a quien yo... ¡Ah! ¡César está a la puerta, por fin! Yo... ¡tengo que irme!

Cuando Martini entró en la habitación halló al *Tábano* acostado, solo, con el café sin tocar a su lado, jurando para sí de una manera lánguida y abatida, como si no hallara ninguna satisfacción en ello.

CAPÍTULO IX

Pocos días después, el *Tábano*, todavía algo pálido y cojeando más que de costumbre, entró en la sala de lectura de la biblioteca pública y pidió los sermones del cardenal Montanelli. Riccardo, que estaba leyendo en una mesa próxima a él, levantó la cabeza. Estimaba mucho al *Tábano*, pero no podía soportar aquel rasgo propio de él: aquella curiosa malicia personal.

—¿Está usted preparando otra andanada contra ese desdichado cardenal?— preguntó, irritado a medias.

—Mi querido colega ¿por qué atribuye usted siempre malos motivos a la gente? Eso es muy anticristiano. Estoy preparando un ensayo sobre la teología contemporánea para el periódico.

—¿Qué periódico?— preguntó Riccardo, frunciendo el ceño. Era quizás un secreto a voces que una nueva ley de prensa se esperaba y que la oposición estaba preparando asombrar a la ciudad con un periódico radical; pero aún era, aparentemente, un secreto.

—*La Gaceta de los Estafadores*, naturalmente o el *Calendario de la Iglesia*.

—¡Chis! Rivarez, estamos molestando a los otros lectores.

—Bien, entonces siga con su cirugía, si ese es su tema de estudio, y déjeme a mí con la teología, que es el Mío. No quiero mezclarme con su tratamiento de los huesos rotos, aunque se bastante más sobre ellos que usted.

Se sentó con el tomo de sermones, con rostro resuelto y preocupado. Uno de los bibliotecarios se acercó a él.

—*Signor Rivarez!* ¿No estuvo usted con la expedición de Duprez explorando los tributarios del Amazonas? Quizá quiera ayudarnos en una dificultad. Una

señora ha estado aquí pidiendo las memorias de la expedición, y están encuadernándolas.

—¿Que es lo que ella quiere saber?

—Solamente en que año salió la expedición y cuando atravesó el Ecuador.

—Salió de Paris en el otoño de mil ochocientos treinta y siete, y pasó por Quito en abril de mil ochocientos treinta y ocho. Estuvimos tres años en el Brasil, fuimos a río de Janeiro y regresamos a París en el verano de mil ochocientos cuarenta y uno. ¿Quiere esa señora saber las fechas de los descubrimientos separados?

—No, gracias; solo ésas. Ya las he anotado. Beppo, lleva este papel a la *signora* Bolla, haz el favor. Muchas gracias, *signor* Rivarez. Siento haberlo molestado.

El *Tábano* se echo hacia atrás en su silla, perplejo. ¿Para que querría ella aquellas fechas? Cuando pasaron por el Ecuador...

Gemma fue a su casa con el trozo de papel en su mano. Abril de 1838... Y Arturo había muerto en mayo de 1833. Cinco años...

Comenzó a pasear arriba y abajo por su habitación. Había dormido mal las noches últimas y había sombras negras ante sus ojos.

Cinco años... y una "casa muy lujosa"... y "alguien en quien confiaba lo había engañado"... Lo había engañado y él lo había descubierto...

Se detuvo y puso ambas manos en su frente. ¡Oh! Era una verdadera locura... no era posible... era absurdo...

Y no obstante icómo habían dragado aquel puerto!

Cinco y el "no tenía veintiuno"... el marino indio... Entonces el tendría diecinueve años cuando escapó de su casa. No había dicho "año y medio"... ¿De dónde sacó esos ojos azules y ese incansable movimiento nervioso de los dedos? Y ¿por qué era tan duro con Montanelli? Cinco años... cinco años...

Si ella hubiera sabido al menos que el se había ahogado... si al menos hubiese visto el cuerpo, algún día, seguramente, la vieja herida habría dejado de doler, la memoria del pasado habría perdido sus terrores. Acaso al cabo de otros veinte años habría ella aprendido a mirar atrás sin estremecerse.

Toda su juventud había sido envenenada por el pensamiento de lo que ella había hecho. Resueltamente, día tras día, año tras año, había luchado contra el demonio del remordimiento. Siempre había tenido en cuenta que su obra estaba en el futuro; siempre había cerrado sus ojos y sus oídos al espectro obsesionante del pasado. Y día tras día, año tras año, la imagen del cuerpo ahogado arrojado al mar no la abandonaba y el grito amargo que ella no pudo callar se había alzado en su corazón: "¡Yo he matado a Arturo! ¡Arturo ha muerto!" Algunas veces le había parecido que su carga era demasiado pesada de soportar.

Ahora daría la mitad de su vida para que aquella carga volviera. Si ella lo hubiera matado... eso era para ella una pena familiar; la había sufrido demasiado tiempo para hundirse ahora en ella. Pero si lo había arrojado, no al agua, sino a... Se sentó y se tapó los ojos con ambas manos. Su vida había sido oscurecida por causa de él, porque había muerto. Si no hubiera cargado sobre él algo peor que la muerte...

Persistente, sin piedad, retrocedió paso a paso, a través del infierno del pasado de él. Era tan vívido para ella como si lo viera y lo sintiera; el temblor desamparado del alma desnuda, la burla más amarga que la muerte, el horror de la soledad, la agonía lenta, triturante, sin reposo. Era tan vívido como si ella se hubiera sentado a su lado en la inmunda choza india, como si hubiera sufrido con él en las minas de plata, en los campos de café, en el horrible circo ambulante...

El circo ambulante... No, debía rechazar esa imagen, por lo menos; era para volverlo loco a uno pensar en ello.

Abrió un cajoncito de su escritorio. Contenía las pocas reliquias personales que no pudo decidirse a destruir. No era ella dada a guardar bagatelas sentimentales; la conservación de aquellos recuerdos fue una concesión al lado débil de su naturaleza que sostuvo con mano tan firme. Rara vez se permitía

mirarlos.

Los sacó uno tras otro: la primera carta de Giovanni para ella y las flores que había puesto en su mano muerta; un rizo de su niño y una hoja marchita de la sepultura de su padre. En el fondo del cajón había un retrato en miniatura de Arturo a los diez años... probablemente el único que de él existía.

Se sentó con él en las manos y miró la bella cabeza infantil, hasta que la faz del verdadero Arturo se alzó ante ella. ¡Qué clara estaba con todos los detalles! Las líneas finas de la boca, los ojos, grandes y graves, la pureza seráfica de la expresión, que estaban grabadas en su memoria, como si hubiera muerto ayer. Lentamente las lágrimas velaron y ocultaron el retrato.

¡Oh, cómo pudo pensar en tal cosa! Era como un sacrilegio soñar que aquel espíritu brillante, lejano, estuviera atado a las sórdidas miserias de la vida. ¡Seguramente los dioses lo amaron y dejaron que muriera joven! ¡Mejor, mil veces mejor que pasara a la nada absoluta que no vivir y ser el *Tábano*... el *Tábano*, con sus corbatas impecables, sus chistes dudosos, su lengua acerba y su bailarina! ¡No! ¡No! Fue todo una horrible fantasía y ella había mortificado su corazón con vanas fantasías. Arturo murió.

—¿Puedo entrar?— preguntó una voz suave desde la puerta.

Se sobresaltó y el retrato cayó de su mano, y el *Tábano*, cojeando a través de la habitación, lo cogió y se lo dio.

—¡Qué susto me ha dado!— dijo ella.

—Lo siento. Quizá la molesto.

—No. Solo estaba revolviendo algunas cosas viejas.

Ella dudó un momento; después puso en su mano la miniatura.

—¿Qué piensa usted de esa cabeza?

Mientras él miraba el retrato ella observaba su faz, como si su vida dependiera de su expresión; pero fue meramente negativa y crítica.

—Me propone una difícil tarea— dijo. —El retrato está medio borrado y la cara de un niño es siempre difícil de leer. Me inclino a pensar que ese niño se

convirtió en un ser desgraciado y lo más juicioso que hubiera podido hacer hubiese sido abstenerse absolutamente de llegar a ser un hombre.

—¿Por qué?

—Mire la línea del labio inferior. E... ésa es la especie de naturaleza que siente el dolor como dolor y la maldad como maldad y el mundo no tiene morada para tales seres. Necesita gente que no sienta nada más que su obra.

—¿Se parece a alguien que usted conozca?

—Sí. ¡Qué cosa más curiosa! Naturalmente que lo es; muy parecido.

—¿Parecido a quién?

—Al ca... cardenal Montan... nelli. Me pregunto si su irreprochable eminencia tiene algún sobrino. Entre paréntesis: ¿quién es, si puedo preguntarlo?

—Es un retrato, tomado en la niñez, del amigo de quien le hablé hace días...

—¿A quién usted mató?

Ella retrocedió a pesar suyo. ¡Qué ligera y cruelmente aplicaba la mortal palabra!

—Sí; a quien yo maté.... si realmente murió.

—¿Si?

Gemma miró fijamente el rostro de su interlocutor.

—Algunas veces he dudado— dijo ella. —Nunca se encontró el cuerpo. Pudo haberse escapado de su casa y marchar a América del Sur.

—Esperemos que no. Sería un mal recuerdo para usted. He tenido algunas peleas en mi tiempo y he enviado a más de uno al Hades, quizá; pero si yo tuviera sobre mi conciencia haber enviado a algún ser vivo a América del Sur, dormiría terriblemente mal.

—¿Entonces usted cree —dijo ella, acercándose más a él, estrechándose ambas manos— que si no se hubiera ahogado... si en lugar de eso hubiera pasado por las experiencias que usted ha sufrido nunca volvería y olvidaría su pasado? ¿Cree usted que *nunca* lo olvidaría? Recuerde que a mí me ha costado algo también.

¡Mire!

Echó atrás las densas ondulaciones del cabello de su frente. Bajo los negros mechones había una ancha veta blanca.

Hubo un largo silencio.

—Creo— dijo el *Tábano* lentamente —que los muertos están mejor muertos. Olvidar algunas cosas es asunto difícil. Y si yo estuviera en el lugar de su amigo muerto, me que... quedaría muerto. El *aparecido* es un feo espectro.

Metió ella el retrato en su cajón y cerró el pupitre.

—Dura doctrina es esa— dijo. —Y ahora hablemos de otra cosa.

—Vine a hablar con usted de una cuestión poco importante, si puedo; un asunto privado, sobre un plan que tengo en la cabeza.

Acercó ella una silla a la mesa y se sentó

—¿Qué piensa usted de la proyectada ley de prensa?— comentó él, sin traza alguna de tartamudez.

—¿Qué pienso de eso? Creo que no será de mucho valor, pero medio pan es mejor que nada de pan.

—Indudablemente. Entonces ¿piensa usted trabajar en uno de los periódicos que esa buena gente de aquí se prepara a publicar?

—Pienso hacerlo. Siempre hay gran cantidad de trabajo práctico que hacer cuando sale por primera vez un periódico: arreglos de impresión y de circulación y...

—¿Hasta cuando va usted a estar malgastando sus dotes mentales de esa manera?

—¿Por qué *malgastando*?

—Porque es malgastar. Usted sabe que tiene mucho mejor cabeza que la mayor parte de los hombres con quienes trabaja y los deja hacer de modo regular trabajos anodinos y que Johannes sea su factótum. Intelectualmente está usted tan lejos de Grassini y Galli, como si ambos fueran chicos de la escuela y a pesar de eso usted se sienta a corregir sus pruebas como un aprendiz de impresor.

—En primer lugar, no pierdo el tiempo corrigiendo pruebas; y además, me parece que usted exagera mis capacidades mentales. De ninguna manera son tan brillantes como usted piensa.

—No creo que sean precisamente brillantes— contestó él reposadamente — pero las creo firmes y sólidas, lo que es mucho más importante. En esas mortales reuniones de comité siempre es usted quien señala la parte débil de la lógica de cada uno.

—No es usted amable con los otros. Martini, por ejemplo, tiene una mente muy lógica y no hay dudas acerca de las capacidades de Fabrizi. Además, Grassini tiene un conocimiento más profundo de la estadística económica italiana que cualquier funcionario del país, quizá.

—Bien, eso no es mucho decir, pero dejemos a ellos y a sus capacidades a un lado. Queda el hecho de que usted, con las dotes que posee, puede hacer trabajo más importante y ocupar un puesto de más responsabilidad que el actual.

—Estoy completamente satisfecha con mi posición. El trabajo que hago no será de gran valor, pero todos hacemos lo que podemos.

—*Signora* Bolla, usted y yo hemos ido demasiado lejos para ocuparnos ahora en cumplimientos y negativas modestas. Dígame honradamente: ¿Reconoce usted que está empleando su cerebro en un trabajo que una persona inferior a usted podría desempeñar igualmente bien?

—Puesto que usted me obliga a contestar, sí, hasta cierto punto.

—Entonces, ¿por qué deja usted que eso continúe?

No hubo respuesta.

—¿Por qué deja usted que eso continúe?

—Porque no puedo evitarlo.

—¿Por qué?

Lo miró con aire de reproche.

—Eso no está bien... no está bien acosarme de esa manera.

—Sea como fuere, usted va a decirme por qué.

—Si hay que decírselo, entonces... porque mi vida ha sido hecha pedazos y no tengo energía para comenzar con algo *real*, ahora. Estoy hecha a la medida para ser una especie de caballo de coche de alquiler revolucionario, para hacer el trabajo más vil del partido. Por lo menos lo hago concienzudamente y debe ser hecho por alguien.

—Ciertamente, debe ser hecho por alguien; pero no siempre por la misma persona.

—Es lo único que soy capaz de hacer.

Él la miró con ojos medio cerrados, inescrutables. Ella levantó la cabeza.

—Estamos volviendo al viejo tema y debemos volver al asunto que nos interesa. Resulta completamente inútil, se lo aseguro, decirme que puedo hacer toda suerte de cosas. Nunca debo hacerlas ya. Pero yo puedo ayudarlo a forjar su plan. ¿Cuál es?

—Usted empieza diciéndome que es inútil que le aconseje nada, y luego me pregunta qué quiero sugerir. Mi plan requiere su ayuda en acción, no solamente en pensamiento.

—Déjeme oírlo y luego discutiremos.

—Dígame primeramente si usted ha oído algo acerca de proyectos para una sublevación en Venecia.

—Nada he oído sino proyectos de levantamiento y complots sanfedistas desde la amnistía, y soy escéptica tanto acerca de lo uno como de lo otro.

—Lo mismo soy yo, en la mayoría de los casos; pero hablo de preparativos realmente serios para un levantamiento de toda la provincia contra los austríacos. Muchos compañeros jóvenes, en los estados del Papa, particularmente en las Cuatro Legaciones, están preparándose secretamente para salir de allí y unirse como voluntarios. Y sé por mis amigos de la Romaña...

—Dígame— interrumpió ella —¿está usted seguro de que puede confiar en esos amigos suyos?

—Por completo. Los conozco personalmente y he trabajado con ellos.

—¿Quiere decir que son miembros de la secta a que usted pertenece? Perdone mi escepticismo, pero, dudo siempre un poco de la exactitud de la información recibida de las sociedades secretas. Me parece a mí que el hábito...

—¿Quién le ha dicho a usted que yo pertenezco a una secta?— interrumpió agriamente.

—Nadie: lo adiviné.

—¡Ah!— se echó atrás en la silla y la miró con gesto de enfado. —¿Usted adivina siempre los asuntos privados de la gente?

—Muy frecuentemente. Soy algo observadora y tengo la costumbre de relacionar las cosas. Se lo digo para que tenga cuidado cuando quiera que yo no sepa una cosa.

—No me importa que se entere, mientras la cosa no vaya más lejos. Supongo que esto no ha...

Levantó ella la cabeza con gesto de sorpresa, medio ofendida, y dijo:

—¡Esa es una pregunta innecesaria!

—Naturalmente; se que usted no hablaría de nada a extraños, pero pienso que acaso a los miembros de su partido...

—Mi trato con el partido es con hechos, no con mis conjeturas y fantasías personales. Desde luego, nunca he mencionado el asunto a nadie.

—Gracias. ¿Ha averiguado usted a que secta pertenezco?

—Espero que usted no se ofenda por mi franqueza; fue usted quien comenzó esta charla, ya lo sabe... Espero que no sea a los Acuchilladores...

—¿Por qué espera usted eso?

—Porque usted es apropiado para cosas mejores.

—Todos nosotros somos apropiados para cosas mejores a las que siempre hacemos. Vea que le devuelvo su respuesta. Sin embargo, no pertenezco a los Acuchilladores, sino a los Cinturones Rojos. Son gente más firme y toma su trabajo

más seriamente.

—¿Se refiere usted al trabajo de acuchillar?

—Eso, entre otras cosas. Los cuchillos son muy útiles a su manera, pero solo cuando se tiene una buena y bien organizada propaganda detrás de ellos. Eso es lo que me disgusta en la otra secta. Piensan que un cuchillo puede arreglar todas las dificultades del mundo y eso es un error. Puede arreglar muchas, pero no todas.

—¿Cree usted honradamente que arregla alguna?

Él la miró, sorprendido.

—Claro— continuó ella. —Elimina, por el momento, la dificultad práctica causada por la presencia de un espía o de un funcionario dudoso, pero que no suscite peores dificultades, en lugar de la que se ha suprimido, es otra cuestión. Me parece algo así como la parábola de la casa limpia y amueblada y los siete demonios. Cada asesinato hace más malvada a la policía y a la gente más acostumbrada a la violencia y a la brutalidad, y el último estado de la comunidad puede ser peor que el primero.

—¿Que piensa usted que sucederá cuando venga la revolución? ¿Supone usted, pues, que la gente no quiere acostumbrarse a la violencia? La guerra es la guerra.

—Sí, pero la revolución declarada es otra cosa. Es un momento en la vida del pueblo y es el precio que tenemos que pagar por todos nuestros progresos. Sin duda alguna, terribles cosas sucederán; debe haberlas en toda revolución; pero serán hechos aislados, rasgos excepcionales de un excepcional momento. Lo horrible acerca de ese acuchillamiento promiscuo es que se convierte en hábito. La gente lo considera como su suceso de cada día y el sentido sagrado de la vida humana queda embotado. He estado pocas veces en la Romaña, pero lo poco que he visto de la gente me ha dado la impresión de que han adquirido o están adquiriendo un hábito de violencia mecánico.

—Seguramente eso es mejor que un hábito mecánico de obediencia y de sumisión.

—No lo creo así. Todos los hábitos mecánicos son malos y serviles, y ese es al mismo tiempo feroz. Por supuesto, si usted considera que el trabajo de los revolucionarios consiste en arrancar ciertas concesiones definidas por el gobierno, entonces la secta secreta y el cuchillo le deben parecer las mejores armas, porque no hay otra cosa que teman tanto todos los gobiernos. Pero si piensa usted, como pienso yo, que forzar la mano del gobierno no es un fin en sí mismo, sino solamente un medio para un fin y que lo que nosotros necesitamos realmente reformar es la relación entre hombre y hombre, entonces debe usted ir a la obra de manera diferente. Acostumbrar al pueblo ignorante al espectáculo de la sangre no es la manera de realzar el valor que ellos ponen en la vida humana.

—¿Y el valor que ellos ponen en la religión?

—No comprendo.

Él sonrió.

—Creo que diferimos acerca de dónde esta la raíz del daño. Usted la sitúa en una falta de apreciación por la vida humana.

—Más bien en lo sagrado de la personalidad humana.

—Póngalo como quiera. Para mí, la gran causa de nuestras confusiones y errores yace en la enfermedad mental llamada religión.

—¿Se refiere usted a alguna religión en particular?

—¡Oh, no! Eso es mera cuestión de síntomas externos. La enfermedad misma es lo que se llama una actitud religiosa de la mente. Es el deseo morboso de levantar un fetiche y adorarlo, postrarse y rendir culto a alguna cosa. Poca diferencia hay en si esa cosa es Jesús o Buda o un árbol. No está usted de acuerdo conmigo, naturalmente. Puede usted ser atea o agnóstica o lo que usted quiera, pero yo huelo en usted el temperamento religioso. Sin embargo, no tiene objeto que discutamos esto. Pero está usted completamente equivocada pensando que yo considero el manejo del cuchillo meramente como único medio de apartar funcionarios dudosos; hay, sobre todo, un medio y creo que es el mejor de los medios: socavar el prestigio de la iglesia y acostumbrar al pueblo a considerar a los

agentes clericales como si fueran bichos dañinos.

—Y cuando usted haya realizado eso, cuando usted haya despertado la bestia salvaje que duerme en la gente y la pone frente a la iglesia, entonces...

—Entonces será cuando habré realizado la obra que me hace digno de vivir.

—¿Es ésa la obra de la cual usted habló el otro día?

—Sí; justamente ésa.

Ella se estremeció.

—¿Se ha llevado usted chasco conmigo?— dijo él, mirándola sonriente.

—No; no es eso exactamente. Estoy... creo... un poco temerosa de usted.

Lo miró de nuevo, pasado un momento, y dijo con el acento de voz que usaba para hablar de asuntos corrientes:

—Esta es una discusión sin provecho. Nuestros puntos de vista son demasiado diferentes. Por mi parte, creo en la propaganda, propaganda y propaganda y, cuando se puede hacer, en la insurrección abierta.

—Entonces volvamos a la cuestión de mi plan: tiene algo que ver con la propaganda y más con la insurrección.

—¿Sí?

—Como le digo a usted, muchos voluntarios están saliendo de la Romaña para unirse a los venecianos. No sabemos todavía lo que tardará en estallar la insurrección. Puede no ser hasta el otoño o el invierno, pero los voluntarios de los Apeninos deben ser armados y estar dispuestos a marchar directamente por las llanuras adonde son enviados. Me he encargado del contrabando de armas de fuego y municiones en el territorio papal para ellos...

—Espere un momento ¿Cómo ha venido usted a trabajar con esa banda? Los revolucionarios de Lombardía y Venecia están todos en favor del nuevo Papa. Son partidarios de las reformas liberales, mano a mano con el movimiento progresivo en la iglesia. ¿Cómo puede un anticlerical "intransigente" como usted trabajar con ellos?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué me importa que quieran divertirse con una muñeca de trapo mientras hacen su obra? Por supuesto que ellos tomarán al Papa como mascarón de proa. ¿Qué me importa a mí eso con tal de que la insurrección avance algún tanto? Cualquier palo sirve para pegar a un perro, supongo, y cualquier grito lanzará a la gente contra los austríacos.

—¿Qué desea usted que yo haga?

—Principalmente, ayudarme a hacer pasar las armas de fuego.

—¿Pero cómo podría yo hacer eso?

—Usted es justamente la persona que podría hacerlo mejor. Pienso comprar las armas a Inglaterra, pero hay gran dificultad en traerlas. Es imposible recibir las por cualquiera de los puertos pontificales; deben venir por la Toscana y atravesar los Apeninos.

—Eso significa atravesar dos fronteras en lugar de una.

—Sí, pero la otra vía es sin esperanza; no se puede pasar de contrabando un gran barco de carga en un puerto sin tráfico comercial y usted sabe que todo embarque de Civitavecchia importa aproximadamente tres botes de remos y una barca de pesca. Si conseguimos llevar el material a través de Toscana, yo puedo arreglar lo de la frontera papal; mis hombres conocen todos los senderos de la montaña y tenemos muchos escondites. El transporte debe venir por mar a Liorna, y esa es mi gran dificultad; yo no estoy en relación con los contrabandistas de allí y creo que usted si lo está.

—Déme cinco minutos para pensarlo.

Se inclinó hacia adelante, con un codo en la rodilla y la mano sosteniendo el mentón. Pasados unos momentos de silencio levantó la cabeza.

—Es posible que yo pueda ser de alguna utilidad en esa parte del trabajo— dijo —pero antes de ir mis adelante quiero hacerle una pregunta: ¿Puede usted darme su palabra de que este asunto no está relacionado con ningún apuñalamiento o violencia secreta de ningún género?

—Ciertamente. Ni qué decir tiene que yo no le hubiera pedido que se uniese a una cosa que usted desaprobaba.

—¿Cuándo quiere usted una respuesta definitiva de mí?

—No hay mucho tiempo que perder, pero puedo concederle unos pocos días.

—¿Tiene usted libre el sábado próximo por la noche?

—Déjeme ver... hoy es jueves; sí.

—Entonces venga aquí. Pensaré en el asunto y le daré una respuesta definitiva.

El domingo siguiente, Gemma envió al comité de la sección florentina del partido mazziniano la declaración de que deseaba emprender un trabajo especial de naturaleza política, el cual, durante unos cuantos meses, le impediría cumplir las funciones de las cuales hasta ahora había sido responsable ante el partido.

Alguna sorpresa produjo este anuncio, pero el comité no hizo ninguna objeción; era conocida en el partido desde hacía varios años como una persona en cuyo juicio se podía confiar; además, los afiliados estuvieron de acuerdo en que si la *signora* Bolla daba un paso inesperado, tendría probablemente buenas razones para ello.

A Martini le dijo francamente que se había decidido a ayudar al *Tábano* en "algún trabajo de frontera". Había decidido que era oportuno poner en antecedentes a su viejo amigo para que no hubiera mala comprensión o se creara un penoso sentimiento de duda y de misterio entre ellos. Le parecía que le debía esa prueba de confianza. El no hizo comentario alguno cuando se lo dijo, pero ella advirtió que, sin saber por qué, aquellas noticias lo habían herido profundamente.

Estaban sentados en la terraza de la casa, mirando los viejos tejados que se extendían hasta Fiesole. Después de un largo silencio, Martini se levantó y empezó a pasear de un lado a otro, con las manos en los bolsillos y silbando por lo bajo, signo seguro en el de agitación mental. Él se sentó y la miró.

—César, está usted intranquilo por este asunto— dijo ella. —Me apena

mucho que usted se sienta tan desalentado; justamente yo podía decidir lo que me parecía más junto.

—No es esa la cuestión— contestó el, malhumorado. —No sé nada sobre el asunto y probablemente todo está bien, ya que usted ha consentido en llevarlo adelante. Pero desconfío del *hombre*.

—Creo que usted lo juzga mal; yo también lo hice hasta que lo conocí mejor. Está lejos de ser perfecto, pero hay en él mucho más de bueno de lo que usted cree.

—Probablemente—. Durante un momento paseó arriba y abajo en silencio; luego, de repente, se detuvo frente a ella: —Gemma ¡renuncie a ello! ¡Hágalo antes de que sea demasiado tarde! No deje que ese hombre la impulse a hacer cosas de las que luego se arrepentirá.

—César— dijo ella amablemente —usted no piensa en lo que está diciendo. Nadie me impulsa a nada. He tomado esta decisión por mi propia voluntad después de reflexionar largamente sobre la cuestión. A usted le disgusta personalmente Rivarez; lo sé; pero estamos hablando ahora de política, no de personas.

—*iMadonna!* ¡Renuncie a ello! Ese hombre es peligroso, es impenetrable y cruel, no tiene escrúpulos... ¡y está enamorado de usted!

Ella se sorprendió.

—César, ¿cómo puede meter en su cabeza tales fantasías?

—Está enamorado de usted— repitió Martini. —¡Apártese de él, *madonna*

—Querido César, no puedo apartarme de él y no puedo explicarle por qué. Estamos ligados..., no por ningún deseo ni acción que dependa de nosotros.

—Si ustedes están ligados no hay nada más que decir— contestó Martini con aire despechado.

Él se marchó diciendo que tenía que hacer y estuvo vagando durante horas por las calles fangosas. Veía muy negro el mundo aquella noche. Una pobre cordera, y aquella escurridiza criatura la había descarriado...

CAPÍTULO X

Hacia mediados de febrero, el *Tábano* fue a Liorna. Gemma lo había presentado allí a un joven inglés, agente aduanal, de opiniones liberales a quien ella y su marido habían conocido en Inglaterra. En varias ocasiones había realizado pequeños servicios a los radicales florentinos: había prestado dinero para resolver un caso de urgencia imprevisto, había permitido que se usara la dirección de su oficina para las cartas del partido, etcétera, pero siempre por medio de Gemma y como amigo particular de ella. Estaba ella, por supuesto, según la ética del partido, en libertad de hacer uso de ese enlace en cualquier forma que le pareciera bien. Qué clase de uso podía hacerse de él, era otra cuestión. Pedir a un simpatizador amistoso que prestara su dirección para las cartas desde Sicilia o guardar unos cuantos documentos en un rincón seguro de su despacho, era una cosa; pedirle que efectuara el contrabando de un transporte de armas de fuego para una insurrección era otra y ella tenía muy pocas esperanzas de que consintiera.

—No puede usted hacer otra cosa que intentarlo— había dicho ella al *Tábano* —pero no creo que resulte nada de eso. Si usted fuera a él con esta recomendación y le pidiera quinientos escudos, me atrevo a decir que se los daría en el acto, porque es excesivamente generoso, y quizás en un aprieto le prestaría un pasaporte o escondería a un fugitivo en su bodega; pero si usted menciona que se trata de un asunto de rifles, lo mirará asombrado y pensará que ambos nos hemos vuelto locos.

—Quizá podrá darme él algunas insinuaciones o presentarme a uno o dos marineros amigos— contestó el *Tábano*. —De todos modos, vale la pena probar.

Un día, a fines del mes, se presentó al estudio de Gemma vestido menos cuidadosamente que de costumbre y ella vio en su cara que tenía buenas noticias

que contar.

—¡Ah, al fin! ¡Comenzaba a creer que le había ocurrido algo!

—Pensé que era más seguro no escribir y me fue imposible volver antes.

—¿Acaba usted de llegar?

—Sí, vengo directamente de la diligencia; vine para decirle que el asunto esta completamente arreglado.

—¿Quiere usted decir que Bailey ha consentido realmente en ayudar?

—Más que ayudar; se ha encargado de todo: embalaje, transporte, todo. Los rifles serán escondidos en fardos de mercancías y vendrán directamente desde Inglaterra. Su socio, Williams, gran amigo suyo, ha consentido en vigilar el transporte al salir de Southampton y Bailey lo hará pasar por la aduana de Liorna. Por eso he tardado tanto; Williams iba a salir para Southampton y yo fui con él hasta Génova.

—¿Para hablar sobre los detalles por el camino?

—Sí, cuando no estaba demasiado mareado para poder hablar de alguna cosa.

—¿Es usted mal marinerero?— preguntó ella, recordando cuánto había sufrido Arturo del mareo un día cuando realizaron con su padre un paseo marítimo.

—Casi tan malo como es posible ser, a pesar de haber estado tanto en el mar. Pero tuvimos una conversación mientras cargaban en Génova. ¿Conoce usted a Williams, supongo? Es perfectamente un buen compañero, digno de confianza y sensato; igual es Bailey a ese respecto; ambos saben bien como no soltar la lengua.

—Sin embargo, me parece que Bailey corre un serio riesgo haciendo una cosa de esta naturaleza.

—Así se lo dije, y el únicamente me miró malhumorado y dijo: "¿Es eso asunto suyo acaso?" No podía esperarse que dijera otra cosa. Si yo me encontrara a Bailey en Tombuctú, me acercaría a el y le diría: "Buenos días, inglés."

—Pero no puedo imaginar como se arregló usted para obtener su

consentimiento y lo mismo de Williams, el último en quien yo hubiera pensado.

—Sí, se opuso fuertemente al principio, no por el peligro, sino porque la cosa es "tan ajena a un negocio". Pero yo me las arreglé para ganarlo en poco tiempo. Y ahora pasemos a los detalles.

Cuando el *Tábano* llegó a su casa, el sol se había puesto y el *pyrus japonica* que colgaba del muro del jardín parecía negro en la luz crepuscular. Reunió unos cuantos ramitos y entró con ellos en la casa. Cuando abrió la puerta del estudio, Zita saltó de la silla en que estaba sentada y corrió hacia él.

—¡Oh, Felice, pensaba que nunca vendrías!

Su primer impulso fue preguntarle agriamente que tenía que hacer en su estudio, pero recordando que no la había visto en tres semanas alzó la mano y dijo, algo fríamente:

—Buenas noches, Zita. ¿Cómo estás?

Ella ofreció la cara, para que fuese besada, pero él avanzó como si no hubiera visto aquel gesto y tomó un vaso para poner el *pyrus* en él. De pronto se abrió violentamente la puerta y el perro de pastor, entrando a todo correr en la habitación, ejecutó una danza gozosa a su alrededor, ladrando y gruñendo con deleite. Él dejó las flores y se agachó para acariciar al perro.

—Bueno, *Shaitán*, ¿Cómo estas, viejo? Sí, soy yo. Dame la pata como un buen perro.

Dura y malhumorada brilló una mirada en los ojos de Zita.

—¿Vamos a cenar?— preguntó ella fríamente. —He encargado la cena para ti en mi lugar, porque escribiste que vendrías esta noche.

Él se volvió, rápido.

—Lo si... siento mucho; no... no debías haberme esperado. Voy a asearme un poco y vuelvo enseguida. Si no te molesta poner estas flores en agua...

Cuando entró en el comedor de Zita, ella estaba ante el espejo, sujetando uno

de los ramitos en su vestido. Al parecer, había decidido mostrar buen humor y fue hacia él con un manojo de capullos carmesíes...

—Aquí hay un ojal; déjame que lo ponga en tu chaqueta.

Durante toda la cena el hizo todo lo posible por ser amable y sostuvo la charla con frases cortas a las que ella respondía con radiantes sonrisas. Su evidente alegría por el regreso le desconcertaba algún tanto. Se había acostumbrado a la idea de que ella llevaría su propia vida aparte de la de él, entre amigos y compañeros que congeniaban con ella, que nunca se le ocurrió pensar que lo echara de menos. Y, sin embargo, ella debió sentirse aburrida, como lo demostraba el hecho de que estuviera tan agitada.

—Tomemos el café en la terraza— dijo ella. —Hace una noche muy cálida.

—Muy bien. ¿Llevo tu guitarra? quizá querrás cantar.

Ella enrojeció de felicidad; él era difícil para la música y no le pedía con frecuencia que cantara.

Había en la terraza un banco de madera colocado a lo largo de los muros. El *Tábano* eligió una esquina desde donde se disfrutaba de una buena vista de las montañas y Zita, sentándose en el muro con sus pies en el banco, se reclinó hacia atrás contra una columna de las que sostenían el tejado. No le importaba mucho el escenario, prefería mirar al *Tábano*.

—Dame un cigarro— dijo ella. —Creo que no he fumado desde que te fuiste.

—¡Feliz idea! Es justamente fumar lo que quiero, para completar mi beatitud.

Ella se inclinó hacia adelante y, mirándolo gravemente, dijo:

—¿Eres realmente feliz?

Las cejas del *Tábano* se alzaron.

—Sí ¿por que no? He cenado bien, estoy contemplando una de las más bellas vistas de Europa, y ahora voy a tomar café y a oír una canción popular húngara. Nada altera mi conciencia ni mi digestión. ¿Qué más puede desear un hombre?

—Yo se que hay otra cosa que desees.

—¿Cual?

—¡Esto! — y le puso en la mano una pequeña caja de cartón.

—¡Al... almendras tostadas! ¿Por que no me lo dijiste antes de empezar a fumar?— gritó él, en son de reproche.

—¡No seas bobo! Puedes comerlas cuando hayas fumado. Aquí viene el café.

El *Tábano* tomó el café a sorbos y comió sus almendras con el gozo suave y concentrado de un gato lamiendo nata.

—¡Qué placer es tomar café de... decente después de esa pócima que se toma en Liorna!— dijo en un murmullo.

—Buena razón para que te quedes ahora en casa.

—Poco puedo quedarme, mañana saldré de nuevo.

En la faz de ella murió la sonrisa.

— ¡Mañana! ¿Para qué? ¿Adónde vas a ir?

—¡Oh! A dos o tres sitios, para asuntos...

Había decidido con Gemma que él iría en persona a los Apeninos para ponerse de acuerdo con los contrabandistas de la región fronteriza respecto al transporte de las armas de fuego. Cruzar la frontera papal era para él un serio peligro, pero tenía que hacerlo para el buen éxito del trabajo.

—¡Siempre negocios!— dijo Zita entre dientes; y luego preguntó en voz alta:
—¿Tienes que ir lejos?

—No, es cuestión de quince días o tres semanas, p... p... probablemente.

—Supongo que se trata de algo de *ese negocio*— *dijo* ella bruscamente.

—¿Qué negocio?

—El negocio en el que siempre estás buscando que te rompan el cuello..., la sempiterna política.

—Tiene algo que ver con la política.

Zita tiró su cigarrillo.

—Me estás engañando— dijo. —Siempre vas de un peligro a otro.

—Estoy yendo di... directamente a las regiones... infernales— contestó él lánguidamente. —¿Dispones de algún amigo que quiera quitar de ahí esa hiedra? No, no tienes que arrancarla tú misma.

Ella arrancó furiosamente un puñado de la enredadera de la columna y la arrojó al suelo con vehemente cólera.

—Vas hacia el peligro— sostuvo —y no me lo dices claramente. ¿Crees que no sirvo más que para hacer y decir tonterías? Te ahorcarán cualquier día, sin poder ni decir adiós; siempre política y política... ¡Me pone mal la política!

—A mí también— dijo el *Tábano*, bostezando perezosamente. —Por lo tanto, hablemos de otra cosa... a menos que quieras cantar.

—Bueno, dame la guitarra, pues. ¿Qué debo cantar?

—La balada del caballo perdido, va bien para tu voz.

Comenzó ella a cantar la vieja balada húngara del hombre que pierde primero su caballo, luego su casa y luego su amante, y se consuela con la reflexión de que "más se perdió en la guerra". Aquella canción era una de las especialmente favoritas del *Tábano*; su impetuosa y trágica melodía y el estoicismo amargo del estribillo lo atraían como ninguna otra música más dulce lo pudiese hacer.

Zita tenía una excelente voz: las notas salían de sus labios fuertes y claras, llenas de vehementes deseo de vida. Habría cantado mal música italiana o eslava y alemana aún peor; pero los cantos populares magiars los cantaba espléndidamente.

El *Tábano* escuchaba con boca y ojos abiertos; nunca había oído cantar antes de aquella manera. Cuando llegó al último verso de la canción, la voz de Zita comenzó de pronto a temblar:

¡Ah, no importa! Más se perdió...

Estalló en sollozos y ocultó su cara en las hojas de hiedra.

— ¡Zita!— gritó él, levantándose y quitándole la guitarra de la mano —¿Qué te pasa?

Sollozaba ella convulsivamente, escondiendo su cara con ambas manos. El la tocó en el brazo.

—Dime que te pasa— le dijo, acariciándola.

— ¡Déjame sola!— gimió ella, apartándose. —¡Déjame sola!

Él se volvió a su silla tranquilamente y esperó que los sollozos cesaran. De pronto sintió los brazos de ella en su cuello. Estaba arrodillada en el suelo, junto a él.

—¡Felice... no vayas! ¡No te vayas!,

—Ya hablaremos de eso después— dijo él, separando suavemente los brazos que lo oprimían. —Dime primero qué es lo que te ha puesto así. ¿Algo te ha asustado?

En silencio, ella dijo que no con la cabeza.

—¿He hecho yo algo que te haya herido?

—No— Y le puso una mano en la garganta.

—¿Qué, entonces?

—Te van a matar— susurró al fin. —Oí decir, hace algunos días, a uno de esos hombres que vienen aquí, que te vas a ver en peligro, y cuando te pregunté sobre ello te reíste de mí.

—Querida niña— dijo el *Tábano*, después de una pausa, asombrado. —Se te ha metido en la cabeza alguna idea exagerada. Muy probablemente me matarán algún día... eso es consecuencia natural de ser revolucionario. Pero no hay razón ninguna para suponer que me habrán de matar ahora. No corro más peligro que otros.

—Otros... ¿Qué son esos otros para mí? Si me quisieras, no te marcharías ahora ni me dejarías acostada de noche, sin dormir, pensando en si estás preso o soñando, cuando duermo, que has muerto. ¡No me haces más caso que al perro!

El *Tábano se* levantó y marchó lentamente hacia el otro extremo de la terraza. No estaba, en absoluto, preparado para una escena como aquélla y no sabía cómo contestarle. Sí, tenía razón Gemma: había metido su vida en un enredo del que le costaría trabajo salir.

—Siéntate y hablemos de esto tranquilamente— dijo, acercándose de nuevo. —Creo que no nos comprendemos; naturalmente, no me hubiera reído si hubiese pensado que hablabas seriamente. Intenta decirme llanamente qué es lo que te intranquiliza y después, si hay alguna mala comprensión, podremos aclararla.

—No hay nada que aclarar. Puedo ver que no te importo un comino.

—Mi querida niña, mejor sería que fuéramos francos. Siempre he tratado de ser honesto en nuestras relaciones y creo que nunca te he engañado para que...

—¡Oh, no! Has sido suficientemente honesto: nunca has pretendido pensar de mí sino como una prostituta... un cachivache de segunda mano que otros hombres antes que tú han poseído...

—¡Silencio, Zita! No he pensado nunca de esa manera de ninguna cosa viva.

—Nunca me has querido— insistió ella, tosca.

—No, nunca te he querido. Escúchame y trata de pensar lo menos posible en el daño que pueda yo hacerte.

—¿Quién dijo que yo pensaba en ningún daño tuyo? Yo...

—Espera un momento. Lo que quiero decir es esto: no creo en absoluto en códigos de moral convencional y no les tengo ningún respeto. Para mí, las relaciones entre hombres y mujeres son simplemente cuestiones de gusto o disgusto personal...

—Y de dinero— interrumpió ella, con áspera sonrisa. El se echó para atrás y vaciló un momento.

—Eso, naturalmente, es la parte fea del asunto. Pero créeme: si hubiera pensado que tú me disgustabas o que sentía la más mínima repulsión, nunca lo hubiera sugerido ni me hubiera aprovechado de tu situación para persuadirte a ello. Nunca he hecho eso a ninguna mujer en mi vida y nunca he dicho a ninguna mujer

una mentira sobre mis sentimientos hacia ella. Puedes tener confianza en que estoy diciendo la verdad.

Se detuvo un momento, pero ella no contestó.

—Pensaba yo— continuó —que si un hombre está solo en el mundo y siente la necesidad de... de la presencia de una mujer a su lado, y si puede encontrar una mujer que lo atrae y a la cual no es repulsivo, tiene derecho a aceptar, con grato y amistoso ánimo, el placer que la mujer quiera darle, sin entrar en más estrecha relación. No veo ningún daño en ello, con tal de que no haya mala fe o insulto o engaño en uno u otro lado. En cuanto a que hayas tenido relaciones de esa índole con otros hombres antes de encontrarme a mí, no me preocupa en absoluto. Pensé simplemente que la conexión sería agradable e inofensiva para ambos, y que uno y otro éramos libres de romperla tan pronto como nos cansáramos. Si yo estaba equivocado... si has llegado a considerarlo de manera diferente... entonces...

De nuevo se detuvo.

—¿Entonces?— murmuró ella, sin mirarlo.

—Entonces te he causado daño y lo siento de veras. Pero creí que no era así.

—Tú no lo *creías y pensabas...* Felice, ¿eres de hierro fundido? ¿Nunca te has enamorado de una mujer en tu vida para que no puedas ver que te amo?

Un estremecimiento se apoderó de él; hacía tanto tiempo que nadie le había dicho: "Te amo." Ella se levantó rápidamente y lo rodeó con sus brazos.

—Felice ¡ven conmigo! ¡Vete de este terrible país y deja a toda esa gente y su política! ¿Que tenemos que ver con ellos? Vámonos y seremos felices juntos. Vámonos a América del Sur, adonde solías vivir.

El horror físico de tal asociación lo volvió instantáneamente al dominio de sí mismo, apartó las manos que acariciaban su cuello y las sujetó fuertemente en sus puños.

—¡Zita! Trata de comprender lo que te estoy diciendo. Yo no te amo y si te amara no me iría contigo. Mi trabajo está en Italia y mis compañeros...

—¡Y alguien a quien quieres más que a mí!— gritó ella, furiosa. —¡Oh, te

mataría! No son tus compañeros los que te preocupan... es... ¡yo se quién es!

—¡Calla!— dijo el reposadamente. —Estás exaltada y te imaginas cosas que no son verdad.

—¿Supones que estoy pensando en la *signora* Bolla? No me engaño tan fácilmente. Con ella solo hablas de política, no te preocupa más que yo. ¡Es el cardenal!

El *Tábano* saltó como si le hubieran pegado un tiro.

—¿El cardenal?— repitió mecánicamente.

—El cardenal Montanelli, que vino aquí a predicar en otoño. ¿Crees que no vi tu cara cuando pasaba su coche? Estabas tan blanco como mi pañuelo. ¿Por qué tiembles como una hoja al viento ahora que he mencionado su nombre?

Él se puso en pie.

—No sabes lo que estás diciendo— dijo lenta y dulcemente. —Odio al cardenal, es el peor enemigo que tengo.

—Enemigo o no, lo quieres más que a nadie en el mundo. ¡Mírame a la cara y dime que no es verdad, si puedes!

Él se volvió y miró al jardín. Ella lo miraba furtivamente, medio asustada por lo que había dicho; algo terrible presagiaba el silencio del *Tábano*. Al fin, se acercó sumisa a él, como un niño asustado y tímidamente le tiro de la manga. Él se volvió.

—Es verdad— dijo.

CAPÍTULO XI

—Pero ¿no pu... puedo encontrarlo en algún sitio en las montañas? Brisighella es un lugar peligroso para mí.

—Cada pulgada de terreno en la Romaña es peligrosa para usted, pero en este momento, Brisighella es más seguro para usted que ningún otro lugar.

—¿Por qué?

—Se lo diré: No deje que ese hombre de chaqueta azul le vea la cara, es peligroso. Sí, hubo una tempestad terrible; no recuerdo haber visto tan mal las viñas desde hace mucho tiempo.

El *Tábano* puso los brazos sobre la mesa y apoyó en ellos su cara, como hombre rendido por la fatiga o por al vino y el peligroso recién llegado, con chaqueta azul, mirando rápidamente a su alrededor, vio solamente dos labradores hablando de sus cosechas ante un frasco de vino y un montañés soñoliento con la cabeza sobre la mesa. Era una escena habitual en pequeños lugares y el propietario de la chaqueta azul decidió que nada podía ganar con escuchar; bebió su vino de un trago y se marchó a la otra sala. Allí estuvo apoyado en el mostrador chismorreando perezosamente con el posadero, mirando de cuando en cuando con el rabillo del ojo a través de la puerta, más allá de la cual estaban sentadas a la mesa las tres figuras. Los dos labradores seguían bebiendo a sorbos y discutiendo sobre el tiempo en el dialecto local y el *Tábano* roncaba como un hombre cuya conciencia está tranquila.

Al fin parece que el espía pensó que no había nada en la taberna digno de hacerle perder el tiempo. Pagó su cuenta y, saliendo de la casa, empezó a descender por la estrecha callejuela. El *Tábano*, bostezando y estirando los brazos, se levantó y, adormilado, se frotó los ojos con la manga de su blusa de lino.

—Dura práctica es esa— dijo, sacando de su bolsillo una navaja y cortando un trozo de la hogaza de centeno que estaba sobre la mesa. —¿Lo han molestado mucho últimamente, Miguel?

—Han sido peor que mosquitos en agosto. No lo dejan a uno en paz un momento; dondequiera que uno vaya, siempre le cuelga un espía. Incluso arriba, en las montañas, donde acostumbraban ser tan cautelosos para aventurarse, han decidido ir en bandas de tres o cuatro. ¿No es verdad, Gino? Por eso hemos acordado que usted se encuentre con Domenichino en la ciudad.

—Sí, pero ¿por que Brisighella? Una ciudad fronteriza está siempre llena de espías.

—Brisighella es ahora precisamente un sitio capital. Está inundada de peregrinos de todas partes del país.

—Pero es un camino que no va a ninguna parte.

—No está lejos del camino a Roma y muchos de los peregrinos de pascua se desvían para oír misa allí.

—Yo n... no sabía que hubiera nada especial en Brisighella.

Allí está el cardenal. ¿No se acuerda usted de que fue a Florencia a predicar en diciembre último? Es el mismo cardenal Montanelli. Dicen que produjo gran sensación.

—No me siento inclinado a ir allí a oír sermones.

—Bueno, le diré que el cardenal tiene la reputación de ser un santo.

—¿Cómo lo hace?

—No lo sé. Supongo que es porque hace donación de todos sus beneficios y vive, como un cura párroco, con cuatrocientos o quinientos escudos al año.

—Ah!— exclamó el hombre llamado Gino. —Pero hay más que eso. No solamente da dinero, sino que se pasa la vida ayudando a los pobres, viendo si los enfermos están debidamente tratados y oyendo las quejas y aflicciones desde la mañana hasta la noche. No soy más partidario que tú, Miguel, de los curas, pero monseñor Montanelli no es como los otros cardenales.

—¡Oh, me atrevo a decir que es más tonto que pícaro!— dijo Miguel. —De todos modos, la gente está loca por él y el último capricho de los peregrinos es desviarse del camino para pedir su bendición. Domenichino pensó ir como buhonero, con un cesto de cruces y rosarios baratos. La gente gusta de comprar esas cosas y pedir al cardenal que las toque; luego las cuelgan al cuello de sus niños pequeños para espantar el mal de ojo.

—Espere un momento. ¿Cómo voy a ir yo... como peregrino? Esa ropa me va muy bien, me parece, pero no debo mostrarme en Brisighella con la misma indumentaria que allí; será un peligro para ustedes si me agarraran.

—No lo agarrarán; tenemos un espléndido disfraz para usted, con pasaporte y todo completo.

—¿Cuál es?

—Un viejo peregrino español... un bandido arrepentido de las sierras. Cayó enfermo en Ancona el año pasado y uno de nuestros amigos, compadecido de él, lo llevó a bordo de un barco mercante y lo dejó en Venecia, donde tenía amigos, y él nos dejó sus papeles para demostrar su gratitud. Serán para usted.

—¿Un bandido arrepentido? Pero ¿que pasa co... con la policía?

—¡Todo eso va perfectamente! Terminó su condena de galeras hace algunos años, y desde entonces ha ido a Jerusalén y a toda clase de lugares, para salvar su alma. Mató a su hijo confundándolo con otro y él mismo se entregó a la policía por remordimiento.

—¿Era muy viejo?

—Sí, pero una barba blanca y una peluca pondrá eso en regla, y la descripción se adapta a usted a la perfección en todo lo demás. Había sido soldado, era cojo y tenía una cicatriz debida a un sablazo, en la cara, como usted y luego, siendo español, también... mire usted, si se topa con peregrinos españoles puede hablarles perfectamente.

—¿Dónde debo encontrar a Domenichino?

—Usted se une a los peregrinos en el cruce de carreteras que le mostraremos

en el mapa, diciendo que se ha extraviado en las montañas. Después, cuando llegue a la ciudad, va con el resto de ellos hasta la plaza del mercado, frente al palacio del cardenal.

—¡Oh! ¿Se las arregla para vivir en un p... palacio, a pesar de ser un santo?

—Vive en un ala del palacio, el resto lo ha convertido en hospital. Bien: todos ustedes esperan allí hasta que venga él y les dé su bendición, y Domenichino irá con su cesto y dirá: "¿Es usted uno de los peregrinos, padre?" y usted contestará: "Soy un miserable pecador." Entonces él baja su cesto, se limpia la cara con su manga y usted le ofrece seis monedas por un rosario.

—¿Después, naturalmente, me dice el lugar donde podamos hablar?

—Sí, él tendrá sobrado tiempo para dar a usted la dirección del lugar de reunión mientras la gente está embobada admirando a Montanelli. Este era nuestro plan. Si no está usted conforme, se lo haremos saber a Domenichino y arreglaremos alguna otra cosa.

—No, iré; pero procuren que la barba y la peluca parezcan naturales.

—¿Es usted uno de los peregrinos, padre?

El *Tábano*, sentado en la escalinata del palacio episcopal, levantó los ojos bajo sus desordenados mechones blancos y dio el santo y seña con voz ronca y temblorosa y fuerte acento extranjero. Domenichino dejó resbalar de su hombro la tira de cuero de su cesto de baratijas piadosas y lo dejó en un escalón. La multitud de aldeanos y peregrinos sentados en la escalinata o vagando por la plaza del mercado no reparaba en ellos; mas, por precaución, entablaron una conversación indiferente, Domenichino hablando en el dialecto local y el *Tábano* en mal italiano mezclado con palabras españolas.

—¡Su eminencia! ¡Su eminencia viene!— gritaba la gente junto a la puerta.

—¡Apártense! ¡Que viene su eminencia!

Ambos se pusieron de pie.

—Aquí tiene, padre— dijo Domenichino, poniendo en la mano del *Tábano*

una pequeña imagen envuelta en papel. —Tome esto también, y rece por mí cuando esté en Roma.

El *Tábano* la guardó en su pecho y se volvió para mirar la figura con túnica violácea, cuaresmal y el capelo escarlata que se erguía en lo alto de la escalinata bendiciendo a la gente con los brazos extendidos.

Montanelli bajó lentamente los escalones y el gentío lo rodeó para besarle la mano. Muchos se arrodillaban y besaban el dobladillo de la sotana cuando pasaba a su lado.

—¡Que la paz sea con ustedes, hijos míos!

Al sonido de la clara y argentina voz el *Tábano* inclinó la cabeza de modo que el cabello blanco cayó sobre su rostro y Domenichino, viendo el temblor del cayado del peregrino en su mano, pensó con admiración: " ¡Qué actor!"

Una mujer de pie junto a ellos levantó su niño:

—Ven, Cecco— dijo. —Su eminencia te bendecirá como el Señor bendecía a los niños.

El *Tábano* dio un paso adelante y se detuvo. ¡Oh, era duro! Todos aquellos forasteros, los peregrinos y los montañeses, subirían y le hablarían y el pondría su mano sobre el cabello de sus hijos. Quizá dijera *carino* a ese muchacho aldeano, coma acostumbraba decir...

El *Tábano* bajó otra vez la escalinata, apartándose de lo que no podía ver. ¡Si pudiera al menos meterse en algún rincón y dejar de oír aquel sonido! En verdad, era más de lo que podía resistir un hombre; estar tan cerca, tan cerca que, alargando el brazo, podría tocar su mano amada.

—¿No quieres venir a refugiarte, amigo mío?— dijo aquella voz dulce. —Temo que tengas frío.

El corazón del *Tábano* dejó de palpar. Durante un momento no fue consciente de nada más que de la presión angustiosa de la sangre que parecía querer estallar en su pecho; luego retrocedió, sintiendo que el cuerpo le hormigueaba, y lo miró. Los graves, profundos ojos, fijos en él se llenaron de

repente de ternura y compasión divina.

—Apártense un poco, amigos— dijo Montanelli, mirando a su alrededor. — Quiero hablarle.

La gente se apartó lentamente, hablando en voz baja, y el *Tábano*, sentado inmóvil, con los dientes apretados y mirando al suelo, sintió la bondadosa mano de Montanelli apoyarse en su hombro.

—Algún gran pesar te atormenta. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

El *Tábano* movió la cabeza en silencio.

—¿Eres un peregrino?

—Soy un miserable pecador.

La semejanza accidental de la pregunta de Montanelli con el santo y seña vino como una circunstancia casual que el *Tábano*, en su desesperación, captó, contestando automáticamente. Había comenzado a temblar bajo la suave presión de la mano que parecía quemar su hombro.

El cardenal se inclinó más hacia él.

—¿Acaso quieres hablarme a solas? Si puedo ser de alguna ayuda para ti...

Por primera vez, el *Tábano* miró directa y fijamente los ojos de Montanelli; empezaba a recobrar el dominio de si mismo.

—No serviría de nada— dijo —La cosa es sin esperanza.

Un oficial de policía salió de entre la multitud.

—Perdone mi intrusión, su eminencia. Creo que el viejo no está bien de la cabeza. Es totalmente inofensivo y sus papeles están en regla, por eso lo dejamos en paz. Ha estado en presidio por un gran crimen y ahora hace penitencia.

—Un gran crimen— repitió el *Tábano*, moviendo lentamente la cabeza.

—Gracias, capitán; apártese un poco, haga el favor. Amigo mío, nada es sin esperanza si un hombre esta sinceramente arrepentido. ¿No quieres venir a verme esta noche?

—¿Desea su eminencia recibir a un hombre que es culpable de la muerte de

su hijo?

La pregunta tenía casi el tono de un desafío, y Montanelli retrocedió y se estremeció, como batido por un viento frío.

—¡Dios prohíbe que yo te condene, cualquiera, que sea la cosa que hayas hecho!— dijo solemnemente. —Ante él, todos somos culpables y nuestra virtud es como sucios harapos. Si vienes a verme te recibiré, como ruego que él pueda un día recibirme.

El *Tábano* tendió sus manos en un vivo ademán de pasión.

—¡Escúcheme!— dijo. —¡Y escuchen todos ustedes, cristianos! Si un hombre ha matado a su hijo único, su hijo a quien amaba y en quien confiaba, que era carne de su carne y huesos de sus huesos; si ha llevado a su hijo a una trampa mortal con mentiras y engaños ¿hay esperanza para ese hombre en la tierra o en los cielos? He confesado mi pecado ante Dios y los hombres, y he sufrido el castigo que estos me han impuesto y me han dejado libre, pero ¿cuándo dirá Dios: "Basta ya"? ¿Que bendición apartará la maldición de mi alma? ¿Que absolución deshará lo que he hecho?

En el mortal silencio que siguió, la gente miró a Montanelli y vio oscilar la cruz sobre su pecho.

Al fin levantó los ojos y dio la bendición con temblorosa mano.

—Dios es misericordioso— dijo. —Deja tu carga ante su trono porque está escrito: "No despreciéis a un corazón roto y contrito."

Se volvió y atravesó la plaza del mercado, deteniéndose acá y allá para hablar a la gente y tomar en brazos a sus niños.

Por la noche, el *Tábano*, siguiendo las señas escritas en la envoltura de la imagen, marchó al lugar de reunión señalado. Era la casa de un médico local, que era miembro activo de la secta. La mayor parte de los conspiradores estaban ya reunidos y el placer que demostraron a la llegada del *Tábano* dio a éste una nueva prueba, si alguna necesitaba, de su popularidad como guía.

—Estamos muy contentos de verlo de nuevo— dijo el médico —pero lo

estaremos aún más viéndolo marcharse. Es asunto terriblemente peligroso y yo, entre otros, me oponía al plan. ¿Está usted seguro de que ninguna de esas ratas policíacas lo ha identificado esta mañana en la plaza del mercado?

—¡Oh! Me vieron de sobra, pero no me re...reconocieron. Domenichino arregló la co...cosa espléndidamente. Pero ¿dónde está? No lo veo.

—Aún no ha llegado. ¿De suerte que todo marcha como sobre ruedas? ¿Le dio su bendición el cardenal?

—¿Su bendición? ¡Oh, eso no es nada!— dijo Domenichino, atravesando la puerta de entrada. —Rivarez, está usted tan lleno de sorpresas como un pastel de Navidad. ¿Con cuantas nuevas habilidades va usted a asombrarnos?

—¿Que pasa ahora?— preguntó el *Tábano* lánguidamente. Estaba reclinado en un sofá, fumando un puro. Aun llevaba su vestido de peregrino, pero la barba blanca y la peluca estaban a su lado.

—No tenía la menor idea de que fuera usted tan gran actor. Jamás vi hacer una cosa tan magníficamente. Casi hizo usted llorar a su eminencia.

—¿Cómo fue eso? Cuéntenoslo, Rivarez.

El *Tábano* se encogió de hombros. Se mostraba taciturno y lacónico, y los otros, viendo que nada se podía obtener de él, apelaron a Domenichino para que lo explicara. Una vez relatada la escena de la plaza del mercado, un obrero joven que no se había unido a las risas de los demás, dijo de repente:

—Fue muy hábil, desde luego, pero no veo qué beneficio ha producido a nadie toda esa representación.

—Lo siguiente, exactamente— contestó el *Tábano*: —que puedo ir donde quiera y hacer lo que quiera en cualquier parte en este distrito y ni un solo hombre, mujer o chiquillo sospechará de mí. La historia se extenderá por la ciudad y desde mañana, cuando me encuentre con un espía, pensará: "Es Diego, el loco, que confesó sus pecados en la plaza del mercado". Esto significa una ventaja, seguramente.

—Sí, comprendo. Sin embargo, me gustaría que la cosa se hubiera hecho sin

engañar al cardenal. Es demasiado bondadoso para que se jueguen con él tales ardides.

—También me pareció a mí una persona muy honesta— asintió el *Tábano* pausadamente.

—¡Bagatelas, Sandro! ¡Aquí no queremos cardenales!— dijo Domenichino. —Y si monseñor Montanelli hubiera aceptado, Rivarez no se habría divertido con él.

—No quiso aceptarlo porque no quería abandonar su obra aquí.

—Más probablemente porque no quiso ser envenenado por los agentes de Lambruschini. Habían logrado algo contra él, téngalo por seguro. Cuando un cardenal especialmente uno tan popular, "prefiere quedarse" en un agujero dejado de la mano de Dios como éste, todos sabemos lo que ello significa... ¿no es verdad, Rivarez?

El *Tábano* estaba haciendo anillos de humo.

—Quizás es un ca...caso de un "corazón ro...roto y contrito"— observó, echando para atrás la cabeza para ver subir el humo. —Y ahora, señores, vamos a trabajar.

Empezaron a discutir en detalle los varios planes que se habían propuesto para el contrabando y ocultamiento de las armas. El *Tábano* escuchaba con suma atención, interrumpiendo de cuando en cuando para corregir ásperamente alguna afirmación inexacta o proposición imprudente. Cuando todos hubieron hablado, hizo unas sugerencias prácticas, la mayor parte de las cuales se aprobaron sin discusión. Luego se disolvió la reunión. Habían resuelto que, por lo menos hasta que él estuviera a salvo de regreso en Toscana, las reuniones muy tardías, que podían atraer la atención de la policía, debían ser evitadas. Poco después de las diez se dispersaron todos; excepto el médico, el *Tábano* y Domenichino, que permanecieron como subcomité para la discusión de puntos especiales. Después de discutir larga y acaloradamente algunas cosas, Domenichino miró el reloj.

—Las once y media; debemos levantar la reunión, o puede vernos el vigilante nocturno.

—¿Cuándo pasa?— preguntó el *Tábano*.

—Hacia las doce; quiero estar en casa antes de que venga. Buenas noches, Giordani. Rivarez, ¿salimos juntos?

—No; creo que estaremos más seguros separados. Entonces ¿lo veré otra vez?

—Sí, en Castel Bolognese. No sé todavía qué disfraz llevaré, pero usted tiene el santo y seña. Se marcha de aquí mañana, ¿no es así?

El *Tábano* estaba poniéndose cuidadosamente la barba y la peluca delante del espejo.

—Mañana por la mañana, con los peregrinos. Pasado mañana caeré enfermo y me detendré en una cabaña de pastor, y luego tomaré un atajo que atraviesa las montañas. Estaré allí antes que usted. ¡Buenas noches!

Daban las doce en la torre de la catedral cuando el *Tábano* atravesaba la puerta del espacioso granero que se había dejado como alojamiento de los peregrinos. El suelo estaba cubierto de toscas figuras, la mayor parte de las cuales roncaba fuertemente. Se respiraba allí una insoportable y viciada atmósfera. Se echó al suelo, presa de un ligero estremecimiento de repugnancia; inútil sería intentar dormir allí. Daría un paseo y después ya encontraría algún cobertizo, o un montón de heno, que fuera, por lo menos, limpio y tranquilo.

Era una noche hermosa, con una luna llena que brillaba en un firmamento púrpura. Comenzó a vagar por las calles, sin rumbo, reviviendo la desdichada escena de la mañana y pensando que nunca debía haber aceptado el plan de Domenichino de celebrar la reunión en Brisighella. Si al principio hubiera él declarado el proyecto demasiado peligroso, se habría elegido algún otro lugar y ambos, él y Montanelli, se habrían ahorrado aquella farsa horrible y ridícula.

¡Qué cambiado estaba el padre! Sin embargo, su voz no había cambiado absolutamente; era la misma que en los viejos días, cuando acostumbraba decir *carino*.

La linterna del vigilante nocturno apareció al otro extremo de la calle y el

Tábano se metió en un tortuoso callejón. A poco se encontró en la plaza de la catedral, junto al ala izquierda del palacio episcopal. Estaba la plaza inundada de luz lunar y nadie había a la vista, pero observó que una puerta lateral de la catedral estaba entreabierta. El sacristán había olvidado cerrarla, probablemente. Nada podría ocurrir a tan avanzada hora de la noche. Entraría a dormir en uno de los bancos, en lugar de ir al sofocante pajar; saldría por la mañana, antes de que viniera el sacristán, e incluso si alguien lo encontraba allí la suposición natural sería que Diego el loco se había quedado haciendo sus rezos en algún rincón y se encontraba encerrado.

Escuchó un momento a la puerta y después entró, andando de puntillas, cosa que podía hacer a pesar de su cojera. La luz de la luna entraba a través de las ventanas y trazaba anchas franjas en el pavimento de mármol. En el presbiterio, especialmente, todo se veía tan claro como a la luz del día. Al pie de la escalinata del altar mayor estaba solo, de rodillas, el cardenal Montanelli, con las manos cruzadas.

El *Tábano* retrocedió y se ocultó en la sombra. ¿Se marcharía antes de que lo viera Montanelli? Eso sería, sin duda alguna, lo mejor que podía hacer, acaso lo más compasivo. Y, no obstante ¿qué daño podría hacerle acercándose un poco más, para mirar la cara del padre una vez más, ahora que la gente se había ido y no había necesidad de ejecutar la odiosa comedia de la mañana? Quizá fuera su última probabilidad y el padre no tenía necesariamente que verlo; iría a hurtadillas, sin ruido y miraría... sólo una vez.

Manteniéndose a la sombra de las columnas, avanzó silenciosamente hasta la barandilla del presbiterio y detuvo en la entrada lateral, junto al altar. La sombra del trono episcopal era bastante ancha para ocultarlo y se agachó conteniendo aliento.

—¡Mi pobre muchacho! ¡Oh Dios, mi pobre muchacho!

El murmullo dolorido estaba lleno de desesperación infinita, de tal modo, que el *Tábano* se estremeció a pesar suyo.

Luego vinieron sollozos profundos, densos, sin llanto y vio a Montanelli

juntando sus manos como hombre lleno de dolor corporal.

No pensaba que la cosa fuese tan desdichada como eso. ¡Cuán frecuentemente se había dicho a sí mismo amarga seguridad: "No necesito preocuparme de ello, esa herida fue curada hace tiempo"! Ahora, después de años, estaba desnuda ante él y la veía todavía sangrante ¡Y qué fácil sería curarla ahora definitivamente! No más que levantar la mano, solamente avanzar y decir: "Padre, aquí estoy." También estaba Gemma, con su mechón de cabellos blancos. ¡Oh, si él pudiera, al menos perdonar! ¡Si pudiera arrancar de su memoria el pasado que ardía tan profundamente en su interior, el marino indio, la plantación de azúcar, el circo ambulante! Ciertamente no había miseria mayor que ésta: querer perdonar, ansiar perdonar, y saber que no había esperanza... que no podía, no osaba perdonar.

Montanelli se levantó por fin, hizo la señal de la cruz y se apartó del altar. El *Tábano* se sumió más en la sombra, temblando de miedo de que lo hubiera visto, temiendo que el mismo latir de su corazón lo descubriera; luego suspiró tranquilo. Montanelli había pasado a su lado, tan junto a él que la túnica violeta rozó su pecho; había pasado y no lo había visto.

No lo había visto... ¡Oh! ¿Qué había hecho? Esta había sido su última oportunidad... este precioso momento... y lo había dejado escapar. Salió y anduvo en luz.

—¡Padre!

El sonido de su propia voz, resonando y muriendo a largo de los arcos de la bóveda, lo llenó de un fantástico terror. Retrocedió y se sumió de nuevo en la sombra. Montanelli se paró junto a una columna, inmóvil, escuchando con ojos tremendamente abiertos, lleno de mortal horror. Cuánto duró el silencio, no podría saberlo el *Tábano*; podía haber sido un estremecimiento. Montanelli empezaba a tambalearse, como si fuera a caer, y sus labios se movieron, al principio silenciosos.

— ¡Arturo!— murmuró finalmente. —Sí, el agua es profunda.

El *Tábano* avanzó.

—Perdóneme, su eminencia. Pensaba que era uno de los sacerdotes.

—¡Ah! ¿Es el peregrino?— Montanelli había recobrado el dominio de sí mismo, aunque el *Tábano* pudo ver, por el incesante brillo del zafiro de su anillo, que seguía temblando. —¿Necesitas algo, hermano mío? Es tarde y la catedral se cierra por la noche.

—Pido perdón a su eminencia si he hecho mal. Encontré la puerta abierta y entré a rezar y cuando vi un sacerdote, como yo creí, en meditación, esperé para pedirle que bendijera esto.

Mostró la pequeña cruz de estaño que había comprado a Domenichino. Montanelli la tomó de su mano y, entrando de nuevo en el presbiterio, la dejó un momento sobre el altar.

—Tómala, hijo mío— dijo —y tranquilízate, porque el Señor es indulgente y compasivo. Vete a Roma y pide la bendición de su ministro, el Padre Santo. ¡Que la paz sea contigo!

El *Tábano* bajó la cabeza, para recibir la bendición, luego dio la vuelta y empezó a marcharse lentamente.

—¡Espera!— dijo Montanelli.

Estaba en pie, agarrado con una mano a la barandilla del presbiterio.

—Cuando recibas la Santa Eucaristía en Roma— dijo, —ruega por uno que esté en profunda aflicción..., por uno sobre cuya alma es pesada la mano del Señor.

Casi había lágrimas en su voz y la resolución del *Tábano* vaciló. Un instante más y se habría descubierto. Luego, el pensamiento del circo ambulante volvió y recordó, como Jonás, que hacía bien en estar enojado.

—¿Quién soy yo para que él oiga mis plegarias? ¡Un leproso y un paria! Si yo pudiera llevar a su trono, como puede hacerlo su eminencia, la ofrenda de una vida santa..., de un alma sin mancha ni vergüenza secreta...

Montanelli se volvió y dijo bruscamente:

—Solamente tengo una ofrenda que hacer: un corazón destrozado.

Pocos días después volvió el *Tábano* a Florencia en la diligencia de Pistoia. Fue directamente a casa de Gemma, pero ella había salido.

Dejando un recado de que volvería a la mañana siguiente, se marchó a su casa, esperando ingenuamente que no encontraría otra vez invadido su estudio por Zita. Los celosos reproches de ella le atacarían los nervios, si hubiera de oír demasiados esta noche, como el raspar de la lima de un dentista.

—Buenas noches, Bianca— dijo cuando la doncella abrió la puerta. —¿Ha estado aquí hoy la señora Reni?

La doncella lo miró confusa.

—¿La señora Reni? ¿Ha vuelto entonces, señor?

—¿Que quiere usted decir?— preguntó él, frunciendo el ceño, parándose en la esterilla de la entrada.

—Se fue de repente, poco después que se marchara usted, y dejó todas sus cosas. No ha dicho en absoluto adonde iba.

—¿Poco después que yo me marché? ¿De eso hace unos quince días?

—Sí, señor, el mismo día, y sus cosas están revueltas. Todos los vecinos hablan de esto.

Sin hablar se dirigió apresuradamente a donde Zita se había alojado. En sus habitaciones nada se había movido; todos los regalos que él le había dado estaban en sus sitios usuales; no había allí carta ni hoja de papel escrita.

—Si usted me lo permite, señor— dijo Bianca, asomando la cabeza por la puerta —hay una anciana...

El se volvió, furioso:

—¿Qué quiere usted? ¿Por qué me sigue...?

—Una mujer de edad quiere verlo.

—¿Qué desea? Dígale que no pu...puedo verla; que estoy ocupado.

—Ha venido casi cada noche desde que usted se fue, señor, preguntando

siempre, cuando regresaba.

—Pregúntele que es lo que quiere. No, déjelo... Creo que es mejor que vaya yo mismo.

La anciana estaba esperando sentada en el zaguán. Iba pobremente vestida, su cara era tan morena y arrugada como un níspero y llevaba un pañuelo de colores vivos anudado alrededor de su cabeza. Cuando él se acercó, ella se levantó y lo miró con la mirada aguda de sus ojos negros.

—Usted es el caballero cojo— dijo, inspeccionándolo de la cabeza a los pies.
—Le traigo un mensaje de Zita Reni.

Abrió él la puerta del estudio y se apartó para dejarla pasar. Luego la siguió y cerró la puerta para que Bianca no pudiera oír.

—Siéntese, haga el favor. A... ahora dígame quién es usted.

—No le importa quien soy yo. He venido a decirle que Zita Reni se ha ido con mi hijo.

—¿Con... su... hijo?

—Sí, señor; si usted no sabe guardar a su amante cuando la tiene no puede quejarse de que otros se la lleven. Mi hijo tiene sangre en sus venas, no leche ni agua. Procede del pueblo gitano.

—¡Ah, usted es gitana! Entonces ¿Zita ha vuelto con su propia gente?

Ella lo miró con asombrado disgusto. Al parecer, estos cristianos no tienen ni siquiera la hombría de irritarse cuando son insultados.

—¿De qué madera está hecho usted para que ella permaneciera a su lado? Nuestras mujeres pueden prestarse un poco a ustedes por fantasía de muchacha o si las pagan bien, pero la sangre gitana vuelve al pueblo gitano.

La cara del *Tábano* permaneció tan fría e inmóvil como antes.

—¿Se ha ido con una tribu de gitanos o simplemente a vivir con su hijo?

La mujer estalló en carcajadas.

—¿Piensa usted seguirla y tratar de ganarla para que vuelva? Es demasiado

tarde, señor; tenía que haberlo pensado antes.

—No; solamente quiero saber la verdad, si quiere usted decírmela.

Ella se encogió de hombros; no valía la pena abusar de una persona que lo tomaba tan apaciblemente.

—La verdad, entonces, es que ella se encontró con mi hijo en la carretera el día que usted la dejó y le habló en la lengua gitana; y cuando él vio que ella era una de nuestra raza, a pesar de sus finos vestidos, se enamoró de su bonita cara, como nuestros hombres se enamoran, y la llevó a nuestro campamento. Ella nos contó sus pesares y se sentó, gritando y sollozando ¡pobre muchacha! Nuestros corazones quedaron doloridos por ella. La consolamos lo mejor que pudimos. Al fin, se quitó sus hermosas ropas, se puso las que usan nuestras mocitas y se dio a mi hijo para ser su mujer y tenerlo a él por su hombre. El no quiso decirle "yo no te amo", ni "tengo otras cosas que hacer". Cuando una mujer es joven, necesita un hombre y ¿qué clase de hombre es usted que ni siquiera puede besar a una muchacha hermosa cuando ella le echa sus brazos al cuello?

—Usted dijo— interrumpió él —que me había traído un mensaje de ella.

—Sí; me quedé detrás, cuando el campamento se fue, para entregárselo. Ella me dijo que estaba harta de su raza, de sus rayas en el pelo y de su sangre pobre; y que necesitaba volver con su gente y ser libre. "Dígale —me encargó— que soy una mujer y que lo amo; y que por eso no quiero ser más su ramera." La muchacha tenía razón en escaparse. No es nada malo que una muchacha tome un poco de dinero por sus encantos, si puede; para eso son los encantos, pero una muchacha gitana no puede *amar* a un hombre de la raza de usted.

El Támano se puso en pie.

—¿Es ése todo el mensaje? — preguntó. —Entonces, dígame, por favor, que creo que ha hecho bien, y que deseo que sea feliz. Esto es todo lo que tengo que decir. ¡Buenas noches!

Se manifestó perfectamente tranquilo hasta que la puerta del jardín se cerró tras ella; luego se sentó y se cubrió el rostro con ambas manos.

¡Otra bofetada! ¿No le dejarían ni una insignificancia de orgullo, ningún fragmento de respeto por sí mismo? Ciertamente, él había sufrido todo lo que un hombre puede sufrir; su corazón mismo había sido arrastrado en el lodo y pisoteado por quienes pasaban; no había rincón en su alma donde el desprecio de alguien no hubiera impreso su huella, donde la burla de alguien no hubiera dejado su marca de hierro al rojo vivo. Y ahora esta muchacha gitana, a quien él había sacado del borde del camino... incluso ella blandió el látigo.

Shaitán aullaba a la puerta y el *Tábano* se levantó para dejarlo entrar. El perro corrió hacia su amo con sus manifestaciones usuales de frenética alegría, pero enseguida, comprendiendo que algo iba mal, se echó sobre la estera a su lado y puso su fría nariz sobre la mano indiferente.

Una hora más tarde, Gemma estaba frente a la puerta. Nadie contestó a su llamada; Bianca, viendo que el *Tábano* no quería cenar nada, había salido disimuladamente a visitar a una cocinera vecina. Había dejado la puerta abierta y una luz brillaba en el zaguán. Gemma, después de esperar algún tiempo, decidió entrar para ver si encontraba al *Tábano*, porque deseaba hablar con él sobre un mensaje importante que había llegado de Bailey. Llamó con los nudillos en la puerta del estudio y la voz del *Tábano* contestó desde dentro:

—Puede marcharse, Bianca. No necesito nada.

Ella abrió suavemente la puerta. La sala estaba a oscuras, pero la lámpara del pasillo arrojó un haz de luz dentro de la estancia y vio al *Tábano* sentado solo, con la cabeza hundida en el pecho y al perro durmiendo a sus pies.

—Soy yo— dijo ella.

Él se levantó vivamente.

—¡Gemma... Gemma! ¡Oh, cuanto la he necesitado!

Antes de que ella pudiera hablar, él estaba arrodillado en el suelo a sus pies, escondiendo la cara entre los pliegues de su vestido. Todo su cuerpo era sacudido con un temblor convulsivo, más doloroso de ver que las lágrimas.

Ella se quedó inmóvil. Nada podía hacer por él, nada... Lo más amargo era

eso. Ella debía permanecer allí, pasiva, cuando hubiera dado la vida por ahorrarle dolor. Si ella osara inclinarse y estrecharlo contra su corazón y protegerlo, aunque fuera con su propio cuerpo, de todo otro daño o mal, seguramente él sería de nuevo Arturo para ella; seguramente entonces nacería el día y las sombras desaparecerían.

¡Ah, no, no! ¿Cómo podría él olvidar jamás? ¿No era ella quien lo había arrojado al infierno... ella, con su propia mano derecha?

Gemma dejó pasar el momento. Él se levantó presuroso y se sentó junto a la mesa, cubriéndose los ojos con una mano y mordiéndose los labios.

Luego levantó la vista y dijo tranquilamente:

—Temo haberla asustado.

Ella extendió ambas manos hacia él.

—Querido— dijo —¿no somos bastante amigos para que usted confíe en mí un poco ahora? ¿Que le pasa?

—Es un dolor mío privado. No veo por que debe usted angustiarse por ello.

—Escúcheme un momento— continuó ella, tomando una mano de él entre las suyas, para calmar su temblor convulsivo. —No he tratado de poner las manos en una cosa que no debo tocar, pero ahora que usted me ha dado, por su propia y libre voluntad, tanta confianza, no quiere darme un poco más, como haría yo si fuera su hermana. Guarde la máscara de su cara, si le sirve de algún consuelo, pero no enmascare su alma, por su propio bien.

Él bajó aún más la cabeza.

—Tiene que tener paciencia conmigo— dijo. —Soy una suerte de hermano poco satisfactorio, mucho me temo. Pero si usted supiera... Estuve casi loco la semana pasada. Fue otra vez como lo de América del Sur. Y como algo que el demonio pone dentro de mí, y...

—¿No puedo yo participar de su dolor — susurró ella al fin.

Él hundió la cabeza entre sus brazos.

—La mano del Señor es pesada.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

Las cinco siguientes semanas fueron para Gemma y el *Tábano* como un torbellino de excitación y excesivo trabajo que les dejó poco tiempo o energía para pensar en sus asuntos personales. Cuando las armas hubieron pasado de contrabando y se hallaban seguras en territorio papal, una tarea aún más difícil y peligrosa quedaba por hacer: la de enviarlas sin ser descubiertas desde los secretos lugares de depósito en cuevas y barrancos hasta los distintos centros locales y de allí a distintas aldeas. Todo el distrito hervía de espías y Domenichino, a quien el *Tábano* había confiado las municiones, envió a Florencia un mensajero con petición urgente de ayuda o previsión contra lo inesperado. El *Tábano* había dicho insistentemente que el trabajo debía quedar terminado a mediados de junio y eso, con la dificultad de envío de transportes pesados por malas carreteras y los innumerables obstáculos y dilaciones causados por la necesidad de evadir la observación continua, tenía desesperado a Domenichino. "Estoy entre Escila y Caribdis —escribió—. No me atrevo a obrar rápidamente por temor a ser descubierto y no puedo obrar lentamente si hemos de estar preparados a tiempo. O envíeme ayuda eficaz de una vez, o haga saber a los venecianos que no estaremos preparados hasta la primera semana de julio."

El *Tábano* llevó la carta a Gemma y, mientras ella la leía, se sentó y clavó la vista en el suelo, con el ceño fruncido y acariciando al gato a contrapelo.

—Esto va mal— dijo ella. —Difícilmente podemos tener a los venecianos esperando tres semanas.

—Naturalmente que no podemos; la cosa es absurda. Domenichino podía co... comprender eso. Debemos ser guiados por los venecianos, no al revés.

—No veo por qué se ha de censurar a Domenichino; evidentemente, él ha

hecho lo mejor que ha podido y no puede hacer imposibles.

—No creo que a Domenichino pueda culpársele de nada; la falta está en el hecho de ser una persona en vez de dos. Deberíamos tener, por lo menos, un hombre responsable para guardar el depósito y otro para ver cómo van los transportes. Tiene razón, deberíamos contar con ayuda eficaz.

—¿Pero que ayuda podemos enviarle? No tenemos en Florencia a nadie a quien enviar.

—Entonces de... debo ir yo mismo.

Ella se echó hacia atrás en la silla y le dirigió una mirada un poco ceñuda.

—No, no resultaría; es demasiado peligroso.

—Tendré que hacerlo si no encontramos otra manera de resolver la dificultad.

—Entonces tenemos que buscar otro camino; eso es todo. Está fuera de la cuestión que vaya usted otra vez ahora.

Una obstinada línea aparecía en los bordes de su labio inferior.

—No veo por que está eso fuera de cuestión— dijo él.

—Lo verá usted si piensa en ello tranquilamente unos momentos. Hace solo cinco semanas que usted regresó; la policía olfatea algo sobre el asunto del peregrino y recorre el país para encontrar la clave. Sí, ya se que usted es hábil en disfraces, pero recuerde cuanta gente lo vio como Diego y como aldeano y usted no puede disimular su cojera ni la cicatriz de su cara.

—Hay mu... mucha gente coja en el mundo.

—Sí, pero no hay mucha gente en la Romaña que sea coja y tenga la cicatriz de un sablazo en la mejilla y un brazo izquierdo deshecho como el suyo y la combinación de ojos azules con el color oscuro de la piel.

—Los ojos no importan; yo puedo cambiarlos de color tomando belladona.

—Usted no puede cambiar las demás cosas. No, no puede ser. Porque si usted va allí ahora, con todas sus marcas de identificación, significaría caer en una

trampa con los ojos abiertos. Seguramente sería preso.

—Pero a...alguien debe ayudar a Domenichino.

—No será ayudarlo el que lo prendan a usted en un momento tan crítico como éste. Su detención sería el fracaso de todo.

Pero el *Tábano* era difícil de convencer y la discusión se fue alargando sin llegar a ningún acuerdo. Gemma empezaba a comprender lo casi inagotable que era la reserva de obstinación en el carácter de él y si no se tratara de una cuestión que ella sentía fuertemente, habría cedido por razón de paz. Sin embargo, era aquel un caso en el que no podía conscientemente rendirse; la ventaja práctica del viaje propuesto no le parecía a ella suficientemente importante para ser conseguida mediante peligro y no podía ceder sospechando que el deseo de ir era provocado en él, menos por una convicción de grave necesidad política que por un morboso anhelo por el riesgo. Había tomado el hábito de arriesgar el pellejo y su tendencia a correr un innecesario peligro le parecía una forma de intemperancia que debía ser tranquila pero firmemente resistida. Hallando ella que todos sus argumentos eran inocuos contra la tenacidad de él, resolvió seguir su propio camino y quemar el último cartucho.

—Seamos sinceros sobre la cuestión, por encima de todo— dijo —y llamemos las cosas por sus verdaderos nombres. No es la dificultad de Domenichino lo que determinadamente lo hace ir. Es su propia pasión por...

—¡No es verdad!— dijo con vehemencia. —Él nada para mí; no me importa si no lo vuelvo a ver.

Se interrumpió de pronto, viendo en la cara de ella que él se había traicionado. Sus miradas se encontraron por un instante y luego se desviaron; ninguno pronunció el nombre que estaba en sus mentes.

—No es a Domenichino a quien quiero salvar— tartamudeó el al fin, con su cara medio oculta en la piel del gato —pero comprendo que hay el peligro de que fracase la obra si no tiene ayuda.

Prescindió ella del pequeño y débil subterfugio y continuó como si no

hubiera habido interrupción:

—Es su pasión por correr al peligro lo que lo hace a usted querer ir allá. Tiene la misma avidez por el peligro cuando lo desafía que la que tenía por el cuando estaba enfermo.

—No era yo quien pedía el opio— dijo altivamente —eran los otros los que insistían en darme.

—Me atrevo a decir que usted se vanagloria un de su estoicismo y pedir alivio físico hubiera herido su orgullo, pero se siente en cierto modo halagado cuando arriesga su vida para aliviar la irritación de sus nervios. Y no obstante, después de todo, la distinción es meramente convencional.

Él echó hacia atrás la cabeza del gato y miró los redondos ojos verdes.

—¿Es verdad, *Pashat*?— dijo. —¿Son verdaderas estas cosas desagradables que tu ama me esta diciendo? ¿Es un caso de *mea culpa, mea maxima culpa*? Tú, sabio animal, nunca has pedido opio ¿verdad? Tus antepasados fueron dioses en Egipto y ningún hombre pisaba sus colas. Yo me pregunto que se habría hecho de tu superioridad tranquila para las enfermedades terrenales si yo tomase esta garra tuya y la pusiera en la llama de la vela. ¿Me pedirías opio entonces? ¿Lo harías? ¿O acaso para morir? No, gatito, no tenemos derecho a morir por nuestra conveniencia personal. Podemos escupir o blasfemar un poco, si eso nos consuela, pero no debemos apartar la garra.

—¡Silencio!— ella tomó el gato, lo quitó de las rodillas de él y lo puso sobre un banquillo. —Usted y yo tendremos tiempo para pensar en estas cosas más tarde. En lo que tenemos que pensar ahora es en cómo sacar a Domenichino de su dificultad. ¿Que desea, Catalina? ¿Un visitante? Estoy ocupada.

—La señorita Wright le envía esto, señora.

El paquete, cuidadosamente cerrado, contenía una carta dirigida a la señorita Wright, pero sin abrir y con un sello papal. Los antiguos amigos de escuela de Gemma que vivían aún en Florencia recibían las cartas de ella frecuentemente, para seguridad, en sus direcciones.

—Tiene la contraseña de Miguel— dijo, echando una mirada a la carta que parecía proceder de una quinta de veraneo de los Apeninos y señalando dos pequeñas manchas en una punta de la página. —Es una tinta química; el reactivo esta en el tercer cajón de la mesa de escritorio. Sí, eso es.

Dejó el la carta sobre el pupitre y pasó un pincelito sobre sus páginas. Cuando el mensaje verdadero apareció sobre el papel en una brillante línea azul, él se echó para atrás en su silla y estalló en una carcajada.

—¿Qué es eso?— preguntó ella precipitadamente. Él le dio el papel.

"Domenichino ha sido detenido. Venga enseguida." Ella se sentó con el papel en la mano y mirando atribulada al *Tábano*.

—Bueno— dijo él con su suave, irónica lentitud. —¿Está usted ahora convencida de que debo ir?

—Sí, supongo que sí— contestó ella suspirando. —Y yo también.

Él la miró un poco asombrado.

—¿Usted también? Pero...

—Naturalmente. Será torpe, lo sé, que no se deje a nadie aquí en Florencia; pero todo debe dejarse ahora, excepto proveer de un par de manos suplementarias.

—Hay muchas manos que utilizar allí.

—No pertenecen a gente en la cual se pueda confiar completamente. Acaba usted de decir que debe haber allí dos personas responsables designadas y si Domenichino no pudo arreglarse solo es evidentemente imposible que usted pueda hacerlo. Una persona tan desesperadamente comprometida como usted tiene mucha desventaja, recuérdelo, en una obra de ese género y necesita más ayuda que ninguna otra. En lugar de usted y Domenichino, debemos estar allí usted y yo.

Él se quedó un momento pensativo, frunciendo ceño.

—Sí, tiene usted razón— dijo. —Y cuanto más pronto mejor; pero no debemos salir juntos. Si yo salgo esta noche, tome usted digamos, el coche de mañana por la tarde.

—¿Para dónde?

—Debemos discutirlo. Yo creo que lo me...mejor sería que me marchara directamente a Faenza. Si esta noche, tarde, podría disfrazarme en la aldea de Lorenzo y luego continuar mi camino.

—No veo qué otra cosa podemos hacer— dijo ella, con un gesto ligeramente ansioso, —pero es muy peligroso que salga usted con tal prisa y confíe en los contrabandistas para encontrar un disfraz en la aldea. Debería pasar por lo menos tres días enteros para disimular su pista antes de cruzar la frontera.

—No debe usted tener miedo— contestó él, sonriendo —Puedo ser agarrado más allá, pero no en la frontera. Una vez en las montañas, estoy tan seguro como aquí; no hay un contrabandista en los Apeninos que me haga traición. De lo que no estoy tan seguro es de cómo va usted a pasar.

—¡Oh, eso es muy sencillo! Tomaré los pasaportes de Luisa Wright e iré de vacaciones. Nadie me conoce en la Romaña, pero todo espía lo conoce a usted.

—Afortunadamente lo mismo ocurre con todo contrabandista.

Ella sacó el reloj.

—Las dos y media. Tenemos a nuestra disposición la tarde y las primeras horas de la noche, si se decide usted salir esta noche.

—Entonces lo mejor será que vaya a mi casa y lo prepare todo; además, he de buscar un buen caballo. Cabalgaré hasta San Lorenzo; será lo más seguro.

—Pero no hay seguridad ninguna alquilando un caballo. El propietario puede...

—No lo alquilaré. Conozco a uno que me prestará un caballo y que es de confianza. Me ha hecho favores antes. Uno de los pastores se encargará de devolverlo dentro de quince días. Estaré aquí a las cinco o las cinco y media, pues; y mientras yo esté ausente, quiero que usted busque a Martini y se lo explique todo.

—¡A Martini!— y se volvió hacia él y lo miró, asombrada,

—Sí, debemos confiar en él..., a menos que usted pueda pensar en algún otro.

—No comprendo en absoluto qué quiere decir.

—Debemos tener aquí a alguien en quien confiar para el caso de alguna dificultad especial y de todo el grupo de aquí es Martini el hombre en quien tengo más confianza. Riccardo haría lo que pudiera por nosotros, desde luego, pero creo que Martini tiene una cabeza más firme. Además, usted lo conoce mejor que yo y piensa lo mismo.

—No tengo la más ligera duda acerca de la confianza y eficacia de Martini en todos los aspectos y creo que probablemente consentirá en darnos la ayuda que pueda. Pero...

Él comprendió enseguida.

—Gemma ¿qué sentiría usted si descubriera que un camarada que se hallase en un duro trance no le pidiese la ayuda que pudiera darle, por temor de herirla o disgustarla? ¿Diría usted que había en eso verdadera bondad?

—Muy bien— dijo ella, tras una pausa. —Enviaré a Catalina en seguida con el recado de que venga y mientras ella vuelve, iré a buscar a Luisa para pedirle su pasaporte; me prometió prestármelo cuando lo necesitara. ¿Qué hacemos sobre la cuestión del dinero? ¿Sacaré algo del banco?

—No, no pierda tiempo en eso; sacaré de mi cuenta lo suficiente para que nos dure bastante. Acudiremos al suyo si mi saldo no llega. Entonces, hasta las cinco y media. La encontraré seguramente aquí.

—¡Oh, sí! Estaré de vuelta mucho antes.

Media hora después del tiempo señalado volvió él, y encontró a Gemma y a Martini sentados en la terraza. Enseguida vio que su conversación había sido penosa; las huellas de agitación eran visibles en ambos y Martini estaba desusadamente silencioso y malhumorado.

—¿Lo ha arreglado usted todo?— preguntó ella, levantando la vista.

—Sí, y le he traído algún dinero para el viaje. El caballo estará preparado para mí en el muro de Ponte Rosso a la una de la noche.

—¿No es demasiado tarde? Debería usted estar en San Lorenzo antes de que

la gente se levante por la mañana.

—Así será; es un caballo muy rápido y no quiero salir de aquí mientras haya probabilidad de que alguien me vea. No debo volver a mi casa; hay un espía vigilando la puerta y cree que estoy dentro.

—¿Cómo salió usted sin que lo viera?

—Salí por la ventana de la cocina al fondo del jardín y saltando el muro del huerto del vecino. Por eso me he retardado. Tenía que escaparme sin que me viera. Dejé al propietario del caballo sentado en el estudio toda la noche, con una lámpara encendida. Mientras el espía vea luz en la ventana y una sombra en la persiana estará completamente convencido de que me encuentro escribiendo en casa esta noche.

—¿Entonces permanecerá usted aquí hasta que sea hora de ir a la barrera?

—Sí, no quiero ser visto otra vez en la calle esta noche.

—¿Tiene usted un cigarro, Martini? Sé que a la *signora* Bolla no le molesta que se fume.

—Molestia o no, he de dejarlos; debo bajar y ayudar a Catalina a preparar la cena.

Cuando ella hubo salido, Martini se levantó y empezó a pasear de acá para allá, con las manos a la espalda. El *Tábano* estaba sentado fumando y mirando callado la llovizna.

—¡Rivarez!— comenzó Martini, parándose frente a él, pero mirando al suelo.
—¿En qué cosa la ha metido?

El *Tábano* sacó el cigarro de la boca y lanzó una larga bocanada de humo.

—Ella lo ha elegido voluntariamente— dijo, —sin violencia por parte de nadie.

—Sí, sí..., lo sé. Pero dígame...

Se detuvo.

—Le diré todo lo que pueda.

—Bueno... yo no sé gran cosa acerca de los detalles de esos asuntos en la montaña ¿Va usted a ponerla en algún serio peligro?

—¿Quiere usted saber la verdad?

—Sí.

—Entonces..., sí.

Martini dio media vuelta y paseó de nuevo arriba y abajo. De repente, se detuvo.

—Quiero hacerle otra pregunta. Si usted prefiere no contestarla, no me conteste, por supuesto; pero si me contesta, hágalo honradamente. ¿Está usted enamorado de ella?

El *Tábano* deliberadamente quitó la ceniza de su cigarro y continuó fumando en silencio.

—¿Significa eso que prefiere no contestar?

—No, pero creo que tengo derecho a saber por qué me pregunta eso.

—¿Por que? ¡Por Dios, hombre! ¿No puede usted ver por qué?

—¡Ah!— dejó el cigarro y miró fijamente a Martini. —Sí— dijo al fin, lenta y tranquilamente. —Estoy enamorado de ella. Pero no piense que le voy a hacer el amor o a preocuparme por eso. Voy solamente a...

Su voz se apagó en un extraño y débil susurro. Martini se acercó un paso.

—Solamente... a...

—Morir.

Lo miró directamente con fría y fija mirada, como si ya estuviera muerto. Cuando habló de nuevo, su voz era curiosamente tranquila y sin vida.

—No debe usted alarmarla por esto de antemano— dijo. —Pero no hay la sombra de una probabilidad en mi favor. Es peligroso para cualquiera, eso ella lo sabe tan bien como yo; pero los contrabandistas harán lo mejor que puedan para evitar que la prendan. Son buenos camaradas, aunque un poco rudos. En cuanto a mí, la cuerda rodea mi cuello y cuando cruce la frontera tirare del nudo corredizo.

—¡Rivarez! ¿Qué quiere usted decir? Naturalmente, es peligroso y particularmente para usted; eso lo comprendo; pero usted ha cruzado frecuentemente la frontera antes y siempre con éxito.

—Sí, pero esta vez caeré.

—Pero por qué? ¿Cómo puede usted saberlo?

El *Tábano* sonrió tristemente.

—¿Recuerda usted la leyenda alemana del hombre que murió cuando se encontró con su doble? ¿No? Se le apareció por la noche en un lugar solitario, retorciéndose las manos con desesperación. Bien, yo encontré el mío la última vez que estuve en las montañas y cuando cruce la frontera otra vez, no regresaré.

Martini se acercó a él y puso una mano en el respaldo de su silla.

—Escuche, Rivarez, yo no entiendo una palabra de toda esa trama metafísica, pero comprendo una cosa: si usted lo siente de esa manera, no está en situación apropiada para ir. La más segura manera de ser agarrado es ir con la convicción de que será preso. Usted debe estar enfermo o abatido para meterse en la cabeza fantasías de ese género. Suponga usted que voy yo en su lugar. Puedo hacer todo trabajo práctico que haya que hacer y usted puede enviar un mensaje a sus hombres explicando...

—¿Y dejar que en lugar mío lo maten a usted? Eso sería muy hábil.

— ¡Oh, probablemente no me mataran! No me conocen como lo conocen a usted. Y además, incluso si a mi...

Se calló y el *Tábano* lo miró con lenta, inquisitiva mirada.

—Ella probablemente me echaría de menos tanto como a usted— dijo con su voz más afirmativa. —Y, además, Rivarez, este es un asunto público y tenemos que verlo desde el punto de vista de la utilidad: el mayor bien para el mayor número. Su "valor final" (¿no es así como lo llaman los economistas?) es superior al mío; tengo bastantes sesos para ver eso, aunque no tengo ninguna causa particular para estimarlo a usted. Es usted un hombre más importante que yo; no estoy seguro de que sea mejor, pero vale más que yo y su muerte sería una pérdida mayor que la

mía.

Par su manera de hablar, podía haber estado discutiendo el valor de las acciones en la bolsa. El *Tábano* lo miro tiritando, como si tuviera frío.

—¿Me tendría usted esperando hasta que mi tumba se abriese ella misma para tragarme?

Si he de morir,

me desposaré con las tinieblas...

Mire, Martini, usted y yo estamos diciendo insensateces.

—Usted sí, ciertamente— dijo Martini ásperamente.

—Sí, y usted lo mismo. Por el cielo, no continúe hablando de sacrificio romántico, como don Carlos y el marqués de Posa. Estamos en el siglo diecinueve y si me toca morir, tengo que hacerlo.

—Y si me toca vivir, tengo que hacerlo, supongo. Es usted el afortunado, Rivarez.

—Sí— asintió el *Tábano* lacónicamente. —Siempre he sido afortunado.

Fumaron ambos en silencio durante unos minutos y luego comenzaron a hablar de detalles del asunto. Cuando Gemma fue a llamarlos para cenar, ni uno ni otro mostraron en su cara o maneras que su conversación había sido de ningún modo extraordinaria. Después de cenar se sentaron para discutir planes y hacer los arreglos necesarios hasta las once, en que Martini se levantó y tomó su sombrero.

—Iré a casa y traeré una capa de las mías, Rivarez. Creo que será menos fácil de ser reconocido con ella que con su traje claro. Quiero también hacer un pequeño reconocimiento para estar seguro de que no hay espías alrededor antes de que salgamos.

—¿Va usted a venir conmigo hasta la barrera?

—Sí, es más seguro tener cuatro ojos que dos, en el caso de que alguien lo siga. Volveré hacia las doce. Esté seguro de que no sale sin mí. Mejor será que me preste la llave, Gemma, para no despertar a nadie llamando.

Ella lo miró cuando tomaba las llaves. Comprendió que Martini había inventado un pretexto con objeto de dejarla sola con el *Tábano*.

—Usted y yo hablaremos mañana— dijo ella. —Tendremos tiempo por la mañana, cuando mi equipaje esté preparado.

—¡Oh, sí, mucho tiempo! Hay dos o tres pequeñas cuestiones sobre las que tengo que preguntarle, Rivarez; pero podremos hablar de ellas en el camino hasta la barrera. Lo mejor que podría usted hacer, Gemma, es enviar a acostarse a Catalina, y permanezcan todo lo tranquilo posible, ambos. Hasta las doce, pues.

Salió con una pequeña inclinación de cabeza y una sonrisa, dando un portazo, para que la vecindad oyera que el visitante de la *signora* Bolla se había marchado.

Gemma fue a la cocina a dar las buenas noches a Catalina y volvió con café en una bandeja.

—¿Quiere usted acostarse un rato?— preguntó ella. —No podrá dormir en el resto de la noche.

—¡Oh, no, querida! Dormiré en San Lorenzo mientras los hombres me preparan el disfraz.

—Entonces tome un poco de café. Espere un momento, voy a buscarle los bizcochos.

Cuando ella se inclinó delante del aparador, él, de pronto, la tocó en el hombro.

—¿Qué va a sacar de ahí? ¡Chocolate y caramelos ingleses! ¿Por qué? ¡Ese lujo es para reyes!

Ella lo miró, sonriendo débilmente por aquel tono entusiasta.

—¿Le gustan los dulces? Los tengo siempre para César; es una criatura para toda clase de golosinas.

—¿Ve...verdaderamente? Bien, puede traerle más mañana y darme a mí ésos para que me los lleve. No, déjeme poner los caramelos en mi bolsillo; me consolaré de todas las alegrías perdidas de la vida. Espero que me den unos pocos caramelos

el día que sea ahorcado.

—¡Oh! ¡Déjeme buscar una caja de cartulina para ellos, por lo menos, antes que se los guarde en el bolsillo! Están demasiado pegajosos. ¿Pongo también los chocolates?

—No, quiero comerlos ahora con usted.

—Pero a mí no me gusta el chocolate y quiero que usted venga y se siente como un razonable ser humano. No tendremos probablemente otra ocasión de hablar tranquilamente antes de que uno u otro de nosotros sea muerto y...

—¡A ella no le gusta el chocolate!— murmuró él casi para sí. —Entonces lo guardaré todo golosamente para mí. Se trata de la cena del condenado a muerte ¿no es así? Está usted favoreciendo todos mis caprichos esta noche. En primer lugar, quiero que usted se siente en esa poltrona y como usted dijo que yo podía acostarme, me echaré aquí y estaré cómodo.

Se echó en la alfombra, a los pies de ella, apoyando el codo en la silla y mirándola a la cara.

—¡Que pálida está usted!— dijo. —Eso es porque toma la vida tristemente y no le gusta el chocolate...

—¡Sea serio por lo menos durante cinco minutos! Después de todo, es un asunto de vida o muerte.

—Ni por dos minutos, querida; ni la vida ni la muerte son dignas de ello.

Le había tomado ambas manos y estaba acariciándolas con las puntas de sus dedos.

—¡No se muestre tan grave, Minerva! Me hará gritar en seguida y luego estará triste. Quiero que sonría otra vez; tiene usted una sonrisa inesperadamente deliciosa ¡Y no me riña ahora, querida! Comamos juntos nuestros bizcochos, como buenos muchachos, sin pelear por ellos porque mañana moriremos.

Tomó un bizcocho de la bandeja y, cuidadosamente, separó la mitad adornada con azúcar con exactitud escrupulosa.

—Esto es como una especie de sacramento, como el que la gente religiosa

recibe en la iglesia. "Tomad, comed; este es mi cuerpo." Y debemos beber el vino en el mismo vaso, ya sabe usted... Sí, eso es. "Haced esto en memoria..."

Ella dejó el vaso.

—¡No Naga eso!— dijo, casi con un sollozo. Él la miró y le tomó las manos otra vez.

—¡Callemos, entonces! Permanezcamos quietos un instante. Cuando uno de nosotros muera, el otro recordará esto. Olvidaremos este mundo ruidoso y cargante que aúlla en nuestros oídos; saldremos juntos, de la mano; penetraremos en las secretas salas de la muerte y yaceremos entre amapolas ¡Silencio! Estaremos completamente tranquilos.

Apoyó la cabeza en la rodilla de ella y se cubrió la cara. En el silencio ella se inclinó hacia el, su mano sobre la negra cabeza. Así se deslizó el tiempo, sin hablar ni moverse.

—Casi son las doce, querido— dijo ella al fin. Él levantó la cabeza.

—Disponemos solo de unos pocos minutos, Martini volverá enseguida. Acaso no nos volvamos a ver. ¿No tiene usted nada que decirme?

Él se levantó lentamente y paseó hasta el otro extremo de la habitación. Hubo un momento de silencio.

—Tengo que decirle una cosa— comenzó él con voz casi imperceptible. — Una cosa... que decirle...

Se detuvo y se sentó junto a la ventana, escondiendo la cara entre las manos.

—Largo tiempo ha tardado usted en ser humano— dijo ella con dulzura.

—No he visto mucha humanidad en mi vida y pensaba... al principio... que a usted no le importaba...

—Ahora no piensa usted eso.

Esperó un momento que el hablara y luego cruzó la habitación y se puso ante él.

—Dígame la verdad al fin— murmuró ella. —Piense que si usted es muerto y yo no, tendría que pasar toda mi vida sin saber jamás..., sin estar segura...

Él tomó sus manos y las estrechó.

—Si yo soy muerto... Verá usted; cuando fui a America del Sur... ¡Ah, Martini!

Se interrumpió con violento sobresalto y abrió la puerta de la habitación. Martini estaba limpiándose los zapatos en la esterilla.

—¡Puntual al minuto como de co...costumbre! Es usted un cronómetro viviente Martini. ¿Está ahí la capa?

—Sí, y dos o tres cosas más. Las he traído tan secas como pude, pero está lloviendo a cántaros. Temo que tendrá usted un viaje sumamente incómodo.

— ¡Oh, eso no importa! ¿Está despejada la calle?

—Sí, parece que todos los espías se han ido a acostar. Nada me extraña en tan mala noche ¿Es café eso, Gemma? Él debe tomar algo caliente antes de que salga a mojarse o cogerá un resfriado.

—Es café solo y muy fuerte. Herviré un poco de leche.

Marchó a la cocina, apretando dientes y manos arduosamente para no desplomarse. Cuando volvió con la leche, el *Tábano* se había puesto la capa y se estaba abrochando las polainas de cuero que había traído Martini. Bebió una taza de café, en pie, y se puso el sombrero ala ancha.

—Creo que es hora de partir, Martini; debemos una vuelta antes de ir a la barrera, por precaución. Adiós por el momento, señora; nos encontraremos en Forli el viernes, a menos que ocurra algo especial. Espere momento: ésta es la dirección.

Rasgó una hoja de su cartera y escribió unas palabras con lápiz.

—Ya la tengo— dijo ella con voz baja y opaca.

—¿La tiene usted? Bien, ahí está en todo caso. Vamos, Martini. ¡Silencio! ¡No haga ruido con la puerta!

Bajaron silenciosamente las escaleras. Cuando la puerta de la calle rechinó

tras ellos, ella fue a la sala y desdobló mecánicamente el papel que él había puesto en su mano. Bajo la dirección estaba escrito:

"Todo se lo diré allí."

CAPÍTULO II

Era día de mercado en Brisighella y la gente había venido de aldeas y caseríos del distrito con sus cerdos, aves y piezas de caza, sus productos de la leche y ganado. La plaza del mercado estaba atestada de gente en movimiento incesante, risas, bromas, regateos por higos secos, tortas baratas y simientes de girasol. Los chiquillos, morenos, descalzos, estaban tumbados en el suelo a pleno sol o jugando mientras que sus madres se hallaban sentadas bajo los árboles con sus cestos de manteca y huevos.

Monseñor Montanelli, que vino para dar los "buenos días" a la gente, se vio enseguida rodeado por clamorosa multitud de niños que le ofrecían grandes ramos de lirios, amapolas escarlatas y fragantes narcisos blancos de las laderas de la montaña. Su pasión por las flores silvestres era afectuosamente aceptada por la gente como uno de los pequeños caprichos que sientan graciosamente a los hombres sesudos. Si cualquiera menos universalmente querido hubiese llenado su casa con flores silvestres y gramíneas se habrían burlado de él, pero el "bendito cardinal" podía impunemente mostrar algunas excentricidades inofensivas.

—Bien, Mariucha— dijo deteniéndose para acariciar la cabeza de uno de los niños. —Has crecido desde que te vi la última vez ¿Cómo va el reuma de tu abuela?

—Ella va mejor, su eminencia, pero ahora está mala mi madre.

—Lo siento; di a tu madre que venga aquí cualquier día y vea si el doctor Giordani puede hacer algo por ella. Ya encontraré a alguien que la cuide, quizás el cambio le haga bien. Tú tienes mejor aspecto, Luis. ¿Cómo van tus ojos?

Siguió adelante, charlando con los montañeses. Siempre recordaba los nombres y edades de los niños, sus contrariedades y la de sus padres, y se paraba a averiguar, con simpático interés, sobre la salud de la vaca que se puso enferma en

Navidad o hablaba de la muñeca de trapo que fue aplastada por la rueda de un carro el último día de mercado.

Cuando regresó al palacio comenzó el mercado. Un hombre cojo con camisa azul, las greñas cayéndole sobre los ojos y una cicatriz profunda en la mejilla izquierda se acercó a uno de los puestos y, en mal italiano, pidió un refresco de limón.

—Usted no es de por aquí— dijo la mujer, que echó el refresco en un vaso y se lo dio, mirándolo.

—No. Vengo de Córcega.

—¿Buscando trabajo?

—Sí, se acerca el tiempo de segar el heno y un señor que tiene una granja de labor cerca de Rávena vino hasta Bastia, hace unos días, y me dijo que había mucho trabajo que hacer allí.

—Espero que lo encuentre, estoy segura; pero los tiempos son malos por aquí.

—Peores son en Córcega, madre. No se que va ha hacer nuestra pobre gente.

—¿Ha venido usted solo?

—No, va conmigo un compañero; allí está, el de la camisa roja ¡Eh, Paolo!

Miguel, oyendo que lo llamaban, se acercó perezosamente, con las manos en los bolsillos. Parecía exactamente un torso a pesar de la peluca roja que se había puesto para que no lo reconocieran. Igual que el *Tábano*, representaba su papel a la perfección.

Pasearon juntos por la plaza del mercado, Miguel silbando entre dientes y el *Tábano* andando pesadamente con un lío sobre la espalda y arrastrando los pies para que se notara menos su cojera. Esperaban a un emisario al que debían dar importantes informes.

—Allí está Marcone, a caballo, en aquella esquina— dijo Miguel en voz baja. El *Tábano*, llevando todavía su carga, marchó arrastrando los pies hacia el jinete.

—¿Necesita usted un segador de heno, señor?— preguntó, tocando su gorra andrajosa y pasando un dedo a lo largo de la brida. Era la señal convenida y el jinete, que por su apariencia podía ser un guarda de algún hacendado del país, desmontó y puso las riendas sobre el cuello del caballo.

—¿Qué clase de trabajo puede usted hacer, buen hombre?

El *Tábano* daba vueltas a su gorra mientras contestaba.

—Puedo cortar la hierba, señor, y arreglar las cercas— dijo y, sin alterar su voz continuó: —A la una de la mañana en la boca de la cueva redonda. Debe usted llevar dos buenos caballos y un carro. Estaré esperando dentro de la cueva... y, además, puedo cavar, y...

—Está bien, nada más necesito un segador de hierba. ¿Estuvo sin trabajo antes?

—Una vez, señor. ¡Atienda! Debe ir bien armado; puede encontrar una patrulla. No vaya por el sendero del bosque, estará más seguro en el otro lado. Si se encuentra un espía, no se detenga a discutir con el; hágale fuego enseguida... Me gustaría mucho trabajar con usted, señor.

—Sí, pero yo necesito un segador de hierba experimentado. No, no he traído moneda suelta hoy.

Un mendigo muy andrajoso se había inclinado ante ellos con gemido doliente y monótono.

—Tengan piedad de un pobre ciego, en nombre de la Santa Virgen... Márchense de aquí inmediatamente, viene una patrulla... Santísima reina de los cielos, Virgen Inmaculada... Lo buscan a usted, Rivarez; estarán aquí dentro de un par de minutos... Que los santos lo recompensen... Tendrá que pelear; hay espías en todas las esquinas. No puede escapar sin ser visto.

Marcón puso las riendas en las manos del *Tábano*.

—¡Corra! Cabalgue hasta el puente y abandone luego el caballo, usted puede esconderse en el barranco. Nosotros estamos todos armados; podemos detenerlos durante diez minutos.

—No. No quiero que prendan a sus compañeros. Sigán juntos, todos ustedes, y disparen después de mí, en orden. Diríjase adonde se encuentran nuestros caballos; están allí, trabados junto a la escalinata del palacio y tengan preparados sus cuchillos. Nos retiraremos luchando y cuando yo arroje al suelo mi gorra, corten las trabas y salte cada uno al caballo más cercano. De ese modo podemos llegar todos al bosque.

Hablaron en voz tan baja y reposada que incluso los mirones más próximos no habrían supuesto que la conversación se refería a algo más peligroso que segar la hierba. Marcone, llevando su yegua por la brida, fue hacia los caballos amarrados, mientras el *Tábano* arrastraba los pies a su lado y el mendigo los seguía alargando la mano y gimiendo persistentemente. Miguel avanzó silbando; el mendigo le había avisado al pasar y se puso a hablar tranquilamente de las noticias con tres aldeanos que estaban comiendo cebollas crudas bajo un árbol. Estos se levantaron inmediatamente y lo siguieron y, antes de que nadie se hubiera dado cuenta, los siete estaban reunidos junto a la escalinata del palacio, cada uno con la mano en la pistola oculta y los caballos amarrados a fácil alcance.

—No se descubran hasta que yo me mueva— dijo claramente en voz baja el *Tábano*. —Puede ser que no nos reconozcan. Cuando yo haga fuego, entonces empiecen en orden. No disparen a los hombres, sino a dejar cojos a los caballos, así no podrán seguirnos. Tres hacen fuego, mientras los otros tres cargan de nuevo. Si alguien se interpone entre ustedes y los caballos, lo matan. Yo tomo el caballo rojizo. Cuando yo arroje mi gorra al suelo, cada uno se las arreglara como pueda; no se detengan por ninguna razón.

—Aquí vienen— dijo Miguel y el *Tábano* se volvió con aire de admiración ingenua y estúpida, y la gente interrumpió de repente sus tratos comerciales.

Quince hombres armados entraron a caballo lentamente en la plaza del mercado. Les costaba trabajo avanzar a través de la gente, y de no haber sido por los espías que estaban en las esquinas de la plaza, los siete conspiradores podían haberse marchado tranquilamente mientras la atención de la multitud estaba fija en los soldados. Miguel se acercó un poco más al *Tábano*.

—¿No podríamos escaparnos ahora?

—No; estamos rodeados de espías y uno de ellos me ha reconocido. Acaba de enviar un hombre al capitán para decirle donde estoy. Nuestra única probabilidad es dejar cojos sus caballos.

—¿Cual es el espía?

—El primero contra quien yo dispare ¿Están ya preparados? Han abierto filas y se dirigen hacia nosotros; van a arremeter.

—¡Fuera del paso! — gritó el capitán. —¡En nombre de su Santidad!

La multitud se había apartado, asustada y sorprendida; los soldados marcharon hacia el pequeño grupo que estaba junto a la escalinata del palacio. El *Tábano* saco una pistola de su blusa e hizo fuego, no sobre la tropa que avanzaba, sino al espía, que estaba acercándose a los caballos, el cual cayó con una clavícula rota. Inmediatamente después de aquel tiro, seis disparos más salieron en rápida sucesión mientras los conspiradores se acercaban a los caballos trabados.

Uno de los caballos de la tropa tropezó y cayó, otro dio al suelo con terrible relincho. Después, en medio del griterío del pueblo lleno de pánico, se oyó la voz imperiosa del oficial de mando que se apoyó sobre los estribos alzando su espada.

—¡Por aquí, muchachos!

Se ladeó en la silla y cayó: el *Tábano* había disparado de nuevo con su puntería mortal. Una mancha de sangre se extendía por el uniforme del capitán, pero se irguió con violento esfuerzo y, agarrándose a la crin de su caballo, gritó furiosamente:

—¡Maten al maldito cojo si no pueden cogerlo vivo! ¡Es Rivarez!

—¡Otra pistola!— pidió el *Tábano* a sus hombres. —¡Y márchense!

Arrojó al suelo su gorra. Era tiempo, porque las espadas de los ahora enfurecidos soldados brillaban frente a él.

—¡Depongan las armas, todos!

El cardenal Montanelli había bajado rápidamente y se había puesto entre los

combatientes y uno de los soldados gritó con aterrorizada voz:

— ¡Su eminencia! ¡Dios mío, lo van a asesinar! Montanelli avanzó sólo un paso e hizo frente a la pistola del *Tábano*.

Cinco de los conspiradores estaban ya a caballo y galopando por la empinada calle. Marconi saltó sobre el lomo de su yegua. En el momento de arrancar, se volvió para ver si su guía necesitaba ayuda. El caballo ruano estaba a mano y en un instante todos estarían a salvo, más, cuando la figura de la casulla escarlata avanzó, el *Tábano*, de pronto, vaciló, y la mano con la pistola bajó y quedó colgando. Aquel instante lo decidió todo. Inmediatamente fue rodeado y derribado al suelo violentamente y el arma arrojada de su mano por un golpe de plano de la espada de un soldado. Marconi hincó las espuelas en los ijares de su yegua; los cascos de los caballos atronaron la pendiente detrás de él; hubiera sido peor que inútil quedarse allí y ser preso también. Volviéndose en la silla según galopaba, descargó el último tiro a la cara del perseguidor más próximo y vio al *Tábano* con la cara ensangrentada y pisoteado por caballos, soldados y espías; oyó también las salvajes maldiciones de los captores y los aullidos de triunfo y de rabia.

Montanelli no se dio cuenta de lo que había sucedido; había continuado bajando la escalinata y trataba de calmar a la gente aterrada. De repente, cuando se paró junto al espía herido, un movimiento de la gente espantada lo hizo levantar la mirada. Los soldados cruzaban la plaza tirando del prisionero con la cuerda que ataba sus manos. Su faz estaba lívida de dolor y agotamiento y jadeaba horrorosamente por falta de aliento, pero se volvió a mirar al cardenal sonriendo, blancos los labios y le dijo con voz apagada:

—Fe...felicito a su eminencia.

Cinco días después Martini llegó a Forli. Había recibido de Gemma, por correo, un paquete de circulares impresas, señal convenida para el caso de que ella lo necesitara en cualquier caso de especial urgencia y recordando la conversación en la terraza adivinó inmediatamente la verdad. Durante todo el día se había repetido a sí mismo que no había razón alguna para suponer que hubiese ocurrido alguna

cosa al *Tábano* y que era absurdo dar tanta importancia a las supersticiones pueriles de una persona tan nerviosa e imaginativa, pero cuanto más razonaba contra aquella idea, con más fuerza se enraizaba en su pensamiento.

—He adivinado lo que sucede: Rivarez ha caído preso, por supuesto— dijo cuando entró en la habitación de Gemma.

—Fue hecho prisionero el jueves último en Brisighella.

—Se defendió desesperadamente e hirió al capitán de la escuadra y a un espía.

—Resistencia armada ¡Eso es malo!

—Eso no varía las cosas; estaba ya demasiado profundamente comprometido para que un tiro de pistola más o menos afecte mucho su posición.

—¿Qué cree usted que van a hacer con él?

Un matiz aún más pálido que antes cubrió el rostro de Gemma.

—Creo— dijo ella —que no debemos esperar hasta saber qué piensan hacer.

—¿Cree usted que podemos salvarlo?

—*Debemos.*

Él se volvió y comenzó a silbar, con las manos a la espalda. Gemma lo dejó pensar sin interrumpirlo. Estaba sentada, inmóvil, apoyando la cabeza en el respaldo de la silla, mirando vagamente lejos, absorta, fija y trágicamente. Cuando su cara tenía esa expresión se parecía a la *Melancolía* de Durero.

—¿Lo ha visto usted?— preguntó Martini, deteniendo un momento su paseo de un extremo a otro de la sala.

—No, él tenía que haberse reunido conmigo aquí al día siguiente por la mañana.

—Sí, ya me acuerdo ¿Dónde está?

—En la fortaleza, muy rigurosamente guardado y, según dicen, encadenado.

Él hizo un gesto de indiferencia.

—¡Oh! Eso no importa; una buena lima puede dar cuenta de cualquier número de cadenas. Con tal que no esté herido...

—Parece que ha sido herido levemente, pero no sabemos exactamente la importancia. Creo que lo mejor sería que usted oyera la narración de lo sucedido por Miguel mismo, quien fue testigo de la detención.

—¿Cómo es que no lo han apresado también? ¿Se escapó y dejó a Rivarez en la estacada?

—No ha sido culpa suya; luchó tanto como cualquiera de los otros y siguió las instrucciones que le fueron dadas por carta. En cuanto a eso, todos hicieron lo mismo. La única persona que parece haber olvidado algo o que se ha equivocado en el último momento es Rivarez mismo.

—Hay algo inexplicable acerca de esto. Espera un momento, voy a llamar a Miguel.

Salió de la sala y volvió enseguida con Miguel y un montañés ancho de hombros.

—Este es Marco— dijo ella. —Ya ha oído hablar de él, es uno de los contrabandistas. Acaba de llegar y quizá pueda decirnos algo más. Miguel, le presento a César Martini, de quien le hablé hace poco ¿Quiere decirle lo que sucedió, tal como lo vio?

Miguel hizo una breve narración de la escaramuza con el escuadrón de caballería.

—No puedo entender qué es lo que sucedió— dijo al terminar. —Ninguno de nosotros lo habría dejado si hubiese pensado que podía ser hecho prisionero, pero sus instrucciones fueron exactamente fijadas y nunca se nos podía ocurrir, cuando arrojó la gorra, que se dejara rodear. Estaba junto al caballo rojizo... le vi cortar las trabas... y le di una pistola cargada, antes de montar a caballo. Lo único que supongo es que falló, siendo cojo, al tratar de montar. Pero incluso entonces podía haber disparado.

—No, no fue así— interrumpió Marconi. —No intentó montar. Yo fui el

último en llegar, porque mi yegua se asusta con los tiros, y estuve mirando para ver cómo se salvaba. Lo habría conseguido si no hubiera sido por el cardenal.

—¡Ah!— exclamó Gemma en voz baja y Martini repitió con asombro:

—¿El cardenal?

—Sí, él mismo se puso delante de la pistola... ¡maldito sea! Supongo que Rivarez se asustó, porque dejó caer la mano con la pistola y la otra mano la puso colocando el dorso del puño izquierdo delante de sus ojos y, naturalmente, todos cayeron sobre él.

—No comprendo eso— dijo Miguel. —No es Rivarez hombre que pierda la cabeza en un momento crítico.

—Probablemente bajó la pistola para no matar a un hombre inerme— dijo Martini. Miguel se encogió de hombros.

—Un hombre desarmado no debe meter la nariz en una pelea. La guerra es la guerra. Si Rivarez hubiera dado un balazo a su eminencia, en lugar de dejarse coger como un conejo, habría un hombre honrado más y un sacerdote menos.

Se alejó, mordiéndose el bigote. Su ira estaba próxima a hacerlo estallar en llanto.

—De todos modos— dijo Martini —la cosa está hecha y no vale la pena perder el tiempo en discutir como sucedió. La cuestión ahora es cómo nos las arreglamos para que pueda escapar. Supongo que todos ustedes quieren correr ese riesgo.

Miguel ni siquiera se dignó contestar la superflua pregunta y el contrabandista solamente advirtió casi riendo:

—Dispararía contra mi propio hermano si él quisiera.

—Muy Bien; entonces... En primer lugar ¿han tomado un plano de la fortaleza?

Gemma abrió un cajón y sacó varias hojas de papel.

—He hecho planos de todo. Aquí está la planta baja de la fortaleza, aquí los

pisos superiores e inferiores de las torres y este es el plano de las murallas. Estos son los caminos que conducen al valle y aquí están los senderos y los escondites en las montañas, y los pasajes subterráneos.

—¿Saben en cuál de las torres está?

—En la de oriente, en la sala redonda con ventana enrejada. La he marcado en el plano.

—¿Cómo obtuvo usted esos informes?

—De un hombre a quien llamamos *el Grillo*, un soldado de la guardia. Es primo de uno de los nuestros: Gino.

—Ha sido usted rápida para conseguirlo.

—No hay tiempo que perder. Gino fue a Brisighella inmediatamente y ya teníamos alguno de los planos.

—Esta lista de los escondites la hizo el mismo Rivarez; puede usted verlo por lo que está escrito a mano.

—¿Qué clase de hombres son los soldados de la guardia?

—Eso todavía no hemos podido averiguarlo; *el Grillo* acaba de llegar a ese lugar y no sabe nada de los otros.

—Debemos saber por Gino lo que es *el Grillo*. ¿Se sabe algo de las intenciones del gobierno? ¿Será probablemente juzgado Rivarez en Brisighella o lo llevarán a Rávena?

—Eso no lo sabemos. Rávena, naturalmente, es la ciudad principal de la legación y los casos legales de importancia solamente pueden ser juzgados allí, en el tribunal de primera instancia. Pero la ley no importa gran cosa en las Cuatro Legaciones, depende de la fantasía personal de quien esté en el poder.

—No quieren llevarlo a Rávena— dijo Miguel.

—¿Qué le hace pensar así?

—Estoy seguro de ello. El coronel Ferrari, gobernador militar en Brisighella, es tío del oficial que fue herido por Rivarez, es una especie de bruto vengativo que

no quiere perder la oportunidad de vejar a un enemigo.

—¿Cree usted que tratará de guardar aquí a Rivarez?

—Lo que yo creo es que querrá ahorcarlo.

Martini miró vivamente a Gemma. Estaba muy pálida, pero su rostro no había cambiado con las palabras. Evidentemente, aquella idea no era nueva para ella.

—Difícilmente puede hacerlo sin alguna formalidad— dijo ella tranquilamente —pero puede posiblemente nombrar un consejo de guerra con cualquier pretexto y justificarse después diciendo que la paz de la ciudad lo requería.

—Pero ¿y el cardenal? ¿Consentiría tal cosa?

—No tiene jurisdicción en los asuntos militares.

—Es cierto, pero ejerce gran influencia. Seguramente el gobernador no se atrevería a dar tal paso sin su consentimiento.

—Nunca lo consentirá— interrumpió Marcone. —Montanelli estuvo siempre contra las comisiones militares o cualquier cosa de ese género. Mientras lo tengan en Brisighella, nada serio puede suceder; el cardenal tomará siempre la defensa de cualquier prisionero. Lo que yo temo es que lo lleven a Rávena. Una vez allí, está perdido.

—No dejaremos que lo lleven allá— dijo Miguel. —Podríamos fraguar una evasión en la carretera, pero sacarlo de la fortaleza de aquí es otra cosa.

—Pienso— dijo Gemma —que sería enteramente inútil esperar la probabilidad de que sea trasladado a Rávena. Debemos hacer el intento en Brisighella y no tenemos tiempo que perder. César, lo mejor que podemos hacer usted y yo es estudiar juntos el plano de la fortaleza y ver si se nos ocurre alguna cosa. Tengo una idea en la cabeza, pero hay un punto que no puedo resolver.

—Vámonos, Marcone— dijo Miguel, levantándose. —Los dejaremos que estudien su proyecto. Tengo que ir a Fognano esta tarde y quiero que venga conmigo. Vincenzo no ha enviado los cartuchos y deben haber llegado aquí ayer.

Cuando los dos hombres hubieron salido, Martini se dirigió a Gemma y tomó su mano en silencio. Ella dejó sus dedos entre los de él durante un momento.

—Usted fue siempre un buen amigo, César— dijo al fin —y una ayuda eficaz en toda aflicción. Ahora, discutamos los planes.

CAPÍTULO III

—Y una vez más aseguro a su eminencia formalmente que su negativa está poniendo en peligro la paz de la ciudad.

El gobernador trataba de mantener el tono respetuoso debido a un alto dignatario de la iglesia, pero vibraba una perceptible irritación en su voz. Su hígado estaba trastornado, su esposa le presentaba crecidas facturas y su temperamento había sido puesto a prueba penosamente durante las últimas tres semanas. Un populacho desafecto y malhumorado, cuyo aspecto peligroso se hacía cada día más visible, un distrito lleno de conspiraciones y erizado de armas escondidas, una guarnición ineficaz de cuya lealtad estaba más que dudoso y un cardenal a quien había descrito patéticamente a su ayudante como la "encarnación de la terquedad inmaculada", lo habían llevado al borde de la desesperación. Ahora había cargado con el *Tábano*, quintaesencia del espíritu malévolo.

Habiendo empezado por inutilizar a la vez al sobrino favorito del gobernador y a su más valioso espía, el "avieso diablo español" había continuado sus hazañas en la plaza del mercado sobornando a los guardias, intimidando a los funcionarios interrogantes y "transformando la prisión en un corral de diversiones grotescas". Llevaba tres semanas en la fortaleza y las autoridades de Brisighella estaban sinceramente hartas de su trato. Lo habían sometido a interrogatorio tras interrogatorio y después de emplear, para obtener declaraciones de él, todo dispositivo de amenaza, persuasión y estratagema que podía sugerir su ingenuidad, se quedaron tan ignorantes como el día de su captura. Habían empezado a pensar que habría sido mejor enviarlo a Rávena cuanto antes. Era, sin embargo, demasiado tarde para rectificar ese error. El gobernador, cuando envió al legado su informe de la detención, había pedido, como especial favor, permiso para dirigir personalmente la investigación de este caso y como le había sido amablemente concedido, no podía

ahora rechazarlo sin una confesión humillante de que estaba vencido.

La idea de resolver la dificultad por un consejo de guerra, como Gemma y Miguel habían previsto, se le presentó como la única solución satisfactoria y la tenaz oposición del cardenal Montanelli a esta disposición colmaba la copa de sus vejaciones.

—Creo— decía —que si su eminencia supiera lo que yo y mis auxiliares hemos obtenido de este hombre opinaría de modo muy diferente sobre el asunto. Comprendo plenamente y respeto la objeción concienzuda a las irregularidades en los procedimientos judiciales, pero este es un caso excepcional y exige medidas excepcionales.

—No existe caso— contestó Montanelli —que exija injusticia y condenar a un hombre civil por sentencia de tribunal militar secreto es a la vez injusto e ilegal.

—El caso comprende lo siguiente, su eminencia: el prisionero es manifiestamente culpable de varios crímenes que merecen la pena capital. Se unió a la infame intentona de Savigno y la comisión militar nombrada por monseñor Spinola lo habría seguramente fusilado o enviado a galeras si no hubiera conseguido escapar a Toscana. Desde entonces nunca ha cesado de conspirar. Se le conoce miembro influyente de una de las más pestilentes sociedades secretas del país. Se sospecha que ha consentido, si no instigado, el asesinato de no menos de tres agentes de la policía confidencial. Se le ha cogido (casi se puede decir) en el acto de pasar de contrabando armas de fuego a la legación. Ha ofrecido resistencia armada a la autoridad y herido gravemente a dos oficiales en el cumplimiento de su deber y es una constante amenaza a la paz y al orden de la ciudad. Ciertamente, en un caso como éste, queda justificado un consejo de guerra.

—Haya hecho lo que haya hecho— replicó Montanelli —tiene derecho a ser juzgado con arreglo a la ley.

—El curso ordinario de la ley comprende dilaciones, su eminencia, y en este caso todo momento es precioso. Aparte de todo esto, estoy en temor constante de su evasión.

—Si hay algún peligro de esa clase, a usted le corresponde hacerlo vigilar

más estrechamente.

—Hago todo lo que puedo, su eminencia, pero dependo del equipo de la cárcel y el hombre parece haber embrujado a todos. He cambiado la guardia cuatro veces en tres semanas, he castigado a los soldados hasta cansarme y nada sirve. No puedo evitar su envío de cartas a uno u otro lado. Los bobos están enamorados de él como si fuera una mujer.

—¡Qué curioso! Debe haber algo notable en él.

—Hay una notable cantidad de diablura. Pido perdón a su eminencia, sin embargo, ese hombre es bastante para probar la paciencia de un santo. Es increíble, pero tengo que dirigir todos los interrogatorios porque los funcionarios no pueden ya resistir.

—¿Cómo es eso?

—Es difícil de explicar. Su eminencia lo comprendería si hubiera oído una vez siquiera como actúa. Diríase que el funcionario que interroga es el criminal y que éste es el juez.

—¿Pero que cosa terrible puede hacer? Puede negarse a contestar a sus preguntas, naturalmente, pero no tiene más arma que el silencio.

—Y una lengua como una navaja de afeitar. Todos somos mortales, su eminencia, y la mayor parte de nosotros ha cometido errores alguna vez, pero no queremos que se publiquen a voces. Esto es muy humano y resulta duro para un hombre que sus deslices de hace veinte años sean descubiertos y se los arrojen a la cara...

—¿Ha descubierto Rivarez algún secreto personal del funcionario interrogante?

—Bueno, realmente, el pobre hombre contrajo deudas cuando era oficial de caballería y tomó prestada una suma de los fondos del regimiento...

—¿Robo de fondos públicos que se le habían confiado, de hecho?

—Fue una falta muy grave, su eminencia, pero sus amigos pagaron en seguida y el asunto no trascendió, él es de buena familia, y desde entonces su

conducta ha sido irreprochable. Cómo se informó de ello Rivarez, no lo concibo; pero lo primero que hizo en el interrogatorio fue poner al descubierto ese viejo escándalo idelante de subalternos, además! Y con una cara tan inocente como si estuviera rezando. Naturalmente, esa historia se ha esparcido por toda la legación. Si su eminencia quisiera estar presente en uno de los interrogatorios, estoy seguro de que comprendería... No hace falta que él sepa. Puede verlo desde...

Montanelli se volvió y miró al gobernador con una expresión desusada en él.

—Soy un ministro de la religión— dijo —no un policía espía y el fisgoneo no forma parte de mis deberes profesionales.

—Yo... Yo no quise ofenderlo.

—Creo que nada buena saldría de discutir más esta cuestión. Si quiere usted enviarme al prisionero aquí, hablaré con el.

—Me permito advertir muy respetuosamente a su eminencia que no lo intento. El hombre es totalmente incorregible. Sería mas seguro y juicioso no hacer caso de la letra de la ley por esta vez y librarnos de él antes de que haga mas daño. Con gran dolor me atrevo a insistir en la cuestión después de lo que ha dicho su eminencia, pero, después de todo, yo soy responsable ante el señor legado del orden de la ciudad...

—Y yo— lo interrumpió Montanelli —soy responsable ante Dios y ante Su Santidad de que no debe haber maniobras secretas en mi diócesis. Ya que usted me obliga en esta cuestión, coronel, me apoyo en mi privilegio como cardenal. No permitiré un consejo de guerra secreto en esta ciudad en tiempos de paz. Recibiré aquí a prisionero y solo, a las diez, mañana por la mañana.

—Como guste su eminencia— replicó el gobernador con malhumorado respeto y se fue, murmurando para sí: "Son parecidos, en lo que se refiere a terquedad".

Nada dijo de la entrevista que se acercaba hasta el momento mismo de quitar las cadenas al prisionero y salir rumbo al palacio. Ya estaba harto, dijo a su sobrino herido, de tener al eminentísimo hijo de la mula de Balaam defendiendo la

ley sin correr el riesgo de que los soldados planearan con Rivarez y sus amigos una evasión en el camino.

Cuando el *Tábano*, fuertemente escoltado, entró en la sala donde Montanelli estaba escribiendo sobre una mesa cubierta de papeles, vino a él el recuerdo de una calurosa tarde de verano en que estaba sentado ojeando sermones manuscritos en un estudio muy parecido al en que ahora se hallaban. Las persianas estaban cerradas, como ahora, para defenderse contra el calor y la voz de un vendedor de fruta en el exterior gritaba: *¡Fragola! ¡Fragola!*

Echó hacia atrás, colérico, el mechón de cabellos que caía sobre sus ojos y puso una sonrisa en su boca.

Montanelli levantó la vista de sus papeles.

—Pueden esperar en la antesala— dijo a los guardias.

—Permita su eminencia— comenzó a decir el sargento en voz baja y con nerviosismo evidente —el coronel cree que este preso es peligroso y que será mejor...

Una llamarada brilló en los ojos de Montanelli.

—Esperen en la antesala— repitió tranquilamente y el sargento, saludando y excusándose tartamudeando, con cara asustada, salió de la sala con sus hombres.

—Siéntese, haga el favor— dijo el cardenal cuando la puerta se cerró. El *Tábano* obedeció en silencio.

—*Signor* Rivarez— dijo Montanelli después de una pausa —deseo hacerle unas preguntas y le agradeceré mucho que las conteste.

El *Tábano* sonrió.

—Mi p...principal ocupación ahora es que me hagan preguntas.

—¿Y... no contestarlas? Así me han dicho, pero esas preguntas son hechas por funcionarios que están investigando su caso y cuyo deber es utilizar sus respuestas como prueba.

—¿Y las d... de su eminencia?— Había un insulto encubierto en el tono más

que en las palabras y el cardenal lo comprendió en seguida, pero su rostro no perdió la grave dulzura de su expresión.

—Las mías— dijo —las conteste usted o no, quedarán entre nosotros. Cuando se refieran a sus secretos políticos, naturalmente no las contestará. Por otra parte, aunque somos por completo extraños mutuamente, espero que usted me conteste como un favor especial.

—Estoy en...enteramente al servicio de su eminencia— dijo el *Tábano* con una ligera inclinación de cabeza y una cara que quitaría el deseo de pedir favores a cualquiera

—En primer lugar, se dice que usted ha pasado armas de fuego de contrabando a este distrito. ¿Y para qué hacían falta esas armas?

—Pa...para ma...matar ratas.

—Terrible respuesta. ¿Son todos sus conciudadanos ratas a sus ojos si no piensan como usted?

—A....algunos de ellos.

Montanelli se echó hacia atrás en su sillón y lo miró en silencio por unos momentos.

—¿Qué es eso que tiene en la mano?— preguntó de pronto.

El *Tábano* miró su mano izquierda.

—Viejas huellas de los dientes de algunas ratas.

—Perdone, yo hablaba de la otra mano. Esa es una herida reciente.

La delgada y flexible mano derecha mostraba cortaduras y rasguños. El *Tábano* se levantó. El puño estaba hinchado y en él había una profunda y larga contusión negruzca.

—Una ba...bagatela, como usted ve— dijo. —Cuando fui detenido el otro día, gracias a su eminencia— hizo otra pequeña inclinación de cabeza —uno de los soldados me la machacó.

Montanelli tomó en su mano el puño herido y lo examinó cuidadosamente.

—¿Cómo está así después de tres semanas?— preguntó. —Está todo inflamado.

—Posiblemente la presión de los grilletes no hizo mucho bien.

—¿Han puesto grilletes sobre una herida abierta?

El cardenal lo miró seriamente.

—Na...naturalmente, su eminencia; para eso son las heridas abiertas. Las heridas viejas no sirven para gran cosa. Solamente duelen; no se pueden inflamar debidamente.

Montanelli lo miró otra vez de igual manera escrutadora; luego se levantó y abrió un cajón lleno de instrumentos quirúrgicos.

—Déme la mano— dijo.

El *Tábano*, con un rostro tan duro como hierro forjado, alargó la mano y Montanelli, después de lavar la parte herida, la vendó bondadosamente. Evidentemente, estaba acostumbrado a ese trabajo.

—Hablaré sobre los grilletes— dijo. —Y ahora quiero hacerle otra pregunta: ¿qué se propone usted hacer?

—Eso tiene una contestación sencilla, su eminencia. Escapar, si puedo y, si no puedo, morir.

—¿Por qué *morir*?

—Porque si el gobernador no consigue fusilarme, seré enviado a galeras y para mí, eso equivale a lo mismo. No tengo salud para vivir de esa manera.

Montanelli apoyó su brazo en la mesa y reflexionó en silencio. El *Tábano* no lo interrumpió. Estaba inclinado hacia atrás con los ojos medio cerrados, gozando perezosamente de la deliciosa sensación física de estar desencadenado.

—Suponiendo— comenzó de nuevo Montanelli —que usted lograra escapar ¿que vida haría usted?

—Ya se lo he dicho a su eminencia: ma...mataría ratas.

—Mataría ratas. Es decir, que si yo lo dejara escapar ahora desde aquí,

suponiendo que tuviera el poder de hacerlo, ¿usaría usted su libertad para fomentar la violencia y el derramamiento de sangre en lugar de evitarlos?

El *Tábano* alzó los ojos al crucifijo que estaba sobre el muro.

—"No paz, sino una espada"; por lo menos estaría en buena compañía. Por mi parte, sin embargo, prefiero las pistolas.

—*Signor* Rivarez— dijo el cardenal con tranquila compostura —yo no lo he insultado ni he hablado con desprecio de sus creencias ni de sus amigos ¿No puedo esperar la misma cortesía de usted, o quiere que suponga que un ateo no puede ser un caballero?

—¡Ah! me había olvidado. Su eminencia sitúa la cortesía entre las más altas virtudes cristianas. Recuerdo su sermón de Florencia en ocasión de mi controversia con su anónimo defensor.

—Ese es uno de los temas de que yo le quería hablar ¿Podría explicarme la razón de la actitud personal que parece sentir usted contra mí? Si me ha tomado simplemente como blanco conveniente, es otra cosa. Sus métodos de controversia política son asunto suyo y no vamos a hablar ahora de política. Pero yo me imaginaba en aquel tiempo que había alguna animosidad personal contra mí y si es así, me gustaría saber si alguna vez le he hecho algún daño o de cualquier modo he sido causa de ese sentimiento.

¡Siempre le hizo daño! El *Tábano* llevó la mano vendada a su garganta.

—Eminencia, debo recordarle a Shakespeare— dijo con una risita. —Es como con el hombre que no puede resistir un gato necesario e inofensivo. Mi antipatía es un sacerdote. La visión de la casulla me da do... dolor de muelas.

—¡Oh!, si solo es eso...— Montanelli abandonó el tema con gesto indiferente. —Sin embargo— añadió —el abuso es una cosa y la perversión del hecho es otra. Cuando usted afirmó, en respuesta a mi sermón, que yo conocía la identidad del escritor anónimo, se equivocó, pero no lo acuso de falsedad voluntaria, y afirmó lo que no era cierto. Yo sigo hoy ignorante de su nombre.

El *Tábano* ladeó la cabeza como un inteligente petirrojo, lo miró un momento

gravemente y, de pronto, se echo hacia atrás y soltó una carcajada.

—*iSa... sancta simplicitas!* ¡Oh, dulce, inocente pueblo de la Arcadia...! ¡Y nunca lo adivinó! ¿Nunca cayó en la cuenta de que había gato encerrado?

Montanelli se puso en pie.

—¿Debo entender, *signor* Rivarez, que usted escribió ambas partes de la controversia?

—Era una vergüenza, lo sé— contestó el *Tábano*, mirando con sus ojos azules, muy abiertos. —Y usted se tragó todo, como si fuera una ostra. Estaba muy mal, pero era tan divertido.

Montanelli se mordió los labios y se sentó de nuevo. Se había dado cuenta desde el principio que lo que el *Tábano* quería era hacerle perder la calma y resolvió mantenerla ocurriera lo que ocurriera, pero estaba comenzando a excusar la exasperación del gobernador. A un hombre que había perdido dos horas durante las tres últimas semanas interrogando al *Tábano* podía perdonársele cualquier juramento circunstancial.

—Dejemos esa cuestión— dijo tranquilamente. —Yo quería particularmente verlo para lo siguiente: mi posición aquí como cardenal me da voz, hasta cierto punto, si reclamo mi privilegio, en lo que se ha de hacer con usted. Sólo haría uso de ese privilegio para intervenir en el caso de cualquier violencia hacia usted que no fuera necesaria para evitar que usted hiciese violencia a los demás. Lo hice llamar, por consiguiente, en parte con objeto de saber si tiene que quejarse de algo: hablaré sobre los grilletes, pero quizás hay alguna otra cosa, y en parte porque me parecía justo, antes de dar mi opinión, saber por mí mismo qué clase de hombre es usted.

—No tengo nada de qué quejarme, su eminencia. *A la guerre come á la guerre!* No soy un chico de la escuela para esperar que ningún gobierno me acaricie por co... contrabandear armas de fuego en su territorio. Es natural que peguen tan duro como puedan. En cuanto a la clase de hombre que soy, usted tiene una romántica confesión de mis pecados que le hice una vez. ¿No es bastante, o quiere que empiece de nuevo?

—No lo comprendo— dijo Montanelli fríamente, tomando el lápiz y dándole vueltas entre los dedos.

—Seguramente su eminencia no ha olvidado al viejo Diego, el peregrino— y de repente cambió su voz y comenzó a hablar como Diego: —"Soy un miserable pecador..."

El lápiz saltó de las manos de Montanelli.

—¡Eso es demasiado!— dijo.

El *Tábano* echó hacia atrás la cabeza, soltando una risita, y se quedó mirando al cardenal, que se paseaba silencioso de un lado a otro de la sala.

—*Signor* Rivarez— dijo Montanelli, parándose frente a él —ha hecho usted conmigo una cosa que un hombre nacido de mujer vacilaría en hacer a su peor enemigo. Ha entrado furtivamente en mi dolor privado y hecho burla y bromeado con el dolor de su prójimo. Una vez más le pregunto: ¿Le he hecho daño alguna vez? Y si no ¿Por qué me ha jugado esa burla cruel?

El *Tábano*, acomodándose en el sillón, alzó la mirada con su sonrisa sutil, fría, inescrutable.

—Eso me di...divertía, su eminencia; lo tomó usted demasiado a pecho y me recordaba... una cosita... de un circo ambulante...

Montanelli, intensamente pálido, se volvió y tocó la campanilla.

—Pueden llevarse al prisionero— dijo, cuando entraron los guardias.

Cuando todos hubieron salido, se sentó a la mesa, aún temblando, presa de insólita indignación y tomó un montón de informes que le habían enviado los sacerdotes de las parroquias de su diócesis.

Inmediatamente los puso a un lado e, inclinándose sobre la mesa, se cubrió el rostro con ambas manos. Parecía como si el *Tábano* hubiera dejado una terrible sombra de él mismo, un rastro fantasmal de su personalidad en la sala y Montanelli se sentó tembloroso y abatido, sin atreverse a levantar la vista para no ver la presencia fantasmal del que sabía que no estaba allí. El espectro no llegó a ser alucinación. Era una mera fantasía de los nervios trastornados, pero estaba

sobrecogido, presa de un miedo indecible, de su presencia sombría, de la mano herida, la sonrisa, la boca cruel, los ojos misteriosos, como el agua de un profundo mar...

Apartó luego de sí esa fantasía y se puso a trabajar. Durante todo el día apenas tuvo libre un momento y aquello no lo perturbó, pero cuando se dirigía a su dormitorio por la noche para acostarse, se detuvo en el umbral, invadido por un instantáneo acceso de miedo ¿Y si lo veía en sueños? Se recuperó inmediatamente y se arrodilló ante el crucifijo para orar.

Pero no concilió el sueño en toda la noche.

CAPÍTULO IV

A pesar de su ira, Montanelli no olvidó su promesa. Protestó tan vehementemente contra la manera en que había sido encadenado el *Tábano*, que el infortunado gobernador que había llegado al fin de su juicio, hizo quitarle los grilletes en el colmo de su desesperación.

—¿Cómo voy a saber— gruñía a su ayudante —de qué se quejará en seguida su eminencia? Si llama *crueldad* a un simple par de esposas clamará en seguida contra los barrotes de la ventana o querrá que alimente a Rivarez con ostras y trufas. En mi juventud los malhechores eran malhechores y eran tratados como se merecían y nadie pensaba que un traidor era mejor que un ladrón. Pero hoy está de moda ser sedicioso y su eminencia parece inclinado a estimular a todos los revoltosos del país.

—No veo por qué ha de intervenir en todo— observó el ayudante. —Él no es un legado y no tiene autoridad en los asuntos civiles ni militares. Porque la ley...

—¿De qué sirve hablar de la ley? No espere que nadie respete la ley después que el Santo Padre ha abierto las cárceles y echado sobre nosotros toda la turba de bribones liberales ¡Es una estúpida preocupación! Naturalmente, monseñor Montanelli se dará tono; estaba callado bajo su santidad el difunto papa, pero ahora es el amo. Goza de gran favor y puede hacer lo que le plazca ¿Cómo voy a oponerme a él? Puede tener autorización secreta del Vaticano, por lo que sé. Todo anda ahora patas arriba; no se puede decir hoy lo que va suceder mañana. En los buenos viejos tiempos uno sabía qué hacer, pero en nuestros días...

El gobernador movía la cabeza, apesadumbrado. Un mundo en el cual los cardenales se molestaban en bagatelas de disciplina de cárcel y hablaban de los "derechos" de los culpables políticos, era un mundo que se iba haciendo muy

complicado para él.

El *Tábano*, por su parte, había vuelto a la fortaleza en un estado de excitación nerviosa bordeando la histeria. El encuentro con Montanelli había puesto en tensión su resistencia casi hasta el límite y su brutalidad final sobre el circo ambulante había sido pronunciada en profunda desesperación, simplemente para cortar una entrevista que en cinco minutos más habría acabado en lágrimas.

Llamado para un interrogatorio en la tarde del mismo día, no hizo otra cosa que entrar en convulsiones de risa a cada pregunta que se le hacía y cuando el gobernador, apurada su paciencia, perdió la calma y comenzó a jurar, él no hacía otra cosa que reír más inmoderadamente que nunca. El desdichado gobernador se encolerizaba, perdía los estribos y amenazaba a su terco prisionero con imposibles castigos, pero finalmente llegó a la conclusión de que era simple pérdida de tiempo argüir con una persona cuyo estado mental se hallaba tan desquiciado.

El *Tábano* fue enviado una vez más a su celda; se echó sobre el jergón, lleno de la negra depresión y desesperanza que siempre seguía a sus accesos borrascosos. Estuvo echado inmóvil hasta la noche, sin pensar en nada; había pasado, después de la vehemente emoción de la mañana, a un estado extraño de apatía, en el que su propia miseria era más dura para él que un peso sordo y mecánico oprimiendo una cosa de madera que se había olvidado de ser un alma. En verdad, no tenía importancia como acababa todo; lo único que importaba a cualquier ser sensible era ahorrarse el dolor intolerable y si venía el alivio a causa de un cambio de las condiciones alteradas o de la anulación del poder de sentir, era cuestión que no importaba. Quizá consiguiera escapar; acaso lo matarían; en todo caso, nunca más vería al padre y todo ello era vanidad y vejación espiritual.

Uno de los guardianes trajo la cena, y el *Tábano* alzó los ojos y miró con indiferencia.

—¿Qué hora es?

—Las seis. Su cena,

Miró con disgusto la rancia, maloliente comida medio fría y volvió la cabeza. Se sentía enfermo y deprimido y la contemplación de la comida le daba náuseas.

—Se pondrá enfermo si no come— dijo el soldado hablando rápidamente. — Tome un pedazo de pan, por lo menos: le hará Bien.

Habló el hombre con una curiosa vehemencia de tono, levantando de la bandeja un trozo de pan mohoso y volviéndolo a dejar. El conspirador que había en el *Tábano* despertó; adivinó que algo había escondido en el pan.

—Puede dejarlo; comeré un pedacito de cuando en cuando— dijo en tono ligeramente despectivo. La puerta estaba abierta y él sabía que el sargento que estaba en la escalera podía oír todo lo que hablaran.

Cuando la puerta volvió a cerrarse y comprobó que nadie estaba vigilando por la mirilla, tomó el trozo de pan y quitó la miga cuidadosamente. En medio se encontraba lo que esperaba: un paquete de pequeñas limas. Estaba envuelto en un trocito de papel en el cual había escritas unas líneas. Sacó el papel y fue con él hacia donde había algo de luz. El escrito estaba apretado en tan estrecho espacio y en papel tan fino, que era muy difícil de leer.

"La puerta está abierta y no hay luna. Lime lo más rápido posible y venga por el pasaje entre dos y tres. Estamos preparados y puede que no haya otra probabilidad".

Arrugó febrilmente el papel en su mano. Todo estaba preparado, por consiguiente, nada más tenía que limar los barrotes de la ventana. ¡Qué suerte que le hubiesen quitado las cadenas! No tenía que entretenerse en limarlas. ¿Cuántos barrotes había? Dos, cuatro y cada uno debía limarse en dos sitios: ocho. ¡Oh! podía hacerlo en el transcurso de la noche si se daba prisa... ¿Cómo pudieron Gemma y Martini idear que todo estuviera dispuesto tan pronto... disfraces, pasaportes, sitios de escondite? Han debido trabajar como caballos de tiro para hacerlo... Y era el plan de ella el que había sido adoptado, después de todo. Se rió un poco para sí mismo por su tontería ¡Como si importara que el plan fuese de ella o no, con tal que surtiera efecto! Y sin embargo, no podía dejar de sentirse contento de que ella fuera la que había tenido la idea de utilizar el pasaje subterráneo en vez de dejar que bajara por una escala de cuerda, como al principio habían aconsejado los contrabandistas. El de ella era un plan más complicado y difícil, pero no

comprendía, como el otro, un peligro de vida para el centinela de guardia en el muro exterior. Por lo tanto, cuando los dos proyectos le fueron expuestos, había elegido sin vacilar el de Gemma.

El plan consistía en que el guardia amigo que llevaba el apodo de *el Grillo* aprovechara la primera oportunidad de dejar abierta, sin que lo supieran sus compañeros, la puerta de hierro que daba paso desde el patio al subterráneo que pasaba bajo los muros y luego colgar de nuevo la llave en su clavo en el cuerpo de guardia. El *Tábano*, al recibir estos informes, tenía que limar los barrotes de la ventana, rasgar su camisa en tiras y hacer con ellas una cuerda por medio de la cual pudiera dejarse caer sobre el ancho muro oriental del patio.

Siguiendo este muro tendría que arrastrarse con manos y rodillas cuando el centinela mirase en dirección opuesta y pegarse a la mampostería cuando se volviese hacia él. En la esquina del sudeste había una torrecilla medio arruinada. Estaba sostenida, hasta cierto punto, por espesa hiedra, pero grandes masas de piedra desmoronada habían caído hacia dentro y se amontonaban contra el muro. Desde esta torrecilla tenía que deslizarse, por la hiedra y los montones de piedra, al patio y, calladamente, abriendo la puerta no cerrada con llave, seguir a lo largo del pasaje hasta el túnel al que conducía ese pasaje. Siglos atrás, aquel túnel formaba un corredor secreto entre la fortaleza y una torre que estaba en la montaña próxima; hoy estaba fuera de uso y bloqueado en varios lugares por la caída de rocas. Sólo los contrabandistas conocían cierto agujero sumamente escondido en la ladera de la montaña que ellos mismos habían practicado hasta el túnel; nadie sospechaba los almacenes de mercancías prohibidas que se guardaban con frecuencia durante semanas bajo los mismos muros de la fortaleza, en tanto que los funcionarios de aduanas registraban en vano las casas de los montañeses, que los miraban coléricos. En aquel agujero tendría que deslizarse el *Tábano* hasta la ladera de la montaña y avanzar en la obscuridad hasta un lugar solitario donde Martini y un contrabandista lo estarían esperando.

La gran dificultad consistía en que no se presentaba cada noche la oportunidad de abrir la puerta después de pasar la patrulla del anochecer, y el descenso desde la ventana no podía hacerse en tiempo claro sin gran riesgo de ser

visto por el centinela. Ahora que existía realmente buena probabilidad de éxito había que aprovecharla.

Se sentó y comenzó a comer un poco de pan. Por lo menos no le disgustaba como lo demás de la comida de la prisión y tenía que comer algo para sostener sus fuerzas.

Mejor sería acostarse un rato y tratar de dormir un poco; no era prudente empezar a limar antes de las diez y le esperaba una noche de trabajo duro.

Y después de todo el padre había pensado en dejarlo escapar! Eso parecía querer el padre. Pero él, por su parte, nunca consentiría en ello ¡Cualquier cosa menos eso! Si se evadía, sería por su propia acción y la de sus camaradas; no quería obtener favores de sacerdotes.

¡Qué calor hacía! Seguramente estallaría una tormenta. El aire era sofocante. Se movía sin cesar sobre el jergón y puso su mano derecha vendada detrás de su cabeza, como almohada. Luego la apartó ¡Cómo ardía y palpitaba! Y todas las antiguas heridas empezaban a doler con tenaz persistencia ¿Qué ocurría con ellas? ¡Oh, absurdo! Era a causa del tiempo de tormenta. Se echaría a dormir y descansaría un poco antes de comenzar a limar.

¡Ocho barrotes y todos tan gruesos y fuertes! ¿Cuántos más había dejado de limar? Seguramente no muchos. Debe haber estado limando muchas horas... interminables horas; sí, naturalmente, eso era lo que hacía doler el brazo... ¡Y cómo dolía; hasta el mismo hueso! Pero difícilmente sería el limar lo que lo hacía doler así, y el dolor palpitante y abrasador en la pierna coja... ¿era por limar?

Se irguió de pronto. No, no había dormido; había estado soñando con los ojos abiertos... soñando que limaba y todo había que hacerse aún. Allí estaban *los* barrotes de la ventana, intactos, fuertes y firmes como siempre. Sonaron las diez en el lejano reloj de una torre. Debía ponerse a la obra.

Espió por la mirilla y, viendo que nadie estaba vigilando, sacó del pecho una de las limas.

¡No, no había nada que se refiera a él... nada! Todo era imaginación. El dolor en el costado era indigestión o algo de frío o alguna otra cosa, que nada tenía de particular después de tres semanas de comida y aire insoportable de la prisión. En cuanto al dolor y a las palpitaciones, todo ello era parcialmente trastorno nervioso y parcialmente falta de ejercicio. Sí, sin duda, falta de ejercicio. ¡Qué absurdo fue no pensarlo antes!

Se sentaría un rato y dejaría que aquello pasara antes de ponerse a la obra. Seguramente pasaría todo al cabo de uno o dos minutos.

Estarse sentado quieto era peor. Cuando estaba sentado quedaba a merced de aquello y su cara se puso gris de temor. No, debía levantarse y ponerse a la obra, y arrojarlo de sí. Dependería de su voluntad sentir o no sentir y él no sentiría, lo forzaría a desaparecer.

Se puso en pie de nuevo y se habló a sí mismo, fuerte y claramente:

—Yo no estoy enfermo, no tengo tiempo de estar enfermo. He de limar esos barrotes y no voy a ponerme enfermo.

Comenzó a limar.

Las diez y cuarto... las diez y media... las once menos cuarto... Limaba y limaba y cada rascadura de la lima en el hierro era como si alguien estuviera limando su cuerpo y su cerebro. "Me pregunto quien será limado primero —se decía a sí mismo, soltando una risita— ¿Yo o los barrotes?" Y apretó los dientes y siguió limando.

Las once y media. Limaba todavía, aunque la mano estaba rígida e hinchada y difícilmente sujetaba la lima. No, no se atrevía a detenerse a descansar; una vez que dejara caer la horrible cosa no tendría valor para recomenzar.

El centinela pasó junto a la puerta y el extremo de la carabina rozó el marco de la puerta. El *Tábano* se detuvo y miró, con la lima aún en la mano ¿Estaba descubierto?

Una bolita había sido arrojada por la mirilla y estaba en el suelo. Dejó la lima y se agachó a recoger aquella cosa redonda. Era un trozo de papel enrollado.

Largo camino era bajar y bajar, con oleadas negras que empujaban... ¡Cómo rugían!

¡Ah, sí! Estaba agachándose para recoger el papel. Sentía un poco de vértigo; a mucha gente le ocurre lo mismo. Nada era para él... nada.

Lo recogió, lo llevó a la luz y lo desdobló.

"Venga esta noche, suceda lo que suceda; *el Grillo* será trasladado mañana a otro servicio. Esta es nuestra última probabilidad."

Destruyó el papel como había hecho con el anterior tomó de nuevo la lima y volvió a la obra, tenaz, mudo y desesperado.

La una. Había estado trabajando durante tres horas y seis de los ocho barrotes estaban limados. Dos más y luego, saltar...

Comenzó a recordar las anteriores ocasiones en que aquellos terribles ataques vinieron. El último había sido el día de Año Nuevo y sé estremecía cuando recordaba aquellas cinco noches. Pero aquella vez no había venido tan rápidamente, nunca lo había conocido tan de repente

Dejó caer la lima y elevó ambas manos ciegamente, orando, en su profunda desesperación, por vez primera vez desde que era ateo; rogando a algo... a nada... a todo.

"¡Esta noche no! ¡Oh, que no enferme hasta mañana! ¡Lo soportaré todo mañana... que no sea esta noche!"

Permaneció quieto un momento, con ambas manos en las sienes; luego tomó la lima otra vez y volvió a su trabajo.

La una y media. Había empezado con el último barrote. La manga de su camisa estaba hecha pedazos, había sangre en sus labios y niebla roja en sus ojos y el sudor corría de su frente mientras seguía limando, limando, limando...

Ya había salido el sol cuando Montanelli consiguió dormirse. Estaba

completamente rendido y durmió un rato tranquilamente; después empezó a soñar.

Al principio soñaba vaga y confusamente: fragmentos rotos de imágenes y fantasías sucediéndose, fugaces e incoherentes, pero todo impregnado con el mismo sentido oscuro de lucha y dolor, la misma sombra de terror indefinible. Luego comenzó a soñar los mismos desvaríos que sus insomnios: el sueño antiguo familiar, espantoso, que lo había aterrorizado durante años. E incluso, a medida que soñaba, reconocía que había pasado por ello antes.

Vagaba por un gran espacio vacío, tratando de hallar algún lugar apacible donde pudiera echarse y dormir. Por todas partes había gente paseando de un lado a otro, hablando, riendo, gritando, rezando, tocando campanas haciendo chocar instrumentos de metal. A veces conseguía apartarse algo del ruido y se tumbaba, ya en la hierba, ya en un banco de madera, o bien en alguna losa de piedra. Cerraba los ojos y se los tapaba con ambas manos para evitar la luz, y se decía a sí mismo: "Ahora dormiré". Luego, las multitudes corrían hacia él, atropelladamente, gritando, llamándolo por su nombre diciéndole: "¡Despierte! ¡Despierte! ¡Rápido! ¡Lo necesitamos!"

Ahora estaba en un gran palacio, lleno de lujosas habitaciones, con lechos y butacas y bajos canapés blancos. Era de noche y se decía a sí mismo: "Aquí, al fin, hallaré un lugar tranquilo para dormir." Pero cuando eligió una sala oscura y se acostó, alguien vino con una lámpara, proyectando la luz, sin misericordia, en sus ojos diciendo: "Levántate; te necesitan."

Se levantó y siguió vagando, tambaleándose y tropezando como una criatura herida de muerte, y oyó los relojes tocar la una y supo que ya había pasado la mitad de la noche, la preciosa noche que tan corta era. Las dos, las tres, las cuatro, las cinco, porque a las seis la ciudad entera se levanta y ya no habría silencio.

Fue a otra habitación y se habría echado en una cama, pero alguien saltó desde las almohadas gritando "¡Esta cama es mía!" y él se apartó con desesperanza en su corazón.

Hora tras hora sonaron y seguía vagando, de habitación en habitación, de casa en casa, de corredor en corredor. El horrible amanecer gris se acercaba más y

más: las campanas tocaban las cinco; la noche había pasado y no había encontrado reposo ¡Oh, miseria! ¡Otro día... otro día!

Estaba en un largo corredor subterráneo, un pasadizo bajo y abovedado que parecía no tener fin. Estaba minado con lámparas y candeleros resplandecientes y a través de su áspero techo llegaban las danzas y risas, música alegre. *Allá arriba*, en el mundo de los vivos de arriba, había alguna fiesta, sin duda “¡Oh, quiero lugar para esconderme y dormir; algún pequeño lugar aunque sea un tumba!” Y conforme hablaba, se encontró con una tumba abierta. Una tumba abierta, con olor muerte y putrefacción... ¡Ah, qué importa, por lo menos podría dormir!

—¡Esta tumba es mía!— Era Gladys; ella levantó la cabeza y lo miró fijamente, cubierta con su mortaja podrida. Entonces él se arrodilló y alargó sus brazos hacia ella.

—¡Gladys! ¡Gladys! ¡Ten un poco de piedad de mí; déjame echarme en este estrecho espacio y dormir! ¡Te lo pido por amor; no te tocaré, no te hablaré; solamente echarme a tu lado y dormir! ¡Oh, mi amor hace tanto tiempo que no he dormido! ¡No puedo resistir un día más! La luz hiere mi alma, el ruido hace polvo mi cerebro ¡Gladys, déjame entrar ahí y dormir!

Y quiso arrojar la mortaja sobre sus ojos. Pero retrocedió clamando:

—¡Esto es sacrilegio; eres un sacerdote!

Andando y andando llegó a la orilla del mar, a las rocas áridas donde la luz se reflejaba violenta y el gemía su lamento monótono y perpetuo, sin reposo.

—¡Ah! —dijo él—. El mar será más misericordioso. ¡También él está mortalmente cansado y no puede dormir!

Entonces Arturo surgió de la profundidad y gritó estentóreamente:

—¡Este mar es mío!

—¡Su eminencia! ¡Su eminencia!

Montanelli despertó, sobresaltado. Su criado estaba llamando a la puerta. Se levantó mecánicamente y la abrió, y el hombre vio qué extraño y asustado parecía.

—Su eminencia..., ¿está usted enfermo?

Pasó ambas manos sobre su frente.

—No, estaba durmiendo y me despertaste de repente—. Lo siento mucho; me pareció oírlo moverse esta mañana, temprano, y supuse...

—¿Es tarde?

—Son las nueve y el gobernador ha venido. Dice que es cosa muy importante y sabiendo que su eminencia es madrugador...

—¿Está abajo? Voy ahora mismo.

Se vistió y bajó.

—Temo que este modo de visitar a su eminencia no es nada ceremonioso— expresó el gobernador.

—Espero que no haya nada importante.

—Hay mucho y muy importante. Rivarez ha hecho todo lo posible, pero no ha conseguido escapar.

—Bien, puesto que no lo ha conseguido, ningún daño se ha producido. ¿Cómo fue?

—Lo encontraron en el patio junto a la pequeña puerta de hierro. Cuando la patrulla fue a hacer la inspección a las tres de la mañana, uno de los hombres tropezó con algo que estaba en el suelo y cuando trajeron luz encontraron que era Rivarez en el suelo, en medio del camino, inconsciente. Dieron la alarma en seguida y me llamaron, y cuando fui a examinar su celda encontré todos los barrotes limados y una cuerda hecha de ropas interiores colgando de uno de aquéllos. Había bajado y se había deslizado a lo largo del muro. La puerta de hierro que conduce a los túneles se encontró con la cerradura abierta. Parece como si los guardias hubieran sido sobornados.

—¿Pero cómo fue que estaba tumbado en el suelo en medio del sendero? ¿Se cayó del muro y se hirió?

—Eso es lo que pensé al principio, su eminencia, pero el cirujano de la

prisión no pudo encontrar huella de caída. El soldado que estaba de servicio ayer dice que Rivarez parecía muy enfermo la noche última cuando le llevó la cena, y que no comió nada. Pero eso es una insensatez; un hombre enfermo *no podía* limar esos barrotes y trepar a lo largo de ese tejado. Eso no es razonable.

—¿Ha dado él alguna explicación?

—Está inconsciente, su eminencia.

—¿Todavía?

—Vuelve en sí de tiempo en tiempo y gime, y luego se desmaya otra vez.

—Eso es muy extraño. ¿Qué piensa el médico?

—No sabe qué pensar. No hay huella de enfermedad del corazón que pueda dar explicación de la cosa, pero cualquiera que sea la causa, hay algo que debe haber sobrevenido de súbito, justamente cuando casi había conseguido escapar. Por mi parte, creo que fue derribado por intervención directa de una providencia misericordiosa.

Montanelli frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué va usted a hacer con él?— preguntó.

—Esa es una cuestión que tengo que resolver dentro de muy pocos días. Entre tanto, he recibido una buena lección. Eso es lo que resulta de quitar las cadenas... con el debido respeto a su eminencia.

—Espero— interrumpió Montanelli —que usted no le pondrá otra vez los grilletes mientras esté enfermo. Un hombre, en las condiciones en que usted lo describe, difícilmente puede hacer más intentos de evasión.

—Tendré buen cuidado de que no lo haga— murmuró el gobernador para sí, y prosiguió: —su eminencia puede guardar sus escrúpulos sentimentales, porque yo me cuido de todo. Rivarez está bien fuertemente encadenado ahora y así seguirá, esté enfermo o no.

—Pero ¿cómo pudo haber sucedido? Desmayarse en el último momento cuando

todo estaba dispuesto ¡cuando estaba en la misma puerta! Parece una odiosa burla.

—Por mi parte— contestó Martini —la única cosa que puedo pensar es que debe haberle sobrevenido uno de esos ataques y que debió luchar contra ello mientras tuvo fuerzas y que se desmayó a causa de su profundo agotamiento cuando bajó al patio.

Marconi sacudió furiosamente las cenizas de su pipa.

—Sea como fuere, esto es el final; ahora ya no podemos hacer nada por él. ¡Pobre hombre!

—¡Pobre hombre!— dijo Martini, en voz baja. Estaba empezando a darse cuenta de que para él también el mundo parecería vacío y triste sin el *Tábano*.

—¿Qué piensa ella?— preguntó el contrabandista, mirando hacia el otro extremo de la habitación, donde Gemma estaba sentada, sola, con las manos caídas lánguidamente en su regazo y los ojos fijos lejos, en el vacío.

No le he preguntado nada, no ha hablado desde que le traje la noticia. Lo mejor que podemos hacer es no molestarla.

Ella parecía no advertir la presencia de ellos, sin embargo hablaban en voz baja, como si estuvieran velando un cadáver. Después de una corta y triste pausa, Marconi se levantó y guardó su pipa.

—Volveré al anochecer— dijo, pero Martini lo detuvo con un gesto.

—No se vaya todavía; quiero hablarle—. Bajó aún más la voz y continuó, casi como en un susurro: —¿Cree usted que realmente no hay esperanza?

—No veo que esperanza puede haber ahora. No podemos intentar ya nada. Incluso si estuviera bastante bien para hacer lo suyo, nosotros no podemos hacer nada. Los centinelas han sido cambiados todos, por sospechas. *El Grillo* no tendrá otra ocasión, puede usted estar seguro.

—¿No cree usted— preguntó Martini de repente —que, cuando él se reponga, puede hacerse algo para apartar a los centinelas?

—¿Apartar a los centinelas? ¿Qué quiere usted decir?

—Bueno, se me ha ocurrido que si yo me colocara por donde debe pasar el gobernador con la procesión, cerca de la fortaleza, el día de Corpus, y le disparo a la cara, todos los centinelas vendrían corriendo a prenderme y alguno de ustedes podría acaso ayudar a Rivarez a escapar en medio de la confusión. Verdaderamente parece difícil que esto sea un plan, pero así se me ha ocurrido.

—Dudo que pudiera ser preparado— contestó Marcone con muy grave cara. —Ciertamente, necesitaría pensarlo mucho cualquiera que quisiera realizarlo. Sin embargo— hizo una pausa y miró a Martini —si fuera posible ¿usted lo realizaría?

Martini era un hombre reservado en tiempo normal, pero este no era un tiempo normal. Miró fijamente al rostro del contrabandista.

—¿Qué si lo haría yo?— preguntó. —¡Mírela!

No había necesidad de más explicaciones: diciendo eso todo estaba dicho. Marcone se volvió y echó una mirada al otro extremo de la sala.

Ella no se había movido desde que empezó la conversación. No había duda, ni temor, ni siquiera dolor en su rostro; no había nada en él, sino sombra de muerte. Los ojos del contrabandista se llenaron de lágrimas al mirarla.

—¡Date prisa, Miguel!— dijo, mirando hacia la puerta abierta de la galería —¿Aún no han acabado, ustedes dos? Hay mil cosas por hacer!

Miguel, seguido de Gino, llegó de la galería.

—Ahora estoy dispuesto— dijo. —Pero quiero preguntar a la *signora*...

Avanzaba hacia ella cuando Martini lo agarró del brazo.

—No la incomode, está mejor sola.

—¡Déjela estar!— añadió Marcone. —Nada bueno haremos interviniendo. Dios sabe que es bastante duro para todos nosotros, pero es peor para ella ipobre mujer!

CAPÍTULO V

Durante una semana yació el *Tábano* en situación horrible. El ataque era violento, y el gobernador, aún más brutal por temor y perplejidad, no solo le había encadenado manos y pies, sino que había hecho que lo sujetaran al jergón con correas de cuero, tan apretadas que no podía moverse sin que le penetraran en la carne. Lo resistió todo con su estoicismo tenaz y amargo hasta el final del sexto día. Entonces, su orgullo se dio por vencido y lastimeramente suplicó al médico de la prisión una dosis de opio. El doctor se dispuso a dársela, pero el gobernador, oyendo la petición prohibió agriamente "tal tontería"

—¿Cómo sabe usted que lo necesita?— dijo. —Es tan probable que no lo necesite, como probable que esté fingiendo todo el tiempo y quiera narcotizar al centinela o hacer alguna diablura parecida. Rivarez es bastante astuto para hacer cualquier cosa.

—Tras la dosis difícilmente podría narcotizar al centinela— replicó el doctor, que no pudo contener una sonrisa —Y en cuanto al fingimiento, no hay mucho en ello. Tan probable es que fallezca como que siga viviendo.

—De cualquier modo, no quiero que se lo de. Si un hombre quiere ser tratado con delicadeza debe comportarse en forma adecuada. Ha merecido absolutamente un poco de dura disciplina. Quizá le sirva de lección y desista de hacer trucos con los barrotes de las ventanas.

—La ley no admite torturas, sin embargo— se aventuró a decir el médico. —Y esto se acerca peligrosamente a serlo.

—La ley no dice nada del opio, creo yo— repuso el gobernador agriamente.

—A usted le corresponde decidir, por supuesto, coronel, pero espero que permitirá que le quiten las correas. Es un agravante innecesario de su desdicha.

Ahora no hay terror de evasión. No podría sostenerse aunque lo dejara libre.

—Mi buen señor, un médico puede equivocarse como cualquiera otra persona, supongo. Lo tengo seguro ahora con las correas y así tiene que seguir.

—Al menos, entonces, deje que las aflojen un poco; es una absoluta barbaridad tenerlas tan apretadas.

—Continuarán exactamente tal como están y le agradeceré, señor, que no me hable de barbaridad. Si hago una cosa es porque tengo mis razones.

De esta suerte pasó el séptimo día sin ningún alivio y el soldado estacionado de guardia en la puerta de la celda la cruzó varias veces, estremeciéndose al escuchar durante toda la noche unos gemidos que rasgaban el corazón. La resistencia del *Tábano* llegaba a su fin.

A las seis de la Indiana, poco antes de ser relevado, el centinela llamó a la puerta débilmente y entró en la celda. Sabía que estaba cometiendo una seria infracción de la disciplina, pero no podía marcharse sin ofrecer antes el consuelo de una palabra amistosa.

Halló al *Tábano* todavía acostado, con los ojos cerrados y los labios abiertos. Permaneció silencioso un momento; luego avanzó y preguntó.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor? Dispongo de un momento.

El *Tábano* abrió los ojos.

—¡Déjeme solo!— gimió. —¡Déjeme solo...!

Se durmió casi antes de que el soldado volviera a su puesto.

Diez días después fue de nuevo el gobernador al palacio, pero halló que el cardenal había ido a visitar a un enfermo y que no se le esperaba hasta la tarde. Al anochecer, en el momento de sentarse a cenar, su criado vino a anunciarle:

—Su eminencia desea hablar con usted.

El gobernador, tras una rápida mirada al espejo para asegurarse de que su uniforme estaba en orden, adoptó su aire más digno y se dirigió a la sala de recepción, donde Montanelli estaba sentado dando suaves golpes en el brazo del

sillón y mirando por la ventana con el ceño fruncido.

—Supe que usted me buscó hoy— dijo, cortando de una vez las frases de cortesía del gobernador con un tono imperioso que nunca adoptaba al hablar con la gente del campo. —Probablemente se trata del asunto del que yo estaba deseando hablar a usted.

—Se trata de Rivarez, su eminencia.

—Ya lo suponía. He estado pensando en eso en estos últimos días. Pero antes de hablar de esto me gustaría saber si usted tiene algo nuevo que decirme.

El gobernador se retorció los bigotes con aire confuso

—El hecho es que yo venía a saber si su eminencia tenía algo que decirme. Si todavía hace objeción a la solución que propuse, le agradecería sinceramente que me hiciera saber su opinión sobre el asunto porque, honradamente, yo no se que hacer.

—¿Hay alguna nueva dificultad?

—Solamente que el jueves próximo es el tres de junio, festividad del Corpus, y una cosa u otra debe decidirse antes.

—El jueves es ciertamente el día del Corpus, mas ¿por que hay que decidir algo especialmente antes?

—Lamento mucho, su eminencia, dar la impresión de oponerme a usted, pero no puedo aceptar hacerme responsable de la paz de la ciudad si no nos libramos antes de Rivarez. Los más turbulentos grupos de las montañas se reúnen aquí ese día, como sabe su eminencia, y es más que probable que puedan romper las puertas de la fortaleza y llevárselo ¡No han de conseguirlo! Yo me cuidaré de eso y los barreré desde las puertas con pólvora y balas. Pero es muy probable que tengamos algo de ese género antes de que transcurra el día. Aquí, en la Romaña, hay mala sangre en el pueblo y cuando empiezan a sacar sus cuchillos...

—Creo que con un poco de cuidado podemos evitar que las cosas lleguen tan lejos como para que salgan a relucir los cuchillos. Siempre he encontrado a la gente de este distrito comprensiva si es tratada razonablemente. Como es natural, si se

empieza a amenazarlo, a forzarlo, un romañol se hace intratable. Pero ¿tiene usted alguna razón para suponer que tengan algún nuevo proyecto de evasión?

—He sabido, esta mañana y ayer, por agentes confidenciales míos, que circulan muchos rumores por el distrito y que la gente espera evidentemente alguna revuelta. Pero no se han podido obtener detalles; si es posible, lo mejor sería tomar precauciones. Y por mi parte, después del susto que tuvimos días pasados, prefiero estar en el lado seguro. Con un zorro tan astuto como Rivarez toda precaución es poca.

—Lo último que he sabido sobre Rivarez es que ha estado demasiado enfermo para moverse o hablar ¿Está, por lo tanto, reponiéndose?

—Parece que está ahora mucho mejor, su eminencia. Ciertamente, ha estado muy enfermo, a menos que haya fingido todo ese tiempo.

—¿Tiene usted alguna razón para suponer esa probabilidad?

—Bueno, el médico parece convencido de que todo era real, pero es una enfermedad muy misteriosa. De todos modos, está reponiéndose y más intratable que nunca.

—¿Qué ha hecho ahora?

—No es mucho lo que puede hacer, afortunadamente— contestó el gobernador, sonriendo al recordar las correas. —Pero su comportamiento es algo indescriptible. Ayer por la mañana fui a su celda para hacerle algunas pequeñas preguntas; no está aún bastante bien para que me lo traigan a interrogatorio... y verdaderamente, pensé que era mejor no correr ningún riesgo de que la gente lo vea hasta que se reponga. Tan absurdas historias surgen siempre de repente...

—¿De suerte que usted fue a interrogarlo?

—Sí, su eminencia. Esperaba yo que ahora se mostraría más razonable.

Montanelli lo miró con atención, casi como habría inspeccionado a un nuevo y desagradable animal. Afortunadamente, el gobernador estaba distraído tocando el cinto de su espada y no vio aquella mirada. Continuó plácidamente:

—No lo he sometido a ninguna severidad particular, pero me he visto

obligado a ser más estricto con él, especialmente estando en una prisión militar, y pensé que acaso podía producir efecto alguna pequeña indulgencia. Ofrecí aflojar la disciplina considerablemente si se comportaba de manera razonable y ¿cómo supone su eminencia que me contestó? Él estaba acostado, me miró durante un momento, como un lobo en una jaula y luego dijo tranquilamente: "Coronel, no puedo levantarme y estrangularlo, pero mis dientes son buenos; mejor sería que apartara un poco más su cuello". Es tan salvaje como un gato montés.

—No me sorprende oír eso— contestó Montanelli tranquilamente. —Pero deseo hacerle una pregunta: ¿Cree usted honradamente que la presencia de Rivarez en la prisión constituye un serio peligro para la paz del distrito?

—Lo creo de veras, su eminencia. 305

—¿Piensa usted que para evitar el riesgo de derramamiento de sangre, es absolutamente necesario que debemos librarnos de él de algún modo antes del día de Corpus?

—Solamente puedo repetir que si él esta aquí el jueves, no espero que transcurra la fiesta sin pelea y que probablemente será una dura refriega.

—¿Y cree usted que si él no estuviera aquí no habría tal peligro?

—En ese caso, o no habría disturbio alguno, o a lo sumo un poco de griterío y apedreamiento. Si su eminencia pude encontrar algún medio de librarnos de él, yo me encargaré de conservar la paz. De otra manera, espero la más seria revuelta. Estoy convencido de que un complot para una nueva evasión se está tramando y que el jueves el día indicado. Ahora bien, si en esa misma mañana se enteran de repente que ya no esta en la fortaleza, el plan fracasará por sí mismo y no tendrán ocasión de comenzar la pelea. Pero si tenemos que rechazarlos y los puñales aparecen de pronto entre la muchedumbre, tendremos probablemente la plaza incendiada antes de que anochezca.

—Entonces ¿por qué no lo envía a Rávena?

—El cielo sabe, su eminencia, que sería grato para mí hacerlo. Pero ¿cómo voy a evitar que la gente nos arrebate en el camino? No tengo bastantes soldados

para resistir un ataque armado; y todos esos montañeses tienen cuchillos o fusiles de chispa o cosas parecidas.

—Entonces ¿usted persiste todavía en desear un consejo de guerra y en pedir mi consentimiento a ello?

—Perdóneme, su eminencia; yo le pido solamente una cosa: que me ayude a evitar tumultos y derramamiento de sangre. Admito gustoso que las comisiones militares han sido algunas veces innecesariamente severas e irritaron al pueblo en vez de aplacarlo, pero creo que, en este caso, un consejo de guerra sería una juiciosa medida y con el tiempo beneficiosa. Evitaría un motín, que en sí mismo sería un terrible desastre y que muy probablemente causaría la vuelta de las comisiones militares que Su Santidad ha abolido

El gobernador terminó su discurso con mucha solemnidad y esperó la respuesta del cardenal. Tardó largo tiempo en venir y fue extrañamente inesperada.

—Coronel Ferrari ¿cree usted en Dios?

—¡Su eminencia!— dijo la voz casi jadeante del coronel, asustado.

—¿Cree usted en Dios?— repitió Montanelli, alzándose y mirándolo, dominante, con ojos fijos, escrutadores. El coronel se levanto también.

—Su eminencia: yo soy cristiano y hasta ahora jamás se me ha negado la absolución.

Montanelli levanto la cruz que llevaba en el pecho.

—Entonces, jure sobre la cruz del Redentor que murió por usted que me ha dicho la verdad.

El coronel se quedó mirándolo alelado. No podía discernir quien estaba loco, él o el cardenal.

—Usted me ha pedido— continuó Montanelli —que de mi consentimiento para la muerte de un hombre. Bese esta cruz, si se atreve, y dígame que cree que no hay otra manera de evitar mayor derramamiento de sangre. Y recuerde que si usted me dice una mentira, está poniendo en peligro su alma inmortal.

Tres una corta pausa, el gobernador se inclinó y llevó la cruz a sus labios.

—Así lo creo— dijo.

Montanelli se volvió lentamente.

—Mañana le daré una contestación definitiva. Pero antes debo ver a Rivarez y hablar con él.

—Su eminencia... si yo pudiera aconsejarlo... estoy seguro de que lo lamentará. En cuanto a eso, él me envió ayer un mensaje, por el guardia, pidiendo ver a su eminencia, pero yo no hice caso de ello, porque...

—¡No hizo usted caso!— repitió Montanelli. —¿Un hombre en tales circunstancias le envió a usted un mensaje y usted no hizo caso?

—Lamento haber disgustado a su eminencia. No quise molestarlo con una impertinencia de esa clase; conozco bastante bien a Rivarez ahora para estar seguro de que sólo quería insultarlo. Y, verdaderamente, si me permite que se lo diga, sería una gran imprudencia acercarse a él solo; es realmente peligroso... tanto, de hecho, que he pensado que es necesario emplear con él alguna coerción física de índole moderada.

—¿Y piensa usted realmente que hay mucho peligro de ser acometido por un hombre enfermo e inerme y que está bajo coerción física de índole moderada?

—Su eminencia hará lo que mejor le parezca— dijo con su más afectada manera. —Yo únicamente quería ahorrarle el trabajo de oír las horribles blasfemias de ese hombre.

—¿Qué piensa usted que es más penoso para un cristiano: oír pronunciar una blasfemia o abandonar a nuestro prójimo en una situación extrema?

El gobernador permaneció tieso y amoscado, con cara de palo como si estuviera en función militar. Estaba profundamente ofendido por el modo como lo había tratado Montanelli y lo mostraba con su inusitada ceremoniosidad.

—¿A qué hora desea su eminencia visitar al prisionero?— preguntó.

—Iré a verlo inmediatamente.

—Como guste su eminencia. Si quisiera hacer el favor de esperar unos momentos, enviaré alguien a prepararlo.

El gobernador había bajado bien pronto de su pedestal oficial. No quería que Montanelli viera las correas.

—Gracias; prefiero verlo tal como está, sin preparación. Iré directamente a la fortaleza. Buenas noches, coronel; espere mi respuesta mañana por la mañana.

CAPÍTULO VI

Oyendo que se abría la puerta de la celda, el *Tábano* dirigió a ella su mirada con lánguida indiferencia. Suponía que se trataba del gobernador, que venía a vejarlo con otro interrogatorio. Varios soldados montaban la guardia en la angosta escalera y sus carabinas chocaban contra el muro; entonces una voz respetuosa dijo: "Está algo empinado esto, su eminencia."

Quiso levantarse convulsivamente, pero se contrajo de nuevo, conteniendo el aliento bajo la cortante presión de las correas.

Montanelli entró con el sargento y tres guardias.

—Si su eminencia quiere hacer el favor de esperar un momento...— comenzó diciendo nerviosamente el sargento —uno de mis hombres traerá una silla. Ha ido ahora mismo a buscarla. Su eminencia nos perdonará... Si hubiéramos sabido que iba a venir estaríamos preparados.

—No hay necesidad de ninguna preparación ¿Quiere hacer el favor de dejarnos solos, sargento, y esperar al pie de la escalera con sus hombres?

—Sí, su eminencia. Aquí está la silla ¿Debo ponerla junto a él?

El *Tábano* estaba acostado, con los ojos cerrados, pero sentía sobre él la mirada de Montanelli.

—Creo que está dormido, su excelencia— dijo el sargento, pero el *Tábano* abrió los ojos.

—No— dijo.

Cuando los soldados salían de la celda se detuvieron de pronto al oír una exclamación de Montanelli y, volviéndose, vieron que estaba inclinado examinando las correas.

—¿Quién ha hecho esto?— preguntó. El sargento daba vueltas a su gorra.

—Fue por órdenes expresas del gobernador, su eminencia.

—No tenía yo la menor idea de esto, *signor* Rivarez— dijo Montanelli con voz de gran desconsuelo.

—Ya le dije a su eminencia— contestó el *Tábano* con su dura sonrisa —que yo n...nunca esperé que me acariciaran.

—Sargento ¿cuanto tiempo hace que se está así?

—Desde que trató de escapar, su eminencia.

—¿Aproximadamente una semana? Traiga un cuchillo y corte eso inmediatamente.

—Complacerá a su eminencia saber que el médico quiso quitarlo, pero el coronel Ferrari no lo permitió.

—Traiga un cuchillo en seguida.

Montanelli no había alzado la voz, pero los soldados pudieron ver que estaba blanco de cólera. El sargento sacó una navaja de su bolsillo y se inclinó para cortar la correa del brazo. No era hombre de habilidad manual y con un torpe movimiento apretó aun más la correa, de suerte que el *Tábano* se contrajo y se mordió los labios a pesar del gran dominio de sí mismo. Montanelli avanzó presuroso.

—Usted no sabe como hacerlo; déme la navaja.

El *Tábano* estiró los brazos lanzando un largo suspiro de alivio cuando las correas cayeron. Un instante después había cortado Montanelli las otras que ataban los tobillos.

—Quite los grillos también, sargento; y después venga. Quiero hablarle.

Se acercó a la ventana y permaneció mirando afuera hasta que el sargento quitó los grilletes y se acercó a él.

—Ahora— dijo —dígame todo lo que ha estado ocurriendo.

El sargento, no sin ganas, relató cuanto sabía de la enfermedad del *Tábano*, de las "medidas disciplinarias" y del intento sin éxito del médico para aliviarlo.

—Pero yo creo, su eminencia que el coronel quería tener puestas las correas como medio de conseguir pruebas.

—¿Pruebas?

—Sí, su eminencia; anteayer le oí ofrecer quitárselas si —miró fijamente al *Tábano*— le contestaba una pregunta que le iba a hacer.

Montanelli asió fuertemente el alféizar de la ventana y los soldados se miraron unos a otros; nunca antes habían visto colérico al bondadoso cardenal. En cuanto al *Tábano*, había olvidado su existencia; lo había olvidado todo excepto la sensación física de libertad. Tenía calambres en todos los miembros y ahora se estiraba, se volvía y se retorció en positivo éxtasis de alivio.

—Ya puede irse, sargento— dijo el cardenal. —No tiene que estar inquieto por hacer cometido una falta de disciplina; era su deber contestarme a lo que le he preguntado. Procure que nadie nos moleste. Saldré cuando haya terminado.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de los soldados, se apoyó en el alféizar de la ventana y miró algún tiempo al sol poniente, para dejar al *Tábano* reanimarse un poco.

—He oído— dijo luego, apartándose de la ventana y sentándose junto al jergón —que usted quería hablar conmigo a solas. Si se siente suficientemente bien para decirme lo que quería, estoy a su servicio.

Habló muy fríamente, de manera dura e imperiosa que no era natural en él. Hasta que no le quitaron las correas, el *Tábano* era para él un ser humano tratado injustamente y torturado, pero ahora se acordaba de su última entrevista y del insulto mortal con que terminó. El *Tábano* miraba al techo, apoyando perezosamente la cabeza en un brazo. Poseía el don de tomar actitudes graciosas y cuando su rostro estaba en la sombra nadie podía adivinar qué aguas profundas estaba atravesando. Pero al mirar a lo alto, la clara luz del atardecer mostró lo descompuesto y pálido que estaba y como se notaban en él las huellas de los últimos días. La cólera de Montanelli se desvaneció.

—Siento mucho que haya estado terriblemente enfermo— dijo. —Lamento

muy sinceramente no haber sabido todo esto. Lo habría suprimido antes.

El *Tábano* se encogió de hombros.

—Todo esta permitido en la guerra— dijo fríamente. —Su eminencia se opone teóricamente a las correas desde el punto de vista cristiano, pero es difícil que el coronel lo vea de ese modo. Él, sin duda, preferiría no probarlas en su propia piel, lo que es e...exactamente mi caso. Pero se trata de asunto de conveniencia personal. En este momento estoy hundido... ¿qué quiere usted? Su eminencia es muy generoso viniendo aquí, pero quizá lo ha hecho también desde el punto de vista cristiano. Visitar a los presos... ¡Ah, sí! No me acordaba: "Cuando lo hicisteis a uno de mis hermanos..." eso no es muy cortés, pero uno de esos hermanos queda debidamente agradecido.

—*Signor* Rivarez— lo interrumpió el cardenal —he venido aquí por deseo de usted, no mío. Si usted no estuviera *hundido*, como dice, nunca le habría vuelto a hablar después de lo que me dijo la semana pasada, pero usted tiene el doble privilegio de ser un prisionero y un enfermo, y yo no podía negarme a venir o ¿es que usted me envió a llamar simplemente para divertirse insultando a un anciano?

No hubo respuesta. El *Tábano* se había vuelto al otro lado y estaba acostado, cubriéndose los ojos con una mano.

—Siento mucho molestarlo— dijo al fin secamente —pero ¿podría beber un poco de agua?

Había un jarro con agua en la ventana y Montanelli se levantó y lo trajo. Cuando deslizó el brazo alrededor del *Tábano* para incorporarlo, sintió de repente los dedos húmedos y fríos agarrados a su puño como tenazas.

—Déme su mano... pronto... solo un momento— susurró el *Tábano*. —¡Oh! ¿Qué le importa a usted? ¡Sólo un momento!

Cayó hacia delante y escondió la cara en el brazo de Montanelli, temblando de pies a cabeza.

—Beba un poco de agua— dijo Montanelli, pasado un momento. El *Tábano* obedeció silenciosamente; después volvió a echarse con los ojos cerrados. Él mismo

no podría dar ninguna explicación de lo que le había ocurrido cuando la mano de Montanelli tocó su mejilla; solo sabía que en toda su vida no había habido nada más terrible.

Montanelli acercó más la silla al jergón y se sentó. El *Tábano* yacía totalmente inmóvil, como un cadáver, y su cara estaba lívida y contraída. Después de un largo silencio, abrió los ojos y fijó su espectral y obsesionante mirada en el cardenal.

—Gracias— dijo. —Lo siento. Creo que usted me preguntó algo.

—No está usted en condiciones de hablar. Si quiere decirme algo vendré de nuevo mañana por la mañana.

—Por favor, no se vaya, su eminencia... Verdaderamente, nada hay que hacer conmigo. He estado un poco trastornado estos últimos días; la mitad era fingimiento, aunque... el coronel se lo dirá si le pregunta.

—Prefiero sacar mis propias conclusiones— contestó Montanelli serenamente.

—E...eso hace el coronel. Y, circunstancialmente ¿sabe usted?, son algo ingeniosas. No lo creería usted mirándolo, pe...pero algunas veces expresa una idea original. La noche del viernes, por ejemplo... creo que era el viernes, pero tengo alguna confusión acerca del tiempo... de cualquier modo, pedí una dosis de opio... recuerdo eso distintamente, y él vino aquí y dijo que yo podía tomarlo si le decía quién abrió la puerta. Recuerdo cómo lo decía: "Si es verdad que lo necesita, usted consentirá, si no lo declara, es prueba de que usted está fingiendo". N...nunca se me ocurrió nada tan cómico, es una de las cosas más chistosas...

Estalló en un ataque instantáneo de dura y discordante risa; después, volviéndose bruscamente hacia el silencioso cardenal, continuó diciendo cada vez más rápidamente, tartamudeando, de manera que las palabras eran difícilmente inteligibles:

—¿No ve usted que eso es chistoso? Por supuesto que no, los religiosos carecen completamente del sentido del humor... lo toman todo trágicamente. Por

ejemplo, aquella noche en la catedral... ¡qué solemne estaba usted! Y, a propósito, ¡qué patética figura debí hacer como peregrino! No creo que usted vea nada cómico en el asunto para el que ha venido esta noche.

—Vine a saber qué tenía usted que decir, pero está demasiado excitado para decirlo esta noche. Lo mejor que podía hacer el médico es darle un sedante y mañana hablaremos, cuando haya dormido una noche.

—¿Dormir? ¡Oh! Dormiré bastante cuando su eminencia haya dado su consentimiento al plan del coronel... una onza de plomo es un sedante espléndido.

—No lo entiendo— dijo Montanelli, volviéndose hacia él con la mirada espantada.

El *Tábano* se echo de nuevo a reír.

—¡Su eminencia, su eminencia posee verdaderamente las virtudes cristianas! ¿Cree usted que yo n...no sé lo duro que ha sido el gobernador tratando de obtener su consentimiento para un consejo de guerra? Haría mejor su eminencia en facilitar ese medio: es el único que todos sus hermanos, los prelados, habrían concedido en su lugar. *Così fan tutti* ¡y entonces haría usted mucho bien a cambio de tan poco daño! ¡Realmente no vale la pena que haya pasado tantas noches sin dormir!

—Haga el favor de dejar de reír un momento— interrumpió Montanelli —y dígame cómo supo todo eso. ¿Quién le ha hablado de eso?

—¿No le ha dicho a usted el coronel que soy un de... demonio... y no un hombre? ¿No? ¡Me lo ha dicho a mí tantas veces! Bueno, soy lo suficientemente demonio para descubrir algo de lo que la gente está pensando acerca de la cuestión. Su eminencia está pensando que soy un estorbo detestable y desea que otro se comprometa a decir lo que hay que hacer conmigo sin perturbar su sensible conciencia. Bonita adivinación, ¿no es verdad?

—Escúcheme— dijo el cardenal, sentándose de nuevo al lado del *Tábano* con muy severa faz. —Como quiera que usted haya sabido eso, es completamente verdad. El coronel Ferrari teme otro intento de evasión por parte de sus amigos y desea

evitarlo de la manera que usted dice. Ya ve que soy enteramente franco con usted.

—Su eminencia ha sido siempre fa...famoso por su franqueza— repuso el *Tábano* amargamente.

—Usted sabe, naturalmente— continuó Montanelli —que legalmente no tengo jurisdicción en asuntos temporales; soy obispo, no legado. Pero tengo mucha influencia en este distrito y el coronel no quiere, creo, tomar tan extrema medida sin tener, por lo menos, mi consentimiento tácito. Hasta ahora me he opuesto incondicionalmente a ese plan y él ha tratado muy fuertemente de vencer mis objeciones asegurándome que existe el peligro de un intento armado el jueves, cuando la multitud se reúna para la procesión; un intento que probablemente acabaría en derramamiento de sangre. ¿Me escucha usted?

El *Tábano* dirigía su mirada ausente a la ventana. Miró a su alrededor y contestó con voz fatigada:

—Sí, estoy escuchando.

—Quizá no se encuentre usted realmente bien para hablar esta noche. ¿Quiere que vuelva mañana por la mañana? Es asunto muy serio y necesito toda su atención.

—Sería mejor terminarlo ahora— contestó el *Tábano* en el mismo tono. — Escucho todo lo que usted dice.

—Bueno, si eso es verdad— continuó Montanelli —si hay realmente peligro de motines y derramamiento de sangre a causa de usted, estoy cargando con una tremenda responsabilidad oponiéndome al coronel, y creo que hay por lo menos algo de verdad en lo que él dice. Por otra parte, me inclino a pensar que ese juicio está alimentado, en cierta proporción, por su animosidad personal contra usted y que probablemente exagera el peligro. Esto me parece lo más probable desde que he visto esta vergonzosa brutalidad—. Miró las correas y las cadenas que estaban en el suelo, y continuó: —Si consiento, lo mato a usted; si me niego, corro el riesgo de matar a personas inocentes. He reflexionado sobre la cuestión seriamente y he buscado con todo mi corazón una solución a esta terrible alternativa. Y ahora, por lo menos, he descubierto mi pensamiento.

—Matarme y s...salvar a las personas inocentes, desde luego, es la única conclusión a que llegaría probablemente un cristiano. "Si tu mano derecha te ofende" etcétera. No tengo el ho...honor de ser la mano derecha de su eminencia y lo he ofendido; la co...conclusión es obvia. ¿No podía decirme esto sin tanto preámbulo?

El *Tábano* habló con lánguida indiferencia y desprecio, como hombre totalmente cansado del tema de la conversación.

—Bien— añadió, después de una corta pausa. —¿Fue ésa la decisión, su eminencia?

—No.

El *Tábano* cambió de posición, poniendo ambas manos detrás de la cabeza y mirando a Montanelli con los ojos medio cerrados. El cardenal, con la cabeza baja, como sumido en profundos pensamientos, golpeaba blandamente el brazo de su silla con la mano. ¡Ah, ese viejo gesto familiar!

—He decidido— dijo, alzando la cabeza al fin —hacer una cosa que, supongo, no tiene absolutamente precedentes. Cuando supe que usted había pedido verme, resolví venir aquí y decírselo todo, como lo he hecho, y poner la cuestión en manos de usted.

—¿En... mis manos?

—*Signor* Rivarez, no he venido a usted como cardenal, ni como obispo, ni como juez; he venido a usted como un hombre va a otro hombre. No le pido que me diga cómo se ha enterado del plan que propone el coronel. Comprendo perfectamente que si usted lo calla, es secreto suyo y no me lo dirá. Pero le pido que se ponga en mi lugar. Yo soy viejo y, sin duda alguna, no viviré mucho tiempo. Quisiera bajar a la tumba sin sangre en mis manos.

—¿No hay alguna ya en ellas, su eminencia?

Montanelli se puso aún más pálido, pero continuó tranquilamente.

—Toda mi vida me he opuesto a medidas represivas y a la crueldad dondequiera que las he hallado. Siempre he desaprobado la pena capital en todas

sus formas; he protestado enérgica y repetidamente contra las comisiones militares en el último reinado, y me he visto privado de favor por haberlo hecho así. Hasta ahora, toda la influencia y todo el poder que he poseído fueron empleados siempre en el lado de la misericordia. Le pido que crea, por lo menos, que estoy diciendo la verdad. Ahora me veo situado ante este dilema. Negándome, expongo la ciudad al peligro de motines con todas sus consecuencias y esto para salvar la vida de un hombre que blasfema contra mi religión, que me ha calumniado, agraviado e insultado personalmente (aunque esto es relativamente una bagatela); de un hombre, según creo firmemente, que hará de su vida un mal uso en cuanto le sea posible. Pero... esto es salvar la vida de un hombre.

Calló un momento y continuó:

—*Signor* Rivarez, todo lo que se de su carrera me parece malo y perjudicial; y he creído largo tiempo que usted es temerario, violento y sin escrúpulos. Hasta cierto punto aún mantengo esa opinión. Pero durante los últimos quince días me ha demostrado que es bravo y fiel a sus amigos. Ha hecho que los soldados lo amen y admiren, y eso no lo puede hacer cualquiera. Pienso que acaso lo he juzgado mal y que hay en usted algo mejor que lo que muestra al exterior. A ese yo mejor que hay en usted, apelo, y solemnemente le ruego que, en conciencia, me diga francamente... en mi lugar ¿que haría usted?

Siguió un largo silencio. Luego el *Tábano* alzó la mirada.

—Por lo menos, yo decidiría mis propias acciones por mí mismo y cargaría con las consecuencias. ¡No iría a ver solapadamente a otras gentes, de una manera cristiana y cobarde, para pedirles que me resolvieran los problemas!

La arremetida fue tan súbita, y su extraordinaria vehemencia y pasión ofrecían tan rudo contraste con la lánguida afectación mostrada momentos antes, que parecía como si hubiera arrojado una máscara.

—Nosotros, los ateos— continuó furiosamente —entendemos que si un hombre tiene una cosa con que cargar, debe soportarla lo mejor que pueda y si se hunde bajo ella... pues peor para él. Pero un cristiano viene gimiendo a su Dios o a sus santos o si ellos no lo ayudan, a sus enemigos... siempre puede encontrar una

espalda donde dejar su carga. ¿Hay alguna regla que diga en su *Biblia* o en su misal o en sus libros de cánticos teológicos, que usted tenga que venir a mí para que le diga que debe hacer? ¡Por los cielos y por la tierra, hombre! ¿No soporto ya bastante, sin que tenga que cargar sus responsabilidades sobre mis espaldas? Regrese a su Jesús. Él pagó con creces y mejor sería que usted hiciera lo mismo. Después de todo, usted solo mata a un ateo, a un hombre que alardea de sus ideas ¡y esto no es un gran crimen, seguramente!

Calló un momento, faltarle de aliento y luego estalló de nuevo:

—¡Usted habla de crueldad! Y ese asno mentecato no ha podido herirme tanto como usted, aunque lo intentara durante un año; él no ha tocado al cerebro. Todo lo que el puede hacer es ponerme una correa apretada y cuando no puede apretarla más ha terminado con sus recursos ¡Cualquier majadero puede hacer eso! Pero usted... "Firme su propia sentencia de muerte, haga el favor; mi corazón es demasiado blando para hacerlo yo mismo." ¡Oh! ¡Eso haría quedar bien a un cristiano... a un bondadoso, compasivo cristiano, que se pone pálido al ver una correa demasiado apretada! ¿Podía haber sabido yo, cuando usted vino como un ángel de misericordia..., tan extrañado de la *barbarie* del coronel... que la cosa auténtica estaba comenzando? ¿Por qué me mira de esa manera? Consienta, hombre, por supuesto, y vaya a su casa a cenar; la cosa no vale tanta inquietud. ¡Diga al coronel que puede fusilarme o ahorcarme o lo que le venga mis a mano... asarme vivo, si eso lo divierte... y termine el asunto!

El *Tábano* parecía otro. Estaba fuera de sí, lleno de rabia y desesperación, jadeante y tembloroso, con ojos llenos de verdes reflejos como los de un gato furioso.

Montanelli se habla puesto en pie y lo miraba en silencio. No comprendía el designio de los frenéticos reproches, pero sí en que situación extrema eran pronunciados y, comprendiendo eso, perdonaba todos los recientes insultos.

—¡Silencio!— dijo. —No quise herirlo de esa manera. Verdaderamente, nunca quise echar mi carga sobre usted, que ya tiene demasiada. Nunca hice eso conscientemente a ninguna criatura viva...

—¡Eso es mentira!— gritó el *Tábano* con ojos llameantes. —¿Y el obispado?

—¿El... obispado?

—¡Ah! ¿Usted ha olvidado eso? ¡Es tan fácil olvidar! "Si tú quieres, Arturo, diré que no puedo ir." Yo tenía qué decidir sobre su propia vida... Yo ia los diecinueve años! Si no fuera tan horrible, sería chistoso.

—¡Basta!— Montanelli se llevó ambas manos a la cabeza con un grito desesperado. Las dejó caer de nuevo y marchó lentamente hasta la ventana, en cuyo alféizar se sentó, apoyando un brazo en los barrotes y oprimiendo su frente contra él. El *Tábano* se echó, vigilándolo tembloroso.

Un momento después Montanelli se puso en pie y volvió, con los labios del color de la ceniza.

—Lo siento mucho— dijo, esforzándose torpemente en mantener su actitud tranquila usual —pero tengo que irme a casa... no me encuentro bien.

Se estremecía como si tuviera fiebre. Toda la furia del *Tábano* se derrumbó.

—Padre, no piense en ello...

Montanelli retrocedió y quedó quieto.

—¡Esto faltaba!— murmuró al fin. —¡Dios mío, cualquier cosa menos esto! Me estoy volviendo loco...

El *Tábano* se irguió apoyándose en un brazo y tomó entre las suyas las manos temblorosas del cardenal.

—Padre ¿no comprendió nunca que yo no me ahogué?

Las manos se pusieron en seguida frías y rígidas. Durante un momento todo quedó en un silencio mortal; después, Montanelli se puso de rodillas y escondió su faz en el pecho del *Tábano*.

Cuando levantó la cabeza el sol se había puesto y el resplandor rojo se desvanecía en occidente. Habían olvidado tiempo y lugar, y la vida y la muerte; habían olvidado, incluso, que eran enemigos.

—Arturo— murmuró Montanelli —¿Eres tú, realmente? ¿Has venido a mí desde la región de los muertos?

—Desde los muertos...— repitió el *Tábano*, temblando. Estaba echado con su cabeza sobre el brazo de Montanelli, como un niño enfermo en brazos de su madre.

—¡Has vuelto.... has vuelto al fin!

El *Tábano* afirmó con la cabeza lentamente.

—Sí— dijo. —Y usted tiene que pelear conmigo o matarme.

—¡Oh, calla *carino!* ¿Quién habla de eso ahora? Hemos sido como niños perdidos en la oscuridad, tomándose mutuamente como fantasmas. Ahora nos hemos encontrado y tenemos que salir a la luz. ¡Pobre hijo mío, qué cambiado estás... qué cambiado estás! Diríase que todo el océano de desdichas del mundo ha pasado sobre tu cabeza... ¡tú que siempre estabas tan lleno de la alegría de vivir! Arturo, ¿eres tú realmente? He soñado tantas veces que habías vuelto a mí, y luego despertaba y veía las tinieblas profundas en un lugar vacío. ¿Cómo puedo saber que no he de despertar de nuevo y encontrar que todo es un sueño? Dame algo tangible... dime cómo ha ocurrido todo.

—Fue muy sencillo. Me escondí en un barco mercante como polizón y fui a América del Sur.

—¿Y allí?

—Allí... viví, si se puede decir así, hasta... ¡Oh, he visto algo más que seminarios teológicos desde que usted me enseñaba filosofía! ¡Dice usted que me ha soñado..! ¡Sí, y mucho! ¡Dice usted que ha soñado conmigo..., sí, y yo en usted!

Calló un momento, estremeciéndose.

—Una vez— continuó de pronto —trabajaba en una mina en el Ecuador...

—¿No como minero?

—No, como esclavo de minero... Poca cosa, con los peones chinos. Tenía una barraca para dormir en la boca del pozo y una noche..., había estado enfermo, como últimamente y llevando piedras bajo el sol abrasador... Debía estar aturdido, porque lo vi a usted venir desde la puerta. Llevaba usted un crucifijo como él que está en la

pared. Iba usted orando, y pasó rozándome sin volverse. Grité pidiéndole ayuda... que me diera un veneno o un cuchillo... algo para terminar antes de volverme loco, ¡Y usted...! ¡Ah!

Se pasó una mano sobre los ojos. Montanelli todavía sostenía la otra.

—Vi en su cara que me había oído, pero usted no se volvió; siguió marchando con sus plegarias. Cuando terminó y besó el crucifijo, miró alrededor y murmuró: "Lo siento mucho por ti, Arturo, pero no me atrevo a mostrarlo; Él se enfadaría." Usted lo miró y la imagen de madera se reía. Después, cuando recuperé mis sentidos, y vi la barraca y los peones chinos con su lepra, comprendí. Vi que usted se cuidaba más de ganar el favor de ese endiablado Dios suyo que de salvarme de cualquier infierno. Y he recordado eso. Lo olvidé justamente hasta ahora, cuando me tocó... He estado enfermo y en otro tiempo yo lo quería. Pero no puede haber nada entre nosotros sino guerra y guerra y guerra. ¿Para que coge usted mi mano? ¿No comprende que mientras usted crea en su Jesús no podemos ser más que enemigos?

Montanelli inclinó la cabeza y besó la mano mutilada.

—Arturo ¿cómo puedo ayudar creyendo en Él? Si he mantenido mi fe a través de estos terribles años ¿cómo pudo dudar de Él ahora que ha concedido que vuelvas a mí? Recuerda, yo pensaba que te había matado.

—Todavía tiene usted que hacer eso.

—¡Arturo!— Fue un grito de verdadero terror, pero el *Tábano* continuó como si no hubiera oído:

—Seamos honestos, hagamos lo que debemos y sin vacilaciones. Usted y yo estamos separados por un abismo y no hay esperanza en unir las manos a través de la distancia que nos separa. Si usted ha decidido que no puede, o no quiere, abandone esa cosa— miró de nuevo el crucifijo en la pared —debe consentir en lo que el coronel...

—¡Consentir! ¡Dios mío... consentir... Arturo, pero yo te quiero!

La cara del *Tábano* se contrajo terriblemente.

—A quien quiere usted más ¿a mí o a esa cosa?

Montanelli se levantó lentamente. Su alma estaba anonadada de terror y su cuerpo parecía marchitarse, debilitarse, envejecer, como una hoja mordida por el hielo. Había despertado de su sueño y las tinieblas externas llenaban un lugar vacío.

—Arturo, ten un poco de misericordia de mí...

—¿Cuanta tuvo usted para mí cuando sus mentiras me arrojaron a ser esclavo de los negros en las plantaciones de azúcar? Tiembla usted por eso... ¡Ah, esos santos de corazón tierno! Este es el hombre cuyo corazón sigue a Dios... el hombre que se arrepiente de sus pecados y vive. Nadie muere, excepto su hijo. Dice usted que me quiere ¡su cariño ha sido bastante caro! Usted cree que yo puedo borrarlo todo y volverme Arturo con unas cuantas palabras tiernas... yo, que he sido lavaplatos en burdeles de mestizos inmundos y mozo de cuadra de granjeros criollos que eran peores brutos que su mismo ganado. Yo, que he sido bufón con gorro y campanillas en un circo ambulante... ganapán y peón de los mataderos en corridas de toros; yo, que he sido esclavo de cada bestia negra que ponía sus pies en mi cuello; yo, que he estado hambriento y he sido escupido y pateado; ¡yo, que he mendigado pedazos de pan mohoso y se me han negado porque los perros tenían más derecho! ¡Oh, para que sirve todo esto! ¿Cómo puedo *decirle* a usted lo que ha traído sobre mí? Y ahora ¡usted me quiere! ¿Cuanto me quiere usted? ¿Lo bastante para dejar su Dios por mí? Oh ¿Qué ha hecho por usted, Él, ese perdurable Jesús? ¿Qué ha sufrido Él por usted para que tenga que quererlo más que a mí? ¿Es porque tiene sus manos taladradas por lo que Él es tan querido por usted? ¡Mire las mías! Mire aquí y aquí...

Rasgó su camisa y mostró las horribles cicatrices.

—Padre ¡este Dios suyo es un impostor; sus heridas son falsas heridas, su dolor es una farsa! ¡Soy yo quien tiene el derecho a su corazón! Padre, no hay ninguna tortura que usted no haya ocasionado sobre mí. ¡Si pudiera, por lo menos, saber qué es lo que ha sido mi vida! ¡Y no obstante, no he muerto! Lo he resistido todo y he llenado mi alma de paciencia, porque yo volvería y lucharía con ese Dios

suyo. He mantenido este propósito como una coraza junto a mi corazón, y eso me ha salvado de la locura y de la segunda muerte. Y ahora, cuando vuelvo, lo encuentro todavía en mi lugar... esa falsa víctima que fue crucificada durante seis horas, ciertamente, y se levantó de nuevo de entre los muertos! ¡Padre, he sido crucificado durante cinco años y también he surgido de entre los muertos! ¿Qué va usted a hacer conmigo? ¿Qué va usted a hacer conmigo?

Calló, extenuado. Montanelli permanecía sentado como una imagen de piedra o como un cadáver erguido. Al principio, bajo el torrente ardoroso de la desesperación del *Tábano* tembló un poco, con la automática contracción de la carne bajo un latigazo, pero ahora estaba completamente inmóvil. Tras un largo silencio, levantó la mirada y habló como si la vida se apagara en él, pacientemente:

—Arturo ¿quieres explicarte más claramente? Me confundes y me aterras de tal modo, que no puedo comprender. ¿Qué es lo que me pides?

El *Tábano* volvió hacia él una faz espectral.

—Yo no pido nada. ¿Quién puede obligar al amor? Usted es libre de elegir entre nosotros dos al que le sea más querido. Si lo quiere usted más a Él, elíjalo.

—No puedo comprender— repitió Montanelli, tristemente. —¿Qué puedo yo elegir? No puedo suprimir el pasado.

—Tiene usted que elegir entre nosotros. Si usted me quiere, quite esa cruz de su cuello y venga conmigo. Mis amigos están fraguando otro golpe y con su ayuda les será más fácil. Después, cuando estemos a salvo al otro lado de la frontera, reconózcame públicamente. Pero si no me quiere lo suficiente para hacer eso, si ese ídolo de madera es para usted más que yo, entonces vaya a ver al coronel y déle su consentimiento. Y si ha de ir, vaya de una vez, y ahórreme la desdicha de verlo. Bastante tengo sin eso.

Montanelli miró a lo alto, con profundo desaliento. Empezaba a comprender.

—Me comunicaré con tus amigos, desde luego. Pero ir contigo..., es imposible..., soy un sacerdote.

—Y yo no acepto favores de sacerdotes. No tendré más compromisos, padre;

bastantes he tenido y he pagado sus consecuencias. Usted tiene que abandonar su sacerdocio o entregarme.

—¿Cómo puedo entregarte?— le replicó —Arturo, ¿cómo puedo entregarte?

—Entonces, abandónelo a Él. Tiene usted que elegir entre nosotros. ¿Quiere usted ofrecerme una parte de su cariño, la mitad para mí, la mitad para su cruel Dios? Yo no quiero sus sobras. Si usted es suyo, entonces no es mío.

—¿Quieres partir mi corazón en dos? ¡Arturo! ¡Arturo! ¿Quieres volverme loco?

El Támano dio un golpe con la mano contra la pared.

—Tiene usted que elegir entre nosotros— repitió una vez más.

Montanelli sacó de su pecho una cajita que contenía un papel sucio y arrugado.

—¡Mira!— dijo.

"Creía en usted, como creía en Dios. Dios es una cosa hecha de barro que yo puedo deshacer con un martillo y usted me ha engañado con una mentira."

El *Támano* rió y lo apartó.

—¡Qué de...deliciosamente joven es uno a los diecinueve años! Agarrar un martillo y destrozar cosas parece tan fácil. Pero ahora... ocurre que yo estoy bajo el martillo. En cuanto a usted, hay mucha gente a la que puede engañar con mentiras... y que incluso no necesitan descubrirlo.

—Como quieras— dijo Montanelli. —Acaso en tu lugar fuera yo tan sin misericordia como tú... Dios lo sabe. No puedo hacer lo que pides, Arturo, pero haré lo que pueda. Arreglaré tu evasión y cuando estés a salvo sufriré un accidente en las montañas o tomaré por equivocación otro medicamento para dormir... la que quieras que elija. ¿Te contentará eso? Es todo lo que puedo hacer. Es un pecado muy grande, pero creo que Él me perdonará. Él es más misericordioso.

El *Támano* alargó ambos brazos dando un grito agudo.

—¡Oh, eso es demasiado! ¡Eso es demasiado! ¿Que he hecho yo para que

usted piense en mi de esa manera? ¡Que derecho tiene usted... como si yo pensara en vengarme de usted! ¿No ve que solo quiero salvarlo? ¿No comprenderá nunca que lo quiero?

Tomó las manos de Montanelli y las cubrió de lágrimas y besos ardientes.

—¡Padre, venga con nosotros! ¿Qué tiene que hacer en ese mundo mortal de sacerdotes e ídolos? ¡Están llenos de polvo de edades pasadas, están podridos, son perniciosos e impuros! ¡Salga de esa Iglesia llena de Calamidades... venga con nosotros a la luz! ¡Padre, nosotros somos la vida y la juventud; somos la primavera eterna, somos el futuro! Padre, el amanecer se acerca... ¿Quiere usted perder su parte en el sol naciente? ¡Despierte y olvidemos las pesadillas horribles... despierte y comenzaremos nuestra nueva vida! Padre, siempre lo he querido... siempre, incluso cuando me mató... ¿Quiere matarme otra vez?

Montanelli apartó sus manos.

—¡Oh, Dios, apiádate de mí!— gritó. —*¡Tienes los ojos de tu madre!*

Un extraño silencio, largo, profundo y súbito envolvió a ambos. En la gris luz crepuscular se miraron y sus corazones estaban llenos de temor.

—¿Tienes algo más que decir?— murmuró Montanelli —¿Alguna... esperanza que darne?

—No. Mi vida no me sirve sino para luchar contra los sacerdotes. No soy un hombre; soy un cuchillo. Si usted me deja vivir, sanciona los cuchillos.

Montanelli se volvió hacia el crucifijo.

—¡Dios mío! ¡Escucha esto...!

Su voz murió en el silencio vacío y sin respuesta. Solo el demonio burlón despertó otra vez en el *Tábano*.

—Llá...llámelo más fuerte; acaso está durmiendo...

Montanelli se puso en pie súbitamente, como si lo hubieran golpeado. Durante un momento miró al vacío; luego se sentó en el borde del jergón, se cubrió la cara con ambas manos y estalló en llanto. El *Tábano* se estremeció y un frío sudor cubrió su cuerpo. Sabía lo que significaban aquellas lágrimas.

Echó la sábana sobre su cabeza para no escuchar. Bastante era tener que morir... él, que estaba tan vívidamente, tan magníficamente vivo. Pero no pudo cerrarse al sonido; penetraba en sus oídos, le golpeaba el cerebro, palpitaba en todos sus latidos. Montanelli seguía sollozando y sollozando, y las lágrimas caían entre sus dedos.

Al fin dejó de sollozar y se secó los ojos con el pañuelo, como un niño que hubiese estado llorando. Cuando se puso en pie, el pañuelo se deslizó desde sus rodillas al suelo.

—No sirve que hablemos más— dijo. —¿Comprendes?

—Comprendo— contestó el *Tábano*, con sorda resignación. —Usted no tiene la culpa. Su Dios está hambriento y hay que alimentarlo.

Montanelli se volvió hacia él. La tumba que se iba a cavar no estaba más muda que ellos. En silencio se miraban mutuamente a los ojos, como dos amantes que, separados por la fuerza, solo pueden mirarse a través de una barrera que no pueden salvar.

Fue el *Tábano* el primero que bajó la mirada. Se dejó caer sobre el jergón, escondiendo la cara y Montanelli comprendió que aquel gesto significaba: "Váyase". Se volvió y salió de la celda. Un momento después, el *Tábano* se irguió.

—¡Oh, no lo puedo resistir! ¡Padre, vuelva! ¡Vuelva!

La puerta estaba cerrada. Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos y fijos, y comprendió que todo había terminado. El Galileo había vencido.

Toda la noche ondeó suavemente la hierba, abajo, en el patio... la hierba que iba a marchitarse tan pronto, arrancada por la azada y la pala, y toda la larga noche permaneció echado el *Tábano*, solo en la oscuridad y sollozando.

CAPÍTULO VII

El consejo de guerra se reunió el martes por la mañana. Fue un asunto breve y simple, una mera formalidad, que ocupó escasamente veinte minutos. Verdaderamente, no hacía falta gastar mucho tiempo; no se permitió ninguna defensa y los únicos testigos fueron el espía, el oficial herido y unos cuantos soldados. La sentencia estaba redactada de antemano; Montanelli había enviado el deseado consentimiento privado y los jueces (el coronel Ferrari, el comandante local de dragones y los dos oficiales de la guardia suiza) tuvieron poco que hacer. La acusación fue leída en voz alta, los testigos presentaron pruebas y las firmas fueron estampadas en la sentencia, que después fue leída al condenado con aparatosa solemnidad. Este escuchó en silencio y cuando se le preguntó, de acuerdo con la costumbre, si tenía algo que decir, simplemente desechó la pregunta con un ademán impaciente. Escondido en su pecho estaba el pañuelo que Montanelli había dejado caer. Lo había besado y llorado sobre él toda la noche, como si fuera una cosa viva. Ahora estaba pálido y abatido, y había aún huellas de lágrimas en sus párpados, pero las palabras: "Sea pasado por las armas", no parecieron afectarlo mucho. Cuando fueron pronunciadas, las pupilas de sus ojos se dilataron, pero eso fue todo.

—Vuélvano a su celda— dijo el gobernador, terminadas todas las formalidades y el sargento, que estaba evidentemente próximo a desmayarse, tocó en la espalda a la figura inmóvil. El *Tábano* miró a su alrededor con cierto asombro.

—¡Ah, si!— dijo. —Me olvidaba.

Había algo parecido a piedad en la cara del gobernador. No era un hombre cruel por naturaleza y estaba secretamente algo avergonzado por la parte que había representado durante el pasado mes. Ahora se había conseguido el punto principal

y deseaba hacer alguna concesión que estuviera en su poder.

—No tiene que ponerle ya los grilletes— dijo, mirando los puños magullados e hinchados. —Y puede quedarse en su propia celda. La de los sentenciados es desgraciadamente oscura y triste —añadió volviéndose hacia su sobrino. —Y realmente se trata de pura formalidad.

Tosió y echó a andar, presa de evidente embarazo; luego llamó al sargento que conducía al preso y le dijo que se acercara.

—Espere, sargento; quiero hablar con él.

El *Tábano* no se movía y la voz del gobernador parecía caer sobre sus oídos insensibles.

—Si tiene usted algún mensaje que enviar a sus amigos o a sus parientes... ¿Tiene usted parientes?

No hubo respuesta.

—Bien, piense en ello y dígamelo o al sacerdote. Procuraré que no sea olvidado. Mejor sería que diera sus mensajes al sacerdote; el vendrá en seguida y permanecerá toda la noche con usted. Si necesita alguna otra cosa...

El *Tábano* alzó la vista.

—Diga al sacerdote que prefiero estar solo. No tengo amigos ni mensajes que enviar.

—Pero usted tiene que confesarse.

—Soy ateo. Solo quiero que me dejen en paz.

Lo dijo con voz opaca, tranquila, sin desafío, ni irritación y se volvió para seguir su camino. En la puerta se detuvo.

—Me olvidaba, coronel: hay un favor que quiero pedirle. No deje que me aten ni que venden mis ojos mañana, por favor. Estaré completamente tranquilo.

Al salir el sol, en la mañana del miércoles, lo llevaron al patio. Su cojera era más acentuada que de costumbre y andaba con evidente dificultad y dolor, apoyándose

pesadamente en el brazo del sargento, pero toda la fatigosa resignación había desaparecido de su cara. Los terrores espectrales que lo habían abatido en el silencio vacío, las visiones y sueños del mundo de las sombras, se habían desvanecido con la noche. Con la presencia de sus enemigos, surgió el ánimo combatiente en él y no mostraba miedo alguno.

Los seis carabineros que habían sido designados para la ejecución estaban formados en línea frente al muro cubierto de hiedra, el mismo muro agrietado y desmoronado sobre el cual él se había arrastrado en la noche de su desdichada tentativa de evasión. Difícilmente podían contener sus lágrimas ahora, allí cada uno con su carabina en la mano. Les parecía un horror más allá de lo imaginable que se les hubiera llamado para matar al *Tábano*. Él y sus agudas sutilezas, su perpetua risa, su valor, brillante y contagioso, habían sido para sus oscuras y tristes vidas como un errante rayo de sol y que él tuviera que morir, en sus manos, era para ellos como si se apagarán las estrellas.

Bajo la gran higuera del patio, su tumba estaba abierta, esperándolo. Había sido cavada por la noche por manos que repugnaban la obra y habían caído lágrimas sobre la azada. Cuando pasó al lado, la miró y sonrió ante el negro hoyo y la hierba marchitándose al borde; hizo una aspiración intensa, para oler el aroma de la tierra recién revuelta.

El sargento se detuvo cerca del árbol y el *Tábano* miró a su alrededor con su más brillante sonrisa.

—¿Debo quedarme aquí, sargento?

El hombre asintió con la cabeza; tenía un nudo en la garganta y no habría podido hablar, ni aún por salvar su vida. El gobernador, su sobrino, el teniente de carabineros que tenía que dar la voz de mando, un médico y un sacerdote estaban ya en el patio y se acercaron con caras graves, medio avergonzados bajo el radiante desafío de los ojos sonrientes del *Tábano*.

—¡Bu...buenos días, señores! ¡Ah y su reverencia se ha levantado tan pronto, también! ¿Cómo está usted, capitán? Esta es una ocasión mucho más agradable para usted que nuestro primer encuentro, ¿verdad? Veo que aun lleva el

brazo en cabestrillo; es que mi trabajo fue una chapucería. Estos buenos muchachos lo harán mejor... ¿No les parece, muchachos?

Paseó la mirada por las caras tristes de los carabineros.

—No habrá necesidad de vendas esta vez, de ningún modo. ¡No deben estar tristes por eso! Junten los talones y demuestren que pueden disparar bien derechos. Muy pronto habrá más quehacer para ustedes y nada hay como practicar de antemano.

—Hijo mío— dijo el sacerdote, interrumpiéndolo adelantándose, mientras los demás retrocedían para dejarlos solos juntos. —Dentro de pocos minutos estará usted en presencia de su Hacedor ¿va a utilizar de otra manera estos momentos últimos que se dejan para su arrepentimiento? Piense, se lo suplico, en que tremenda cosa es morir sin absolución, con todos sus pecados sobre su cabeza. Cuando esté ante su juez será demasiado tarde para arrepentirse. ¿Se aproximará a su altísimo trono con una broma en sus labios?

—¿Una broma, su reverencia? Es usted, yo creo, quien necesita de esa pequeña homilía. Cuando venga nuestro turno, usaremos cañones de campaña en lugar de media docena de carabinas de segunda mano y entonces verá usted si hablábamos en broma.

—¿*Usted* usará cañones! ¡Oh, hombre infeliz! ¿No se ha dado cuenta todavía de en que extremo terrible se encuentra?

El *Tábano* se volvió para mirar por encima de su hombro la tumba abierta.

—¿Así su reverencia cree que cuando me hayan metido ahí, habrán terminado conmigo? ¿Quizá ponga usted una piedra encima para evitar una re...resurrección "al tercer día"? No tenga miedo, su reverencia. No hurtaré el monopolio de ficciones baratas: yaceré tan quieto como un ratón exactamente donde ustedes me pongan. Y, sin embargo, *nosotros* usaremos cañones...

— ¡Oh, Dios misericordioso!— clamó el sacerdote —perdona a este infeliz!

—¡Amen!— murmuró el teniente de carabineros, lanzando un sordo gruñido, mientras el coronel y su sobrino se santiguaban devotamente.

Como no había, evidentemente, esperanza alguna de que su insistencia produjera efecto, el sacerdote abandonó el intento fallido y se apartó, meneando la cabeza y murmurando una oración. Las sencillas y breves preparaciones se hicieron sin más tardanza y el *Tábano* se situó, él mismo, en la posición requerida, solamente volviendo la cabeza para levantar los ojos un momento hacia el esplendor rojo y amarillo del sol naciente. Había repetido el ruego de que no fueran vendados sus ojos y su faz desafiante había arrancado al coronel un consentimiento de mala gana. Ambos habían olvidado que estaban mortificando a los soldados.

Se puso en pie frente a ellos, sonriendo; las carabinas temblaban en sus manos.

—Estoy dispuesto— dijo.

El teniente avanzó unos pasos, temblando con un poco de excitación. Nunca había dado la voz de mando para una ejecución hasta entonces.

—¡Atención... apunten... fuego!

El *Tábano* se tambaleó un poco y luego recobró el equilibrio. Un tiro desviado había rozado su mejilla y un poco de sangre cayó sobre su corbata blanca. Otra bala lo había herido en la rodilla. Cuando el humo se desvaneció, los soldados lo vieron aún sonriendo y limpiándose la sangre de su mejilla con la mano mutilada.

—¡Mal tiro, muchachos!— dijo; su voz se elevó clara y precisa sobre el estupor de los infelices soldados —Prueben otra vez.

Una queja y estremecimiento general pasó por la fila de carabineros. Cada uno de ellos había apuntado mal, con la secreta esperanza de que el tiro mortal viniera de la mano de su vecino, no de la suya y allí estaba el *Tábano*, erguido y sonriéndoles; no habían conseguido otra cosa que convertir la ejecución en una carnicería y toda la cosa horrible tenía que repetirse. Sobrecogidos de súbito terror y bajando sus carabinas, escuchaban desesperadamente las furiosas maldiciones y reproches de los oficiales, mirando fijamente con estupor al hombre a quien habían creído muerto y que, sin embargo, estaba aún con vida.

El gobernador los amenazaba con el puño, gritándoles salvajemente que se pusieran en guardia, apuntaran y terminaran del todo e inmediatamente con aquello. Estaba tan desmoralizado como ellos y no osaba mirar a la figura terrible que se erguía, se erguía, y no quería caer. Cuando el *Tábano* le habló, lo miró aturcido y se estremeció al sonido de la voz burlona.

—¡Ha traído usted una escuadra torpe esta mañana, coronel! Déjeme ver si yo los manejo mejor. ¡Atención, muchachos! Pon más alta esa herramienta, tú, el de la izquierda. ¡Pero, hombre, es una carabina lo que tienes en la mano, no una sartén! ¿Están firmes? Entonces, ¡ahora! Atención... apunten...

—¡Fuego! Gritó el coronel, avanzando. Era intolerable que aquel hombre diera la voz de mando para su propia muerte.

Hubo otra descarga confusa, desorganizada y la fila se rompió en un enredo de figuras temblorosas que miraban con ojos extraviados. Incluso uno de los soldados no había disparado su carabina; se había apartado, abatido, gimiendo sin aliento: " ¡No puedo! ¡No puedo!"

El humo se disipó lentamente, elevándose en la radiante luz del sol y vieron que el *Tábano* había caído y vieron, también, que aún no estaba muerto. En los primeros momentos, los soldados y los oficiales quedaron inmóviles, como si se hubieran vuelto de piedra, y miraban el cuerpo caído que se retorció y parecía luchar en el suelo; luego el médico y el coronel avanzaron dando un grito, porque él mismo se había levantado sobre una rodilla y miraba aún a los soldados y todavía reía.

—¡Otra vez han errado el blanco! Prueben otra vez, muchachos..., vean si no pueden...

De pronto, se inclinó y cayó de lado sobre la hierba.

—¿Está muerto?— preguntó el coronel en voz baja y el médico, hincando una rodilla en el suelo, con una mano en la camisa ensangrentada, contestó, también en voz baja:

—¡Así lo creo... alabado sea Dios!

—¡Alabado sea Dios!— repitió el coronel. —¡Al fin!

Su sobrino lo tocó en el brazo.

—¡Tío! ¡Está ahí el cardenal! Está a la puerta y quiere entrar.

—¿Qué? No puede entrar... ¡No quiero que lo vea! ¿Qué hacen los guardias...? Su eminencia...

La puerta se había abierto y cerrado, y Montanelli estaba de pie en el patio, mirando al frente con mirada fija y espantada.

—¡Su eminencia! ¡Le ruego... esto no es conveniente que lo vea! Acaba de efectuarse la ejecución, el cuerpo no está todavía...

—He venido a verlo— dijo Montanelli. Pero al momento advirtió el gobernador que su voz y su porte eran los de un sonámbulo.

—¡Oh, Dios mío!— gritó de repente uno de los soldados; el gobernador miró presuroso para atrás.

Aquel bulto sangriento, en la hierba, había una vez más empezado a retorcerse y a gemir. El médico corrió a él, se agachó y levantó la cabeza apoyándola en su rodilla.

—¡Acaben pronto!— gritó desesperado. —¡Ustedes, salvajes, acaben de una vez! ¡Terminen, por amor de Dios! ¡No se puede aguantar esto!

Grandes chorros de sangre se vertían en sus manos y las convulsiones del cuerpo que sostenía con sus brazos repercutían en él, de los pies a la cabeza. Como miraba frenético a su alrededor pidiendo ayuda, el sacerdote se inclinó sobre su hombro y acercó un crucifijo a los labios del moribundo.

—En el nombre del Padre y del Hijo...

El *Tábano* se irguió apoyándose en la rodilla del médico y, con ojos espantosamente abiertos, miró el crucifijo.

Despacio, en medio de un silencio y una quietud de hielo, levantó la mano derecha, destrozada y apartó la imagen, Una mancha roja cubría su cara.

—Padre... ¿está... satisfecho... su Dios?

Su cabeza cayó hacia atrás sobre el brazo del médico.

—¡Su eminencia!

Como el cardenal no salía de su estupor, el coronel Ferrari repitió más fuerte:

—¡Su eminencia!

Montanelli alzó la mirada.

—Está muerto.

—Absolutamente muerto, su eminencia. ¿No quiere que salgamos? Es horrible ver esto.

—Está muerto— repitió Montanelli, mirando otra vez aquella cara. —Lo he tocado, y está muerto.

—¿Cómo quiere que esté un hombre con media docena de balas dentro de su cuerpo?— murmuró el teniente con desprecio.

El médico dijo en voz baja:

—Creo que la vista de la sangre lo ha trastornado.

El gobernador puso su mano firmemente en el brazo de Montanelli.

—Su eminencia... mejor sería que no lo mirara más. ¿Permite que el capellán lo acompañe hasta su casa?

—Sí... me iré.

Lentamente apartó la mirada del sitio manchado de sangre y se volvió, seguido del sacerdote y del sargento. En la puerta se detuvo y miró atrás, con mirada fantasmal, todavía sobrecogido.

—Está muerto.

Pocas horas después Marcone fue a una casa de campo en la falda de la montaña a decir a Martini que ya no había ninguna necesidad de que arriesgara su vida.

Todo lo que había que preparar para una segunda tentativa de evasión

estaba a punto, ya que el plan era mucho más sencillo que el anterior. Se había dispuesto que a la mañana siguiente, cuando la procesión del Corpus pasara por la loma en que estaba la fortaleza, Martini saldría de entre el gentío, sacaría una pistola y dispararía contra el rostro del gobernador. En la confusión que se produciría, veinte hombres armados debían irrumpir violentamente en la puerta, llegar a la torre y, llevando con ellos por fuerza al carcelero, entrar en la celda del preso y sacarlo, matando o derribando a quien se atravesara ante ellos. Desde la puerta se retirarían luchando, y cubriría la retirada una segunda banda de contrabandistas armados y montados, quienes lo llevarían a un lugar escondido en las montañas. La única persona del pequeño grupo que no sabía nada del plan era Gemma; por deseo especial de Martini no le dijeron ni una palabra del plan. "Su corazón no lo soportaría", había dicho.

Cuando el contrabandista llegó a la puerta del jardín, Martini abrió la puerta de cristales y salió a la galería a reunirse con él.

—¿Algo nuevo, Marccone? ¡Ah!

El contrabandista había echado hacia atrás con ira su ancho sombrero de paja.

Se sentaron en la galería. Ni una palabra salió de sus labios. Desde el instante en que vio Martini aquella cara bajo el ancho sombrero había comprendido.

—¿Cuándo ha sido?— preguntó después de una pausa y su propia voz sonó en sus oídos tan opaca y desmayada como todo a su alrededor.

—Esta mañana, al salir el sol. El sargento me lo ha dicho. Estaba allí y lo vio.

Martini bajó la mirada y arrancó una hebra suelta de la manga de su chaqueta.

Vanidad de vanidades; esto también es vanidad. Tenía que haber muerto mañana. Y ahora, lo que era deseo de su corazón se había desvanecido, como la fantasmagoría de los sueños en dorados crepúsculos que se desvanecen cuando

llega la oscuridad y ahora lo arrojaban de nuevo al mundo de cada día y cada noche, el mundo de Grassini y de Galli, de cifrar escritos y repartir folletos, de reuniones borrascosas entre camaradas e intrigas tristes entre espías austriacos. En algún sitio en el fondo de su conciencia, había un gran espacio vacío, un espacio que nada ni nadie podría llenar, ahora que el *Tábano* había muerto.

Alguien le estaba haciendo una pregunta y levantó la cabeza, extrañándose de que quedara algo que fuera digno de hablar de ello.

—¿Qué decía usted?

—Decía que usted debe comunicara a ella la noticia.

La vida, en todo su horror, volvió al rostro de Martini.

—¿Cómo puedo decírselo? —gritó. —Es lo mismo que si me pidiera que vaya a darle una puñalada. ¡Cómo puedo decírselo... cómo!

Se había cubierto los ojos con ambas manos; pero, sin ver, noto que el contrabandista que estaba a su lado se movió y miraba... Gemma estaba de pie en el umbral.

—¿Lo sabe usted, César?— dijo ella. —Todo ha terminado. Lo han fusilado.

CAPÍTULO VIII

"Introibo ad altare dei", Montanelli estaba de pie ante el altar mayor, entre los sacerdotes y acólitos que lo ayudaban, y leía *el Introito* en voz alta y monótona. Toda la catedral resplandecía de luz y color. Desde las vestiduras de festividad de los oficiantes hasta las columnas con sus tapices fastuosos y guirnaldas de flores, no había lugar oscuro en ella. En los espacios abiertos del portal caían grandes cortinas escarlatas, cuyos pliegues atravesaba la luz del sol del caluroso junio, como a través de los pétalos de las amapolas rojas en un campo de trigo. Las órdenes religiosas con sus velas y antorchas, el clero de las parroquias con sus cruces y estandartes iluminaban las capillas laterales y en las naves colgaban los pliegues de seda de los estandartes procesionales con sus mástiles y borlas doradas luciendo bajo las arcadas. Las sobrepellices de los coristas fulguraban, irisadas bajo los ventanales de colores; la luz del sol ponía en el suelo del presbiterio manchas de color naranja, púrpura y verde. Detrás del altar mayor colgaba un resplandeciente velo de tejido de plata, y contra el velo y el decorado y las luces del altar, la figura del cardenal se erguía, con sus vestiduras blancas, como una estatua de mármol que hubiera tomado vida.

Como era costumbre en los días de procesión, solo tenía que presidir la misa, no celebrarla, de manera que al acabar el *Indulgéntiam* se iba del altar lentamente hasta el trono episcopal, inclinándose ante los celebrantes y sacerdotes cuando pasaban.

—Temo que su eminencia no esté bien— dijo al que estaba a su lado uno de los canónigos. —¡Se le ve tan extraño!

Montanelli inclinó la cabeza para recibir la alhajada mitra. El sacerdote que actuaba como diácono de honor se la puso, mirándolo por un instante; luego,

inclinándose, dijo en voz muy baja:

—Su eminencia ¿está usted enfermo?

Montanelli se volvió ligeramente hacia él. Sus ojos no mostraron haberse dado cuenta.

—¡Perdón, su eminencia!— murmuró el sacerdote, haciendo una genuflexión y volviendo a su puesto, reprochándose haber interrumpido las devociones del cardenal.

La ceremonia continuó y Montanelli se sentó erecto e inmóvil con su mitra brillante, las vestiduras de brocado de oro reflejando la luz del sol y los pesados pliegues de su capa blanca descansando sobre el terciopelo rojo. La luz de un centenar de cirios salpicaba en los zafiros sobre su pecho y brillaba en los ojos inmóviles, profundos, sin fulgor de respuesta, y cuando a las palabras: *Benedícite, pater eminentissime*, se puso en pie para bendecir el incienso y los rayos del sol jugueteaban con los diamantes, podía traer a recuerdo algún espléndido y temible espíritu del hielo de las montañas, coronado de arco iris, ataviado con nieve traída por el viento y distribuyendo, con las manos extendidas, una lluvia de bendiciones de anatemas.

Al alzar la hostia, bajó de su trono y se arrodilló ante el altar. Había una extraña y fija uniformidad en todos sus movimientos, y cuando se levantó y volvió a su sitio, el mayor de dragones que estaba sentado en uniforme de gala al lado del gobernador, dijo en voz baja al capitán herido:

—El viejo cardenal está muy malo, sin duda alguna. Obra de una manera maquinal.

—¡Tanto mejor!— contestó también en voz baja el capitán. —Ha sido para nosotros como una piedra de molino colgada al cuello desde esa amnistía que Dios confunda.

—Sin embargo, cedió en la cuestión del consejo de guerra.

—Sí, al fin; pero qué precioso tiempo perdió pensándolo... ¡Qué calor hace! Vamos a agarrar una insolación en la procesión. Que lástima que no seamos

cardenales para llevar el paño sobre nuestras cabezas todo el tiempo... ¡Silencio! Mi tío nos está mirando.

El coronel Ferrari se había vuelto hacia los dos oficiales y los miraba severamente. Después del solemne acontecimiento de la víspera por la mañana lo ocupaba devoto y serio pensamiento, y se sentía inclinado a reprocharles la falta de un adecuado sentimiento sobre lo que consideraba como "una penosa necesidad de Estado".

Los maestros de ceremonia comenzaban a reunir y colocar en orden a los que debían tomar parte en la procesión. El coronel Ferrari se levantó de su asiento y avanzó hasta la barandilla del presbiterio, haciendo señas, a los tres oficiales, de que lo acompañaran. Cuando la misa hubo terminado y la hostia fue colocada detrás del cristal protector de la custodia procesional, el celebrante y los oficiantes que lo acompañaban se retiraron a la sacristía a cambiar sus vestiduras y un murmullo de conversaciones en voz baja brotó por todo el templo. Montanelli seguía sentado en su trono, mirando lejos ante él, inmóvil. Todo el mar de vida y movimiento humanos parecían surgir a su alrededor para morir quietamente a sus pies. Ante él llevaron el incensario; levantó su mano, como un autómatas, y puso el incienso en el vaso, sin mirar a la derecha ni a la izquierda. 323

El clero había regresado de la sacristía y estaba en el presbiterio esperándolo, pero él permaneció inmóvil. El diácono de honor, adelantándose para quitarle la mitra, murmuró otra vez, vacilando:

—¡Su eminencia!

El cardenal miró a su alrededor.

—¿Qué decía usted?

—¿Está usted completamente seguro de que la procesión no será demasiado para usted? El sol calienta mucho.

—¿Qué importa el sol?

Montanelli hablaba con voz fría, mesurada, y el sacerdote se imaginó otra vez que lo había ofendido.

—Perdone su eminencia. Me parecía que no se encontraba bien.

Montanelli se alzó sin contestar. Se detuvo un momento en el más alto escalón del trono y preguntó en la misma mesurada forma:

—¿Qué es eso?

La larga cola de su manto caía sobre los escalones y se extendía en el suelo del presbiterio; él señalaba una mancha brillante en el satén blanco.

—No es más que la luz del sol que pasa a través de una vidriera de colores, su eminencia.

—¿La luz del sol? ¿Tan roja es?

Bajó los escalones y se arrodilló ante el altar, balanceando el incensario lentamente. Cuando lo devolvió, la luz filtrada del sol caía sobre su cabeza descubierta y sobre sus ojos que miraban a lo alto, y despedía un resplandor carmesí a través del blanco velo que los oficiantes despleaban a su alrededor.

Tomó de manos del diácono la custodia, y quedó de pie mientras el coro y el órgano estallaban en una ola de triunfal melodía.

*Pange, lingua, gloriosi
Corporis mysterium,
Sanguinisque pretiosi
Quem in mundi pretium,
Fructus entris generosi
Rex effudit gentium.*

Los portadores del toldo se acercaron lentamente y levantaron sobre su cabeza el dosel de seda, mientras los diáconos de honor ocupaban sus puestos a su derecha y a su izquierda, y echaban hacia atrás los amplios pliegues del manto. Los acólitos se agacharon para levantar su túnica sobre el suelo del presbiterio y las cofradías de laicos encabezaron la procesión marchando al paso a lo largo de la nave en majestuosa doble fila, con cirios encendidos a izquierda y derecha.

Permaneció él en pie sobre ellos, en el altar, sin movimiento bajo el blanco paño, teniendo en alto la eucaristía con manos fijas, mirándolos a medida que pasaban. De dos en dos, con velas, estandartes y hachas, con cruces, imágenes y mangas, pasaban lentamente, bajando los escalones del presbiterio, seguían a lo

largo de la nave entre las columnas decoradas con guirnaldas y salían bajo las cortinas escarlatas levantadas a la luz cegadora de la calle, y el sonido de su canto se desvanecía en un murmullo confuso, ahogado en el conjunto de más y más voces, como corriente que fluye interminable, y todavía nuevos pasos resonaban en la nave.

Las cofradías de las parroquias pasaban con sus blancas túnicas y caras con velo; luego, los hermanos de la Misericordia, de negro de pies a cabeza, con el leve brillo de sus ojos a través de los agujeros de sus capuchones. En seguida venían los frailes en hilera solemne, los frailes mendicantes con sus capuchas oscuras y pies tostados y desnudos, los dominicos graves, con blancas túnicas. Después iban los oficiales militares del distrito: dragones y carabineros y los oficiales de policía local; el gobernador en uniforme de gala con sus oficiales a ambos lados. Seguía un diácono con una gran cruz entre dos acólitos con velas encendidas. Y cuando las cortinas eran levantadas para dejarlos pasar por el pórtico, Montanelli lanzó una ojeada desde donde estaba, bajo el paño, al resplandor del sol, la calle alfombrada, los muros adornados con colgaduras y los niños vestidos de blanco que esparcían rosas ¡Que rojas eran!

La procesión avanzaba al paso, en orden, forma sucediendo a forma y color a color. Largas sobrepellices blancas y nítidas daban paso a vestiduras suntuosas y capes pluviales bordadas. Ahora pasaba una alta y delgada cruz dorada sobre las velas ardiendo; luego los canónigos de la catedral majestuosamente con sus mantos de un blanco mate. Un capellán bajó al paso por el presbiterio con el báculo entre dos hachas encendidas; después, los acólitos avanzaron bajando los escalones y balanceando los incensarios al ritmo de la música; los portadores del paño lo alzaron más y avanzaron marcando el paso: "¡Uno, dos; uno, dos!", y Montanelli empezó a andar por el camino de la cruz.

Descendió los escalones del presbiterio y siguió a lo largo de la nave, bajó a la galería donde el órgano resonaba estruendosamente; bajo las cortinas levantadas que eran tan rojas, tan terriblemente rojas, y fuera, en la calle relumbrante, donde las rosas de un rojo de sangre, esparcidas, se marchitaban, aplastadas en la alfombra roja por el paso de muchos pies. Una pausa momentánea en la puerta,

mientras los militares avanzaban sustituyendo a los portadores del paño; luego la procesión continuó y él con ella, sosteniendo con sus manos la custodia, resonando y desvaneciéndose a su alrededor las voces de los coristas, con el mecerse rítmico de los incensarios y el ruido de pisadas.

*Verbum caro, panem verum,
Verbo carnem efficit;
Sitque sanguis Christi merum...*

¡Siempre sangre y siempre sangre! La alfombra se alargaba ante él como un río rojo, las rosas en el suelo como sangre salpicada sobre las piedras... ¡Oh, Dios! ¿Toda la tierra y todos tus cielos se han vuelto rojos? ¿Ah, que hay en ti, Dios todopoderoso... cuyos labios mismos están manchados de sangre?

*Tantum ergo Sacramentum,
Veneremur cernui.*

Miró, a través del cielo protector, la eucaristía. ¿Qué era eso que caía de la hostia entre las puntas de la custodia... sobre su túnica blanca? ¿Qué es lo que había visto gotear desde una mano levantada?

La hierba del patio estaba roja y empapada... toda roja... ¡tanta sangre había en ella! Goteaba desde la mejilla y chorreaba de la mano derecha y brotaba en torrente rojo y caliente del costado herido. Incluso un rizo de cabello empapado en sangre y enredado, sobre la frente... ¡ah! era el sudor de muerte, surgía del dolor horrible.

Las voces de los coristas resonaron mis fuertes, triunfalmente:

*Genitori, genitoque,
Laus et jubilatio,
Salus, honor, virtus quoque,
Sit et benedictio.*

¡Oh, no hay paciencia que pueda resistir esto! Dios, que te sientas entronizado en cielos de bronce y sonrías, con ensangrentados labios, presidiendo la agonía y la muerte ¿no es esto bastante? ¿No hay bastante sin esta burla de alabanzas y bendición? Cuerpo de Cristo, que fuiste crucificado por la salvación de los hombres; Sangre de Cristo, tú que fuiste derramada por remisión de los pecados,

¿no hay ya bastante?

¡Ah, llámalo mis fuerte, acaso duerme!

¿Duermes, verdaderamente, y no despertarás nunca? ¿Tan celosa de su victoria está la tumba y el hoyo negro bajo el árbol no te dejará libre, aunque sea un momento para un pequeño deleite del corazón?

Entonces, la cosa que estaba detrás del cristal protector dio respuesta, y goteaba sangre cuando habló:

—¿Tú elegiste y quieres arrepentirte de tu elección? ¿No se ha cumplido tu deseo? Mira a esos hombres que pasean en la luz y van revestidos de seda y oro; por causa de ellos fui depositado en el hoyo negro. Mira a esos niños sembrando rosas y escucha para ver si su canto es dulce; por causa de ellos está mi boca llena de polvo y las rosas están rojas por los manantiales de mi corazón. Mira cómo se arrodilla la gente para beber la sangre que chorrea de los dobladillos de tus vestidos; por culpa de ellos fue derramada para saciar su sed devoradora. Porque está escrito: "Ningún hombre encuentra más grande amor que éste, si da su vida por su prójimo".

—¡Oh Arturo, Arturo; hay mayor amor que éste! Si un hombre entrega la vida del que más ama ¿no es esto más grande?

Y aquello contestó de nuevo:

—¿Quién es tu más amado? En verdad, no yo.

Y cuando él iba a hablar, las palabras se helaron en su lengua porque el canto del coro pasó sobre ellas, como el viento del norte sobre las charcas heladas, y las silenció:

*Dedit fragilibus corporis ferculum,
Dedit et tristibus sanguinis poculum
Dicens: Accipite quod trado vasculum
Omnes ex eo bibite.*

—¡Bébanla, cristianos, bébanla todos! ¿No es de ustedes? Por ustedes mancha la hierba la corriente de sangre, por ustedes la carne viva es cortada y desgarrada ¡Cómanla, caníbales; cómanla, todo! ¡Ésta es su fiesta y su orgía, éste

es su día de gozo! ¡Dense prisa y vengan al festival, únense a la procesión y marchen con nosotros: mujeres y niños, jóvenes y viejos... vengan a compartir la carne! Vengan a escanciar el vino que es sangre, y bébanlo mientras está rojo; tomen y coman del cuerpo...

¡Ah, Dios mío; la fortaleza! Medrosa y oscura, con almenas y torres desmoronadas, oscura entre los áridos cerros y ceñuda al paso abrumador de la procesión por el camino polvoriento de abajo. Los dientes de hierro del rastrillo cubrían la boca de la puerta y como una fiera agazapada en la ladera montañosa, la fortaleza guardaba su presa. No obstante, aunque los dientes nunca mordieron tan fuerte, debían soltar su presa y apartarse, y la tumba del patio en el interior devolvería al muerto. Por que las huestes cristianas van marchando, marchando en poderosa procesión hacia la fiesta sacramental de sangre, como marcha un ejército de ratas hambrientas a la rebusca y su grito es " ¡Denme! ¡Denme!" y nunca dicen "Ya basta"

—¿No estás satisfecho? Por esos hombres yo fui sacrificado; tú me has destruido para que ellos puedan vivir y mira: cada uno marcha en su puesto y no romperán sus filas. Este es el ejército de los cristianos, los que siguen a tu Dios; pueblo grande y fuerte. Un fuego devorador hay delante de ellos y detrás arde una llama; la tierra es como el jardín del Edén ante ellos y detrás de ellos un yermo desolado; sí, y nada se les escapará.

—¡Oh, vuelve, vuelve a mí, querido; porque me arrepiento de mi elección! Vuelve y escaparemos juntos a alguna tumba oscura y callada donde el ejército devorador no nos encontrará, y allí yaceremos juntos, como en brazos del otro y dormir, dormir, dormir. Y los cristianos hambrientos pasarán a la luz implacable sobre nuestras cabezas, y cuando aúllen pidiendo, beber sangre y comer carne, su grito se apagará en nuestros oídos y ellos pasarán, seguirán su camino y nos dejarán en nuestro reposo.

Y aquello contestó otra vez:

—¿Adónde me esconderé? ¿Es que no está escrito: "Ellos correrán de un lado a otro, por la ciudad; correrán sobre la muralla, asaltarán las casas, entrarán en

ellas por las ventanas como entra el ladrón"? Si me construyo una tumba en la cima de la montaña ¿no la abrirán? Si cavo una tumba en el lecho del río ¿no la desharán? Verdaderamente, ellos son finos como sabuesos para olfatear su presa y para ellos están rojas mis heridas, para que puedan beber ¿No los oyes? ¿Qué cantan?

Y cantaban, a medida que pasaban entre las cortinas escarlata de la puerta de la catedral, porque la procesión había terminado y todas las rosas estaban esparcidas:

*Ave, verum Corpus; natum
De Maria Virgine:
Vere possum, immolatum
In cruce pro homine!
Cujus latus perforatum
Undam fluxit perforatum
Esto nobis praegustatum
Mortis in examinae.*

Y cuando todos terminaron de cantar, él entró por el pórtico y pasó entre las filas silenciosas de frailes y sacerdotes que se arrodillaban, cada uno en su puesto, con las velas ardiendo levantadas. Y vio sus ojos hambrientos fijos en el cuerpo sagrado que él sostenía y sabía por que inclinaban sus cabezas cuando pasaba. Porque la corriente oscura bajaba por los pliegues de sus blancas vestiduras y en las piedras del pavimento de la catedral dejaban sus pasos una mancha de rojo profundo.

De esta suerte avanzó por la nave hasta la reja del presbiterio; allí se detuvieron los portadores del paño; de debajo de este salió y subió por los escalones hasta el altar. A derecha e izquierda se arrodillaron los acólitos con blancas túnicas, balanceando sus incensarios, y los capellanes con sus hachas, y sus ojos brillaban codiciosos en la luz resplandeciente cuando miraban el cuerpo de la victima.

Y cuando se puso en pie ante el altar, sosteniendo en alto con sus manos el cuerpo desgarrado y mutilado de su amor asesinado, las voces de los invitados a la fiesta eucarística resonaron en otro clamoroso canto:

*Oh salutaris Hostia,
Quae coeli pandis ostium;
Bella proemunt hostilia,
Da robur, fer, auxilium.*

¡Ah, y ahora vienen a tomar el cuerpo...! Vete, corazón amado, a tu amargo destino y abre las puertas del cielo a estos voraces lobos que no les será negado. Las puertas que están abiertas para mí son las puertas del más hondo infierno.

Y cuando el diácono de honor puso el vaso sagrado en el altar, Montanelli, en el mismo sitio donde estaba de pie, se arrodilló en un escalón y del blanco altar ante él fluía la sangre y caía sobre su cabeza. Las voces de los cantores resonaban bajo los arcos y a lo largo de la bóveda:

*Uni trinoque Domino
Sit sempiterna gloria;
Qui vitam sine termino
Nobis donet in patria.*

" ¡Sine termino..., sine termino!" ¡Oh feliz Jesús que se hundió bajo su cruz! ¡Oh, feliz Jesús, que pudo decir: "Todo ha terminado"! Este destino nunca termina, es eterno coma las estrellas en sus órbitas. Es lombriz que no muere y fuego que no es apagado *¡Sine termino, sine termino!*

Fatigosa, pacientemente, siguió desempeñando su parte en las restantes ceremonias, cumpliendo mecánicamente, por la vieja costumbre, los ritos que ya no tenían significado alguno para él. Luego, después de la bendición, se arrodilló de nuevo ante el altar y cubrió su faz, y la voz del sacerdote leyendo en voz fuerte la lista de indulgencias crecía y se apagaba como un murmullo lejano de un mundo al cual ya no pertenecía.

La voz calló. Él se puso en pie y alargó su mano pidiendo silencio. Algunos congregantes se dirigían ya hacia las puertas y se volvieron con sus susurros precipitados, a medida que un cuchicheo corría por la catedral: "Su eminencia va a hablar".

Sus oficiantes, extrañados y sorprendidos, se acercaron a él y uno de ellos le dijo en voz baja y precipitada: "¿Su eminencia, desea hablar ahora a la gente?"

Montanelli, sin decir palabra, le indicó que se apartara. Los sacerdotes retrocedieron, cuchicheando entre ellos: la cosa era inusitada, incluso irregular, pero entraba en las prerrogativas del cardenal si quería hacerlo. Sin duda tenía que hacer alguna afirmación de importancia excepcional, alguna nueva reforma de Roma que anunciar o una especial comunicación del Santo Padre.

Montanelli extendió su mirada desde la escalinata del altar mayor sobre el mar de cabezas vueltas hacia él. Llenos de ansiosa expectación lo veían de pie ante ellos, espectral, inmóvil y pálido.

"¡Chis! ¡Silencio!", dijeron en voz baja los guías de la procesión y el murmullo de los congregados se apagó en el silencio como una ráfaga de viento muere en el murmullo de las cimas de los árboles. La gente alzó la vista, conteniendo el aliento, hacia la figura blanca que estaba en las gradas del altar. Lenta y firmemente comenzó a hablar:

—Está escrito en el Evangelio de San Juan: "Dios amaba tanto al mundo que dio a su único hijo engendrado para que por Él se pudiera salvar el mundo".

"Esta es la festividad del cuerpo y sangre de la víctima que fue asesinada para su salvación; el cordero de Dios, que redime los pecados del mundo; el hijo de Dios, que murió por sus culpas. Y ustedes están aquí reunidos en la pompa de solemne festividad para comer del sacrificio que fue dado para ustedes y para dar gracias por esta gran merced. Y yo sé que esta mañana, cuando vinieron a tomar parte en el banquete, a comer del cuerpo de la víctima, sus corazones estaban llenos de alegría, recordando la pasión de Dios hijo, que murió para que pudieran ser salvados.

"Pero díganme: ¿quién de entre ustedes ha pensado en esa otra pasión... en la pasión de Dios padre, que dio a su hijos para ser sacrificado? ¿Cuál de ustedes ha recordado la agonía de Dios padre cuando se inclinó en su trono en los cielos y miró el Calvario?

"Los he observado hoy, hijos míos, cuando marchaban en sus filas en solemne procesión y he visto que sus corazones estaban gozosos por la remisión de sus pecados y que se regocijaban por su salvación. No obstante, les ruego que

consideren a qué precio fue pagada esa salvación. Seguramente es muy preciosa y su precio superior al de los rubíes: es el precio de la sangre”.

Un ligero y largo estremecimiento pasó a través de la muchedumbre que escuchaba. En el presbiterio, inclinados hacia adelante, cuchichearon los sacerdotes, pero el predicador continuaba hablando y recuperar la compostura:

“Por eso hablo con ustedes este día. Yo soy el que soy, porque no veía su debilidad y su dolor, y veía a los niños a sus pies y mi corazón era movido a compasión por ellos, porque también tendrán que morir. Después miré a los ojos de mi hijo querido y supe que el sacrificio de sangre estaba allí. Y seguí adelante en mi camino, sin vacilación, y lo abandoné a su destino.

"Esta es la remisión de los pecados. Él murió por ustedes y las tinieblas se lo han tragado; él ha muerto, y no hay resurrección; él ha muerto y no tengo hijo. ¡Oh, hijo mío, hijo mío!"

La voz del cardenal estalló en un grito largo, quejumbroso, y las voces del pueblo aterrorizado le contestaron como un eco. Todo el clero se había alzado de sus asientos y los diáconos de honor avanzaron para poner sus manos en el brazo del predicador. Pero él los apartó violentamente y se encaró con ellos, con la mirada de una fiera irritada.

—¡Que es esto? ¿No hay bastante sangre? Esperen su turno, chacales; habrá comida para todos.

Ellos se apartaron en desorden, temblorosos, con aliento jadeante y ruidoso, blancas las caras con la blancura del yeso. Montanelli se volvió hacia el pueblo otra vez y la gente se hizo para atrás, temblando como un campo de maíz ante un huracán.

—¡Ustedes lo han matado! ¡Ustedes lo han matado! Y yo lo sufrí para que no murieran ustedes. ¡Y ahora, cuando vienen a mi alrededor con sus alabanzas mentirosas y sus oraciones impuras, me arrepiento... me arrepiento de haberlo hecho! Sería mejor que todos se pudrieran en sus vicios, en la inmundicia sin fin de la condenación y que él viviera. ¿Cuánto valen sus sucias almas para que haya que pagar tal precio por ellas? ¡Pero es demasiado tarde... demasiado tarde! Lo llamo a

gritos, pero él no despierta; estoy solo, en el espacio desierto y miro a mí alrededor, desde el suelo manchado de sangre -donde el corazón de mi corazón yace enterrado- hasta el cielo vacío y terrible que me queda, desolado. Yo lo he entregado a vosotros, generación de víboras, lo he entregado por ustedes!

"¡Tomen su salvación, puesto que es para ustedes! ¡Se las lanzo como se echa un hueso a una jauría de perros hambrientos! Ya está pagado el precio de su banquete ¡vengan, entonces y atráquense, caníbales, chupadores de sangre... bestias que se alimentan de carroña! ¡Vean cómo la sangre chorrea del altar, espumosa y caliente: viene del corazón de mi amado... la sangre derramada por ustedes! ¡Arrástrense, lámanla y embadúrnense de rojo con ella! ¡Arrójense al suelo, peleando por devorar la carne... y no me trastornen más! Este es el cuerpo que fue dado por ustedes... Mírenlo, rasgado y sangrante, palpitante aún con la vida torturada, temblando con la cruel agonía de la muerte ¡tomen y coman, cristianos!"

Había levantado sobre su cabeza la custodia; luego la estrelló contra el suelo. Al sonido del metal chocando con la piedra, todo el clero se precipitó hacia adelante y veinte manos sujetaron al loco.

Entonces, y solo entonces, el silencio de la gente estalló en un alarido histérico, salvaje, y derribando sillones y bancos, agolpándose en las puertas, pisoteándose, rasgando y derribando cortinas y guimaldas en su furiosa precipitación, el río humano sollozante se vertió en oleadas en la calle.

EPÍLOGO

—Gemma, hay un hombre abajo, junto a la escalera, que quiere verla— dijo Martini en el tono reprimido que ambos habían adoptado sin acuerdo previo ni darse cuenta de ello durante los últimos diez días. Esto y cierta uniformidad lenta de habla y movimientos eran la única expresión que una y otro dieron a su aflicción.

Gemma, con los brazos desnudos y un delantal sobre su vestido, estaba de pie junto a una mesa, arreglando pequeños paquetes de cartuchos para su distribución. Había estado de pie haciendo el trabajo desde primeras horas de la mañana y ahora, en el luminoso atardecer, su rostro acusaba la fatiga.

—¿Un hombre, César? ¿Qué quiere?

—No lo sé, querida. No quiso decírmelo. Dice que quiere hablar con usted a solas.

—Muy bien—. Se quitó el delantal y bajó las mangas de su vestido. —Debo ir a verlo, supongo, pero lo más probable es que sólo se trate de un espía.

—En todo caso yo estaré en el cuarto de al lado, para oír si me llama. Tan pronto como consiga librarse de él, lo mejor que usted puede hacer es ir a acostarse un poco. Ha estado hoy en pie demasiado tiempo.

—¡Oh, no! Desearía seguir trabajando.

Bajó lentamente las escaleras, seguida de Martini en silencio. Parecía haber envejecido diez años en aquellos pocos días y el mechón gris de su cabello se había hecho mucho más ancho. La mayor parte del tiempo mantenía baja la mirada, pero cuando por casualidad la alzaba, Martini se estremecía ante el horror de aquella mirada fantasmal. En el pequeño recibidor halló a un hombre de aspecto desmañado, en pie, con los talones juntos, en medio del piso. Toda su figura y la manera medio asustada como levanté los ojos cuando ella entró, le hizo pensar que

debía ser uno de los guardias suizos. Llevaba una blusa de campesino que evidentemente no le pertenecía y miraba algo asustado a su alrededor, como temiendo ser descubierto.

—¿Puede usted hablar alemán?— preguntó en el duro dialecto de Zurich.

—Un poco. Me dicen que quiere usted verme.

—¿Es usted la *signora* Bolla? Traigo una carta para usted.

—¿Una.. carta?— comenzaba a temblar y tuvo que apoyar una mano en la mesa para sostenerse quieta.

—Soy uno de los guardias de allí...— dijo, señalando hacia la fortaleza al pie de la montaña a través de la ventana. —Es del... hombre que fue fusilado la semana pasada. La escribió la noche antes. Yo le prometí dársela a usted en su propia mano.

Ella bajó la cabeza. De manera que él, a pesar de todo, había escrito.

—Por eso he tardado tanto en traerla— añadió el soldado. —Él me dijo que no se la diera a nadie más que a usted y no pude traerla antes... Ellos me vigilaban. Tuve que pedir prestadas estas cosas para poder venir.

Estaba revolviendo en el pecho de su blusa. Hacia calor y la hoja de papel doblada que sacó no solamente estaba sucia y arrugada, sino húmeda. Movié torpemente sus pies durante unos momentos, luego levantó una mano y se rascó la cabeza.

—No diga usted nada de esto— continuó con timidez, mirándola angustiosamente. —Me puede costar la vida el haber venido aquí.

—Desde luego que no diré nada. No, espere un momento...

Cuando el dio media vuelta para marcharse, ella lo detuvo y echó mano a su portamonedas, pero él se apartó ofendido.

—Yo no quiero su dinero— dijo toscamente. —Lo hice por él, porque me lo pidió. Quisiera haber hecho por el más que esto. Había sido bueno conmigo... ¡Que Dios me ayude!

El pequeño temblor de su voz hizo que ella levantara los ojos para mirarlo. El hombre se restregaba los ojos con la manga mugrienta.

—Tuve que disparar— continuó, angustiado. —Mis compañeros y yo. Uno tiene que obedecer las órdenes. Apuntamos mal y hubo que disparar otra vez... Y el se reía de nosotros... nos llamó escuadra torpe... y había sido bueno conmigo...

Hubo un silencio en la habitación. Un momento después se irguió, hizo un torpe saludo militar y salió

Durante algún tiempo ella permaneció de pie, inmóvil, con el papel en la mano; luego se sentó, junto a la ventana abierta, para leerlo. La carta estaba escrita con lápiz, la escritura muy apretada y en algunas partes era difícilmente legible. Pero las dos primeras palabras se destacaban claramente en la página y estaban en inglés:

"Dear Jim:"

La escritura se hizo borrosa y cubierta de niebla... ¡Y otra vez lo había perdido...! ¡Otra vez...! A la vista del familiar apodo de la niñez, el tremendo dolor de haberlo perdido, sin posible esperanza, volvió a ella de nuevo y alzó sus manos en ciega desesperación, como si el peso de la tierra echada sobre él estuviera oprimiéndole el corazón.

En seguida tomó de nuevo el papel y comenzó a leerlo: "Me van a fusilar mañana al salir el sol. Por lo tanto, si he de cumplir mi promesa de contártelo todo, tiene que ser ahora. Mas, después de todo, no hay mucha necesidad de explicaciones entre tú y yo. Siempre nos hemos entendido sin muchas palabras, incluso cuando éramos pequeños.

"Y de esta suerte, ya ves, querida, no tenías necesidad ninguna de destrozarte el corazón por aquella vieja historia de la bofetada. Fue cosa dura, naturalmente, pero he tenido muchas otras tan duras y, sin embargo, me he arreglado para soportarlas (incluso para devolver algunas) y aquí estoy todavía como el pez de nuestro libro infantil: 'vivo y coleando, oh'. Este es mi último colear, sin embargo; y después, mañana por la mañana... *'La commedia e finita'*. Tú y yo traduciremos esto por: 'El circo ambulante ha terminado'; y daré gracias a los dioses

porque ellos han tenido, por lo menos, tanta misericordia con nosotros. No es mucho, pero es algo iy por este y todos los demás favores podemos estar verdaderamente agradecidos!

"Sobre esta cuestión de mañana por la mañana, quiero que ambos, tú y Martini, comprendan claramente que me siento por completo feliz y satisfecho y no pediría cosa mejor al destino. Di esto a Martini como un mensaje mío; es un buen muchacho y un buen camarada y comprenderá. Ya ves, querida, yo sé que la gente que se hunde en el lodo esta dándonos buenas armas y malas para ellos, volviendo a los juicios secretos y a las ejecuciones sumarias, y se que ustedes, que continúan unidos firmemente y aguantando duros golpes, verán grandes cosas. En cuanto a mí, saldré al patio con un corazón tan alegre como cualquier niño que sale de vacaciones. He cumplido mi participación en la obra y esta sentencia de muerte es la prueba de que la he cumplido bien. Me matan porque me temen y ¿qué más puede desear el corazón de cualquier hombre?

"Sin embargo, hay precisamente otra cosa que deseo. Un hombre que va a morir tiene derecho a una fantasía personal y la mía es que tú debes comprender por que he sido siempre tan áspero y bruto para ti y tan lento para olvidar viejas cuentas. Por otra parte, y desde luego tú comprendes por qué, y te lo diré únicamente por el placer de escribir las palabras. Yo te amaba, Gemma, cuando eras una fea muchachita con tu vestido color guinda, tu camisola rayada y tu trenza colgando sobre la espalda; y te amo todavía ¿Recuerdas aquel día en que te bese la mano y me pediste lastimosamente: 'Nunca hagas esto otra vez'? Fue una picardía, lo sé, pero debes perdonarla y ahora beso este papel donde he escrito tu nombre. De esta suerte te he besado dos veces y ambas sin tu consentimiento.

"Eso es todo. Adiós, querida."

No había firma, pero unos versos que ellos habían aprendido juntos cuando eran niños estaban escritos debajo de la carta:

*Porque yo siempre
muy feliz vuelo,
tanto si vivo
como si muero.*

Media hora después entró Martini en la sala y, alarmado por el silencio mortal de ella, tiró al suelo la hoja de papel que llevaba y alargando los brazos en ayuda angustiosa, exclamó:

—¡Gemma! ¿Que ocurre, por el amor de Dios? ¡No llore de ese modo.... usted que nunca se queja! ¡Gemma, Gemma, querida!

—Nada, César; se lo diré después... No puedo hablar de esto ahora.

Precipitadamente guardó la carta mojada de lágrimas en su bolsillo y, levantándose, se apoyó en el alféizar de la ventana para ocultar su cara. Martini enmudeció y se mordió el bigote. ¡Después de aquellos años en que él se había delatado como un colegial... y ella ni siquiera lo había notado!

—La campana de la catedral está tocando a muerto— dijo ella después de unos instantes, mirando a su alrededor y recobrando el dominio de sí misma. — Alguien ha muerto.

—Esto es lo que venía a enseñarle— contestó Martini con su voz normal. Recogió el papel del suelo y se lo mostró. Era un anuncio impreso con premura en grandes caracteres con bordes de luto que decía: "Nuestro amadísimo obispo, su eminencia el cardenal monseñor Lorenzo Montanelli, ha muerto repentinamente en Rávena a consecuencia de la rotura de un aneurisma".

Miró ella vivamente el papel y Martini contestó a la muda pregunta de sus ojos con un encogimiento de hombros.

—¿Qué quiere que le diga, *madonna*? Aneurisma es una palabra tan buena como otra cualquiera.

ÍNDICE:

- Una historia con los Voynich I
 - Ethel II
 - La novela VII
 - De la presente edición X
- Primera parte
 - Capítulo I 5
 - Capítulo II 14
 - Capítulo III 24
 - Capítulo IV 33
 - Capítulo V 43
 - Capítulo VI 50
 - Capítulo VII 65
- Segunda parte
 - Capítulo I 81
 - Capítulo II 93
 - Capítulo III 107
 - Capítulo IV 117
 - Capítulo V 126
 - Capítulo VI 136
 - Capítulo VII 146
 - Capítulo VIII 155
 - Capítulo IX 172
 - Capítulo X 187
 - Capítulo XI 197
- Tercera parte
 - Capítulo I 216
 - Capítulo II 232
 - Capítulo III 244
 - Capítulo IV 255
 - Capítulo V 268
 - Capítulo VI 276
 - Capítulo VII 294
 - Capítulo VIII 304
- Epílogo 317

Sobre esta edición digital:

Se realizó con motivo de la celebración del Día Mundial del Libro
y del Derecho de autor, abril de 2012.

D.R. Alejandro Sandoval Ávila, a partir de la traducción de Mateo
Hernández Barroso.

Se autoriza la reproducción del presente material, siempre y
cuando sea sin costo ni lucro alguno, y se otorguen los créditos
correspondientes.